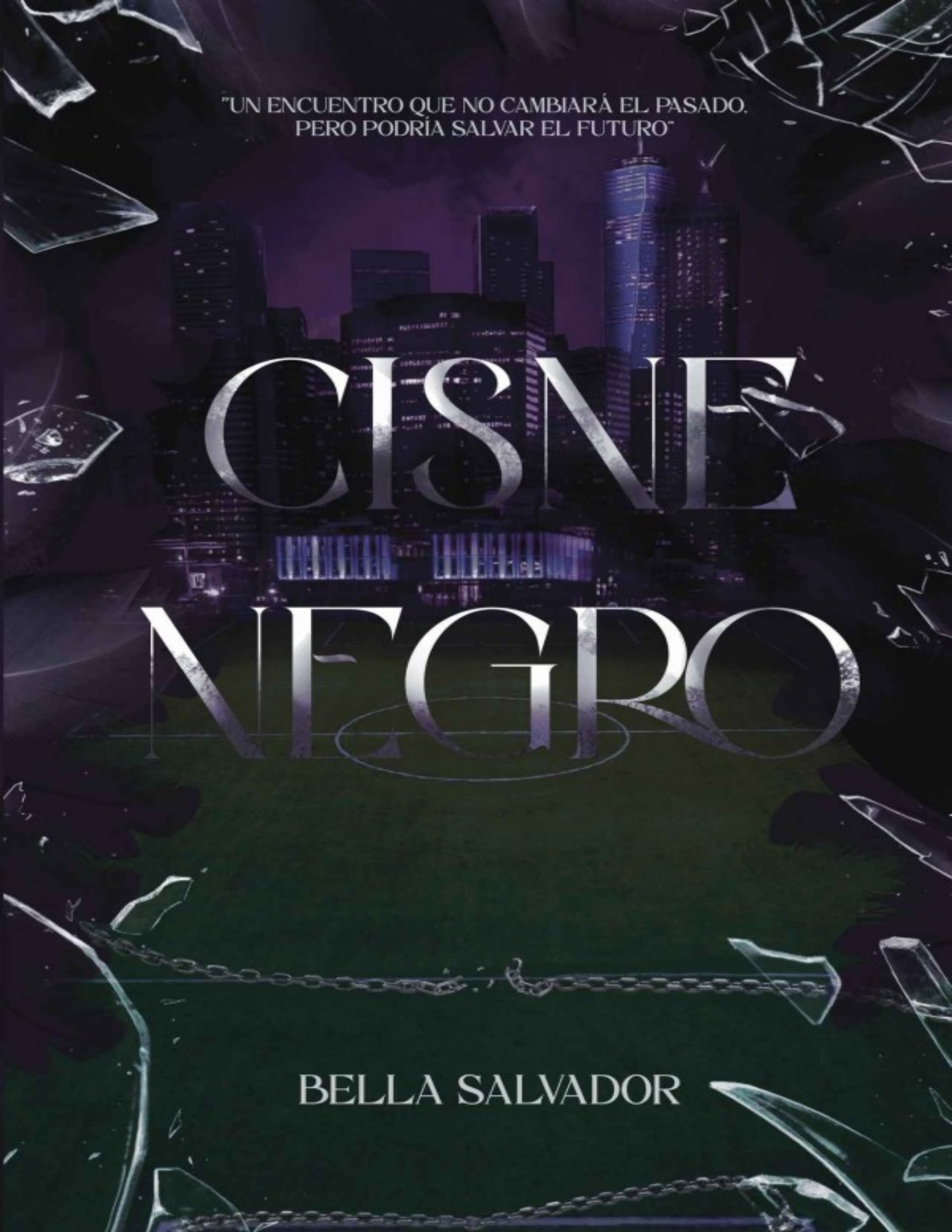
"UN ENCUENTRO QUE NO CAMBIARÁ EL PASADO.
PERO PODRÍA SALVAR EL FUTURO"



CISNE NEGRO

BELLA SALVADOR

CIUDAD DE LOS DIOSES 1

CISNE NEGRO

BELLA SALVADOR

Copyright © 2025 CISNE NEGRO por Bella Salvador.
Todos los derechos son reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del titular del copyright, excepto en el caso de breves citas utilizadas en reseñas y artículos críticos.
Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y hechos son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares reales es pura coincidencia.

Publicado por Amazon Kindle Direct Publishing
Primera edición: 2025
Lugar de publicación: Madrid, España
ISBN: 979-826-433-802-1
Depósito legal: M-20425-2025

Diseño de portada e ilustraciones: Mirian Crespo
Edición: Bella Salvador
Maquetación: M. Moon
Contacto de la autora: bellasalvador.author@outlook.com

A todos los villanos de una historia mal contada.
Gracias por abrazar el papel que los cobardes no quisieron interpretar. Y por romper las reglas casi tan bien como algunas prendas.

Hay hechos que nacen del caos y dan sentido a todo lo ocurrido anteriormente.

La teoría del cisne negro hace referencia a un evento altamente improbable e inesperado, con consecuencias muy significativas. Estos eventos, aunque raros, tienen un gran impacto y son racionalizados a *posteriori* como si fuesen previsibles una vez que ocurren.

PLAYLIST

Dying On The Inside - Nessa Barrett
Revolving door - Tate Mcrae
Honeymoon - Lana del Rey
Nights Like This - THE KID LAROI
Twenty Eight - The Weeknd
SOLONELY - Abraham Mateo
Vulnerable - Selena Gomez
Into You - Ariana Grande
I Know Love - Tate Mcrae (ft THE KID LAROI)
Nothing Matters But You - Madison Beer
The Abbys - The Weeknd & Lana del Rey
Still - Dove Cameron
Safety Net - Ariana Grande & Ty Dollar Sign
Guarded - Chris Grey
Stay - Rihanna & Mikky Ekko
Swim - Chase Atlantic
Move - Adam Port, STRYV and Camila Cabello

ADVERTENCIAS DE CONTENIDO

Cisne Negro es una novela de romance que aborda una serie de temas que podrían afectar a la sensibilidad de algunos lectores:

Comportamientos tóxicos.
Trastornos de carácter alimenticio.
Escenas de contenido sexual explícito.
Consumo de somníferos y otras sustancias.
Enfermedades mentales (ansiedad y depresión).
Abusos psicológicos.
Abusos sexuales (no explícito).
Violencia física y lesiones.
Lenguaje explícito y agresivo.

Si consideras que alguno de estos temas puede ser perturbador o desencadenante para ti, se recomienda proceder con cautela o consultar más detalles antes de comenzar la lectura. Para cualquier duda o consulta adicional sobre el contenido de la novela, no dudes en contactarme directamente. Tu bienestar y salud mental son lo más importante.

Atentamente,

Bella.

"A veces las cosas van mal, para que cosas mejores puedan ocurrir"

—Marilyn Monroe

Prólogo

Emma

3 meses atrás

Tengo las manos cubiertas de un sudor frío que me hace temblar.

El ruido es constante, más elevado de lo que puedo soportar, y empiezo a sentirme intranquila.

Estoy muy inquieta. Yo nunca me pongo nerviosa. Llevo desfilando para las marcas más importantes del mundo desde que tenía dieciocho años. Estoy acostumbrada a esto. Pero puede que el mensaje de mi madre, justo antes de apagar el teléfono me haya afectado más de lo que quiero admitir.

Escucho las voces en el pinganillo de los coordinadores, y cada segundo que pasa mi pulso está más acelerado.

Levanto la vista y dejo que mis ojos recorran mi reflejo en el espejo alargado, de casi dos metros, que tengo frente a mí. No puedo dejar de buscar defectos. La semana pasada descubrí una pequeña mancha de color café sobre mi muslo derecho. Mi doctora aseguró que era tan solo una mancha causada por la exposición al sol, nada grave. Pero eso no es suficiente. Uso los protectores solares más caros del mercado, evito exponerme al sol de forma directa… Pero lo más importante: una modelo de talla mundial, tan joven como yo, no puede permitirse machas en la piel a sus veintitrés años.

¿Y si me salen más? ¿Y si empiezan a ser visibles a los ojos de los diseñadores?

Estoy empezando a hiperventilar. Me duele el brazo izquierdo. Siento una presión insoportable sobre mi pecho.

Me cuesta respirar.

Me doy media vuelta para evitar seguir observando mi imagen en el espejo antes de vomitar. Deslizo las palmas de mis manos sobre la piel de mis caderas. El desfile de hoy no es un desfile de lencería cualquiera; es el más importante de mi carrera. Cada

segundo que pasa me cuesta más respirar. Apoyo mi cuerpo sobre la mesa de retoque más cercana mientras siento como se me nubla la vista lenta e irremediablemente.

Escucho voces de fondo.

Mis compañeras están corriendo de un lado a otro.

Y yo soy la encargada de cerrar el primer pase del desfile.

Apenas puedo mantenerme en pie. Me saco por la fuerza los zapatos de tacón con incrustaciones de diamantes blancos.

Alguien se acerca a mí por detrás. Lo único que soy capaz de distinguir son puntos borrosos de colores y figuras desenfocadas. No personas.

Alguien me está hablando, pero no entiendo lo que me dice ya que lo único que escucho es el latido martilleante de mi corazón golpeándome los oídos.

Unas manos me sujetan por la cintura y me guían hasta una silla cercana.

Entonces desaparece el dolor en el pecho.

Y ya no veo.

Ya no escucho.

Nada.

PARTE I:
EL CAMPAMENTO

Capítulo 1

Emma

Siento como mi cerebro intenta desconectar de la realidad a cada segundo, sin éxito, a pesar de que son casi las once de la noche y llevo despierta desde las seis de la mañana.

—Tienes una sesión de fotos para una marca de joyas a las siete y media, así que lo suyo es que pases por maquillaje y peluquería como muy tarde a las seis —sugiere Anthony, repasando mi agenda para mañana.

Es una de las pocas personas capaces de hacerme sentir algo parecido a la tranquilidad cuando hablamos de trabajo. Después de cuatro años trabajando juntos, se ha convertido en un amigo. Tal vez el único, además de Melody, en este momento de mi vida.

Me acerco la taza de té hirviendo, plenamente consciente de que, si mis labios entran en contacto con el líquido, me voy a abrasar. Quiero acabármelo cuanto antes e irme a dormir, pero sin el té y los tranquilizantes me pasaría la noche entera pensando en lo que se ha convertido mi vida estos últimos años, sin pegar ojo. Y me gustaría llegar a las sesiones de mañana con un aspecto aceptable.

—A las once tenemos la campaña publicitaria de labiales de la que te hablé la semana pasada. Necesito que lleves el móvil cargado. Quieren que publiques unas fotos probando los tonos con algunas de las otras celebridades invitadas —continúa—. Por la tarde puedes descansar un rato, pero a las cinco va a venir a tu casa Bastien a probarte el vestido que llevarás a la gala del viernes y hacerle los arreglos necesarios para que esté listo a tiempo.

No digo nada. Me empieza a doler la cabeza y el efecto de los tranquilizantes está sumándole peso a mis párpados.

Apenas he parado dos horas para comer algo e ir al baño. Tengo hambre, y mi estómago no ha parado de recordármelo: llevo más de ocho horas sin probar bocado. Pero el té siempre ha sido bastante para aguantar hasta la hora del desayuno.

—¿Em, me estás escuchando?

Me froto los ojos con los dedos para recuperar la poca concentración que soy capaz de aunar en este momento y levanto la mirada hacia los suyos.

—Más o menos. Lo siento. Los tranquilizantes me están haciendo efecto y necesito dormir un rato. Solo dime a qué hora debo de estar lista para que vengáis a organizarlo todo, y lo haré.

—A las cinco y media estoy aquí con el equipo y lo montamos todo para que vayas lista a la sesión. De ahí vamos directos al evento de las once. ¿Te parece?

No. No quiero volver a levantarme en cinco horas para fingir sonrisas falsas y rodearme de gente vacía durante horas. Pero no tengo alternativa, supongo.

—Perfecto, te veo mañana Tony.

—Adiós cariño. Intenta descansar, ¿vale? Y si necesitas algo, o te sientes mal, llámame. Sea la hora que sea Em, por favor.

Asiento y le doy un abrazo antes de que salga por la puerta de mi ático con todos los papeles de mis trabajos para mañana.

Cierro la puerta y apago las luces del salón y del pasillo mientras camino hasta mi dormitorio.

Las paredes están cubiertas de fotos mías: campañas, desfiles, sesiones de fotos. Pero no quiero mirarlas. Cada una de ellas me trae un recuerdo aún más traumático que la anterior. Más que orgullo, siento pena. Pena porque, con veintitrés años, soy una modelo de éxito con la vida más miserable del mundo.

Todavía me sorprende que las marcas me contraten después de lo que pasó en mi último desfile de lencería aquí, en Nueva York. No es muy buena publicidad sufrir un ataque de ansiedad y terminar inconsciente a dos minutos de tener que cerrar el desfile. Puede que muchas otras marcas me sigan contratando porque no saben lo que pasó, pero tengo claro que no voy a volver a desfilar para Swan nunca más. He sido la mayor decepción en la historia de la marca más importante de lencería femenina del mundo, y eso va a causar muchas complicaciones en mi carrera y en las marcas a la hora de confiar en mí. Pero no puedo cambiar lo que pasó.

Entro en mi habitación y cierro la puerta. Saco una manta del armario y cubro el espejo de cuerpo entero que tengo frente a la cama, como hago siempre que siento que una de mis crisis va a apoderarse de mí. A veces no soporto mirarme, y es lo único que se me ocurrió hace unos meses para no tener que verme reflejada cada vez que paso por delante.

Me meto entre las sábanas recién lavadas, cuyo aroma respiro con gusto, y doy un último repaso a las notificaciones de mi móvil. Hay miles de mensajes en mis redes sociales que no pienso abrir por salud mental, y otros cinco de Amanda, que tampoco pienso leer, como no leí los veinte anteriores de los últimos tres meses.

Bloqueo el teléfono y me dejo caer sobre la almohada. Cuando casi he encontrado una postura en la que me encuentro a gusto, una llamada vuelve a iluminar la pantalla, y me veo obligada a mirar quién es.

Lo vuelvo a bloquear sin ninguna intención de responder, pero insiste y llama de nuevo.

Voy a responder solo para que me deje dormir en paz. Y porque tal vez lo del desfile de Swan ya se le haya pasado y no busque recordarme que soy un fracaso en todo lo que hago.

—Amanda, me iba a dormir. Hablamos mañana —respondo nada más descolgar la llamada, sin darle tiempo a ella de iniciar la conversación.

—Emma, soy tu madre. No me llames Amanda. Llámame "mamá", o algo así.

Puede que sea mi madre biológica, pero lleva sin ejercer de madre desde que tengo memoria. No pienso dirigirme a ella de ningún otro modo que no sea su nombre.

—Tengo una sesión a las seis. Necesito dormir —insisto.

—¿Aún hay marcas que te llaman después de la que liaste la última vez?

Lo sabía. La culpa es mía por ser una ingenua que todavía cree en los seres humanos así. No debería haberle cogido el teléfono. Ya no hay vuelta atrás. Solo me queda terminar esta conversación cuanto antes y hacer como si nunca hubiera existido.

—Sí. Siento decirte que un ataque de pánico y una bajada de tensión no van a arruinar mi carrera. Son cosas que pasan.

—A las buenas modelos no les pasan esas cosas. Son excusas.

—Si me llamas para pedirme dinero, la respuesta es no. ¿Quieres algo más? —Se hace el silencio en la llamada, pero yo quiero acabar con esto de inmediato—. ¿Algo más? —repito, elevando el tono.

—Vi la entrevista de anoche. Has cogido peso.

Puede que, para un ojo común, los dos kilos y medio que he subido sean imperceptibles, pero ella podría ver hasta una arruga nueva en mi rostro.

—Solo son dos kilos. No he cambiado de talla y apenas se nota.

—¿Estás haciendo la dieta que te mandé por correo?

Ni si quiera leo sus correos.

—No. Estoy siguiendo la dieta de mi nutricionista. —*Salvo cuando me salto comidas*.

—¿Estás haciendo deporte? ¿Qué rutina estás siguiendo? Deberías estar quemando en el gimnasio todo lo que comes, pero está claro que no lo estás haciendo. Por eso has engordado.

Sus palabras retumban dentro en mi cabeza. No es nada nuevo, pero duele casi tanto como cuando era solo una niña en busca de la aprobación de su madre. Ahora soy una mujer adulta que vive muy lejos. No debería importarme, y aun así siempre logra destrozarme.

El corazón se me acelera bajo las costillas. Llevo un tranquilizante y dos tilas encima para poder dormir, y está consiguiendo hacer que no sienta sus efectos.

—No me llames ni me escribas mientras trabajo. Lo que pasó en el desfile fue culpa tuya, y lo sabes desde el momento en el que te pareció buena idea mandarme ese mensaje. A partir de ahora, cuando quieras hablar, llamas a Anthony primero y él te dirá cuando tengo un rato libre. Buenas noches, Amanda.

Tan pronto como su nombre sale de mis labios, cuelgo la llamada. Sé que, si le doy tiempo para responder, empezará con sus

chantajes emocionales y sus frases aprendidas: “No sabes el daño que me haces cuando hablas así de mí. Soy tu madre”, como si a ella en algún momento le hubiese importado todo el daño que me hacía a mí.

Debería haber cortado mi relación con ella desde el momento en que conseguí salir de su casa. Lo habría hecho de no ser porque me habría prohibido ver a la persona más importante de mi vida: mi hermano. Sabe que es mi punto débil y que haría cualquier cosa por él. Jimmy es el único motivo por el que sigo pasándole dinero todos los meses. De no ser por mí, no le pagaría la equipación para jugar al fútbol, ni las botas. Seguramente hasta dejaría de darle de comer en algún momento.

Vuelvo a dejar mi teléfono sobre la mesita de noche a mi izquierda y apago la lámpara con la esperanza de conseguir algo más que simplemente cerrar los ojos durante unas horas.



El primero en llegar a mi casa sobre las cinco y veinte de la mañana es Anthony. Tiene llave, y aún así insiste en no utilizarlas para no invadir mi intimidad. Como si eso fuese posible a estas alturas de mi vida.

Solo llevo despierta diez minutos y ya llevo dos tilas para calmar los nervios. Esto es lo que me provoca hablar con esa mujer que se hace llamar madre.

Anthony entra en mi cuarto y veo como observa con detenimiento el espejo cubierto, las fotos de mí misma descolgadas de la pared y amontonadas boca abajo en el suelo, y las dos bolsitas de las tilas sobre mi mesilla.

Lo sabe, él siempre lo sabe.

—Hablaste con ella cuando me fui, ¿verdad?

Sabe de sobra que sí, así que es una pregunta innecesaria. Asiento y me limpio con la palma de la mano la lágrima que empieza a resbalar sobre mi mejilla. Solo pensar en ella me revuelve el estómago. Hablar con ella es, simplemente, una forma de tortura que me impongo a mí misma semanalmente. Salvo en los últimos tres meses, durante los que he hecho todo lo posible por evitar sus llamadas, utilizando excusas y a Tony como cortafuegos. Debe de haber estado demasiado ocupada para insistir como haría normalmente.

En cada conversación logra reprocharme algo. Si no es sobre mi peso, es cómo me visto, cómo me comporto, y miles de cosas más.

Anthony se acerca y me abraza sujetándome la cabeza sobre su pecho con la mano. Supongo que es el momento perfecto para derrumbarme, ya que aún no han llegado el resto de los trabajadores a mi casa. Él siempre me hace sentir mejor con la única persona a la que odio todavía más que a mi madre: a mí misma.

—¿Por qué no la mandas a la mierda de una vez y dejas que se pudra en soledad?

No hay nada en este mundo que desee más.

—Sabes que no puedo hacer eso. No me dejaría ver a Jimmy nunca más —respondo entre sollozos.

—Em, tu hermano cumple los dieciocho en seis meses. En cuanto sea mayor de edad no podrá impediros nada. Él será libre de ir dónde quiera, de estar contigo. Y tú no tendrás que soportar más a esa zorra.

Me separo ligeramente de su pecho cuando consigo tranquilizarme un poco, y asiento de nuevo. Tiene toda la razón. Llevo años deseando poder acelerar el tiempo para poder sacarlo de ahí y alejarnos a los dos de ella.

—Necesito que me arreglen las uñas, anoche me las arranqué todas nada más terminar de hablar con ella —digo, casi en un susurro.

—Tranquila. Llamo a la manicurista y le digo que se pase en media hora para que te las arregle mientras estás en peluquería. Prométeme que vas a intentar pasar un buen día, Emma. Yo voy a estar cerca todo el tiempo.

—Lo intento. Prometido.



Termino la primera sesión de fotos antes de las once, así que aprovecho la media hora de libertad que tengo antes de mi próximo compromiso para llamar a Jimmy. Hoy tiene un montón de exámenes, y Amanda lo ha amenazado con no llevarlo al torneo de fútbol de la semana que viene, en Barcelona, si no aprueba con las notas que ella le ha exigido.

La ventaja con la que juega mi hermano es que pasa de ella mucho más de lo que lo hacía yo a su edad. Yo corría a esconderme en mi habitación y me ponía a llorar al ver su cara de decepción, sus gritos de ira por haberme comido un trozo de chocolate, y como consecuencia, haberme salido un granito en la cara.

Jimmy es mucho más inteligente. Siempre lo ha sido.

—Hola Em ¿No estás trabajando? —dice nada más descolgar la llamada con un tono más apagado de lo que acostumbro a

escuchar en él.

—Tengo unos minutos. ¿Estás bien?

Guarda silencio unos segundos antes de responder:

—Anoche escuché lo que te dijo por teléfono, así que esta mañana le he dicho que si vuelve a hablarte así empezaría a rajar todos sus vestidos de marca con la navaja que me dio papá.

—¡No deberías haber hecho eso Jim! —grito—. ¿Con qué te ha castigado esta vez por contestarle?

Tengo clarísimo que lo ha castigado. Una de las cosas que más la enfadan es que Jimmy y yo siempre nos defendamos el uno al otro cuando se trata de ella, y no lo soporta.

—No me va a llevar al torneo de la semana que viene, pero no pasa nada. He oído que va a llover de todos modos.

Está mintiendo. Esa es su excusa para que no me sienta culpable por lo que ha pasado.

—Te mandaré dinero para que vayas en tren. O tal vez puedo hablar con la madre de alguno de tus amigos para que te lleven en su coche —sugiero. No puedo dejar que se pierda el torneo de fútbol de verano con sus amigos, y menos por mi culpa.

—Sabes tan bien como yo que encontrará la forma de impedirme que vaya. O irá allí mismo a buscarme y me traerá de los pelos.

No se me ocurre nada, pero eso no quiere decir que las cosas se vayan a quedar así.

Anthony me llama a lo lejos, lo que quiere decir que el descanso se ha terminado y tengo que colgar.

—Jim, me tengo que ir. Hablamos por la tarde. Tranqui, que se me va a ocurrir algo. Te quiero.

—Te quiero, Em.

Corro hacia Anthony con el cuerpo aún envuelto en una bata rosa y la melena rubia recogida con rulos. Le sonrío con tanta malicia que consigo preocuparle.

—Miedo me da esa sonrisa perversa —dice.

—¿A qué hora terminamos esta noche?

—Diría que a eso de las siete podemos estar en tu casa. ¿Por qué?

Ladeo una sonrisa y alzo las cejas.

—Llama a Melody y reserva una mesa en el japonés de Grand Central que me gusta, para los tres.

—¿Reunión de serpientes? —sonríe.

—Reunión de serpientes.

Capítulo 2

Emma

Las luces de neón rojas del cartel del restaurante se ven a lo lejos. Llego con diez minutos de retraso, lo que significa que Anthony también, ya que estaba conmigo en la prueba de vestuario. Corremos bajo la lluvia hacia la puerta de cristal, custodiada por un hombre de seguridad, intentando no hacer esperar más a Melody, pero la lluvia no nos lo está poniendo fácil. Las tormentas de verano son lo que más odio de esta ciudad: hace un calor infernal. La humedad se pega a la piel descubierta de forma desagradable y sucia. Las gotas de lluvia caliente se deslizan por mi brazo y siento escalofríos de asco.

Conseguimos poner un pie en el interior del restaurante, al borde de parecer recién salidos de una ducha de basura, y veo a Melody sentada en una mesa al fondo del oscuro salón.

Una de las cualidades de este sitio es que está poco iluminado y suele ser bastante tranquilo. Tal vez yo no sea una superestrella de cine, pero generalmente me reconocen en lugares públicos si no tengo cuidado, y la conversación de esta noche ha de ser privada.

Me acerco a mi amiga y le doy dos besos en las mejillas antes de tomar asiento a su lado. Ya tiene una copa de vino a medias sobre la mesa, lo que indica que la hemos hecho esperar más de lo que deberíamos. El camarero se acerca cuando todos hemos tomado asiento tras saludarnos y deja las cartas sobre la mesa. Este es uno de los momentos más complicados cuando tengo que socializar: la comida.

Mi nutricionista me ha dicho en repetidas ocasiones que, cuando salga con amigos y no tenga nada que ver con el trabajo, pida la comida que realmente me apetezca, no el plato con menos calorías del menú. Pero mi instinto dirige mis ojos a la tercera columna, junto a cada plato: la columna de las calorías. Antes de

salir de casa me he pesado, y en las últimas cuarenta y ocho horas he perdido un kilo y medio, aproximadamente. Con lo cual, debería comer tranquila, pero no sé muy bien cómo hacerlo.

Anthony lo sabe todo de mí: desde las miserias con mi madre hasta mis trastornos alimenticios. Así que, lo primero que hace al verme analizar la carta más de la cuenta, es lanzarme una mirada amenazante para ordenarme que pare.

—¿Saben ya lo que van a tomar? —pregunta el camarero.

Apenas he tenido tiempo de leer las dos primeras líneas cuando el hombre, asiático y alto, que nos está tomando nota, me mira fijamente. Como suele hacer la gente cuando mi cara les resulta familiar pero no saben de qué me conocen—. ¿Emma… Shield?

Un sabor amargo se apodera de mi paladar al escuchar ese apellido. Desconozco por qué sabe que me llamo así, pero mi cara de confusión debe de haberlo dejado bastante claro, porque interviene de nuevo:

—Soy Joshua, ¿no te acuerdas de mí?

La verdad es que no. Ni si quiera me ha resultado familiar su cara, para ser honesta. Analizo de nuevo a la persona que tengo delante en busca de algo que me indique quién es para no hacerlo sentir mal. Es un hombre muy guapo, de suaves rasgos asiáticos y pelo negro. La camisa negra con el nombre del restaurante bordado en un potente hilo rojo se ciñe a sus pectorales como si hubiese escogido esa talla con el propósito de enseñarle al mundo las horas que pasa en el gimnasio. Es muy alto —bastante más que yo, a pesar de que llevo tacones— y tiene una sonrisa muy bonita que, por mucho que analizo, no logro recordar. Mi expresión le hace saber que me rindo.

—Nos conocimos en un campamento de verano, cuando teníamos como trece años, ¿cómo has acabado en Nueva York?

Por supuesto. Joshua era el típico niño guapo de clase, y ahora, con unos años más, es aún más guapo de lo que recordaba.

—Trabajo. ¿Y tú? —sonrío.

—Igual. No tenía muchas ganas de estudiar y abrí este sitio por probar. El mes que viene inauguramos el cuarto restaurante en

la ciudad. Estáis más que invitados los tres, por supuesto.

Puedo oír los pensamientos de Tony y Melody a kilómetros, gritando que me lo folle en el baño, pero saben que eso no va a ocurrir. Por mucho que ellos piensen que eso le daría alegría y emoción a mi vida.

Anthony nos arranca los menús de las manos a las dos y mira directamente a los ojos del camarero, ignorándonos por completo.

—Tráenos tres margaritas, por favor. Y para comer el menú de degustación para tres. La rubia y yo llevamos todo el día trabajando sin parar y nos morimos de hambre. La morena tiene un novio rico: esa no trabaja.

Joshua sonríe ante el comentario de Tony y se aleja en dirección a la cocina.

La personalidad de Anthony en su máximo nivel, supongo.

—Bien, Barbie modelo, cuéntanos: ¿qué perverso plan contra tu madre tenemos que maquinar esta vez? —pregunta Melody mientras se acerca la copa de vino a la boca con la intención de terminarla.

Saben que se trata de mi madre porque eso es lo que significa "reunión de serpientes". Así llamamos, desde hace unos años, a las reuniones urgentes organizadas únicamente para resolver problemas que tienen que ver con mi madre.

Ellos son mis únicos amigos, especialmente aquí en Nueva York. Anthony y yo nos conocimos en un desfile cuando empecé a modelar para marcas menos conocidas que las actuales. Me gustó tanto su energía y su forma de ser que, tan pronto como pude permitirme un asistente, decidí que sería él o ninguno.

A Melody la conozco desde el instituto, pero en uno de sus viajes de verano a Nueva York, durante mi primer año aquí, conoció a Matt, su novio, y desde entonces no han querido separarse ni dos minutos. Se mudó a casa de Matt y, un día en mi casa —mientras me preparaban para una sesión de fotos—, conoció también a Anthony.

Así surgió nuestro trío.

Melody conoce a mi madre desde que éramos pequeñas y sabe lo maquiavélica que puede llegar a ser cuando se lo propone.

Tony lo ha ido descubriendo con los años.

—Anoche tuve una conversación telefónica bastante horrible con ella, y mi hermano le ha plantado cara esta mañana por las cosas que me dijo. Como represalia, lo ha castigado sin ir al torneo de fútbol de verano la semana que viene, cuando acaben las clases —explico.

—Maldita zorra —responde Melody—. ¿Cómo puede hacerle eso a su propio hijo?

—Cariño —interviene Anthony—, la única persona que le importa a Amanda Shield es Amanda Shield.

Odio su nombre tanto como la odio a ella. Por eso me quité su apellido tan pronto como cumplí lo dieciocho. Lo que pasa es que ella no tiene ni idea. La muy egocéntrica, encima, escribía su apellido el primero en todas partes cómo si fuese el primero, por eso hay gente que me conoce por Shield, en lugar de Jiménez.

Mis abuelos por parte de Amanda son ingleses, a pesar de que, tanto ella, como mi hermano y yo, nacimos en Madrid.

Puedo haber intentado borrar sus huellas de mi apellido eliminándolo de todas partes, pero aún conservo mi larga melena del mismo tono rubio que la suya, al igual que ocurre con mis ojos verde cristalino. Estoy agradecida por solo compartir con ella lo exterior, y no su corazón podrido.

Mi carácter es mucho más como el de mi padre, por suerte.

—Necesito ideas para encontrar la forma de que Jimmy vaya a ese torneo sin que ella tome represalias contra él.

—O tal vez que nunca se entere de que Jimmy ha ido —sugiere Anthony.

—Lo que sea. El caso es que vaya.

—Tengo una idea —dice Melody—. ¿Y si le mandamos una oferta de trabajo en el extranjero durante el verano? En un sitio guay, tipo… ¿Santorini?

—¿Piensas que va a aceptar un trabajo fuera del país cuando me tiene a mí pasándole tres mil euros al mes sin mover un dedo? Estás completamente loca.

Se hace el silencio en la mesa. Todos estamos dándole vueltas a la cabeza en busca de una idea lógica que realmente

pueda funcionar más allá de nuestras bromas.

Nadie habla, lo cual no es una buena señal.

No se nos ocurre nada. Anthony está girando un anillo plateado que le queda grande en el pulgar, mientras Melody juguetea con los cubiertos sobre su plato vacío.

Una cosa tengo clara: voy a encontrar la forma de que Jimmy juegue ese torneo, aunque signifique pasarme las horas hasta la semana que viene ideando un plan.

Veo a otro camarero acercarse de frente a mí, a espaldas de Melody, cuando esta salta de la silla y grita, asustando al joven asiático que nos trae los margaritas en una bandeja de plata.

—¿Y si la secuestramos y, cuando Jimmy haya vuelto, la soltamos otra vez?

Por un segundo he llegado a creer que tenía una idea de verdad, pero me equivocaba.

—No podemos hacer eso. ¿Te imaginas lo que tiene que ser soportar a esa señora durante casi un mes que dura el torneo? A ver quién es el afortunado que se encarga de ella durante el secuestro: ¿tú y tu novio rico? ¿La vais a tener retenida en la habitación de invitados de la tercera planta o tenéis una para los menos bienvenidos en el sótano?

Los tres reímos escandalosamente al tiempo que damos el primer trago al delicioso margarita que nos acaba de servir el camarero.

Rápidamente desdibujo la expresión de alegría de mi rostro y la cambio por mi cara de "estoy teniendo una idea".

—Lo tengo. ¿Y si le mandamos unas vacaciones gratis en crucero por el Caribe? Esos viajes suelen durar semanas, y en los barcos la cobertura es pésima. No podrá estar demasiado pendiente de él.

—¿Crees que va a aceptar? —pregunta Melody.

—¿Tú aceptarías unas vacaciones gratis en barco por el Caribe, rodeada de hombres morenos en bañador y bebidas alcohólicas ilimitadas?

—Yo no solo aceptaría, yo mataría —responde Anthony.

Lo miro a los ojos, manteniendo intacta mi sonrisa, y añado:

—Tú y yo nos vamos a Barcelona un mes, Tony. ¿Qué te parece?

—Pues que me va a costar sudor y lágrimas reorganizar tu agenda, pero estoy dentro.

Me giro hasta mirar a Melody a los ojos.

—¿Y tú qué? ¿Te puntas?

Se pone en pie con la copa de margarita en la mano, justo cuando el camarero se acerca de nuevo a la mesa con los primeros platos. Alza la copa en el aire para invitarnos a brindar.

—¡LAS SERPIENTES SE VAN DE VIAJE!



Me he despertado con resaca.

Ayer, Melody insistió en celebrar nuestro viaje y terminamos con tantos margaritas encima que perdí la cuenta en el cuarto. Lo único bueno de esta resaca es que el alcohol me ha hecho dormir sorprendentemente bien, mejor que los tranquilizantes y las infusiones de tila, que a menudo no surten efecto.

Son las seis de la mañana y debo ponerme en pie. No solo debo cumplir con todos los compromisos laborales posibles antes de irme, sino que también tenemos que planear el viaje para mandar lejos a mi madre.

Ayer, Anthony, con sus habilidades de mánager, nos hizo un borrador de lo que podría ser el itinerario. El barco sale de Miami, así

que decidimos buscarle vuelos con múltiples escalas para agotarla y mantenerla aún más distraída (a pesar de que había muchísimas opciones más baratas con vuelos directos). Solo en llegar hasta Miami tardará casi un día entero, más otro día que pasará en un hotel allí. Al segundo día zarpará el barco, que hará paradas en lugares como República Dominicana, las Bahamas, México, etc., y en cada destino tendrá excursiones organizadas. Durante los días de navegación no tendrá acceso a internet ni cobertura para llamar, ya que nos hemos encargado de contratar todo con una compañía que no disponga de esos servicios, para mantenerla tan incomunicada como sea posible.

El crucero, desde el día de salida hasta el regreso a Miami, dura quince días exactos. Si sumamos el día de llegada y la primera noche en Miami, ya tenemos cubiertos diecisiete días. Después pasará otra noche en Miami y, cuando vaya a volver, descubrirá que su billete para volar de vuelta a casa no existe. Tendrá que contactar a la empresa fantasma que le envió el premio —es decir, nosotros— y tardaremos aproximadamente dos días en darle una alternativa. Le ofreceremos una única opción con tres conexiones lo que implicará pasar una noche en cada ciudad de escala, y cuando por fin consiga regresar, estaremos ya en el día veintitrés.

El torneo dura tan solo veinte días, pero hemos preferido jugar con un poco de margen, por lo que pueda pasar.

Nosotros, en cambio, volaremos de Nueva York a Madrid el mismo día que ella se vea obligada a dejar a Jimmy con nuestro padre, quién estará encantado de que nos lo llevemos de campamento para quitárselo de encima. Ya tiene unos importantes compromisos laborales, que siempre han sido lo más importante para él, de los que hacerse cargo. Y no le dirá nada a Amanda para evitar que le regañe.

Puede que, de vez en cuando, Amanda llame a Jimmy, porque tengo claro que no querrá hablar con nuestro padre, pero no será un problema. Como Amanda no se hace responsable de sus entrenamientos —y siempre son los padres de sus compañeros los que le llevan a entrenar y a los partidos—, voy a escribir directamente al entrenador del equipo para pagar el coste del

alojamiento del torneo y cualquier otro gasto que haya que cubrir. De todos modos, estoy segura de que a ella ni siquiera la conocen.

Tengo la cafetera encendida, y el olor a café comienza a expandirse por mi apartamento cuando suena el timbre.

—Te tengo dicho que uses tus llaves —le digo a Anthony.

—Y yo ya te he dicho que no lo voy a hacer —responde, mientras inhala, tratando de identificar el aroma que llena el salón—. ¿Has hecho café?

Asiento y me hago a un lado para que pase.

—Los cuadros están en su sitio, no hay bolsas de tila por el suelo y tienes la cara lavada y café preparado. Me alegra ver que estás bien.

Lo cierto es que lo estoy. Desde la conversación de anoche, y gracias a lo bien que he dormido, me siento mejor de lo que me he sentido en muchísimo tiempo.

—Necesito el número de cuenta para depositar el dinero del torneo de tu hermano y el número de la persona que lo esté organizando, para enviarle el nombre de los adultos que vamos a acompañar a Jimmy.

Saco el móvil del bolsillo de la bata rosa que siempre uso en casa cuando vienen a arreglarme para las sesiones de fotos, y busco el contacto que la madre de uno de sus compañeros compartió conmigo para hacer los pagos del torneo.

—Te lo mando por mensaje. Escríbele tú para pedirle el número de cuenta y que te diga si necesita algo más.

Los ojos de Tony se abren hasta prácticamente ser expulsados de sus órbitas, y me lanza ese gesto obsceno que siempre hace con la lengua cuando un hombre le pone cachondo.

—¿El entrenador de tu hermano es Eric Lafuente?

Frunzo el ceño, muy confundida. Habla de él como si debiera saber quién es. Había oído su nombre antes, por Jimmy, pero nunca lo he visto, y tampoco entiendo por qué debería reconocerlo.

—¿No sabes quién es?

—¿Debería?

—Era futbolista profesional hasta hace muy poco. Recuerdo haberlo visto en algún evento social de esos que a ti te encanta

evitar.

—¿Se retiró?

—Eso dicen las revistas. De todos modos, le han pedido entrevistas en muchísimas ocasiones y siempre se ha negado a dar explicaciones sobre lo que ocurrió. De todas formas, creo que es bastante reciente.

—¿Y a ti desde cuando te gusta el fútbol? —ladeo una sonrisa.

—Cariño, el fútbol me importa una mierda. Pero era la imagen de muchísimas marcas de ropa. Además, yo siempre estaré interesado en un deportista moreno, cachas y tatuado. *They are my thing, baby.*

Capítulo 3

Emma

Los aviones siempre me producen dolor de cabeza, pero hoy Anthony se ha empeñado en agravar ese sufrimiento durante más de la mitad del vuelo.

—He aplazado tus campañas menos urgentes para cuando hayamos vuelto. He aprovechado el viaje para que hagamos las fotos para la promoción de bañadores aquí, ya que vamos a estar cerca de la playa, y las únicas campañas publicitarias que tienes estos días son en redes sociales. Lo único que te pido es que sigas siendo activa en Instagram y no dejes de publicar contenido; que no piensen que has desaparecido de la faz de la Tierra.

No ha dejado de hablar de mi nueva agenda para estos días, y de lo mucho que tendremos que trabajar a la vuelta para recuperar el tiempo perdido, ya que ha tenido que mover las campañas de verano al mes que viene. Ahora tengo agosto repleto de trabajo.

—Anthony, cállate ya. Me estás estresando hasta a mí — le ordena Melody—. Te voy a buscar un morenito que te mantenga entretenido para que desconectes del trabajo antes de que le explote el cerebro a Emma.

—¿Puedes ponerme eso por escrito? —responde él.

Me aseguro de que tengo la coleta bien hecha antes de poner un pie fuera del aeropuerto. Nunca sé dónde alguien va a hacerme una foto ni en qué revista puede terminar.

Nos dirigimos a la zona de alquiler de coches, donde nos espera una mujer bajita con gafas, cuyas manos apenas pueden sostener el montón de papeles y carpetas que lleva encima.

Hemos aterrizado en Madrid. El plan es coger el coche de alquiler, pasar por casa a por Jimmy y salir directamente hacia Barcelona para llegar antes de que anochezca. Hace un par de días

crearon un grupo de WhatsApp en el cual están todos los padres de sus compañeros y Anthony, ya que yo prefiero no tener que estar pendiente del móvil. No suelo llevarlo encima, y si lo llevo es apagado, para evitar leer cosas sobre mí en redes que puedan provocarme una crisis de ansiedad.

Aplico esta regla desde el día que mi madre consiguió hacerme perder el conocimiento del estrés con un solo mensaje, justo antes del desfile más importante de mi carrera.

El caso es, que en el grupo informaron que la noche de llegada organizarían una barbacoa en el camping donde nos alojaremos tanto familiares como jugadores. Cada familia tendrá su cabaña privada en una zona más silenciosa del recinto, mientras que los chicos y los organizadores se quedarán en las más cercanas a las pistas de fútbol que se utilizarán para entrenar por las mañanas.

—Llegan veinte minutos tarde —nos regaña la señora, mientras me pone delante un documento que soy incapaz de leer tan de cerca.

—Discúlpenos, estábamos esperando a que salieran las maletas—respondo.

—Enséñame tu permiso de conducir y fírmame estos dos documentos.

Hago lo que me pide, y mientras yo firmo los papeles, Anthony revuelve en mi bolso en busca de la documentación.

—El coche lo tenéis que entregar el día que pone en la copia que te he dado antes de las doce del medio día, aquí mismo. Buenas tardes.

La mujer se aleja de nosotros, dejando las llaves sobre mi mano antes de irse, y los tres nos metemos en el coche una vez hemos conseguido meter todo el equipaje en el maletero.

—¿En serio, Anthony? —pregunto con ironía.

—¿Qué?

—¿Has alquilado un Rolls-Royce de color rosa para llevar a mi hermano a su torneo de fútbol?

—El rosa es tendencia. Además, era de los pocos coches de lujo que tenían en catálogo con más de dos plazas. De nada.

El coche huele a cuero nuevo, y el salpicadero está tan limpio que es como si nunca nadie lo hubiese tocado. Melody se acomoda en la parte trasera junto a Tony —que inspecciona el interior con una sonrisa satisfecha—, y dejan el asiento del copiloto libre para que lo ocupe Jimmy.

—¿Sabéis que este modelo lo utilizó Beyoncé en un videoclip? No este exactamente, pero uno igual —dice Anthony, acariciando los asientos de piel como su fueran de peluche.

—A Jimmy le va a dar un infarto —comenta Melody—. Vamos a llegar al camping como si fuéramos un a grabar un capítulo de *Dubai Bling.*

—¿Por qué crees que lo elegí? —Anthony sonríe—. Vamos a dejar el listón bien alto.

Me apoyo sobre el respaldo del asiento, echando la cabeza hacia atrás. Me duele la nuca. No sé si por el vuelo, por la resaca o por la tensión acumulada desde que empezó todo este plan. Nos ponemos en marcha y salimos del aeropuerto entre coches, obras sin terminar y taxistas enfadados. La ciudad nos recibe con el calor espeso y seco típico de julio, y esa mezcla de humo y polen que se cuela por la ventanilla entreabierta. En cuanto nos acercamos a la zona norte de la ciudad, en la que me he criado, noto cómo algo se me cierra en el estómago. Hace tiempo que no paso por aquí. Todo me resulta familiar, pero con esa familiaridad incómoda, parecida a la sensación que produce ver una foto antigua en la que ya no te reconoces.

O cuando vuelves a un sitio en el que sientes que ya no encajas. Al que ya no perteneces.



Llevamos horas en la carretera. Me han taladrado el cerebro con canciones de reguetón durante todo el trayecto, hasta hace escasos treinta minutos, cuando Melody y Anthony cayeron rendidos a manos del jet lag.

Hace más de treinta grados y llevo la ventana del conductor abierta, dejando que el cálido aire se adentre en el coche para mantenerme despierta. En la radio suena *Out Of Time*, de The Weeknd, a pesar de que mi hermano detesta la música en inglés porque, según él, no la entiende. Giro sutilmente la cabeza y lo veo escribiendo a toda velocidad en la pantalla de su móvil, mientras los ronquidos de Melody suenan de fondo.

Lo echaba muchísimo de menos, y estoy más feliz de lo que aparento de tenerlo cerca. Compartir unos días con él y sus amigos en un entorno diseñado para pasarlo bien y desconectar era justo lo que necesitaba para salir del oscuro agujero en el que se encontraba mi vida —y mi mente—.

Un ruido casi imperceptible resuena en el interior de mi estómago, y siento como se gira hasta mirarme sin decir una sola palabra. Se me ha olvidado por completo comer antes de salir de casa, y me negué a probar ninguna de las calóricas opciones del menú de primera clase del avión.

—¿Cuántas horas llevas sin comer, Em? —pregunta.

Jimmy conoce perfectamente mis problemas con la comida y lo severos que se vuelven cuando alguien hace comentarios respecto a mi cuerpo, especialmente si se trata de nuestra madre.

No he comido porque vamos a cenar carne por la noche, y prefiero mantener el ayuno para poder probar bocado más tarde. Así evito que los padres de sus amigos se piensen que estoy enferma.

—Cené fuera anoche y no me sentó del todo bien —respondo —, así que intento cuidar mi estómago para poder comer con tus amigos y sus familias al llegar.

—Tienes que aprender a ignorarla. No dejes que te afecte nada de lo que te dice. Está enferma, y jamás lo va a reconocer —insiste—. Eres la mujer más guapa del planeta, y por eso las marcas quieren tu cara junto a sus logos por todas las revistas. A nadie le importa que engordes dos o cinco kilos, porque sigues siendo la mejor modelo de tu generación. Si por mamá fuera, comerías dos espárragos al día y lucirías como Jack Skellington en *Pesadilla Antes de Navidad*. Nadie quiere eso. Tú tampoco.

Me quedo callada, mirando al frente, buscando algo en la carretera que me ayude a no romper a llorar ahora mismo.

Mi madre siempre ha sido una mujer delgada, y estuvo obsesionada con mi físico desde el día en que nací. Nunca me permitió ser una niña normal. No probé mi primera gominola hasta que cumplí ocho años, en el cumpleaños de una compañera del colegio, a sus espaldas. Tuve que cogerla del plato y metérmela en el bolsillo para comérmela a escondidas en el baño. De lo contrario, jamás me habría dejado siquiera probarla.

He arrastrado problemas a la hora de comer desde que tengo memoria. Engordé diez kilos apenas dos meses después de irme de su casa, simplemente porque comía algo más que brócoli al vapor y pollo hervido sin sal. Eso era todo lo que comía cuando vivía bajo su techo.

Siempre fui una niña excesivamente delgada. Mi madre se justificaba en el colegio diciendo que era de constitución muy fina y que no comía casi de nada. Pero la verdad era que ella no me dejaba comer lo que quería.

Cuando me mudé a Nueva York para poder gestionar de forma más sencilla mi trabajo, contraté a una nutricionista que me organizó las comidas para mantenerme en un peso sano para mi metro setenta y cinco de estatura. También contraté a una entrenadora personal que me diseñó una rutina de ejercicios para mantenerme en forma. La dieta me ayudó a ganar todo el peso que me faltaba al principio, y recuerdo que casi le da un ataque al verme por primera vez con algo más que huesos bajo la ropa. Me había crecido el pecho dos tallas y, aunque seguía siendo delgada según cualquier estándar, me sentía mucho más fuerte y con más energía que cuando no comía.

La mayoría del tiempo me gusta mi cuerpo. Trabajo en cuidarlo, porque, al fin y al cabo, vivo de ello. Pero hay momentos en que los ojos me traicionan y me da miedo mirarme al espejo. Cuando tengo un plato de comida delante, soy incapaz de disfrutarlo, porque me lo estoy comiendo con miedo, no con ganas.

—Tengo un batido de proteína en la mochila. Hazme el favor de bebértelo.

—Demasiado azúcar. Además, en menos de una hora estaremos cenando. Puedo aguantar un poco.

—Emma, no tienes que aguantar. No puedes estar pasando hambre para castigarte a ti misma por haber excedido las calorías de tu dieta un día. Tómate el batido, por favor.

Asiento con la cabeza. Me da el batido con el tapón ya abierto para que pueda beber sin distraerme de la carretera. El dulzor del líquido penetra en mis papilas gustativas y me envuelve la boca por completo. Está muy dulce. Llevo semanas sin probar algo así, y sabe a chocolate. Tan pronto como me trago el primer sorbo, una sonrisa se dibuja en mi rostro. Está rico y frío.

—¿Cómo ha reaccionado Amanda a la carta que le mandamos? —pregunto, al tiempo que me acerco la pequeña botella a los labios para darle otro trago.

—Hablando de eso… podrías haberme avisado antes de mandársela, y me habría ido a casa de algún amigo. No sabes el trauma que fue tragarme su charla sobre cómo a la gente buena como ella le pasan cosas buenas, y bla, bla, bla...

—Si las cosas que le pasan fuesen en base a su bondad…

—No hace falta ni que termines. Sería una de las personas más desgraciadas del planeta. El caso es que, cuando tuvo hechas las maletas ayer, llamó a papá y salió corriendo al aeropuerto sin dedicarme ni un solo pensamiento. Diría que la parte que menos gracia le hizo es tener que llamarlo para que se quedara conmigo y, encima, avisarle de que tenía prohibido ir al torneo.

—¿Y papá? ¿Qué te dijo cuando le contaste que te venías hoy conmigo?

No tengo idea de cuál ha sido la reacción de mi padre. Llevo años sin verlo. Aunque sabe de mi vida y nos escribimos un par de mensajes al mes, apenas sé nada de la suya.

—Dijo que estaba de acuerdo en que me llevases al torneo, y que, si *Cruela* nos ponía las cosas complicadas, lo llames a él. —Un breve silencio se instala entre nosotros; nunca sé muy bien qué decir cuando se trata de mi padre—. Está orgulloso de ti, Emma. Puede que no sea muy expresivo y que parezca que siempre está pendiente de otras cosas, pero cuando estoy con él me pregunta por ti. Siempre busca tus desfiles para verlos.

Mi relación con mi padre es prácticamente inexistente. A los dieciocho años me independicé, y pocos meses después mis padres se separaron. Nunca supe muy bien por qué. Según Amanda, él era un mal padre que vivía más preocupado por su trabajo y el dinero, que por su familia. Mi padre siempre ha sido un hombre de negocios que vivía pegado a la pantalla del ordenador preocupado por la subida o bajada de sus acciones en la bolsa. Como yo ya no vivía en casa, nuestra relación se debilitó. Él tenía trabajo a todas horas y, al tener que llevarse a Jimmy dos fines de semana al mes, ha mantenido más relación con él que conmigo

Yo llevo prácticamente cinco años si verlo. Nunca hablamos por teléfono. Hubo un momento en que realmente creí que ya no me quería, y que ese discurso constante de Amanda, acusándolo de ser un mal padre que nos había dejado atrás y había cambiado sus prioridades, era verdad.

A veces, cuando nos repiten la misma mentira sin parar una y otra vez, y no tenemos otro punto de vista que valorar, la abrazamos

como si fuera la única verdad. Como si fuese el último trozo de pan sobre la faz de la Tierra.

Puede que, en cierto modo, adoptara el discurso de mi madre como la única realidad. Nunca tuve una conversación real con mi padre sobre esto, y no sé muy bien cómo me siento al respecto. A decir verdad, siempre he sido un desastre a la hora de gestionar y expresar mis emociones.

En realidad, creo que soy un desastre en todo.

—Me alegro mucho de que papá tenga su vida y sea feliz —digo al fin—, pero eso no lo justifica de su ausencia en la mía todo este tiempo. Nunca me escribe si no lo hago yo primero. Y si quiere expresar su orgullo por mí con alguien, me gustaría que lo hiciera conmigo, no con los demás.

—Intenta hablar con él. Es una buena persona. No creo que quiera hacerte daño… Tal vez no sabe muy bien cómo te sientes con respecto a él. No puedes culparle por eso, tú eres igual.

A veces me sorprende lo maduro que es Jimmy para ser un chico de diecisiete años que aún está en el instituto. Puede que vivir con un adulto disfuncional que no se hace cargo en absoluto de él lo haya obligado a madurar un poco antes de tiempo. Pero siempre he sabido lo inteligente que era, desde pequeño.

La luz anaranjada empieza a colarse por los cristales del coche, y frente a nosotros el sol se acerca al horizonte. Estamos a menos de veinte minutos de la dirección marcada en el navegador, así que es hora de despertar a los bebés que duermen plácidamente en la parte trasera del coche.

Me giro para mirar a Jimmy, y ladeo una sonrisa perversa.

—Ponles algo de esa música molesta que te gusta a ti y sube el volumen, que ya es hora de que se despierten.

Coge mi móvil y empieza a buscar en mi biblioteca algo que tenga descargado. Está buscando algo que también me guste a mí. Sube el volumen de la radio del coche, a la que está conectado mi teléfono, y acerca el dedo peligrosamente al botón de *reproducir*.

La música estalla en los altavoces del coche y, por el espejo retrovisor, veo cómo ambos pegan un bote, con la expresión

desencajada por el susto. Jimmy y yo empezamos a cantar *Tití me preguntó* de Bad Bunny a todo pulmón.

Tan pronto como Melody logra despejarse, restregándose los ojos, se une a la fiesta y comienza a cantar con nosotros, ya que es uno de sus cantantes favoritos. Anthony, aunque habla español a pesar de sus raíces norteamericanas, no tiene ni idea de la canción que estamos cantando. Nos observa con el ceño fruncido durante unos segundos, hasta que lo veo bajar la ventanilla del coche y empieza a bailar sobre el asiento trasero, viviendo la canción tanto como nosotros.

Todavía cantando a pleno pulmón temas de Bad Bunny y con las cuatro ventanillas del coche bajadas, entramos en el aparcamiento del campamento, donde ya están algunos de los compañeros de Jimmy con sus familias. Me alegra comprobar que no somos los últimos en llegar.

El coche no pasa desapercibido: la música resuena por todo el aparcamiento y el color del vehículo es, cuanto menos, notorio.

—¡Jimmy! —grita Edu, uno de sus amigos de toda la vida. Se asoma por la ventanilla del coche y me lanza una mirada—. ¿Cómo estás Emma? No sabíamos que venías.

—Yo tampoco lo sabía hasta hace una semana. ¿Cómo es posible que seáis más altos que yo? Dios mío...

Ya no son niños. Tanto Jimmy como sus amigos —a quienes conozco desde el colegio— han crecido, y ahora la gran mayoría aparenta más edad que yo. A veces me pregunto cómo su entrenador se ha ofrecido a organizar esto, conviviendo con adolescentes rebosantes de testosterona por las esquinas todo el día.

Anthony, Melody y yo sacamos todas las maletas del coche. Saludo a algunos compañeros de Jimmy que reconozco y me presento a los padres, ya que él siempre va solo a los entrenamientos y no conocen a nadie de mi familia en persona, y mucho menos a mí.

—Emma—escucho decir a lo lejos —, estás más buena que en las fotos de las revistas.

—¡Eh, payaso! Deja en paz a mi hermana si no quieres tragarte los dientes —responde Jimmy al comentario de Álex, otro de sus amigos al que también conozco.

Mientras sigo saludando a algunos de los padres y familiares, se acerca a mí una mujer morena de melena larga y completamente lacia. Tiene los ojos tan oscuros que parecen negros, la tez ligeramente bronceada y lleva de la mano a una niña que no debe de tener más de seis o siete años.

—Hola Emma. Tú debes de ser la hermana de Adrián, ¿verdad?

Se me hace raro escuchar el nombre de mi hermano salir de sus labios. Desde que empezó el colegio y la gente empezó a llamarlo "Jimmy" usando el apellido de mi padre —Jiménez— como apodo, jamás hemos utilizado su nombre en casa. Salvo cuando éramos pequeños y mis padres querían regañarlo por algo. Entonces sí: "Adrián" era la señal de que había hecho algo malo.

—Sí, encantada —respondo con una sonrisa.

—Yo soy Mila, la madre de Eric, el segundo entrenador. Aunque durante estas semanas de campamento, creo que él se hará más responsable del equipo que su padre. Ella es Elisabeth —indica, mirando a la pequeña que lleva de la mano.

—Pero puedes llamarme Eli —interviene con una voz muy dulce.

—Encantada de conoceros a las dos. Gracias por haceros cargo de organizar todo esto para que los chicos puedan participar en el torneo. Jimmy lleva meses hablándome del tema por teléfono.

—Yo te he visto en la tele —me dice la pequeña—. Eres muy guapa. Me gusta mucho tu pelo.

Por un momento me quedo paralizada. No suele gustarme que la gente comente sobre mi aspecto, ni para bien ni para mal, pero esta niña es tan dulce que no puedo evitar sonreír ante su cumplido.

—A mí también me gusta mucho tu pelo. ¿Te has hecho esas trenzas tú solita? —le digo, poniéndome en cuclillas para estar más cerca de su estatura.

Tiene una larga melena color chocolate muy oscuro, recogida en dos trenzas de boxeadora con coleteros de color azul a juego con su vestido de estrellas.

—Me las ha hecho mi madre. Es peluquera.

A nuestro alrededor, la gente comienza a alejarse arrastrando sus maletas sobre el suelo de gravilla, en dirección a los bungalós de la zona oeste, destinados a las familias. Mientras tanto, los chicos se han juntado todos y han salido corriendo en dirección este a las cabañas de los jugadores. Me pongo en pie de nuevo y llamo a mis amigos, que aún están descargando maletas del coche.

—Tony, Melody, ¿podéis venir un momento, por favor? —Se acercan unos pasos hasta nosotras y me dispongo a presentarlos—: Ellos son Anthony, mi amigo y representante; y Melody, una muy buena amiga que se nos ha acoplado —bromeo.

—¡Eh! ¡Qué me invitasteis vosotros! —protesta, dándome un pequeño empujón en el hombro.

—Ellas son Mila y Eli, la madre y la hermana de Eric, el segundo entrenador.

—Encantada de conoceros a todos y gracias por haber traído a Jimmy —dice Mila—. Han estado entrenando mucho para este torneo, y estoy segura de que están muy ilusionados. Vuestro Bungaló es el 109. Siento que esté en la zona este del campamento, pero uno de los bungalós para las familias está averiado y no hemos podido habilitarlo. Lo único malo es que estaréis cerca de los chicos y de los campos de fútbol. Lo bueno es que es más grande que los del lado oeste, y está más cerca de las zonas comunes como el comedor, la piscina y demás.

—No es ningún problema, Mila. Gracias por buscarnos una alternativa dentro del camping.

—Dentro de una hora haremos una reunión en el pequeño escenario que está junto a las mesas, donde también celebraremos la barbacoa esta noche. Ahí, mi marido y mi hijo se encargarán de dar más información a todos. Después cenaremos todos juntos, y mañana empezaremos las actividades de forma oficial.

—Perfecto. Muchas gracias, Mila.

—Gracias a ti, cariño. Encantada de conoceros a todos. Nos va a venir bien tener adultos jóvenes cerca.

—¡Adiós Emma! —se despide Eli.

Cierro el coche con el mando, cojo mi bolso y arrastro las maletas en la misma dirección en la que se han ido los chicos. Es triste pensarlo, pero yo a su edad, ya vivía por y para el trabajo, y no recuerdo haberme divertido nunca con nadie de forma tan despreocupada y libre como lo hacen ellos.

Capítulo 4

Eric

Son las ocho menos cinco de la tarde, y la reunión informativa con las familias y los chicos empieza en cinco minutos. Miro, inquieto, mi reloj de pulsera y vuelvo a tocar la puerta de la cabaña de mis padres con los nudillos mientras grito:

—¿No podéis ser puntuales por una vez en la vida? Se supone que yo solo soy el ayudante.

Aún así, la impuntualidad me pone enfermo. No soporto que la gente juegue con mi tiempo, ni hacerlo yo con el de los demás.

La puerta sigue cerrada y mi paciencia se agota con cada segundo que pasa, acercándonos más a las ocho en punto. El escenario que tenemos junto a las mesas de picnic está cerca —menos de dos minutos caminando—, pero no me parece un buen comienzo llegar tarde a la reunión con los padres de los chicos de los cuales tenemos que hacernos cargo durante las próximas tres semanas. No todas las familias han podido venir, por motivos laborales o económicos, así que la responsabilidad de algunos de ellos recae completamente sobre nosotros.

Vuelvo a llamar por cuarta vez, cuando por fin, la puerta se abre.

—Perdona, cariño. Tu hermana se ha puesto muy pesada y quería llevar el pelo completamente liso, como la hermana de uno de los niños.

No me sirve como excusa. Que Eli quiera llevar el pelo como otra niña es la menor de mis preocupaciones ahora mismo.

—Quedan dos minutos para las ocho. ¿Nos podemos ir por favor?

Eli sale de la cabaña agarrando la mano de mi madre, mientras que mi padre cierra la puerta tras de sí.

Estar aquí no entraba en mis planes para este verano. Seguramente debería estar celebrando victorias con mis amigos en

algún lugar paradisíaco donde los putos *paparazzi* no pudiesen encontrarme ni aunque levantasen todas y cada una de las piedras del planeta. El único motivo por el que he venido es porque este camping me recuerda a los años de colegio, cuando venía aquí con el equipo en verano a jugar al fútbol y tragar agua de la piscina durante casi un mes. Ahora tengo que esconderme aquí para que dejen de pedirme explicaciones sobre algo que no puedo —ni quiero — explicar. A estas alturas, me la suda lo que piensen de mí y cuánto quieran manchar mi reputación. No hay nada que manchar, de hecho.

Me he encargado de ayudar a mi padre a organizar el torneo y los entrenamientos, para poder pasar algo de tiempo con mi familia mientras intento, de paso, evitar la atención del resto del mundo sobre cada movimiento que hago. Tal vez unas semanas aquí, rodeado de adolescentes y sus respectivas familias, consigan reconectarme con la persona que era antes de toda esta mierda. Estoy un poco hasta los cojones de toda la pantomima en la que se ha convertido mi vida desde que decidieron utilizar mi imagen como les dio la gana para crear un personaje que limpiara cada uno de los marrones de los demás. Yo soy futbolista. Era futbolista, quiero decir. No soy ningún actor, y este personaje de mierda no me gusta, así que no pienso seguir interpretando a la porquería en la que me han convertido.

Cuando llegamos a la zona del camping, donde las mesas de picnic rodean el pequeño escenario, mi padre no tarda en subirse y empezar su discurso. He de reconocer que he desconectado por completo y no estoy escuchando lo que dice, porque lleva una semana repitiendo lo mismo en bucle. Merodeo por la tierra, manchando las deportivas de quinientos euros que no debería haber traído, y no puedo evitar que mi mente se quede completamente en blanco.

Y casi lo agradezco.

Cada vez que consigo aislarme de mis pensamientos, mi mente se ve invadida por imágenes de la moqueta color crema del hotel, manchada de sangre, y mis puños en carne viva golpeando el

cráneo de ese capullo. No es culpa lo que siento. No me siento culpable.

De hecho, me arrepiento de que no me dejasen rematarlo. Pero ese fue el detonante de todo lo que vino después, y me atormenta pensar que mi vida se haya convertido en esto para siempre.

Aún así no cambiaría ni un solo segundo de lo que hice. Nadie lo habría hecho, de no ser por mí.

Oigo mi nombre en un eco medio sordo que me saca de donde coño se haya metido mi cerebro, y veo a mi padre acercarse a mí con un papel en la mano.

—Eric, pídeles a los chicos de esta lista que te den los permisos de asistencia de sus padres, y preséntate a quienes hayan venido en su lugar.

Es más una orden que una petición. Empiezo a arrepentirme de haber accedido a ser segundo entrenador de mi padre. No soy una persona a la que le resulte fácil acatar órdenes, y probablemente me habría venido bien aprender a hacerlo antes de que me suspendiesen sin escucharme.

Nadie quiere escuchar al rebelde del equipo que va por libre.

No sé si estoy en el mejor momento para hacerme cargo de un grupo de adolescentes, y menos teniendo en cuenta que tanto ellos como sus familias habrán visto todas mis miserias de los últimos meses por la televisión.

Camino entre la gente sin saber muy bien a quiénes estoy buscando, ya que apenas he visto a estos críos tres veces en mi vida. Y entonces me topo con unos ojos verde cristalino que hacen que mis pies se detengan en seco. Dos personas pasan por delante, obligándome a perder el contacto visual, y la curiosidad se apodera de mí lo suficiente como para acercarme en esa dirección. Una chica castaña y un chico con la piel oscura, vestido de forma algo extravagante, me sonríen y gesticulan para que me acerque a ellos. Lo hago sin pensarlo dos veces. La chica de los ojos cristalinos está con ellos, y, a esta distancia, puedo apreciar mucho mejor sus facciones simétricas y el brillo dorado de su larga y lisa melena. Tiene esa belleza que cualquier mujer del planeta desearía, pero no

la ostenta. Tiene la piel muy blanca, como si no le hubiese rozado un rayo de sol en toda su vida, y su sonrisa grita tristeza más que alegría.

Puede que, después de todo, los años de psicólogo con el equipo sí me sirviesen de algo. No me ayudaron en absoluto con el fútbol, pero me enseñaron a leer a las personas como si fuesen libros abiertos.

—Buenas. Soy Eric. ¿A quién acompañáis vosotros?

Sus ojos verdes, brillantes como dos diamantes, me miran, pero no responde. En cambio, mira a sus amigos como en busca de que uno de ellos lo haga por ella.

—Hola, Eric. Yo soy Melody. Él es Anthony —dice, señalando al chico de piel morena y pelo rizado con unas enormes gafas—, y ella es Emma. Venimos acompañando a Jimmy.

—¿Jimmy? —pregunto, confuso. No me suena haber leído ese nombre en la lista de mi padre.

—Adrián Jiménez. Es mi hermano —responde Emma, con la mirada perdida, como si fuese un robot el que hablara y no una persona.

—¿Tu hermano se llama Adrián? —pregunta la chica de pelo castaño, cuyo nombre ya he olvidado—. Creo que nunca le he llamado de otra forma que no sea Jimmy desde el día en que os conocí.

—Bien, ¿tienes la autorización firmada por alguno de tus padres? —pregunto intentando encaminar de nuevo la conversación.

El chico, Anthony, saca un sobre del bolsillo interior de su chaleco de cuero —a pesar de que estamos a treinta y cinco grados — y me lo entrega.

—Perfecto. Los hermanos pequeños pueden participar en las actividades, pero eso os incluye a vosotros también. Aunque intuyo que todos sois mayores de edad. Me vendría bien contar con adultos jóvenes que me ayuden con los chavales.

—En realidad yo tengo cosas que…—intenta excusarse Emma con un tono nervioso cuando Anthony le interrumpe:

—Estaremos encantados, cuenta con los tres.

—Bien. Mañana empiezan las actividades después de la comida, ya que las mañanas van a estar reservadas para entrenar. Pasadlo bien. Os veo en un rato para la barbacoa de bienvenida.

—¡Allí estaremos! —grita de nuevo la chica castaña, agitando los brazos con entusiasmo.

Yo me contengo con todas mis fuerzas para no girarme otra vez. Pero algo en su mirada se ha quedado conmigo, como si supiera que volveré a buscarla.

Capítulo 5

Emma

Tengo la mirada perdida y la mente casi en blanco. *Casi.*

—¿Te has quedado muda? —pregunta Anthony en cuanto Eric está lo bastante lejos para no oírlo.

—Yo también me habría quedado muda si ese pedazo de tío me hubiese mirado de esa forma, qué quieres que te diga —responde Melody.

Durante toda la conversación, no ha apartado sus ojos de los míos.

Lo cierto es que yo tampoco he apartado los míos de él.

Tiene la mandíbula marcada, perfecta. Su sonrisa brilla y resalta aún más los pequeños hoyuelos en sus mejillas. Sus ojos son tan oscuros que diría que son negros, de no ser porque su pelo es incluso más oscuro. Su piel, ligeramente bronceada evidencia que se expone al sol con frecuencia, y le sienta de maravilla.

—Tierra llamando a Emma, ¿sigues ahí dentro? —dice Anthony, agitándome los hombros y sacándome de mis pensamientos—. He de decir que es la primera vez en mi vida que te veo reaccionar así ante un hombre, pero no te culpo. ¡Qué hombre, cariño!

—Bueno, ya está bien. ¿Podemos ir a comer algo, por favor? Estoy empezando a oler esa carne a la brasa y vais a tener que ponerme un babero antes de que lo llene todo de saliva si no me dejáis comer—interrumpe Melody.

Caminamos hasta las mesas de picnic que se sitúan junto a la barbacoa. Hace un calor asfixiante, y solo estamos en junio. Oigo los gritos de los niños a mi derecha. Hay una piscina privada junto a las mesas de picnic y se están empujando unos a otros al agua con la ropa puesta.

El olor de la comida empieza a colarse en mi nariz y, de inmediato, siento náuseas. Habitualmente como lo justo para

mantenerme en mi peso, pero, sobre todo, en la misma talla. El olor de la comida me suele producir rechazo de forma habitual; por eso me alimento de cosas que no desprenden demasiado: ensaladas, comidas frías, tostadas de espinacas con huevo, etc. Pero el olor de la carne en contacto con las brasas es demasiado.

Intento alejarme sin molestar mientras Tony y Melody disfrutan de la cena y mi hermano se divierte con sus amigos, y me siento en una mesa alejada del bullicio.

Ya casi ha anochecido, y la escasa iluminación que hay me facilita perderme entre las sombras. Observo la pantalla de mi móvil, abarrotada de notificaciones. No suelo revisar mis redes sociales ni nada relacionado con ellas, las promociones de ese tipo me las suele gestionar Anthony, para evitar que yo lea comentarios de gente que vuelca sus frustraciones contra las caras más conocidas ocultos tras una pantalla.

Abro mi cuenta de Instagram, y veo los miles de comentarios en el último vídeo que ha publicado Tony, el vídeo de la entrevista de la que hablaba mi madre.

Hay muchos comentarios bonitos, pero los humanos tendremos a fijarnos en lo malo, nunca en lo bueno.

Es la primera vez en mi carrera que un programa tan prestigioso como *The New York Stars Night* me da la oportunidad de protagonizar la noche como invitada. Cuando Anthony recibió un correo del director del programa preguntando si estaba interesada en asistir, lo primero que sentí fue miedo. Después del ridículo que hice al no presentarme al cierre del desfile de Swan hace casi cuatro meses, estaba segura de que el presentador sacaría el tema para ponerme en una situación complicada y obtener algo de información con la que crear más expectación. Pero no fue así. Marcus no mencionó el desfile en ningún momento, y tampoco la marca. A diferencia de otros entrevistadores y redactores de revistas, que sí habían intentado obtener información, tanto a través de Anthony, como preguntándome a mí directamente.

Sigo deslizando el dedo por la pantalla, leyendo los comentarios negativos con mucha más atención que los positivos.

Qué hace en televisión una persona cuyo talento se resume en enseñar las tetas en ropa interior.

¿Qué tiene de interesante una modelo sin talento como para entrevistarla?

Si al menos hubiese ido sin sujetador, habría llevado algo entretenido.

¿Alguien puede darle de comer a esa niña?

Talento: Dos tetas y la cara llena de bótox.

Bloqueo la pantalla de golpe y dejo caer el teléfono al suelo con las manos temblorosas. Siento cómo se me humedecen los ojos y las lágrimas empiezan a recorrerme las mejillas.

Nunca me he operado el pecho, ni me he pinchado nada en la cara. La gente repite de forma constante lo deshonesta que soy con mi aspecto físico, pero lo cierto es que nunca me he hecho nada. Mis labios siempre han sido gruesos, y mi nariz, tan fina como la de mi madre. Tengo la piel lisa porque solo tengo veintitrés años. Las mujeres de mi edad no tienen arrugas porque son jóvenes, no porque se hayan pinchado nada para esconderlas. Mi pecho siempre fue ligeramente más grande que el resto de mi cuerpo. Siempre fui una niña muy delgada, y aunque ahora no lo soy tanto, mi pecho ha crecido a medida que he subido de peso. No significa que me haya operado para tener más.

Odio las redes sociales tanto como odio a las personas que piensan que soy una estúpida cuyo único oficio es enseñar su cuerpo. Pero lo cierto es que eso es lo que soy. No tengo ningún talento, y no lo voy a tener nunca. Mi vida se basa en ponerme la ropa que me dan, posar delante de una cámara o pasear en tacones por una pasarela mientras me hacen fotos.

—Hey, ¿estás bien?

Me giro al oír una voz masculina a mi espalda. Distingo con dificultad, por la falta de luz, la cara de Eric. Lleva un plato de cartón lleno de carne recién cocinada, aún humeante, en una mano, y un vaso de plástico vacío en la otra.

Deslizo la palma de la mano sobre mis mejillas intentando barrer las lágrimas de mi cara para poder mirarlo a los ojos sin

hundirme en la vergüenza aún más.

—Estoy bien —inhalo, y una expresión de desagrado se dibuja en mi rostro.

—¿No tienes hambre? Pensé que después del viaje en coche te apetecería comer. Tus amigos parecían llevar años sin probar bocado por la forma en la que los he visto devorar el primer costillar entre los dos.

—Estoy algo revuelta del estómago, por eso me he apartado de la comida.

Bajo la mirada hacia el móvil, que sigue sobre la tierra junto a la mesa en la que estoy sentada, y veo como lo recoge y me lo entrega. Se aleja, deja el plato en otra mesa lejana a la nuestra, y regresa para sentarse junto a mí.

—Tal vez puedo preguntarle a mi madre si tiene algo más ligero —sugiere. Me quedo paralizada un instante y lo miro a los ojos sin responder—. Para que no te haga daño al estómago, me refiero. Aquí nadie se va a la cama sin cenar. Vas a necesitar energía para mañana.

—No es necesario, pero gracias.

—¿Puedo preguntarte algo? —añade, bajando la voz mientras estruja el vaso de plástico con la mano—. ¿Por qué hiciste tú la trasferencia del dinero para el torneo y además vienes a acompañar a tu hermano?

El corazón se me acelera en el pecho y un martilleo comienza a golpearme la cabeza. No hay nada que me incomode más que hablar sobre por qué mis padres no ejercen su papel como deberían, pero tampoco soporto inventar excusas para justificarlos. No se merecen que los demás piensen que están trabajando o que realmente hacen algo por nosotros. Me gustaría poder ser honesta cuando alguien me pregunta y simplemente decir lo ocupados que están siendo unos egoístas.

—Mi padre tiene una vida… ajetreada digamos. Y mi madre está de viaje por trabajo.

—¿Y tú? ¿A qué te dedicas?

No me conoce. No tiene ni idea de quién soy, y eso me emociona y me asusta a partes iguales. ¿Cómo le explicas a una

persona que no te conoce de nada que tu trabajo del día siguiente es posar en la playa con un bañador diminuto mientras te hacen fotos, sin sonar frívola? Preferiría no tener que explicarlo. Nunca se me ha dado demasiado bien.

—Es… complicado.

—¿Complicado? ¿Eres poli secreta?

Una pequeña carcajada se escapa de mis labios y no puedo evitar fijarme en los hoyuelos que se forman alrededor de sus labios cuando sonríe.

—Soy… modelo –mascullo.

—En ese caso, esto te va a venir genial —responde. Me quedo completamente callada, sin saber muy bien qué decir para continuar una conversación que me resulta bastante incómoda—. Parece la hostia, pero he intentado evitar las campañas publicitarias durante toda mi carrera. Esos madrugones para que te peinen y te maquillen, tener que estar como un zombi muerto de sueño sonriéndole a una cámara… no lo soportaba.

Trago saliva con mucha dificultad.

Conoce esa parte que no aparece en las revistas ni en los reportajes, esa que solo entendemos los que estamos detrás de las cámaras.

—¿Por qué dejaste de jugar? —me atrevo a preguntar.

Me observa, como si estuviera decidiendo si merece la pena responder. Por lo que Anthony me contó, nunca ha revelado públicamente los motivos por los que dejó el fútbol, ni si quiera cuando le ofrecieron ridículas cantidades de dinero por la exclusiva en televisión. Escucho un suspiro escapar entre sus labios antes de que sus ojos vuelvan a encontrarse con los míos, como si nuestras pupilas estuviesen misteriosamente conectadas.

—Ya no es lo que quiero —dice, con una sonrisa amarga—. Cuando era niño y empecé a jugar, era algo que disfrutaba. Me encantaba prepararme para entrenar y meterme en el coche con mi padre para que me llevase a los partidos. Hacerlo de forma profesional lo ha convertido en una forma de convertir lo que soy en dinero, y la gente empezó a tratarme como una herramienta y no como a una persona más. Hace poco me lesioné, y supongo que el

destino me estaba diciendo lo mismo que yo me empeñaba en ignorar, así que se acabó.

Puede parecer extraño, ya que hace unos minutos que lo conozco, pero suena mecánico. Sus palabras son como un discurso que ha aprendido de principio a fin escritas sobre un papel y que tiene que recitar una y otra vez para convencer tanto a los demás como a sí mismo de lo que está diciendo.

Yo misma he hecho eso en varias ocasiones.

—Parece una decisión valiente. ¿Qué dijeron tus padres cuando decidiste dejarlo?

Una suave sonrisa vuelve a dibujar los hoyuelos junto a sus labios, y yo le devuelvo la sonrisa, casi sin pensarlo.

—Les pareció bien. Supongo que ese es el trabajo de un padre y una madre: apoyar a sus hijos, hasta cuando las decisiones que toman parecen completamente absurdas.

—No creo que sea una decisión tan absurda.

—Mucha gente ha optado por verlo de otra manera. Ese es el principal problema de que todas tus decisiones y errores sean públicos; el mundo se cree con derecho a opinar y juzgar sin tener la información adecuada para hacerlo por el simple hecho de haber comprado una camiseta con mi nombre a la espalda. Todos creen que es la pataleta de un niño rico que se aburre y quiere más. El dinero convierte a la gente en seres realmente repugnantes. Y yo no necesito más dinero, lo que necesito es alejarme de todas esas aves carroñeras que quieren vender mi vida por unos cuantos miles de euros. —Dirige la mirada a la piscina, donde los niños siguen bañándose y gritando—. Esto es mucho mejor. Estar con chavales que quieren pasarlo bien y no buscan dinero ni fama. Además, no creo que los periodistas me busquen aquí. Es una buena forma de disuadirlos para que me dejen en paz.

Una voz aguda se acerca rápidamente. Veo a Eli aparecer entre los árboles con una linterna encendida en la mano, que nos apunta directamente a los ojos.

—¡ERIC, ERIC, ERIC! ¿Has visto lo guapa que es Emma? ¡Mucho más que en las revistas que lee mamá!

Un calor abrasador me quema las mejillas y siento cómo mi piel se enciende adquiriendo el color de un tomate. Con un poco de suerte, nadie más lo notará gracias a la oscuridad de esta zona del jardín.

—Eli, baja la linterna, vas a hacer daño a la gente en los ojos. ¿Tú no deberías irte a dormir ya, enana?

—Ya me iba con mamá. Quería despedirme de Emma y darle esto.

La luz de la linterna que ahora ilumina nuestros pies me permite ver la pulsera de bolitas rosas que Eli ha hecho con mi nombre, idéntica a la que lleva ella en la muñeca, con el suyo.

—Muchas gracias, Eli. Es preciosa. ¿Me la pones tú?

—¡Claro! —Me pone la pulsera y le doy un beso en la mejilla.

Luego besa a su hermano y se aleja corriendo tan deprisa que desaparece en la oscuridad.

Me quedo quieta, observado la pulsera, envuelta en un silencio algo incómodo que no sé cómo romper.

Eric se levanta sin decir nada.

—¿Adónde vas? —pregunto, casi en un susurro.

Y se aleja, como si de repente quisiera huir.

Capítulo 6

Eric

Es la primera noche en meses que consigo dormir del tirón, sin despertarme con la necesidad de abrir todas las redes sociales que existen para asegurarme de que nadie ha llenado el vacío de información que hay sobre mi renuncia con cualquier mentira.

Es solo cuestión de tiempo hasta que empiecen a especular y sacar conclusiones completamente alejadas de la realidad, listas para que algún periódico las compre sin pestañear. Una foto sacada de contexto, un comentario desafortunado por parte de alguien de mi entorno… cualquier cosa sirve para fabricar una historia y disfrazarla de verdad para darle verosimilitud a sus cotilleos baratos sin fundamento.

Es lo que han estado haciendo con mi imagen casi diez años, y esta vez no va a ser diferente. Es perturbador a la par que enfermizo: tan pronto como fiché de forma profesional por mi primer equipo cuando tenía diecisiete años, pusieron el foco sobre mí y mi familia de forma casi inmediata y utilizaron mi imagen a su antojo para vender más camisetas con mi nombre.

Puede que yo eligiese la violencia en el campo para descargar toda la mierda en la que me estaban convirtiendo. De alguna forma tenía que purgar toda esa basura un chaval que no había ni si quiera terminado el instituto para no pudrirse hasta la médula.

Jugar con agresividad, las contestaciones subidas de tono a los oponentes y los enfrentamientos eran habituales en mi forma de jugar, ese era mi rol en el campo. A pesar de lo virtuoso que he sido desde pequeño, decidieron olvidar mis habilidades para centrar toda la atención en potenciar mi ira para que fuera el que pegaba patadas y entraba a lesionar a los demás. Un personaje útil para su narrativa.

Después de revisar mi teléfono por enésima vez, lo devuelvo al cajón de mi mesita de noche y me pongo en pie. Son las seis de

la mañana, y a pesar de que habitualmente no entrenaría hasta las nueve, aquí los horarios los ha decidido mi padre, así que es hora de mi rutina habitual de entrenamiento.

Hoy he decidido aprovechar el calor infernal y la ubicación de el camping para salir a correr por la arena. Me lavo la cara con agua helada y me visto: pantalones cortos de deporte, camiseta negra y deportivas. Me aseguro de coger una gorra y las gafas de sol para evitar que alguien me reconozca y la playa se convierta en un circo del cual yo soy el puto mono, y me tapo hasta que sea casi imposible para alguien reconocerme mientras corro.

Probablemente nadie sepa que he vuelto a España. Muchos preferirán creer que estoy de fiesta en fiesta por Nueva York, borracho o follándome fanáticas desesperadas por un poco de atención.

Y la verdad: a estas alturas, casi prefiero que sigan creyéndolo.



No me puedo creer que haya llegado tarde al desayuno el primer día de campamento.

Puede que haya influido el hecho de haberme encontrado a Emma en la orilla de la playa, con la melena rubia brillándole bajo el sol. Tal vez me haya quedado mirándola en plan baboso como un

idiota durante unos minutos de más mientras se bañaba, pero ella no lo sabe.

No había nadie en la zona aparte de nosotros dos y un grupo de niños de unos doce años jugando al vóley. Y de no ser porque me estaban mirando como si estuviesen a punto de reconocerme, me habría quedado mucho más tiempo. Puede que la creatividad de mi tatuador haga que los tatuajes de mi brazo sean más fáciles de identificar de lo que me gustaría, pero creo que me he ido a tiempo.

Mi ducha apenas ha durado unos segundos, solo para quitarme la sensación pegajosa de la piel. Me he puesto rápidamente la equipación de entrenador que me ha dado mi padre, que se caracteriza por un oscuro tono de azul, y he salido corriendo en dirección al comedor tan pronto como he sido consciente de la hora que era.

Mis padres y Eli ya están sentados en una mesa cercana a la puerta, y la mayoría de los chicos están de pie en el comedor, escogiendo con libertad su desayuno de los expositores, así que nadie se da cuenta de que yo acabo de entrar por la puerta.

Miro a mi alrededor en su búsqueda, pero mis ojos no dan con ella. Sigo recorriendo la estancia y me fijo detenidamente en todas las mesas enormes que llenan el salón, hasta que doy con la mesa en la que están sentados Melody y Anthony, justo frente a la cristalera que da a la piscina, pero ella no está. Cojo una bandeja y camino frente a los expositores mientras el olor a tortitas empieza a penetrar en mi nariz. Me sirvo dos en un plato y las cubro con sirope de chocolate, dos pasos más adelante selecciono un plátano del mostrador de la fruta y me sirvo una taza de café solo antes de dirigirme a la cristalera al fondo del salón.

—¡Eric! Siéntate con nosotros si quieres, se nos ha quedado un sitio vacío en la mesa —dice la chica morena, al mismo tiempo que hace un gesto invitándome a sentarme con ellos a la mesa.

—¿Dónde está Emma? —pregunto rápidamente, sin siquiera disimular mi interés.

Corto el plátano en pequeños pedazos y los esparzo sobre el sirope de chocolate, y me acerco la taza de café a los labios, esperando una respuesta.

Los dos se miran entre sí, como si mi pregunta les hubiese pillado por sorpresa, y no me extraña.

—No se sentía muy bien —contesta Anthony, después de hacerle una seña despreocupada de aprobación a Melody—. Lleva unos días con el estómago revuelto y todo le sienta mal, y como hemos madrugado para trabajar se ha ido a descansar un rato.

No respondo.

Me quedo en silencio y me llevo el primer trozo de comida a la boca sin saber muy bien qué decir. Ayer por la noche mencionó algo sobre lo que acaba de confesarme Anthony cuando estábamos solos en la mesa, apartados del resto, y tan pronto como pude, le llevé uno de los bocadillos de pavo que había hecho mi madre para Eli, pero no llegué a saber si se lo había comido o no.

—Está en nuestra cabaña. Tal vez podrías pasarte a verla y preguntarle si necesita algo en lo que Melody y yo llamamos a un médico para que se acerque a verla.

Me quedo inmóvil, con la mirada fija en Anthony sin saber muy bien qué hacer. Tal vez debería ir a ver si se encuentra bien; al fin y al cabo, yo soy el segundo al mando y es mi deber que todo el mundo esté bien aquí dentro. Le doy un trago al café y me pongo en pie. Camino hasta el expositor de la fruta de nuevo y agarro una manzana.

Salgo del comedor y camino entre las cabañas por el sendero de piedra que hay sobre la arena hasta llegar al número 109 grabado en un pequeño trozo de madera que cuelga junto a la puerta. Toco con los nudillos de forma sutil, en busca que no hacer demasiado ruido como para despertarla si está durmiendo.

—¡Entra, estoy en el baño! —grita desde lejos.

Soy consciente de que no me espera a mí, pero entro de todos modos.

Giro el pomo de la puerta y esta se abre sin necesidad de utilizar la llave. Cuando entro, lo primero que observo es el enorme desastre que tiene dentro de la cabaña. Es una de las más grandes: tiene tres pequeñas habitaciones individuales conformadas solo por un armario, un ventilador de techo y dos mesitas de noche adornadas con una pequeña lámpara cada una. Lo sé porque yo

mismo he ocupado esta cabaña en el pasado con mis amigos cuando venía a jugar de pequeño.

El acceso a todas ellas se encuentra en una pequeña sala de estar en la que estoy yo, que únicamente consta de un sofá y una televisión no demasiado grande. Las puertas que conducen a dos de las habitaciones están cerradas, al igual que la de el baño. El suelo del recibidor está cubierto de zapatos de todo tipo, y el sofá apenas se aprecia bajo las montañas de ropa que lo cubren, pero a pesar del desastre, un olor a lavanda impregna el ambiente y llega hasta mí.

Es muy agradable, diría que hasta relajante, pero no tengo idea de dónde viene.

Me quedo quieto, de pie junto al sofá, a la espera de que salga del baño para comprobar su estado y entregarle la manzana, pero de pronto escucho una voz más elevada de lo normal tras la puerta:

—¡Te he dicho un millón de veces que no me llames si Anthony no ha hablado antes contigo! ¿Acaso no lo entiendes? —grita desde el interior del baño, imagino que a alguien con quien habla por teléfono—. Me da igual quién seas, Amanda, no hay más dinero. Ya te he pagado este mes y Jimmy ni siquiera está contigo, así que tienes menos gastos. Aprende a administrar el dinero que me sacas, que ya eres mayor. ¿Puedo colgar ya? Tengo cosas que hacer.

Me acerco más a la puerta cerrada detrás de la que provienen las voces y creo escuchar otra voz, bastante distorsionada y lejana; puede que por el altavoz del móvil.

—Eres una desagradecida. Deberías medir tus palabras o te vas a quedar aún más sola de lo que ya estás. Tal vez los contratos te sigan llegando porque tienes una cara decente para que los hombres se hagan pajas mirándola, pero eso no te hará ganarte el cariño de nadie. Aunque eso ya lo sabes. Por eso estás sola.

No tengo tiempo ni de procesar las palabras que acabo de escuchar, cuando oigo un golpe.

Otro golpe.

Percibo el sonido de un cristal rompiéndose, y entonces me asusto lo suficiente como para intervenir. Golpeo la puerta del baño con el puño, tan fuerte como puedo tras comprobar que está bloqueada desde dentro.

—¡Emma! ¿Estás bien? ¡Abre la puta puerta!

Joder.

Se me acelera el pulso y me empieza a doler la mano de golpear la puerta con agresividad. No quiero romperla, pero lo haré si no me deja otra alternativa.

—¡Emma, abre, joder!

Los nudillos enrojecidos comienzan a agrietarse y se tiñen de un color rojo carmesí. Entonces oigo un clic: intuyo que ha desbloqueado la puerta.

Me quedo pensativo unos segundos y entro de golpe, haciendo chocar la puerta con la pared del baño al abrirla.

Lo primero que busco con la mirada es a ella, y la localizo enseguida. Está echa una bola en el suelo bajo la ventana del baño, con las manos temblorosas cubriéndole el rostro. Hay un móvil destrozado en el lavabo y los trozos del espejo hecho añicos han caído por todas partes. Me acerco a ella intentando no pisar los cristales, y me agacho tan cerca a su cuerpo como puedo.

Por un momento dudo si debo intervenir. Apenas la conozco y no quiero entrometerme en su vida personal o en sus problemas, pero hasta yo he sentido una punzada en el pecho al oír la crueldad que esa mujer le ha dicho por teléfono.

Pongo mis manos sobre las suyas, y lentamente, intento apartárselas de la cara.

—Emma, aparta las manos por favor. Necesito ver si te has hecho algo.

—Estoy bien. Vete.

Podría irme, pero ya ha quedado claro lo malo que soy acatando órdenes de los demás.

En este caso podría hasta considerarse una virtud.

—No voy a irme.

—¡Te he dicho que te vayas! —grita, apartando las manos inconscientemente de su cara.

Tiene las mejillas cubiertas de lágrimas teñidas de negro por el maquillaje. Sus manos no paran de temblar, y siento su pulso extremadamente acelerado al agarrarle la mano.

—Levántate. Vamos a la habitación. Necesitas relajarte un poco o te vas a marear de tanto hiperventilar. —Agarro su mano y se levanta conmigo del suelo hasta quedar en pie a pocos centímetros de mí. Cuando le suelto la mano, bajo la mirada hasta el suelo para comprobar que no hay cristales cerca, y veo sus pies tan solo cubiertos por unos calcetines de color blanco.

—No puedes salir así del baño, te vas a clavar un cristal en el pie. Están por todas partes.

—De momento no sé volar, genio —responde, algo más tranquila.

—Agárrate a mi cuello y te cojo hasta que estemos fuera del baño.

—Puedo llamar a Anthony, no tienes por qué hacer esto.

—Te he dicho que me agarres del cuello, Emma. No me obligues a levantarte por la fuerza. No quiero hacerte daño.

Veo la duda en su expresión durante unos segundos y, enseguida, me agarra como le he indicado. La levanto del suelo cogiéndola por la cintura mientras ella se engancha con las piernas a mi cuerpo, y camino hasta salir del baño mientras oigo el crujido de algunos cristales bajo mis deportivas.

Es una mujer alta —diría que mide más de metro setenta— y, aún así, siento lo poco que me cuesta levantarla. No puedo evitar sorpréndeme. A pesar de su estatura, sigue siendo bastante más baja que yo —supongo que gracias a los genes de mi padre— y, aún así, pesa tan poco que se me hace realmente fácil sacarla en brazos del baño y dejarla en pie junto al sofá.

—¿Por qué estabas aquí? —me pregunta.

—Anthony me dijo que estabas enferma y venía a ver si te encontrabas mejor mientras ellos desayunaban. De nada.

—Gracias. De nuevo, no tenías por qué hacer nada de esto.

El silencio irrumpe en la habitación, y los dos nos miramos sin saber qué más decir. Unos segundos más tarde, se da media vuelta, y abre la puerta de la que intuyo que es su habitación.

—He oído la conversación.

—Ya, eso me temía. —Otra lágrima empieza a recorrerle la mejilla, pero rápidamente se la limpia con el dedo—. No necesito tu compasión. Tampoco necesito escuchar lo mucho que valgo ni que nada de eso es cierto.

—¿Con quién hablabas?

—No es asunto tuyo. Estoy bien. Llamaré a los chicos para que me ayuden a recoger los cristales. Tú puedes irte a hacer tus cosas de entrenador.

—Como quieras.

Me doy media vuelta, y cuando he decidido que me marcho, la puerta de la cabaña se abre, y entran corriendo Melody y Anthony, con expresión de angustia.

—Tía, ¿por qué no coges el teléfono? Joder, estábamos preocupados —dice Melody.

Anthony, en cambio, se queda analizando la escena: los cristales rotos en el suelo, el móvil destrozado en el lavabo. Tiene cara de haber vivido antes esta situación, y no parece demasiado sorprendido.

—Has vuelto a hablar con ella, ¿verdad? —confirma Anthony mientras cierra la puerta del baño tras de sí—. Joder, Emma. Te dije que no le cojas el puto teléfono. ¿Acaso no has aprendido nada todavía? ¿Necesitas que te destroce del todo para que aprendas que esa hija de puta no es tu madre? ¿Qué quería ahora?

Joder.

¿Cómo es posible que su madre sea la persona que le ha dicho esas barbaridades por teléfono?

—Más dinero —responde Emma, al borde del llanto.

Melody la coge por los hombros con delicadeza y la lleva al interior de la habitación. Anthony, en cambio, se acerca dos pasos hacia mí.

—¿Qué ha pasado exactamente? Ella no me lo va a contar todo para evitar que estrangule a esa señora.

Miro en dirección a la puerta del baño. De lejos, se oyen los sollozos de Emma desde la habitación, y entonces me doy cuenta de lo jodida que es realmente la situación.

—Estaba hablando por teléfono en el baño cuando entré —explico—. Escuché como esa mujer le decía barbaridades por el teléfono. Luego oí cómo tiraba algo, y se rompía contra el espejo. La saqué del baño para que no se cortase y… me dijo que me fuera. Eso lo que iba a hacer justo cuando habéis llegado.

—¿Qué le ha dicho?

—No sé de qué hablaban muy bien, pero le ha dicho algo como que se va a quedar sola para siempre y que el único motivo por el que la contratan es porque su cara aún sirve para que los tíos se pajeen mirándola —respondo, algo confuso.

Lo cierto es que estoy tan impactado por todo lo que he escuchado que ni si quiera puedo reconstruir las frases exactas.

—Siento mucho toda esta escena. Sé que tienes cosas que hacer y que ya te hemos entretenido bastante. Pero… ¿puedo pedirte un favor? ¿Podrías conseguirme unas cuantas tilas y traérmelas aquí?

—Por supuesto. ¿Emma está bien?

—Eso espero. No es nada que no hayamos vivido ya antes. Gracias por ayudarla. Sé que ella ha querido que te vayas porque no está muy acostumbrada a que nadie sepa este tipo de cosas, pero te lo agradecerá cuando vuelva a ser ella en un rato.

Asiento.

Salgo de la cabaña con el estómago encogido y los nudillos ardiendo. Todavía siento sus manos temblorosas y el ruido de su llanto dentro de mi cabeza.

Y algo me dice que después de hoy, voy a ser incapaz de mirar hacia otro lado.

Capítulo 7

Emma

Me despierto desorientada. La jaqueca me produce una sensación horrible al levantar la cabeza de la almohada, y no puedo evitar tambalearme sobre la cama. La habitación está completamente a oscuras, y las cortinas abiertas, así que supongo que es de noche.

No tengo ni la menor idea de qué hora es, ni de cuánto tiempo llevo durmiendo, lo que sí tengo claro es que es más de lo que debería. Retiro las sábanas, que me están ahogando, y salgo de la cama, deslizando los dedos a tientas sobre la mesa de noche en busca de mi teléfono para escribirle un mensaje a Tony. Entonces recuerdo que lo he reventado contra el espejo del baño después de hablar con mi madre.

No es nuevo que, durante un ataque de pánico, se me nuble la mente y diga o haga cosas completamente estúpidas, pero sí es la primera vez que me pasa delante de un desconocido.

Eric me estaba ayudando, y yo estaba tan cegada por la ira y la vergüenza, que he actuado como una auténtica niñata. No le culpo por nada de lo que haya pensado sobre mí después de semejante escena.

Salgo de la habitación y tampoco veo a nadie ni en la sala de estar ni en las habitaciones de mis amigos, así que me pongo unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes blanca y salgo en busca de alguien que pueda reconectarme con la realidad.

Camino por el sendero de piedras grises, únicamente alumbradas por algunos farolillos bastante distanciados entre sí, por lo que debo andar con cuidado para no tropezar con nada. No encuentro a nadie, el comedor está vacío, al igual que la piscina y la zona donde hicimos la barbacoa ayer, por lo que decido dar media vuelta y sentarme a esperar en la cabaña.

El camping está en completo silencio, poco iluminado y completamente vacío, y yo no estoy dispuesta a convertirme en la

protagonista de una película de terror en la vida real, así que opto por pensar que, en algún momento, Tony y Melody volverán.

Aligero el paso y llego de nuevo a la cabaña, donde veo la luz de la sala de estar encendida desde fuera por la pequeña rendija que se forma entre la puerta y el suelo.

Estoy segura de haber apagado todo.

En realidad, nadie a parte de mí y mis amigos tiene llave de este sitio, y los de seguridad no permitirían a nadie desconocido entrar en un recinto lleno de menores de edad. Pero, por otro lado, estoy incomunicada, indefensa y tan solo llevo unas sandalias de color rosa con las cuales me resultaría realmente complicado llegar lejos corriendo.

Respiro profundo y saco la llave de la cabaña del bolsillo de mis *shorts*. Me la coloco entre los dedos para utilizarla como arma en caso necesario. Giro el pomo de la puerta, y cuando la abro, veo a Jimmy tirado en el sillón, con los pies sobre la mesa y una bolsa de palomitas en la mano.

—¿Dónde estabas? —pregunta sin moverse, mientras se mete un puñado de palomitas en la boca.

Suelto todo el aire que tenía acumulado en los pulmones en señal de alivio.

—Había salido a buscar… ¿a alguien? ¿Dónde está todo el mundo?

Cierro la puerta y me siento en el sofá gris ceniza a su lado.

—Han ido a ver el atardecer a la playa, pero Edu me ha dicho que ya están de vuelta. ¿Cómo te encuentras?

Miro a mi hermano a los ojos mientras se mete otro enorme puñado de palomitas en la boca. No sé en qué momento ha dejado de ser un niño para convertirse en un hombre. Y tampoco sé en qué momento él se convirtió en el mayor de los dos.

A veces pienso en la cantidad de veces que he oído consejos maduros salir de su boca adolescente, o en todas las ocasiones que su actitud ha sido infinitamente mejor que la mía. Debería ser yo la hermana mayor, la que cuida de él y aconseja a su hermano pequeño. En cambio, es él el que siempre me saca del pozo sin

fondo en el que me obliga a vivir mi madre, y me doy cuenta de lo mucho que necesito que esté presente en mi vida.

—Estoy bien. Creo que he dormido bastante.

—Normal. Te has metido dos barbitúricos y tres tilas. Llevas desde las once de la mañana durmiendo, y son las nueve de la noche.

Tiene una expresión muy relajada, demasiado para lo que estoy acostumbrada en él ante este tipo de situaciones.

—¿Estás bien, Jim?

Asiente mientras se lleva otro puñado de palomitas a la boca sin despegar los ojos de la pantalla del móvil.

Tras unos infinitos segundos de silencio, eleva la mirada y bloquea la pantalla.

—¿Puedo pedirte un favor?

—Claro, dime.

—No vuelvas a cogerle el teléfono a mamá nunca más. Si se entera de que estoy aquí y me quiere sacar arrastras, deja que lo haga —dice, subiendo el tono de voz—. Estoy hasta los cojones de ella y de ver lo que te hace, pero me jode aún más que tú le permitas hacerte daño todo el tiempo.

—Jimmy, yo no…

—No, no te estoy culpando a ti —interrumpe—. La culpa es únicamente suya, pero si ha conseguido hacerte esto con una llamada de teléfono de treinta segundos, no quiero ni pensar en lo que pasa cuando estás en Nueva York y yo no lo veo. Si vuelves a contestar a sus llamadas, nos largamos.

Se me acelera el pulso y me quedo muda. Tiene tanta razón que no sé qué decir ni qué hacer ahora mismo.

—Lo siento, Jim.

—El que lo siente soy yo —responde—. El único motivo por el que sigues teniendo trato con ella soy yo. No pienses que me chupo el dedo. Pero no puede utilizarme como arma para torturarte, ¿lo entiendes? Yo estoy de tu lado porque la conozco y sé lo venenosa que puede llegar a ser, pero no puedes tener un ataque de ansiedad cada vez que hablas con ella y terminar doce horas en una cama drogada.

—Tienes razón —libero un suspiro con los labios temblorosos —. De todas formas, no tengo móvil, así que eso no va a ser un problema por ahora.

Sonríe y se acerca a mi con los brazos abiertos, mientras que yo dejo que me abrace.

—Le he pedido a Tony que no te compre un móvil nuevo — me susurra al oído.

Me separo ligeramente de él y frunzo el ceño en señal de desaprobación.

No es que yo use el teléfono demasiado, pero lo de estar incomunicada me parece una idea horrible teniendo en cuenta que debo mantener mis redes activas al menos una vez al día.

—No me mires así. Va a ser una desintoxicación perfecta. Te va a venir de maravilla estar unas semanas sin hablar con mamá y sin ver nada relacionado con el trabajo. Así que se acabó también lo de traer trabajo aquí. Relájate, diviértete y disfruta con la gente. Mis amigos están siempre contentos de verte y te conocen desde que somos pequeños, no hay un sitio mejor que este para desconectar, Em.

Sonrío y asiento con la cabeza. Tiene tanta razón que me siento un fracaso otra vez.

No he podido ser la modelo perfecta, porque dejé un desfile sin cerrar por culpa de mis emociones.

No he sido la hija perfecta, de lo contrario mi padre no pasaría de mí, y mi madre no dedicaría cada segundo de su vida a torturarme.

No he sido la hermana perfecta, porque Jimmy es más maduro e inteligente de lo que seré yo jamás.

Y a la gente no le gustan las personas defectuosas como yo.

Capítulo 8

Emma

Estoy empezando a pensar que este insoportable calor va a abrasarme la piel.

Apenas llevamos tres días aquí y la temperatura es cada día más insufrible que el anterior.

Los chicos están bañándose en la piscina y jugando con la resistencia de sus pulmones bajo el agua, mientras yo continúo sentada bajo una sombrilla, ocultándome del sol.

Jimmy me ha obligado a salir de la habitación y estar siempre en un sitio desde el cual él pueda tenerme controlada. He estado dos días comiendo bastante más de lo habitual, seguro que a causa del aburrimiento, y caminando de aquí para allá sin saber muy bien qué hacer.

El calor hace que las gotas de sudor me resbalen por la piel y sienta cómo se me sonrojan las mejillas. A pesar de no haberme expuesto intencionadamente al sol, mi piel ha dejado de tener el tono pálido que le caracterizaba antes de llegar aquí, y lo cierto es que me veo genial. Me siento con energía y, a pesar de no tener nada en lo que emplearla, sé que estoy mejor.

Tengo un libro entre las manos —ya que sigo completamente incomunicada—, pero soy incapaz de leer nada. Los gritos de los amigos de mi hermano a menos de cinco metros de distancia y el ensordecedor volumen de la música en los enormes altavoces que han puesto junto a mí no me han dejado avanzar más de dos frases.

De todas formas, el libro es una mierda.

En realidad, lo que es una mierda es no entender los sentimientos de los que habla una comedia romántica, seguramente porque nunca he vivido nada parecido.

Siempre he sido alguien emocional y racional al mismo tiempo, y creo que una persona es completamente incapaz de entender los sentimientos si nunca antes los ha experimentado. Da

igual la cantidad de detalles, descripciones y similitudes que nos ofrezcan: una persona que nunca ha odiado no entenderá jamás del todo cómo es el sentimiento de odiar algo o a alguien, porque es una emoción que no existe en su cerebro.

Como si estuviese bloqueada.

A mí me gusta torturarme con libros que hablan del amor entre dos personas. Un amor que yo nunca he experimentado y, por lo tanto, no tengo ni idea de lo que realmente puede llegar a ser. El único sentimiento que me inunda cada rincón del cuerpo cuando leo estas historias es la envidia. Las personas normales, a los veintitrés años, ya han sentido un montón de cosas relacionadas con el amor. La mayoría hasta saben lo que se siente cuando te rompen el corazón; yo, en cambio, desconozco todo lo relacionado con esa parte de la vida. Desde que cumplí los dieciséis me he entregado por completo al trabajo.

Ahora me arrepiento de haber rechazado la oferta de Melody y Tony para ir a una fiesta esta noche. Son pasadas las cinco de la tarde, así que seguramente ya se estén arreglando para ir a cenar a cualquier sitio pijo que encuentren, y después emborracharse en un bar. Lo cual, tal vez, habría sido una buena idea para distraerme un poco.

Pero ya es tarde.

Tengo el pelo ondulado por la humedad y la piel cubierta de crema solar, para evitar quemaduras innecesarias.

Cierro el libro, abandonándolo en la misma página por la cual lo abrí hace casi una hora.

Me encantaría meterme en la piscina y deshacerme de este maldito calor, pero no creo que pueda quitarme la camiseta *oversize* que le he robado a Tony del armario. Puede sonar completamente absurdo que mi trabajo consista en ser fotografiada todo el tiempo —incluido en lencería o bañador—, y que no sea capaz de permitir que nadie me vea así más allá de las fotos en las revistas.

Aunque mis inseguridades me estén costando infinidad de gotas de sudor recorriéndome la espalda sin parar.

—¡Em! ¿Por qué no te bañas en la piscina con nosotros un rato? —grita uno de los amigos de Jimmy al que no consigo

identificar desde lejos.

Ni si quiera yo misma entiendo por qué me torturo bajo una sombrilla a cuarenta grados cuando podría estar metida en la piscina. Al fin y al cabo, son un grupo de adolescentes con los que he crecido y que apenas tienen cinco años menos que yo. No es como si se tratara de desconocidos, ni mucho menos.

El sol ha dejado de estar cubierto por la sombrilla y, cuando me doy cuenta, un rayo me ilumina la piel, quemándome como si lo tuviese a dos centímetros de mí. Y es cuando decido que ya he tenido suficiente sufrimiento por hoy.

Me levanto de la toalla sobre la que estaba tumbada y abandono el libro junto con la camiseta de Tony para quedar únicamente cubierta por un bikini negro con piedras doradas que una marca me regaló el año pasado tras llevarlo en una campaña publicitaria.

Camino con los pies descalzos sobre la hierba caliente y húmeda, y quedo de pie junto al borde de la piscina. Me siento, y sumerjo las piernas en el agua cristalina, cuya temperatura me hace sentir mucho mejor.

Cuando miro de nuevo al frente, veo a la mayoría de los chicos callados y quietos, como si se hubieran petrificado de repente.

—¿Qué os pasa? —pregunto mirando a mi alrededor en busca de algo que pueda haberlos paralizado de esta forma tan repentina.

—Tío, sois todos unos salidos. Al menos podríais disimular un poco que es mi hermana —grita Jimmy desde el otro extremo de la piscina.

—Tú lo has dicho, es tu hermana, no la mía —responde Edu —. ¿Con cuánto años me aceptarías una cita, Em?

El calor se vuelve a apoderar de mis mejillas y no encuentro palabras para responder a su pregunta, lo cual es innecesario, ya que en menos de dos segundos Jimmy se tira sobre Edu y sumerge su cabeza en el agua mientras los demás se ríen.

Para la edad que tiene Jim, es bastante más alto que la mayoría de sus compañeros, incluso más que yo. Siempre le ha gustado mucho el deporte, por lo que también es bastante

corpulento. Es evidente que en una pelea entre el metro ochenta escaso de Edu y él, habría poco que dudar. Lo ha sumergido en el agua como el que sumerge una pluma, así que creo que los demás han decidido no seguir con la broma, por muy broma que sea.

Me impulso con los brazos contra el bordillo y me deslizo por el borde de la piscina hasta dejarme caer en el interior y tocar el fondo con los pies. No llevo maquillaje y, de todas formas, tengo el pelo bastante sucio, así que no me importa demasiado que se moje.

La piscina es bastante ancha y tiene forma rectangular, además de una red de vóley instalada justo en el medio, que se encuentra enrollada en uno de los postes laterales.

Y por primera vez en mucho tiempo, me apetece divertirme.

—¿Queréis jugar un partido de vóley? —propongo.

Los chicos se miran entre ellos y veo el rostro de Jimmy iluminarse con una sonrisa antes de decir:

—Yo me apunto.

—Yo también —dice Álex.

—Pues yo también —añade Edu.

Otros cinco compañeros de Jimmy saltan a la piscina para unirse al juego, entre ellos Fran. Lo conozco desde que empezó a jugar al fútbol con Jim, y creo que no le he oído hablar en la vida.

—¿Cómo hacemos los equipos para que sea justo? Porque somos impares —dice Víctor. Cualquier otra persona lo llamaría Pollo, ya que es el mote que decidieron darle cuando tomó la decisión de ponerse el pelo amarillo chillón hace unos años, y a pesar de que su pelo ahora es de un rubio bastante más neutro, el apodo ya no se lo quita nadie.

—Emma sabe jugar, así que su equipo debería tener uno menos —señala Mario.

No soy ninguna experta, pero me he pasado los veranos de instituto jugando en la piscina de la casa con jardín que teníamos en la costa sur, y seguramente juego mejor que ellos.

Cuando ya tengo asumido que se nos va a hacer de noche intentando que el juego sea justo para todos teniendo uno menos en uno de los equipos, veo cómo aparece bajo los rayos del sol un torso ligeramente bronceado. Tiene los abdominales bastante marcados y

los hombros anchos. Gotas recorren su piel perfecta. Un enorme tatuaje que empieza en el pecho se abre paso por todo el abdomen, pero no tengo muy claro lo que es, ya que a luz del sol me obliga a entrecerrar los ojos para no hacerme daño.

—Ya somos pares —dice Eric—. ¿Hacemos los equipos?

Deja caer una pelota de plástico con rayas de colores justo al lado de mi cara en el agua y se lanza de cabeza a la piscina por encima de mí.

Tiene la mirada más penetrante a la que he enfrentado en mi vida, y siempre que lo tengo cerca siento el peso de sus ojos sobre mí, a pesar de que a veces soy consciente de que ni si quiera me está mirando. Sus ojos son de un marrón chocolate muy oscuro a la luz, y prácticamente negros con algo menos de iluminación. Lo sé porque está a menos de cinco centímetros de mí, con su encantadora sonrisa acompañada de sus habituales hoyuelos, mirándome como si estuviese esperando algo de mí. Y estoy haciendo un esfuerzo enorme por respirar con normalidad.

—¿Preparada para perder, Barbie? —Sonríe con esos hoyuelos mientras yo finjo displicencia con el corazón latiéndome a mil.

Le dirijo una sonrisa irónica que desaparece de mis labios en escasos segundos. No debe de ser muy ingenioso buscando apodos, ya que me han llamado así desde el colegio hasta los directores de bastantes equipos de publicidad en numerosos trabajos.

Una vez que estamos todos en el agua y la red está colocada a una altura razonable para no complicar el juego más de la cuenta, nos quedamos todos en el centro sin haber tomado aún una decisión sobre los equipos, a pesar de que ahora somos pares y los equipos quedan iguales.

—Yo creo que lo justo es escoger dos capitanes y que ellos decidan qué equipos formar por turnos, así no hay conflicto —interviene Mario de nuevo.

—Yo cojo equipo —dice Eric con una amplia sonrisa que le dibuja un hoyuelo a cada lado de los labios, otra vez—. Emma, tú puedes ser la otra capitana, así los dos más mayores estamos repartidos.

—Me parece bien —contesto.

Porque después de haberse referido a mí con ese estúpido apodo para decirme que iba a perder, ha hecho que me invadan las ganas no solo de ganar, sino de darle una auténtica paliza.

—Puedes empezar escogiendo si quieres, las damas primero.

—No necesito ninguna ventaja. —Le guiño un ojo— Pero si insistes… Jimmy.

—Nadie lo esperaba —dice con ironía—. Pollo, conmigo.

—Álex —escojo.

—Mario —dice Eric.

—Edu.

—Prado.

Solo quedan dos personas. Nicolás, típico tío corpulento —la elección obvia y fácil—, o Fran. Puedo oír los murmullos de los chicos a los que he elegido detrás de mí susurrando a gritos el nombre de Nico sin parar, pero no es lo que yo tengo en mente.

—Me quedo con Fran.

Todos se quedan boquiabiertos con mi elección. Fran es el portero suplente del equipo en el torneo y la mayoría de las veces se queda en el banquillo viendo jugar a sus compañeros, esperando a que el portero titular no pueda desempeñar su función para ser útil. Pero hoy no va a ser así.

Hoy a Fran le van a elegir habiendo más opciones, yo lo he elegido.

Por descarte, Nico se une al equipo de Eric, y se alejan nadando al otro lado de la red.

Jimmy, Álex y Edu me están mirando fijamente sin moverse de sus sitios, y creo que puedo adivinar lo que pasa por sus cabezas, pero no me importa lo más mínimo.

—Tenías a Nico, Emma. Con él de delantero estaba hecho. Cubre casi toda la red sin moverse —me reprocha Edu. Supongo que está diciendo lo mismo que Álex tiene en mente, pero no se atreve a decir, ya que con él tengo algo menos de confianza.

—No me importa lo que penséis. Era mi elección y os puedo asegurar que van a perder aún teniendo a Nico en su equipo.

Jimmy suelta un bufido y se frota la cara con las manos mojadas.

—No vamos a meter ni una. Como lo pongan en la red no va a haber forma de colar el balón ahí dentro. Es como intentar derribar una piedra con una pluma, Emma.

—Exacto. Es corpulento, y por ende mucho más pesado, le va a costar mucho más moverse en el agua que a cualquiera de nosotros. No sirve de nada que pueda cubrir bien la red si le cuesta recuperar la posición cada vez que se mueve un poco. Parece mentira que vosotros juguéis al fútbol.

Los rostros de todos ellos parecen iluminarse de repente con una claridad pasmosa. Ninguno se había parado a pesar más de cinco segundos en una estrategia que no fuese tener al equipo más fuerte.

—¿Empezamos? ¿O vais a estar de charla toda la tarde? —pregunta Eric desde el otro extremo de la red.

Como era de esperar han colocado a Nico en la red, por delante de todos los demás. Pollo y Mario están en los extremos de la piscina, uno a cada lado. Prado y Eric están el uno junto al otro más cerca de la red, pero ligeramente por detrás de Nico. Misma posición que han cogido Jimmy y Edu. Yo me he quedado ligeramente adelantada junto a la red ya que soy lo suficientemente alta para encargarme de esta zona, mientras que Álex y Fran se encargan de cubrir los extremos traseros de nuestro campo.

—¡Eh! No vamos a jugar en silencio, ¿verdad? —grita Mario desde territorio enemigo—. Un segundo.

Sale de la piscina y se dirige a la toalla más cercana que cubre el césped. Saca el móvil de debajo de la montaña de ropa y la música vuelve a sonar a través de los altavoces.

—¡Pon la *playlist* que te compartí el otro día! —ordena Jimmy.

Entonces, una música algo más familiar suena por todas partes.

No es que me disguste lo que escuchan ellos, pero mis gustos son ligeramente distintos. Algunos de los chicos tararean en voz baja como si realmente estuviesen escuchado su canción favorita mientras Mario se tira de nuevo en la piscina salpicando a todos y cada uno de nosotros con su salto.

Devuelvo la mirada al frente, y me encuentro con los ojos de Eric. Pero esta vez le sonrío con ironía para dejarle claro que no hay forma de que ellos ganen.

Capítulo 9

ERIC

Tengo la cabeza a punto de explotar.
Ni siquiera sé cómo he podido jugar esta mierda de partido durante media hora sin perder la cordura.

Vamos perdiendo. En realidad, no hemos ido con ventaja en ningún momento. Para colmo, los chicos que no estaban con nosotros en la piscina se han acercado al oír el ruido, junto con alguno de los padres. Ahora el ridículo va a ser aún mayor con un público que sea testigo de ello.

Elegir a Nico para cubrir la parte delantera de la red ha sido un completo error; por eso ahora él ocupa mi posición anterior, y yo la suya. Algo que tampoco está dando unos resultados mucho mejores.

Emma está a menos de dos metros de distancia, tras una red de color negro que no cubre lo suficiente como para permitir que me concentre en lo que intento hacer.

Tenemos que ganar, algo que no va a ocurrir si sigue elevando todo su cuerpo por encima del nivel del agua cada vez que devuelve la pelota.

Nunca he sido una persona muy visceral a la que se le nuble el juicio con un físico bonito. Cuando has sido un jugador de fútbol profesional tan joven como empecé yo, tienes tantas oportunidades de echar un polvo como te apetezca, y llegó un momento en que para mí perdió toda la gracia.

No me gusta que se me ofrezcan en una bandeja de plata.

Es sencillo. Aburrido.

Ella, sin embargo, ha estado paseando por delante de mis narices durante apenas tres días, y me siento como un perro hambriento con un filete humeante delante de las narices.

Lo único que me faltaba para perder por completo la templanza era verla en bañador, dentro de una piscina.

Tiene la melena dorada completamente empapada y pegada al cuerpo. Ni una sola gota de maquillaje adorna sus facciones, y está aún más guapa con las mejillas sonrojadas por el sol. Las gotas de agua le recorren la piel de una forma casi celestial. Como si fuese una puta diosa saliendo del agua.

Había venido dispuesto a pasar un rato con los chicos; lo que no pensaba era que acabaría doliéndome la polla de tenerla dura durante tanto tiempo.

Se la ve muchísimo más relajada que estos últimos días, aunque siempre tiene la mirada firme y afilada, como si la coraza que se empeña en ponerse no fuese capaz de ablandarse ni cuando está tranquila y pasándolo bien.

O tal vez es su cara de prepotencia al ver que nos están dando una paliza sin apenas esforzarse.

Está claro que ha jugado a esto antes mil veces. Devuelve la pelota de forma limpia y con mucha más fuerza que cualquiera de nosotros porque sabe colocar las manos y nosotros no, entre otras cosas.

Al ver que se colocaba tan cerca de la red, pensé que sería un lugar fantástico para que nosotros atacásemos.

Se me olvidaba que es tan alta como alguno de los chicos.

—Como juguéis el torneo igual que estáis jugando ahora, podéis preparar los pañuelos de la derrota hoy mismo —dice mientras dibuja una sonrisa prepotente en sus carnosos labios rosados.

Concéntrate, Eric.

Mi mente no puede evitar desviarse hacia el pensamiento persistente de lo que les haría a sus labios ahora mismo.

Joder.

Llevamos jugando tanto tiempo que el sol ha bajado y casi nos hemos quedado a oscuras. Tan solo algunas farolas nos iluminan y los últimos rayos de sol ya apenas se ven, lo cual no es suficiente luz para un sitio tan mal iluminado como este. Decidimos parar a tomar un descanso de un par de minutos cuando veo a mi madre y a Eli cogidas de la mano, viniendo hacia nosotros.

Lo que me faltaba ya es que también mi madre vea esto.

—Eric, se ha hecho de noche. Deberíais salir de la piscina.

Tiene razón, no es mi objetivo que uno de los chicos se haga daño por esta estupidez; de todas formas, no ganaríamos ni con tres horas más de partido.

—Lo sé, ya salimos.

Hago un gesto a los chicos para que vayan saliendo de la piscina, mientras yo hago lo mismo.

No puedo evitar girarme una vez estoy fuera, y vuelvo a tenerla dentro de mi campo de visión otra vez.

Se está escurriendo el pelo mientras camina hacia la zona donde están las toallas.

No voy a mentir: tiene un culo espectacular que no puedo evitar mirar siempre que tengo oportunidad, pero lo que más me ha gustado de ella desde el primer momento, son sus ojos. Son mansos como dos océanos de agua cristalina, pero tienen una sombra que parece amenazar con convertirlos en peligrosas olas en cualquier momento.

Sacudo mi pelo mojado con las manos para deshacerme del exceso de agua y cojo una toalla del montón que ha dejado mi madre sobre el césped cerca de la piscina.

—¿No pensarías de verdad que nos ibais a poder ganar? —pregunta una dulce voz a mi espalda.

Me giro y veo a Emma con una camiseta que claramente no es de su talla y el pelo mojado, ligeramente ondulado, empapando la prenda.

—Si no hubiese sido por ti, estoy seguro de que habríamos ganado a los otros cuatro sin complicaciones.

—Lo que tú digas, Estrellita.

Me da la espalda y echa a caminar por el sendero de piedras que conduce a las cabañas, en la misma dirección que debo tomar yo para llegar a la mía, y en escasos dos minutos hemos llegado.

Mi cabaña está justo frente a la suya, y veo cómo se detiene en la puerta con cara de desesperación mientras se coloca los mechones rubios detrás de las orejas. Saco la llave del interior de la maceta que hay junto a mi puerta, ya que la puse ahí para evitar

perderla en el césped de la piscina, y antes de meterme dentro veo cómo se sienta en el escalón delante de la entrada.

Vuelvo a cerrar la puerta y camino hasta llegar a ella.

—¿Algún problema, Barbie?

Un profundo suspiro sale de su boca antes de elevar su mirada hasta mí.

—Melody y Tony se han ido y se han llevado los dos juegos de llaves que estaban aquí.

—¿Por qué no les llamas?

—Sigo sin móvil.

—¿Y no sabes dónde han ido?

—De fiesta. No tengo esperanza de que vuelvan hasta las seis de la mañana, como mínimo.

Puede que más adelante me arrepienta de lo que voy a ofrecerle, pero no voy a dejarla en la calle con una camiseta mojada durante toda la noche.

—Puedes entrar a ducharte mientras encuentras una solución, si quieres.

Sus ojos me vuelven a mirar, y gracias a la luz que ilumina el camino de piedras, puedo ver sus pupilas dilatarse.

Eso puede significar que le gusta lo que ve, o que ha estado consumiendo drogas.

Yo elijo creer lo primero.

Se pone en pie y se sacude las manos sobre la camiseta.

—Prefiero que nadie me vea entrar y salir de tu cabaña. Puedo ir a buscar a Jim y pedirle que llame a estos idiotas para que me traigan la llave.

Una brisa más fría de lo normal empieza a azotar los arboles, y siento como se me eriza la piel.

—Hace frío para que estés caminando por ahí mojada y en bañador. Entra a ducharte en mi cuarto y, cuando estemos cenando, le pides a tu hermano que llame a quien quieras—ordeno.

En su cara se dibuja una expresión de duda que hasta un ciego habría podido descifrar, pero asiente y echa a caminar junto a mí de brazos cruzados.

Antes de que lleguemos a la puerta de mi cabaña, finas gotas de agua caen de forma muy dispersa. El olor a humedad impregna el jardín y, aunque no es habitual en pleno verano, se avecina una tormenta.



He dejado dos toallas grandes dentro del baño: una para que se seque ella, y otra para su pelo.

Llevo casi veinte minutos tumbado en la cama deslizando todas y cada una de las fotos de su perfil de Instagram, como un puto acosador. También he visto algunos fragmentos de la entrevista que le hicieron en *The New York Stars Night*, uno de los programas nocturnos de entrevistas a grandes estrellas de la industria de la moda, el cine y la música, a nivel mundial más importantes. Por supuesto, también he analizado todos y cada uno de sus gestos y microexpresiones. Al comienzo de la entrevista tenía los hombros rígidos, la mirada afilada y una sonrisa ligera, fingida. Sus facciones mostraban una fuerza que fue ablandándose según transcurría la noche y se sentía más cómoda.

Exactamente lo que le ha pasado aquí: unos días tranquila en un entorno seguro y baja la guardia poco a poco. No siente la imperativa necesidad de ponerse la careta que la protege de lo desconocido.

Y ambas versiones de ella me encantan, pero su sonrisa cuando está cómoda, y la forma en la que su mirada se vuelve suave, haciendo aún más evidente el verde paradisíaco de sus ojos, es infinitamente superior.

En su perfil he encontrado un patrón claro en todas sus fotos: desfiles, sesiones, publicidad y lujo; en definitiva, trabajo.

No hay rastro de su vida personal, ni siquiera con sus amigos o su hermano.

No hay rastro de ella.

Ha creado un perfil únicamente laboral, en el cual no expresa absolutamente nada personal.

No la conozco demasiado, pero la persona que he visto aquí, en menos de una semana, dista muchísimo de la imagen superficial y vacía que expresa de ella su perfil.

Bloqueo la pantalla de mi móvil tan pronto como escucho abrirse la puerta del baño, y aparece por la sala de estar envuelta en la toalla de color blanco que apenas cubre la mitad de sus muslos, debido a lo alta que es. Sus ondas rubias caen como una cascada por su espalda, mientras veo el blanco de sus manos al ejercer una fuerza excesiva para agarrar la toalla y así mantenerla en su sitio.

—Lo siento mucho por haber tardado tanto. No soy capaz de darme duchas cortas.

Recorro con la mirada cada centímetro de ella y me doy cuenta de que no le he dado ropa para ponerse.

Y que está desnuda.

Me siento un auténtico pajero que no ha echado un polvo en la vida.

—Toma —digo mientras le entrego una camiseta de color negro que he sacado de mi armario y que, probablemente, le quede enorme; un pantalón corto que mi madre siempre dice que debo tirar porque me queda demasiado ajustado, y una chaqueta de chándal gris.

Apenas cinco minutos después está lista y yo no puedo evitar sentir tensión bajo mis pantalones al verla con mi ropa puesta.

Me pone aún más que cuando estaba desnuda.

Emma

Me acerco a la mesa donde está Jimmy cenando con Edu y Álex.

La tienen a rebosar de platos llenos de comida y otros tantos vacíos que ya deben de haberse terminado. A veces no entiendo de dónde sacan el insaciable apetito que tienen.

—Jim, ¿puedes venir un segundo? —le digo en voz baja cerca del oído justo cuando está a punto de darle un bocado a una salchicha.

—¿Estás bien?

—Más o menos. Tony y Melody se han ido de fiesta a la ciudad y se han llevado los dos juegos de llaves del bungaló, y no puedo entrar. ¿Puedes llamarles y pedirles que vuelvan a darme mi llave? ¿O si han dejado una de las llaves escondida en algún sitio?

Saca el móvil del bolsillo de su pantalón de chándal y llama a Tony.

Dos veces.

No contesta. Lo intenta con Melody.

Apagado.

Joder.

—¿Qué vas a hacer? Te diría que durmieses conmigo, pero… comparto habitación con otros tres idiotas de los cuales no me fío un pelo, como para que duerman en el mismo cuarto que mi hermana, como comprenderás.

La última de mis opciones habría sido dormir con Jimmy y sus amigos en dos literas.

—Joder, Jim, ¿qué coño hago ahora?

Me doy cuenta de que mi hermano me está mirando de arriba a abajo, percatándose de que la ropa que llevo seguramente le resulta familiar.

Genial. Justo lo que me faltaba.

—¿Llevas la ropa de Eric?

—Eh… no tenía dónde ir a cambiarme ni nada que ponerme…

Frunce el ceño, y no sé si es desaprobación o asombro lo que veo en su cara, pero seguro que es una de las dos.

—Pídele que te deje dormir en su cabaña. Tiene dos habitaciones, si no me equivoco.

Primero el numerito del móvil, luego me meto a ducharme en su baño y ahora necesito que no solo me deje su ropa, sino también una de sus camas.

Este tío va a pensar que estoy desquiciada, como mínimo.

—Supongo que no tengo muchas más opciones. ¿Puedes, por favor, ponerle un mensaje a él si consigues contactar con ellos?

—Claro. Si necesitas cualquier cosa toca la puerta de mi bungaló, Em.

Asiento y me alejo de nuevo en dirección a la mesa donde está sentado Eric… hasta que veo que sus padres están cenando con él.

Ni de coña le voy a pedir que me deje dormir en su cabaña delante de sus padres.

Ni de puta coña.

Antes dormiría bajo la tormenta, sobre el césped frío junto a la piscina.

Doy media vuelta y, cuando ya no tengo ni la menor idea de hacia dónde caminar ni qué hacer, aparece Eli con una taza llena de helado de chocolate en las manos.

—¡Emma! —grita mientras se acerca a mí.

Lleva el pelo recogido en una larga trenza del mismo tono oscuro —prácticamente negro— que el pelo de su hermano, y la muñeca derecha cubierta de pulseras de cuentas de infinitos colores. Su vestido lila de flores me recuerda a la forma en la que solía vestir cuando era pequeña, esa que mi madre criticaba cada dos por tres por ser demasiado infantil—yo tenía cinco años—, pero que a mi padre le encantaba. Solía decirme que las princesas como yo nos vestimos como queramos.

—Hola Eli. ¿Cómo estás, amor? —digo, mientras intento apartar de mi mente los recuerdos que, normalmente, procuro tener apagados en algún rincón de mi cerebro.

Sonríe con todas sus fuerzas y me ofrece la taza para que la coja.

—¿Puedes llevar esto a la mesa de mis padres? Se me están congelando las manos y me duelen.

Tomo la taza por el asa y le ofrezco la otra mano a ella mientras me dirijo a la mesa donde está su familia.

Cada vez hay menos gente en el comedor. La mayoría de los familiares de los chicos están cenando fuera o visitando el paseo marítimo, mientras que Eric y sus padres se quedan a cargo de todos los chicos. Algunos ya se han marchado a dormir.

Las noches anteriores hemos cenado en el jardín, donde las mesas de picnic, pero hoy el clima no acompaña: hace bastante frío para ser verano, y mañana debemos salir del campamento en dirección a los campos del torneo a las diez de la mañana.

Llego a la mesa con Eli de la mano y dejo su helado sobre la superficie de madera, mientras saludo a los padres de Eric.

Y a Eric.

—Emma —dice Eli, mientras se sienta sobre una de las sillas.

—¿Si, cariño?

—¿Cuál es tu color favorito?

La verdad es que no sé si tengo uno. No me gustan las cosas demasiado coloridas; me evocan caos y desorden. Pero no voy a decirle eso a una niña.

—Creo que el rojo. ¿Sabes por qué? —Niega con la cabeza, muy emocionada, mientras me agacho hasta quedar a su altura. Sonrío y le enseño un pequeño tatuaje que tengo en el dorso del dedo índice en la mano izquierda—. Porque las rosas rojas son mis flores favoritas.

—¡Qué bonita! ¡Mamá mira el dibujo que tiene Emma en la mano! Es como los de Eric, pero muy pequeño.

Mila se pone en pie a la vez que su marido y agarra a Eli de la mano.

—Es muy bonito. Mucho más que las cosas esas que se hace tu hermano, desde luego. Ahora es hora de que nos vayamos a dormir, Eli, que mañana hay que ver a los chicos jugar.

—Pero mamá, no me he terminado el helado…

—Te va a doler la barriga de tanto dulce. No más helado por hoy, princesa —responde su padre.

Una punzada me atraviesa el pecho al escuchar la palabra que ha usado Luis para dirigirse a su hija. Es lo mismo que solía llamarme mi padre cuando era pequeña, y que llevo años sin escuchar.

Princesa.

Mila me observa durante unos segundos y, de repente, sus ojos se abren como platos. Expresión que borra de su rostro cuando se da cuenta de lo evidente que ha sido.

Imagino que se ha dado cuenta que llevo la ropa de su hijo, y estoy a punto de que me hiervan las mejillas de la vergüenza por lo que pueda estar pensando. Aunque, teniendo en cuenta el historial de Eric, no creo que sea la primera vez que ha visto una escena de este tipo.

—Buenas noches, chicos. Mañana el desayuno es a las nueve y a las diez todos en los coches para ir al recinto del torneo —se despide Luis.

—B-Buenas noches… —trago saliva con la fuerza necesaria para tragar piedras por la vergüenza, y asiento.

Cuando los padres de Eric han salido del comedor, me dejo caer sobre una de las sillas, y tan pronto como levanto un poco la mirada me doy cuenta de que me está observando.

Casi había conseguido relajarme durante dos segundos, hasta que, una vez más, sus ojos conectan con los míos.

Esa oscura y envolvente mirada se centra en mí.

—¿Estás bien? Estás muy sonrojada. Voy a por un poco de agua

Se levanta de la mesa y se aleja.

Intento respirar hondo antes de someterme a la vergüenza de tener que pedirle dormir bajo su techo. Por suerte, no delante de su familia. Un plato con puré de patatas y verduras salteadas se desliza por la mesa hasta quedar frente a mí.

—Tu cena, Em. No te vayas a dormir sin comer, hazme el favor. Te quiero.

—Y yo a ti, Jim.

Se aleja de mi con sus amigos en dirección a la salida del comedor, mientras veo a Eric acercarse de nuevo.

Creo que no he sentido más vergüenza en mi vida, pero las opciones que tengo ahora mismo son escasas.

Por no decir inexistentes.

Intento centrar la vista en el plato mientras hago círculos con la cuchara dentro del puré. De todas formas, tendré que comérmelo si no quiero que piense que estoy enferma.

—Joder, me he ido a por un vaso de agua a la cocina y ha desaparecido todo el mundo. —Se sienta en la silla frente a mí y deja el vaso sobre la mesa, mientras yo me llevo el tenedor cargado con dos trozos de verdura a la boca—. ¿Has conseguido hablar con alguno de tus amigos?

—No. Deben de estar borrachos, bailando sobre la barra de algún bar cerca de la playa.

—¿Por qué no has ido con ellos?

—Nunca me ha gustado mucho ese rollo, solo si el trabajo lo exige. —Respiro hondo, buscando valentía en mi interior para acabar con esta situación cuanto antes, y lo miro a los ojos—. ¿Puedo pedirte un favor? Sé que no te conozco mucho y que probablemente ya te he dado más problemas de los que debería, pero…

—Si, Emma —me interrumpe.

—¿Cómo?

—Que puedes dormir en mi habitación —dice con un tono totalmente neutral, como si supiese que esa pregunta iba a llegar, incluso antes que yo misma.

Siempre tiene esa apariencia relajada y tranquila. Es como si nada pudiese perturbar su serenidad inquebrantable.

Suspiro, aliviada, y le doy un trago al vaso de agua. En realidad, agradezco profundamente sus capacidades para anticiparse a mí.

—¿Cómo sabías que iba a pedirte eso?

Arquea una ceja y mira a nuestro alrededor. Entonces, me doy cuenta de que el comedor está completamente vacío. Estamos solos.

Él y yo.

—Emma, no hay absolutamente nadie aquí. Son las diez de la noche y sigues sin llaves y sin teléfono. Podría dejarte dormir en una

de las tumbonas junto a la piscina, pero tendría que enfrentarme al incómodo momento de dar explicaciones a todos por la mañana cuando te despiertes enferma, y no es así como planeo el primer día de partido, ¿sabes?

Termino de comer lo que queda en el plato que me ha preparado Jimmy, mientras Eric teclea en su teléfono sin parar. Cuando salimos del comedor, el aire frío me eriza la piel y un escalofrío me recorre todo el cuerpo.

Solo espero que Melody y Tony aparezcan temprano, porque en algún momento tendré que ponerme mi ropa y entrar en mi cuarto a coger mi bolso.

Cuando llegamos al pequeño porche de madera que cubre la entrada la cabaña, Eric se para en seco y se saca una llave del bolsillo de su pantalón corto y me la entrega.

—Entra si quieres y acuéstate en mi cama. Yo dormiré en el sofá más tarde. En la habitación de la derecha no hay colchón así que no la vas a poder usar de todas formas. Tengo otra llave, así que nos vemos por la mañana. Buenas noches.

Me quedo paralizada con la llave entre los dedos. Él se cubre con la capucha de la sudadera negra y echa a caminar en la misma dirección por la que hemos venido en completo silencio.

¿Dónde va a estas horas?

¿Y por qué me importa?

Capítulo 10

Emma

Viernes - Primer día de torneo

Son las seis de la mañana.

Lo sé por el reloj de pared que cuelga frente a la cama, sobre la puerta de la habitación.

Apenas he dormido una hora del tirón. Tal vez dos.

Las tilas y las pastillas de melatonina que me ayudan a conciliar el sueño por las noches de forma habitual están en mi habitación, por lo tanto, no he tenido acceso a ellas y he sufrido las consecuencias. Siempre que intento dormir sin una pequeña ayuda termino moviéndome de una esquina a otra de la cama, forzándome a cerrar los ojos y durmiendo en intervalos de apenas treinta minutos, durante los cuales, siento que no he dormido nada, porque en realidad no estoy dormida del todo. La psicóloga me explicó que la fase del sueño en la que me quedo atascada cuando no tomo nada, es la primera. Es la etapa superficial, en la cual seguimos en un ligero estado de vigilia y nuestro cerebro no está descansando. No consigo desconectar de mi entorno, y siento que estoy dormida, y a la vez totalmente despierta y alerta de lo que me rodea. Eso me impide descansar y prácticamente es como si no hubiese dormido absolutamente nada.

Muchas veces me quedo ahí, y me paso la noche perfectamente consciente de que no estoy dormida. La ansiedad se apodera de mi cuerpo al pensar en el trabajo y en lo importante que es mi descanso para evitar la aparición de cualquier mínima pista en mi rostro que pueda demostrar que no estoy descansada. La mezcla entre mi estado ansioso y mi incapacidad para dormir me producen todo el estrés que arrastro a lo largo del día, y me veo obligada a vagar por mis compromisos laborales totalmente desorientada, desconcertada y exhausta. Por eso, la psicóloga me propuso intentar

tomar unas pastillas de melatonina, que ayuden a mi cuerpo a relajarse y de alguna manera obligarlo a dormir. Funciona. Han funcionado durante los últimos seis meses, y cuando no lo hacen, las complemento con unas cuantas tilas.

Anoche volví a revivir mis episodios de insomnio y ansiedad, algo que no es ideal teniendo en cuenta que tengo que conducir para llevar a Jimmy a su partido en unas horas, y apenas soy capaz de ubicarme a mí misma.

Me levanto de la cama de forma sigilosa. Apenas una hora más tarde de que Eric me dejase en la puerta de su cabaña, escuché el sonido metálico de las llaves chocando con la cerradura, lo cual me lleva a pensar que está al otro lado de la puerta, dormido en el sofá.

Por suerte, esta cabaña es enorme, y después de darme un paseo para conocer el entorno al llegar anoche, me fijé en que hay un cuarto de baño en el interior de cada habitación, y no junto al salón como en la mía.

Es temprano y no quiero molestarlo, así que, de forma tan sigilosa como puedo, me meto en el cuarto de baño y cierro la puerta. Abro el grifo del agua caliente para darme una ducha antes de salir, con la esperanza de que mis amigos estén de vuelta y pueda recuperar mis cosas.

Abro algunos de los pequeños armarios y cajones del baño en busca de algo con lo que recogerme el pelo, ya que me lo lavé anoche y no quiero tener que hacerlo de nuevo. Me paro en seco al encontrar una caja de preservativos en el interior de un cajón bajo el lavamanos.

Está cerrada. Sinceramente, me da igual por qué ha traído eso a un sitio lleno de adolescentes y sus familias.

Tal vez eso fue lo que salió a hacer anoche.

No debería importarme. De hecho, me da igual.

Cierro el cajón, revuelvo un pequeño cesto de mimbre que hay sobre la piedra de mármol que rodea él lavabo y encuentro una goma de pelo de color azul claro. Sin dedicarle ni un solo pensamiento a quién podría ser su dueña, me recojo el pelo en un moño alto y me intento relajar bajo el agua caliente.

Salgo de la ducha en escasos cinco minutos. Está vez he sido rápida porque he decido que quiero irme de aquí cuanto antes. Envuelvo mi cuerpo en una toalla y salgo del baño en busca de algo para ponerme.

Entonces, lo veo. Me quedo inmóvil, incapaz de reaccionar.

—Joder —dice con un tono que intenta parecer neutral, al darse cuenta de que he salido del baño únicamente cubierta por la toalla entreabierta—. He oído el ruido de la ducha y venía a buscar el cargador de mi móvil, pero ya me voy.

—Me visto y me voy yo, no te preocupes.

No le aguanto la mirada más que unos segundos, cuando aparto mis ojos de él. Cojo la camiseta que me prestó anoche y me meto de nuevo en el baño para vestirme porque no tengo nada más que ponerme.

—No hay prisa. Quédate cuanto necesites.

—Prefiero volver a mi habitación.

—¿Esa es tu forma de agradecerme mi hospitalidad? Tal vez debería haberte dejado dormir sobre el húmedo y fresco césped —reprocha, sin siquiera mirarme a la cara.

La ira me recorre las venas y llega hasta mis mejillas en forma de calor hasta enrojecerme.

Ni si quiera sé por qué estoy enfadada con él.

No. No estoy enfadada con él. Solo me irrita su prepotencia cuando su vena de Estrellita sale a la luz.

—Tal vez no debería haber aceptado tu hospitalidad, para no tener que deberte nada.

—No me debes nada. Solo podrías ser más agradecida.

—Genial. Muchas gracias por todo. —Me meto en el baño y cierro la puerta.

Me pongo la camiseta sin ropa interior debajo, porque no tengo. Por suerte, su ropa me queda enorme. Cabríamos dos personas de mi tamaño dentro de sus prendas, así que me cubre lo suficiente para cruzar el camino hasta mi cabaña sin problema.

Salgo del baño y me dirijo al salón para irme, cuando veo un plato sobre la mesa con un trozo de bizcocho y tres fresas, junto a una taza con lo que deduzco, por el olor, que es café.

—Que aproveche.

—No es para mí. Siéntate a desayunar y después te marchas. Vas a necesitar el café. —Se me congela la sangre al oír sus palabras —. La cama es un asco y llevo toda la noche escuchando como te mueves de un lado a otro, así que deduzco que no has dormido demasiado.

—No quería…

—Tranquila, no me has despertado —interrumpe—. Tu hermano me ha mandado un mensaje hace cinco minutos. Melody y Tony están en tu cabaña y han preguntado por ti al darse cuenta de que no estabas y ellos tenían ambas llaves.

—Un poco tarde para preocuparse, supongo.

Me como lo que me ha traído, aunque el bizcocho tiene más azúcar que otra cosa. Me bebo el café, a pesar de que odio el café solo. Estoy segura de que voy a necesitar más de uno para sobrellevar el día con las tres gotas de energía que tengo en el cuerpo. Cojo la taza y me la llevo a los labios con una mueca de asco que intento disimular cuando el líquido amargo me roza el paladar, mientras ambos estamos sentados en el sofá en completo silencio con la luz del amanecer entrando por la ventana.

—¿Hace mucho que tienes problemas para dormir? —interviene.

Siento como una batalla se libera dentro de mí. Por una parte, siempre he deseado tener en mi vida a una persona con la que desahogarme y poder purgar todos los pensamientos y sentimientos que pudren cada rincón de mi alma. Por otro lado, soy consciente de que apenas lo conozco, y no necesito su compasión.

Eric no es *esa persona*. No necesito que piense lo que es obvio que pensaría: que soy una dramática incapaz de controlar sus emociones.

—No es asunto tuyo.

Bueno. Tal vez podría haber elegido unas palabras menos duras. Pero, por experiencia, sé que cuanto más distante eres y menos de ti le enseñas a los demás, más fácil es que pierdan el interés de indagar para saber más.

No me responde. Ni si quiera me mira. Está en completo silencio, con toda su atención de nuevo en la pantalla del móvil, cuando de repente se pone en pie y camina hasta la puerta de su habitación.

—Espera, te hago la cama antes de irme.

—No es necesario. Cuando termines, vete y cierra la puerta. — Su tono es ahora frío y distante.

Tampoco le culpo. Hago lo que me dice, y cierro la puerta al salir.



Mientras Tony y Melody se dedicaban todo el día a eliminar la ginebra de su organismo durmiendo en la habitación, el equipo ganó los dos partidos de hoy.

He tenido que pedirle a Jimmy una gorra para sobrellevar al calor mortal que nos torturaba, ya que en los campos no hubo ni un rincón de sombra hasta cerca de las seis de la tarde.

Tengo el pelo sucio, la ropa sudada y los ojos rojos de cansancio, pero estoy contenta. Jimmy ha marcado dos goles.

He estado casi todo el día con Eli pegada a mí, y su madre me ha pedido perdón en múltiples ocasiones por su insistencia, pero lo cierto es que me encanta su compañía. Me recuerda a mí cuando era pequeña. Yo también estaba feliz a todas horas y corría de un lugar para otro hablando con todo el mundo, hasta que la actitud de

mi madre empezó a abrir heridas en mi personalidad y apagó cualquier atisbo de infancia en mi interior. Me volví más reservada, menos sonriente y desarrollé ansiedad social antes de cumplir los diez años. La compañía de Eli me hace sentir más cerca esa parte de mí que ya ni recordaba, y Mila es siempre muy atenta conmigo.

Como si yo también fuese una adolescente de dieciséis años.

Son las diez de la noche cuando llegamos todos de vuelta al campamento. Los chicos han cogido los bocadillos que la madre de Eric preparó y dejó en el comedor, y se van a dormir, ya que mañana tenemos que estar preparados de nuevo a las diez en el aparcamiento.

Yo, por otra parte, me alegro de haber llegado. Llevo todo el día bostezando y sobreviviendo a base de café con hielo y sacarina de la cafetería del complejo deportivo. Necesito meterme en la cama; seguramente, sin ayuda, consiga dormir como una niña teniendo en cuenta lo cansada que estoy, pero no voy a intentar comprobarlo. Tony y Melody han vuelto a salir, lo sé porque han avisado a Jimmy por mensaje, aunque esta vez sí tengo mis llaves, y entro en la cabaña prácticamente arrastrando mi propio cuerpo.

—Emma —dice una voz grave y masculina detrás de mi.

Siento cómo se me eriza la piel, justo antes de que la sombra del enorme cuerpo de Eric engulla la mía.

—Joder, no te acerques por detrás a oscuras y en silencio.

—No era mi intención asustarte. Toma.

Me entrega una pequeña bolsa blanca. La abro, y dentro veo la caja de un móvil nuevo y una tarjeta SIM.

—Eric… no puedes comprarme un móvil así, como si nada, y yo aceptarlo sin más.

—No puedes pasarte dos semanas incomunicada, y menos si tus amigos salen de fiesta todas las noches dejándote sin móvil aquí sola.

—Mañana te lo pago, te lo prometo.

—No necesito que me pagues nada, no voy a morir de hambre por comprarte un móvil.

Pienso devolverle el dinero de todas formas. Entre otras cosas porque, después de abrir la bolsa y ver la marca, ha optado por uno

de los móviles más caros del mercado.

—Tienes mi teléfono dentro apuntado en un papel y la tarjeta es una copia de la antigua, así que seguramente puedas recuperar todas tus cosas. Y sigues teniendo el mismo número que antes, Tony se ha encargado de eso. Si necesitas cualquier cosa puedes escribirme.

Asiento, todavía intentando asimilar toda la información y le doy las gracias antes de meterme en la cabaña, mientras él se aleja en dirección a la suya.

Capítulo 11

Eric

Sábado - Segundo día de torneo

Está a punto de terminar el primer partido del día y, una vez más, vamos ganando. He de reconocer lo sorprendido que estoy con el equipo. Han hecho un trabajo maravilloso durante los entrenamientos esta semana, pero no pensé que ganarían los tres primeros partidos con tanta seguridad. Después de unos días de convivencia se comunican mucho mejor entre ellos, tanto fuera como dentro del campo, lo cual es el principal objetivo del campamento.

Estoy de pie sobre el césped tras la línea blanca que separa el campo de los banquillos, y el sol me da de lleno en la cara. Aprovecho su posición —y las gafas oscuras que me protegen— para poder tirarme las casi dos horas de partido mirándola sin que se dé cuenta.

Tiene la piel apenas bronceada, el pelo recogido en un moño alto no demasiado perfecto y los ojos le brillan muchísimo más cuando les da el sol. No puedo apartar la vista de ella; no he podido desde hace días. Lleva una camiseta negra sin tirantes que se ajusta como un guante a su cuerpo, y unos *shorts* vaqueros de cintura alta.

—El partido ha terminado hace casi cinco minutos. ¿Te vas a quedar aquí todo el día? —dice mi padre interrumpiendo mis pensamientos.

Miro a mi alrededor tratando de ubicarme de nuevo, y veo cómo la gente se está bajando de las gradas. Los chicos ni si quiera están ya en el campo.

—Si, Luis. Perdona.

—Eric, soy tu padre. Llámame papá.

Me río y camino junto a él hacia los vestuarios. Sé cuánto odia que lo llame por su nombre, y él sabe que, cuanto más

demuestre que le molesta, más lo voy a hacer.

—¿Pasó algo la otra noche?

—¿A qué te refieres?

—Tu madre vio a Emma salir de tu cabaña a las siete de la mañana, cuando iba a preparar el desayuno al comedor.

—No pasó nada. Ni va a pasar —sentencio.

Por mucho que me encante observarla como si fuese una escultura, hay muchas otras cosas de ella que me han dejado claro que no debo acercarme demasiado. Tiene una coraza emocional que le impide permitirse conocer a las personas y confiar en alguien nuevo. Y teniendo en cuenta la publicidad de mierda que rodea a mi persona desde hace años, nunca confiaría en mí.

—¿Por qué dices eso?

—Cada vez que quiero ayudarla o hablar con ella de algo serio, me esquiva. No quiero ponerla en una situación en la que no quiera estar. No quiero que ocurra nada y se arrepienta, poniéndose esa coraza con la que se protege de todo.

—Pero tú si quieres que pase algo, Eric.

—No.

—Hijo, no era una pregunta. Esa chica tiene más problemas de los que parece y no creo que debas olvidarte de que existe solo porque sea más compleja de lo que te gustaría.

—¿Cómo sabes tú eso? —Me paro en seco a esperar su respuesta aún dentro del campo para evitar que nadie escuche nuestra conversación.

—Si tanto te gusta deberías ser más observador, chaval —me da un golpe en el hombro y suspira—. Cada vez que tiene un plato de comida delante, mira a su alrededor, esperando que alguien la juzgue o controle lo que se lleva a la boca. Llevo cuatro años entrenando a su hermano, y jamás he visto a ninguno de sus padres en los entrenamientos, ni si quiera se hacen cargo de las cuotas del equipo: todo lo paga ella.

—A veces se me olvida que eres psicólogo.

—Tu madre también hacía eso cuando salíamos a algún sitio con más gente y había comida de por medio. No necesita que nadie la juzgue, eso es lo que espera cuando mira a su alrededor con

miedo. Lo mejor que puede encontrarse es que todo el mundo esté ignorándola para poder comer tranquila.

—¿Me estás diciendo que tiene un TCA?

—No sé si lo tiene, pero, como mínimo, lo ha tenido. Y no hace demasiado.

—¿Y mamá?

—Tu madre siempre ha sido una mujer preciosa, lo cual no es incompatible con tener problemas de autoestima. En su caso era dismorfia corporal. Ella se veía mal y creía que los demás la percibían de la misma forma, para que me entiendas. Emma no tiene por qué sufrir exactamente lo mismo, pero lo último que necesita esa chica es a alguien que la juzgue.

Me quedo pensativo un momento y recuerdo lo que su madre le dijo por teléfono el día que la saqué del baño, después de destrozarlo.

—Escuché una conversación hace unos días.

—¿Conversación? ¿Qué conversación?

—Estaba hablando con su madre por teléfono con el altavoz puesto. Le dijo algo así como que era una desagradecida y que si sigue teniendo trabajo es porque es guapa como para que los tíos se… masturben mirándola —me aclaro la garganta—. Luego le dijo que eso ya lo sabía por eso estaba sola, y fue cuando Emma reventó el teléfono a golpes contra el espejo.

Mi padre abre los ojos, muy sorprendido, lo cual es una reacción bastante comedida teniendo en cuenta lo fuerte que me pareció aquella situación, y aún más ahora que la estoy reviviendo en mi cabeza.

—No la presiones, pero si realmente te interesa tampoco deberías ignorarla. Tienes casi veintisiete años, sé un hombre.

—¿Tú la has visto?

—No me refiero solo al físico, capullo —me dice mientras me empuja con fuerza.

Sonrío y respondo:

—Yo tampoco me refería solo al físico, Luis.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer, pero procura que su hermano no se entere o te partirá las piernas, ese crío la protege

como si el hermano mayor fuese él.

Eli se acerca corriendo a nosotros con la seriedad forzada que obliga a dibujar en la cara siempre que mi madre la usa de mensajera para regañar a mi padre.

—Mamá dice que si no venís a comer de *inediato* os pondrá césped en el bocadillo.

—Se dice inmediato, Elisabeth.

—Si me llamas así otra vez, escupo dentro de tu vaso.

Le ofrezco mi mano y me agarra enseguida.

Creo que no hay nada que me guste más en el mundo que cabrear a mi hermana.

—Vámonos ya. Me niego a discutir con vuestra madre en nombre de los dos.



Tres victorias y un empate siguen siendo un resultado mejor de lo que esperaba. El segundo partido de hoy lo hemos empatado, a pesar de que los chicos no han bajado el ritmo y han jugado igual de bien que por la mañana.

Pero mañana no va a ser suficiente. Mañana nos enfrentamos a los dos equipos más fuertes del torneo. Ambos vienen de barrios adinerados en sus respectivas ciudades y, por lo tanto, son más prepotentes que otros chicos de su edad.

Entro en la cabaña y me saco de el bolsillo la cartera para soltarla sobre la mesa del recibidor. Hace un par de días opté por cambiar mi horario para salir a correr a las noches. Por las mañanas el calor se ha vuelto insoportable, y las noches me regalan algo de aire fresco, unos grados menos y mucha más facilidad para pasar desapercibido.

Algunos de los chavales de los otros equipos, hoy han cuchicheado entre ellos al verme sin las gafas de sol durante escasos cinco segundos, pero seguramente no creían que fuese posible que yo estuviese ahí. Agradezco mucho que el equipo que entrena mi padre no haya hecho ningún comentario. Se han estado portando conmigo como si no tuviesen ni idea de quién soy, y no hay nada que me apetezca más ahora mismo.

Me cambio la camiseta del equipo por una básica negra y salgo de nuevo. Dejo la llave de la cabaña en la maceta para no perderla, ya que únicamente llevo el móvil y los auriculares, y cuando bajo los escalones observo a la luz que ilumina la puerta al otro lado de el camino de piedra. Me acerco con cuidado para no asustarla —reconocería esa melena rubia en cualquier sitio con las luces apagadas—, y la veo sentada sobre uno de los escalones del porche con los brazos cruzados sobre las rodillas, y la cabeza hundida en ellos. Lleva la misma ropa que llevaba esta tarde, pero el pelo ahora le cae por la espalda hasta la cintura. Cuando estoy lo suficientemente cerca, noto cómo mueve una pierna de forma repetitiva, nerviosa. Apoyo la mano sobre su espalda, para no sobresaltarla. Pero no reacciona.

Solo agita la pierna sin parar.

—Emma, ¿estás bien?

No obtengo respuesta. Le aparto el pelo y busco su mejilla para intentar que levante la mirada.

—Emma, mírame.

—Estoy bien —contesta por fin, con la voz entrecortada—. Solo necesitaba respirar aire fresco.

Consigo encontrarme con sus ojos, y me mira con la expresión triste. Desbordada.

—¿Ha pasado algo? —pregunto.

—No para de llamarme. No contesto y es aún peor… porque no para de llamar —responde muy nerviosa. Está hiperventilando y su pierna no se detiene. Los movimientos son cada vez más rápidos y agitados.

Puede que esté teniendo un ataque de pánico.

—Escúchame. Eso es lo de menos ahora —me agacho hasta quedar a su altura—. Respira conmigo, despacio y profundo, ¿vale?

Inhalo con lentitud y suelto el aire al exhalar con fuerza, exagerando el gesto para que me imite, mientras acaricio el muslo de su pierna con el pulgar para intentar calmarla

—¿Quién es tu cantante favorito?

Una expresión de sorpresa parece distraerla ligeramente de su ataque de pánico.

—¿Cómo?

—Tú solo responde.

—Eh… —duda unos segundos—, no sé si tengo uno solo.

—Entonces dime qué música te hace sentir cosas. Del tipo que sea.

—The Weeknd.

Abro el buscador en mi biblioteca porque tengo absolutamente todas sus canciones descargadas y reproduzco de forma aleatoria. Saco un auricular de su caja y se lo coloco con cuidado; y yo me pongo yo el otro.

La música llena todo el silencio. Yo sigo respirando despacio y profundo, esperando que me imite hasta que consiga calmarse.

Repetimos varias veces, hasta que su respiración vuelve a la normalidad, y su pierna deja de moverse bajo mi mano.

—Es mi canción favorita —dice.

Tiene buen gusto, porque *XO/The Host* también es de mis favoritas.

Pero no mi favorita.

—Vamos dentro —digo, cuando la siento más tranquila.

Entramos en su cabaña. Me aseguro de que se siente en el sofá antes de hacerlo yo a su lado, mientras la palma de mi mano vuelve a entrar en contacto con su muslo cuando siento un ligero movimiento nervioso otra vez.

—¿Quieres que te prepare una tila o algo para que te sientas mejor?

—Me siento mejor. Además, ya me he tomado tres y no me han hecho nada.

—Vale, ¿quieres hablar de ello o prefieres estar sola?

—No quiero hablar —responde.

—Deberías dormir. Si necesitas algo o te vuelves a sentir mal, llámame.

No necesito que me cuente nada para saber de qué va todo esto, porque los últimos días me han bastado para saber que su madre es la raíz de todos sus demonios. Y que seguramente lleva viviendo con ello demasiado tiempo como para permitirse a sí misma decirlo en voz alta.

Sigo acariciando su pierna, cada vez acercándome más a sus vaqueros cortos. Su mirada baja hasta la zona donde mi mano la toca, y siento como se le eriza la piel bajo mis dedos.

Ella quiere esto casi tanto como yo, pero sus pesadillas son tan reales que condicionan cada paso que da.

Condicionan todo lo que pasa a su alrededor y no se permite a sí misma vivir, por eso hace todo con miedo a equivocarse y sumar una cosa más a la lista de tormentos en su cabeza.

Ahora el error que no quiere cometer, soy yo.

Su mano se posa sobre mi pecho y va descendiendo hasta mi abdomen. Entonces, noto sus uñas deslizándose sutilmente sobre mi piel, bajo la tela, y necesito suspirar para mantener las formas. Esta mujer consigue despertar mis instintos más animales sin siquiera ponerme un dedo encima. No hay forma de imaginar lo que va a provocar en mí si sigue tocándome.

En cualquier otro contexto, habría intentado irme a la cama con ella hace días. Esta vez no. Por primera vez en mi vida, tengo la necesidad de que confíe en mi antes de tocarla.

Necesito que me vea como lo que soy, más allá de toda la mierda que estoy seguro, ha leído sobre mí.

No quiero ser un polvo pasajero que sirva como anestesia.

No quiero ser el futbolista. Ni el de el coche caro.

Quiero que vea a la persona que hay mas allá. Necesito saber que alguien puede verla.

Llevo unos pantalones cortos de chándal de color gris, lo cual está haciendo más que evidente lo dura que tengo la polla, y empieza a ser un problema. Me paso las horas así cada vez que la veo.

Paro de acariciarla, y veo en su mirada ese sentimiento escondido que se oculta bajo su piel desde el día en que la conocí: desconfianza.

No confía en mí, y está dudando de lo que hace.

No voy a hacer esto si ella tiene dudas, y eso es lo único que encuentro en sus ojos cada vez que la miro: dudas. No quiero que se despierte por la mañana arrepentida de haber hecho algo por impulso.

Si quiere esto, debe de desearlo tanto como yo.

Y confiar en mí.

—Para —sentencio, mientras aparto su mano agarrándola con suavidad por la muñeca.

—¿Qué? ¿Qué he hecho?

—Nada. Nos vemos por la mañana.

Su expresión cambia drásticamente y se levanta de golpe.

—Genial. Adiós. —Abre la puerta y hace un gesto para que me vaya.

Salgo sin decir nada más. La puerta se cierra a mi espalda con un golpe seco cargado de ira, y no me giro.

Camino en silencio hasta mi cabaña, con los pasos pesados, la mandíbula tensa y una sensación constante de que acabo de estropear algo que ni si quiera había empezado.

Me tumbo en la cama sin cambiarme de ropa, con los auriculares puestos y el móvil vibrando suavemente sobre mi pecho.

Compruebo que no es ella, e ignoro la llamada.

Capítulo 12

Emma

Domingo - Tercer día de torneo

Me he despertado aún más confundida de lo que me fui a la cama. Todo parecía ir bien, por fin sus manos me estaban tocando y no me hubiese gustado estar en ningún otro lugar. Entonces, paró.

Y aún sigo sin entender el porqué.

Me llevo la taza de té verde caliente a los labios, ya que es todo lo que me pienso meter en el estómago por la mañana. Ayer comí de forma excesiva y debo de haber cogido algún kilo en estos días, porque los *shorts* vaqueros me apretaban más de lo habitual. Pero he de reconocer que, a pesar de ello, me veo muy bien. Tengo la piel ligeramente más morena, ya que, por mucha crema solar que use, la exposición al sol es más alta de lo habitual y mi piel ha dejado de estar tan pálida. He estado dejándome el pelo con las ondas sutiles que se forman en él de manera natural, ya que pasarse la plancha en un lugar con tanta humedad, no tiene sentido. Me recojo la larga melena en una coleta alta y me paso los dedos entre los mechones para asegurarme de que está bien desenredado antes de salir por la puerta de la cabaña.

Son las ocho de la mañana y, a pesar de que no hemos quedado con los demás en el aparcamiento hasta las diez, voy a ir al comedor para ayudar a la madre de Eric con el desayuno. Ella se ha estado encargando de tener a todos los presentes en el recinto bien alimentados. Muchos de los familiares de los chicos salen a diario a comer por la playa o no se pasan por el comedor, pero los chicos comen por diez cada uno, y me parece injusto que ella se esté encargando de todo.

El dinero que pagamos para el torneo fue para cubrir la estancia en el campamento, limpieza, y comprar suministros alimenticios para que Mila pudiese cocinar estas dos semanas. Pero

ella no está sacando ningún beneficio de esto, así que una pequeña ayuda creo que le va a venir bien, aunque yo no sea muy habilidosa en la cocina.

Camino por el sendero de piedra tratando de disfrutar de los rayos del sol bajo la gorra de Prada negra que le regalé a Jimmy por su cumpleaños el año pasado y que me ha prestado, ya que paso de que me duela la cabeza de nuevo por el sol, y llego al comedor en menos de cinco minutos. La puerta está abierta de par en par, así que imagino que Mila debe de estar manos a la obra, ya que para los chicos el desayuno empieza a las ocho y media —a pesar de que ninguno llega antes de las nueve—. Camino hasta la zona de la cocina donde están los electrodomésticos y los fogones, y la veo sacando una bandeja del horno cuyo humo empieza a formar una nube sobre nosotras con olor a bollería.

—Buenos días, Mila. ¿Estoy oliendo *croissants*? —digo haciendo énfasis en el acento francés que consigue sacarle una sonrisa.

Se gira en mi dirección después de soltar la bandeja sobre la isla de mármol de color negro, y me dirige una cálida sonrisa.

—Hola cariño. Sí que lo son, ¿te gustan?

Me quedo pensativa unos segundos. No me gusta comer bollería, pero esta mujer es un auténtico ángel y no quiero ser maleducada.

—No suelo comer mucho para desayunar, pero huele de maravilla, Mila. No sabía que tú misma horneabas los bollos del desayuno; pensé que serían de la sección de bollería industrial de algún supermercado.

—Ni hablar. Eso es basura, no comida. Si los niños van a comer bollos, al menos que sean caseros y decentes.

—Tienes toda la razón. ¿Puedo ayudarte con algo?

—Si quieres sentarte puedo ponerte un plato con algo de desayunar en un minuto. Eli debe de estar a punto de llegar; la he dejado encargada de tocar a la puerta de Eric a las ocho y cuarto para que vengan a desayunar los dos.

El corazón me empieza a latir con más fuerza contra las costillas al escuchar su nombre. Después de la *situación* de anoche,

lo último que me apetece es tener que desayunar con él. O tener que mirarlo a los ojos.

—No te preocupes por mí, he venido a ayudarte para que no cargues con todo el desayuno tú sola —digo, mientras me pongo los guantes de color negro para ayudar tanto como sea posible—. Si quieres, puedo ir pasando la comida de la bandeja del horno a los platos del comedor; no tengo mucha idea de cocina.

—Eric se encarga de sacar la comida a las mesas cuando llega. Si quieres puedes preparar el café, calentar leche y ponerlo todo en las jarras de metal para que la gente se lo sirva en las mesas.

Ahora me gustaría haber ignorado a mi yo altruista y no haber venido; al menos así me habría ahorrado tener que interactuar con él de cualquier forma.

—¿Cómo es vivir tan lejos de casa siendo tan joven? —me pregunta Mila mientras vuelve a encender el horno con otra bandeja llena.

—Es… normal. Echo mucho de menos a Jimmy, pero es por trabajo.

—¿No te gustaría volver a vivir cerca de tu familia algún día?

—No —digo rotundamente, de forma espontánea—. Quiero decir, me encantaría poder estar más cerca de él y daría lo que fuese por poder pasar todo el tiempo del mundo con él, pero las cosas no son tan sencillas.

Remueve una masa de color beige dentro de un bol metálico lentamente, mientras suspira de forma sutil sin desviar la mirada.

—Nunca lo es, pero sois hermanos y se nota que te quiere tanto como tú a él. Yo lo pasé muy mal al principio, cuando Eric tuvo que mudarse a Nueva York por el equipo. Me habría encantado que hubiese visto a Eli crecer desde más pequeña. Ahora que no tiene ningún compromiso laboral fijo nos visita más a menudo. Supongo que es el egoísmo típico de una madre: querer a sus hijos solo para ella.

Resoplo en busca de aire para evitar que mis emociones se apoderen de mí.

—Ojalá todas las madres del mundo fuesen igual de egoístas que tú.

—¿Por qué dices eso, cariño?

Dudo por un momento si decir la verdad o inventarme cualquier cosa que se me pase por la cabeza, como estoy acostumbrada a hacer. Estoy harta de mentir para vender una imagen de mis padres que ninguno se merece, en especial mi madre.

Si no le importa ser así, tampoco debería importarle que la gente sepa cómo es.

—Digamos que no tengo mucha relación con mi padre, y me gustaría no tenerla de ninguna forma con mi madre. Si aún lo hago, es por Jimmy. —Una lágrima me empieza a recorrer la mejilla—. No me malinterpretes, me encantaría tener una relación como la vuestra, como familia; simplemente mi madre no ha puesto nunca de su parte.

—Nunca es tarde para cambiar, tal vez si intentas hablar con ella… pueda solucionarse.

Suspiro con fuerza cuando las palabras me están ahogando en un intento por salir, y me niego a detenerlas.

—Utiliza la carta de que Jimmy es menor y vive bajo su techo para chantajearme. Me saca tres mil euros todos los meses para permitirme hablar con él y verlo siempre que puedo para no tener que trabajar. Antes, la mantenía mi padre; ahora lo hago yo. No estoy interesada en arreglar nada con ella, aunque cambiase de actitud ahora mismo, cosa que tampoco va a ocurrir.

Mila se acerca a mí y se deshace de los guantes de horno para abrazarme mientras acaricia mi espalda con un cálido gesto. Yo también la rodeo con los brazos para abrazarla.

—Eso es horrible, cielo. Pero también creo que el título de madre hay que ganárselo. Dar a luz a una persona no te da la cualidad de madre; eso hay que ganárselo con acciones. Está claro que a esa mujer solo le importa ella misma, pero Jimmy te tiene a ti y tú lo tienes a él, y siempre que lo necesites puedes hablar conmigo, Emma.

—Eres una madre maravillosa, estoy completamente segura.

—No soy perfecta, y con Eric era muy joven, pero aprendí muchas cosas.

—¿Por qué fuiste madre tan joven?

—Fue un accidente, aunque detesto llamarlo así. Pero en ningún momento me planteé interrumpirlo. Luis y yo estábamos enamorados, y yo siempre había querido ser madre. Tal vez no planeaba serlo tan pronto, pero los planes están para cambiarse.

Mientras Mila me dedica una cálida y tierna sonrisa, escucho cómo la vocecita de Eli anuncia su presencia, como habitualmente. Acaba de entrar por la puerta del comedor de la mano de Eric, y viene hacia la cocina corriendo con un bolígrafo de color rosa en la mano y los brazos llenos de dibujos —cuya forma no consigo descifrar— con tinta del mismo color.

—¡Mira, Emma, yo también tengo dibujos en los brazos, como Eric! Pero los míos son mucho más bonitos porque son rosas.

Me agacho intentando acercarme un poco a su altura, y digo:

—Yo también quiero uno de color rosa, ¿me vas a hacer uno a mí también cuando estemos en los campos de fútbol más tarde?

—¡Pues claro! —grita entusiasmada mientras se engancha a mi cuello con los brazos como un koala—. ¿Vienes a desayunar conmigo?

—No puede —responde Eric.

—Pero ¿por qué? —pregunta ella, enfadada, a la vez que se cruza de brazos.

—Necesito hablar con Emma de una cosa importante— responde.

Después de irme a la cama muerta de vergüenza por la situación, y la forma en la que se largó, no pretendo mantener ninguna conversación con él, y mucho menos sobre ese tema. No tengo completamente claro lo que quería que ocurriese, pero ya me había convencido a mí misma para olvidar el puto coletero en el baño y la caja de preservativos, ¿para qué después se fuese de esa forma?

No.

—Tu hermano tendrá que conformarse con dos minutos —intervengo—. Espérame en la mesa y voy a desayunar contigo en

seguida, peque.

Sale corriendo de la cocina para sentarse en una mesa cercana del comedor. Echo un vistazo por el ventanal enorme de la cocina y veo cómo el salón ya se ha llenado de gente, y Mila se ha ocupado de sacar el desayuno.

—Lo que necesites decir puedes hacerlo ya; tu hermana me está esperando.

Sus músculos se tensan, y baja la mirada hasta recorrerme de arriba a abajo sin pestañear. Tiene el pelo revuelto y va vestido con los pantalones cortos y la camiseta del equipo.

De pronto siento cómo me agarra con suavidad del brazo y tira de mí hasta sacarme por la puerta trasera de la cocina, que da al jardín junto a la piscina.

—¿Se puede saber qué coño te pasa? ¿Acaso estás loco?

—No lo sé, Emma. ¿Crees que estoy loco?

—Desde luego, lo parece.

—¿Qué es lo que quieres?

—¿Yo? ¿Qué quieres tú? Eres tú el que me dejas dormir en tu habitación y me consuelas en medio de un ataque de pánico, y luego sales corriendo cuando apenas te toco. Si piensas que soy una fanática desesperada que busca acostarse con un futbolista imbécil, estás equivocado.

—Tienes dudas.

—Y tú una caja de preservativos y una goma de pelo en el baño, ¿justifica eso mis dudas?

—¿Celosa? —ríe.

—Ni en tus sueños más húmedos.

Suspira, y una pícara sonrisa se dibuja en sus labios marcando los hoyuelos de sus mejillas. No puedo evitar suavizar la expresión al verlos.

—La goma es de Eli. La noche anterior estuvimos jugando a juegos de mesa en mi cuarto y dijo que le dolía la cabeza por lo apretada que tenía la coleta. Se la dejó en la mesa, y yo la puse en la cesta del baño.

—No tienes por qué darme explicaciones.

—Los preservativos me los regalaron tu hermano y sus amigos durante el primer entrenamiento esta semana. Supongo que han leído más en internet de lo que me gustaría. De todas formas, sigue cerrada, por si no te has dado cuenta.

Lo miro de nuevo y suavizo la expresión:

—Bueno, voy a entrar a desayunar con tu hermana antes de que se enfade contigo por entretenerme.

Vuelvo a entrar en el comedor, y cuando llego a la mesa donde Eli está sentada con su madre, se acerca Luis con una taza en las manos.

—Esta mesa es solo para chicas. Vete a desayunar con Eric a otro sitio, papá.

Arquea una ceja en señal de desaprobación y Mila se encoge de hombros.

Luis da media vuelta y se sienta en una mesa cercana con Eric, y nosotras tenemos un desayuno solo de chicas.

Eli me ha preparado el desayuno en la mesa. Me ha servido un poco de leche en una taza, y lo ha acompañado con dos cruasanes rellenos de chocolate.

—¿Te gustan las fresas? —pregunta, con la boca manchada de chocolate.

—Me encantan.

—Toma.

Me entrega una fresa de el plato lleno de fruta que su madre le ha preparado para compensar sus deseos incontrolables de comer chocolate.

—Eli, come un poco de fruta —ordena Mila.

—Pero mamá… no me gusta.

—Pues a mí me encanta —contesto.

Cojo un trozo de plátano ya cortado, y me lo llevo a la boca. Ella de forma casi instantánea, hace lo mismo. Mila sonríe y gesticula la palabra “gracias” sin que la pequeña se entere.

Capítulo 13

Emma



Dejo el móvil sobre la mesa de noche junto a mi cama y me pongo en pie para darme una ducha antes de dormir.

Los chicos han ganado los dos partidos de hoy, a pesar de que el día haya sido más complicado de lo que me gustaría. Nunca en mi vida he sido una gran aficionada al fútbol, pero estoy segura de que el nivel de violencia que ha habido hoy en ese polideportivo no es normal.

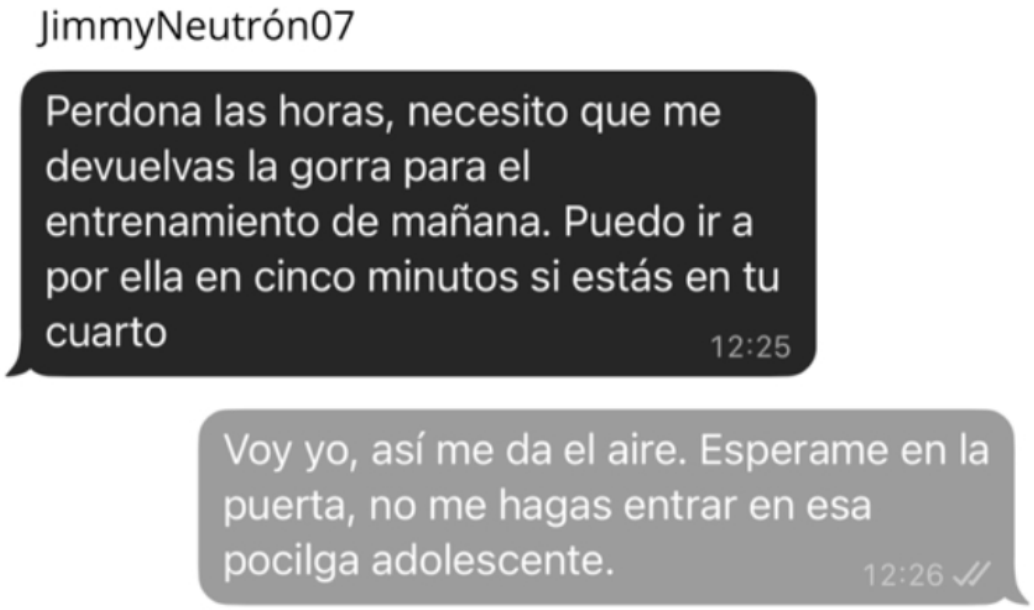
El primer partido ha sido más un concurso de patadas que otra cosa. Para venir de un barrio adinerado, tienen menos educación que los animales salvajes. He visto más veces impactar sus patadas contra las piernas de Jimmy y sus compañeros, que contra el balón. Los familiares insultaban sin ningún filtro a los chicos, y tan pronto como el árbitro ha pitado el final del partido, hemos ido todos a la zona de almuerzo a comer los bocadillos de pollo y queso que Mila nos había preparado.

Creo que no recuerdo la última vez que disfruté de la comida antes de venir aquí. Jimmy siempre me observa a la hora de comer con cara de satisfacción al darse cuenta de que estoy comiendo normal sin que tenga que perseguirme.

El segundo partido ha sido aún peor. Edu se ha dado un golpe horrible en la rodilla cuando un chico del otro equipo lo ha empujado contra el poste de la portería, y la violencia ha ido en aumento según veían que íbamos ganando. Me sorprende que hayan dejado a esos dos equipos de delincuentes en potencia participar en un torneo amistoso de verano. Creo que la peor parte ha sido cuando Eric ha visto que no paraban de intentar lesionar a todos los oponentes que podían, y les ha dado vía libre a los chicos para devolver tantas patadas como recibiesen. El entrenador del otro equipo debía de ser algo mayor que Eric, unos treinta y tantos en mi opinión, y he sentido un escalofrío recorrerme el cuerpo de arriba a abajo cuando lo he visto acercarse a Eric con ira, y los puños cerrados con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos. La diferencia de altura era mínima, siendo Eric ligeramente más alto y corpulento que ese hombre, y cuando ha intentado darle un puñetazo de la nada, Eric lo ha empujado y lo ha tirado al suelo como si fuese una pluma, justo cuando el árbitro ha pitado el final.

De todas formas, apenas quedaban tres o cuatro minutos de partido en ese momento, e íbamos ganando con tres goles de ventaja. A mi parecer, dos minutos más habrían terminado con varias lesiones y los entrenadores peleándose en medio del césped.

Salgo de la ducha y, cuando tengo el pelo seco, noto como mi móvil vibra sobre la mesita de noche.



Suelto el móvil sobre la cama. Saco del armario un pijama limpio de color rosa bastante corto, y me cubro con una chaqueta negra de chándal de Tony. Ya que no pisa por aquí, espero que no le importe que utilice su ropa, y si le importa, me da igual de todos modos. Me pongo las sandalias rosas de Prada, y salgo por la puerta en dirección al cuarto de Jimmy. Cuando llego, está esperándome en la puerta. Le devuelvo su gorra y camino de vuelta, tardando apenas dos minutos.

Es de noche y todo está en completo silencio. Cuando llego a la puerta de mi habitación, escucho el sonido del agua moviéndose y

salpicando. Estoy lo suficientemente cerca de la piscina como para escuchar si alguien se baña en medio de la noche. A estas horas la piscina está cerrada, y el socorrista del campamento no está, por lo tanto, nadie debería estar bañándose.

Me acerco intentando ser sigilosa, y cuando piso fuera del camino de piedra, dentro del césped del recinto de la piscina, se me eriza la piel al contacto con la humedad fría del suelo. Por las noches siempre hay una sutil brisa que mitiga el calor que sufrimos de día.

Una ancha y tatuada espalda es lo primero que veo contra el borde de la piscina, y la única iluminación que hay es la luz azul del fondo, pero estoy segura de que es él. Me doy media vuelta para irme, y algo cruje bajo mis pies llenando todo el silencio con mi intento fallido de huida.

—¿Me estás espiando, Barbie?

Me detengo en seco. No sé si ha llegado a verme, ni si quiera se ha movido… pero sé que me ha reconocido.

—No deberías bañarte a estas horas, podría ser peligroso.

—Qué detalle que te preocupes por mí.

Me acerco lentamente al borde de la piscina y, cuando estoy de pie justo detrás de él, se gira y me mira a los ojos directamente. Siento cómo cada músculo del cuerpo se me tensa bajo la oscuridad de su mirada, y no puedo evitar desviar la mía para recuperar el aliento. Me tiende su mano, y cuando sus dedos húmedos apenas han rozado los míos, me agarra por la muñeca y tira de mí hasta sumergirme en la piscina con la ropa puesta.

Ni si quiera sé en qué momento mi cerebro ha decidido que era buena idea confiar en él, y mi cuerpo ha actuado por inercia.

—¿Se puede saber qué haces? Llevo ropa puesta y me acabo de duchar —digo cuando consigo sacar la cabeza del agua de nuevo.

—Puedes ducharte otra vez cuando vuelvas a tu habitación.

Su cuerpo me arrincona contra el borde de la piscina y sus dedos agarran la cremallera de mi chaqueta, bajándola lentamente como si quisiera saborear cada segundo lo que está haciendo.

Y yo no opongo resistencia.

Tal vez eso me hace débil.

Me siento atraída por él desde el día en que lo conocí, algo que no pienso reconocer en voz alta. Pero no creo que pueda involucrarme más allá de una atracción física con alguien como él. Ha sido una estrella de fútbol internacional y, aunque ahora dedica su tiempo a otras cosas, sigue siendo la estrellita que se peleaba en cada partido con sus oponentes hasta que uno de los dos sangraba. Cada noche había una foto suya en una discoteca de Nueva York, chicas distintas montadas en su coche cada semana, y todo lo que su equipo haya conseguido esconder de la prensa. No lo voy a juzgarlo por ello.

Nada de eso es asunto mío, pero no creo que mi estilo de vida se adapte en absoluto al suyo como para entendernos jamás, y mi prioridad tan pronto como salga de aquí, es seguir con mis compromisos laborales. No creo que las marcas de lujo y los promotores tan exclusivos con los que he conseguido trabajar manteniendo una imagen social limpia aceptasen nunca que se me asociara públicamente con alguien como él.

Por mucho que la época de futbolista haya terminado, todos sus escándalos están recientes y la prensa lo tiene en el punto de mira, con el apetito de una exclusiva igual al de un perro hambriento.

—Eric…

—Si quieres que pare solo tienes que pedírmelo, Emma.

La chaqueta flota sobre el agua y tan solo me cubre un pijama de tirantes, cuya tela está empapada. Es prácticamente como estar desnuda.

Sus dedos se deslizan suavemente sobre la piel de mis brazos y me aparta el pelo del cuello. Sus labios besan mi mandíbula, siguiendo por la comisura de los míos, y el pulso se me acelera cada vez más. Me agarro a sus caderas con las piernas y el corazón me late con fuerza contra las costillas haciéndome saber que mi cuerpo no está dispuesto a soportar esta tensión ni un minuto más.

¿Puede que mañana me arrepienta de esto? Tal vez. Pero estoy segura de que el arrepentimiento será aún mayor si lo paro ahora.

Llevo una semana con su mirada clavada en todos los rincones de mi cabeza y parece que, por mucho que intente mantenerme

lejos, el universo encuentra la forma de que se cruce de nuevo en mi camino.

Me agarra el culo con las dos manos y me besa en los labios como si nunca antes hubiese besado a nadie.

No me está besando, me está devorando.

A la altura del abdomen puedo sentir cómo se pone duro, y un cosquilleo se abre paso en mi estómago al sentir el roce de su polla entre mis piernas cada vez que me muevo.

Sus manos aprietan mi trasero, pegándome contra su abdomen. Rodeo su cuello con los brazos. Hundo los dedos en su pelo mojado y acaricio cada mechón mientras él me besa sin parar. Una de sus manos se acerca a mi barbilla, y con el pulgar empuja mi labio inferior abriéndome la boca para deslizar su lengua en el interior.

Un leve gemido se escapa de mis labios cuando siento su lengua enredarse con la mía durante varios segundos. Entonces, separa sus labios de mí para acercarlos a mi cuello.

—Pídeme que pare ahora, o no te aseguro poder controlarme después, Emma.

Mis manos bajan hasta su espalda y, mientras su lengua se desliza sobre mi cuello, mis uñas se clavan sobre su piel.

—Nos pueden ver —susurro.

Agarra mi cintura con fuerza y me levanta hasta sentarme sobre el bordillo. Acaricia mis muslos completamente mojados, y mi espalda se arquea cuando sus dedos entran en contacto con la tela mojada entre mis piernas.

—Túmbate —me besa el interior de la pierna—. Intenta no hacer mucho ruido.

Sus labios se acercan peligrosamente a mi entrepierna, y yo me dejo caer sobre las baldosas mojadas mientras me abre con delicadeza. Creo que la piel me arde como nunca antes y un escalofrío recorre toda mi columna cuando siento el calor de su lengua sobre mi clítoris.

La iluminación es mínima, y nadie que esté a más de tres metros de nosotros sería capaz de distinguir cualquier movimiento aquí, pero no puedo evitar pensar en la posibilidad de que alguien

salga a dar un paseo y escuche el mínimo ruido. Miro alrededor, en busca de cualquier sombra que pueda indicar compañía, y mi mente se nubla por completo cuando siento uno de sus dedos deslizarse dentro de mí al mismo tiempo que su lengua se mueve sin parar.

Dos dedos.

Tres dedos, y un pequeño grito de placer se me escapa antes de sellar mis labios con la palma de la mano.

—Si gritas no creo que tengas más de un minuto para correrte antes de que alguien aparezca.

Y no creo que me haga falta mucho más cuando mis piernas empiezan a temblar y siento la necesidad urgente de introducir más aire en mis pulmones. Un cosquilleo me entumece los músculos, y siento cómo baja el ritmo con el que entra y sale de mí.

Me elevo ligeramente del suelo y veo cómo me mira con una sonrisa triunfal que no sé muy bien a qué se debe.

Vuelve a sumergirse entre mis piernas y acelera el ritmo de nuevo. Tiemblo con intensidad. Le agarro con fuerza del pelo y una explosión de placer envuelve mi cuerpo haciendo estallar un orgasmo dentro de mí como no lo había sentido nunca.

Y un grito ahogado vuelve a salir involuntariamente de mi boca.

—Joder, Emma. Podría oírte gritar de placer a todas horas.

Intento volver a sentarme, a pesar de la pesadez de mi cuerpo mojado, y cuando lo consigo, veo sus mejillas sonrojadas y sus oscuros ojos clavados sobre mí.

Tengo todo el pijama empapado y los pezones duros, completamente pegados a la ropa.

Sale de la piscina con todo el cuerpo chorreando, y veo el evidente bulto en su bañador.

Frunzo el ceño de forma involuntaria.

—No te preocupes por mí, llevo soportando esto desde que te conozco.

—Yo… No sabía…

—¿No sabías que me pongo cachondo cada vez que te veo desde el día en que te conocí? —Se seca la cara con una toalla y se

lame los labios hinchados—. ¿Desde cuándo te mojas tú pensando en mí, Emma?

Me quedo callada, con la mente completamente llena de sus vulgaridades y no puedo evitar ponerme cachonda otra vez.

Escucho unas voces lejanas, y los pasos de alguien se sienten cada vez más cerca. Se me hiela la sangre y me doy cuenta de que estamos solos a medianoche en una piscina cerrada completamente empapados.

Cualquiera podría hacerse una idea de lo que ha podido pasar.

—¡Sh! Si estás callada no nos van a ver, está muy oscuro.

Las voces se vuelven familiares y, aunque no puedo distinguir la conversación del todo, puedo asegurar que son Melody y Tony, completamente borrachos, intentando encontrar la cabaña.

—¿Tienes hambre? —susurra. Me quedo pensativa, pero no me da ni dos segundos para responder—. Vete a mi habitación. La llave está en el macetero junto a la puerta. Estoy ahí en diez minutos.

Me envuelve el cuerpo en su toalla, y hago lo que me ha dicho con una sonrisa en los labios.

Capítulo 14

Eric

Es la primera vez en mi vida que me despierto acompañado.
La norma de no dejar a nadie pasar la noche en mi cama —especialmente si pertenece al género opuesto— la he llevado a rajatabla, y no esperaba saltármela hoy.

He abierto los ojos, y lo primero que he visto es una larga melena dorada esparcida sobre mi pecho, acompañada de un intenso olor a violetas y coco que no recuerdo haber percibido antes.

Huele al paraíso.

Anoche estaba completamente nublado por la presencia de Emma y, aunque no estaba en mis planes que pasase otra noche aquí —y mucho menos en mi cama, junto a mí—, no me arrepiento en absoluto.

Estoy tumbado sobre la cama sin saber qué hacer mientras el sol cada vez ilumina menos la habitación.

Prácticamente a oscuras.

Esta mañana he tenido que irme antes de que Emma se despertase. Anoche estaba tan ocupado pendiente de ella que olvidé programar la alarma y casi llego tarde al entrenamiento.

No he vuelto a saber nada de ella. No la he visto a la hora de comer, ni en la piscina, donde todos los chicos estaban bañándose antes de que empezase a anochecer.

Abro su chat vacío, ya que jamás me ha enviado un mensaje. Ni yo a ella. Las veces que ha contactado conmigo para cosas de su hermano y el equipo ha sido mediante Anthony, por lo tanto, mis conversaciones por mensaje nunca han sido con ella directamente. Pero, si quisiera hablar, me habría escrito.

O tal vez esté esperando a que le escriba yo.

Ya estoy hasta los cojones de comportarme como un adolescente confundido, así que cambio de aplicación para intentar desconectar mientras el aire caliente se cuela por la ventana. Deslizo

publicaciones aburridas en Instagram, fotos de mis compañeros de equipo celebrando lo que coño hayan ganado esta semana. No hay nada interesante, hasta que llego a la última publicación de la cuenta de un programa de entrevistas a famosos cuyo estudio de grabación está en el centro de la ciudad, a escasos veinte minutos en coche de donde nos encontramos nosotros. Lo sé porque yo mismo fui invitado hace aproximadamente seis meses, cuando todavía jugaba al fútbol.

La publicación contiene una impecable foto de Emma que me suena haber visto antes. Es la invitada del programa esta noche a las nueve.

Me fijo en la hora en la parte superior de la pantalla. Son casi las ocho, y por experiencia en estas mierdas, debe de estar ya en el estudio porque el programa se emite en directo.

Me levanto rápidamente de la cama y busco el portátil dentro de mi maletín negro, porque no me pienso perder ese puto programa esta noche.

Emma

El aire cálido me sacude el vestido de vuelo azul eléctrico.

El pelo suelto me cae por la espalda en unas ondas perfectas que Benny y Laila se han encargado de hacerme con el rizador. Benny suele encargarse del peinado; Laila es la mano artística con el maquillaje, y la única en la que confío cuando tengo cualquier evento en el cual debo hacerme cargo del estilismo completo.

Bueno. Yo no, mi equipo.

Benny es mi peluquero de confianza y nadie en este mundo tiene permiso para acercarse a mi melena con utensilios de calor o tijeras aparte de él. Seguramente eso le ha costado a Tony su salud mental cuando lo han llamado de la productora esta mañana para acudir al programa de esta noche sin ninguna antelación. Me imagino que el invitado que tenían no ha podido asistir, y me han llamado para cubrir el hueco en el último momento.

Mi orgullo me decía que no aceptase, ya que no teníamos nada preparado y mi equipo estaba en Londres, encargándose de los estilismos de las celebridades que acuden esta noche a una gala de cine, pero Tony ha insistido. Es un programa importante a nivel nacional y últimamente estoy desaparecida. Una aparición pública en un programa así me ayuda a mantenerme en el punto de mira de las marcas y los estilistas de cara a lo que queda de verano, y el inicio de los castings para las campañas de invierno.

Ha tenido que traerlos a todos en un vuelo privado con el material necesario, y ha tenido que enfrentarse a la furia de Bastien, mi estilista, que estaba de vacaciones en Nantes con su familia.

Ahora estoy en la limusina de color negro iluminada únicamente por unas luces de neón azul claro con todos ellos, de camino al estudio de grabación.

Porque el programa es en directo.

Gracias a la buena relación con las marcas para las que trabajo, me han enviado un vestido de alta costura para llevar al programa esta noche. Vestido que Bastien arregló en un abrir y cerrar de ojos para que me quedase como un guante.

Mentiría si dijera que no estoy nerviosa. Llevo casi dos semanas sin trabajar y soy perfectamente consciente de que he cogido peso. Y esta vez, se nota más de lo que me gustaría.

—Cuando entres vas directamente al camerino para que te demos un repaso. No tenemos demasiado tiempo y el maldito calor de este sitio te va a destrozar el *make up* —dice Laila sin levantar la mirada de la pantalla de su móvil.

Hace mucho calor y siento como el pelo se me empieza a pegar a la cara cada vez más, a pesar de que Tony no ha parado de abanicarme con una hoja de papel desde que hemos salido de la habitación en el camping.

La mezcla de nervios y calor insoportable me pesa cada vez más, y siento un sudor helado provocarme escalofríos justo cuando el coche se detiene en la puerta del edificio del programa.

—No te pongas nerviosa. Se te nota en la cara, cariño —me susurra Tony antes de abrir la puerta del coche—. Dentro te pongo un poco de música de Britney Spears antes de que empiece el programa, para que salgas con alma de diva, que es lo que la gente quiere ver. —Me guiña un ojo y me ofrece su mano para ayudarme a bajar del coche.

El plató está en la décima planta. Me meto en el camerino tan pronto como una de las ayudantes de dirección me indica dónde está, y cierro la puerta. Cojo el mando del aire acondicionado y lo enciendo con la temperatura a veinte grados centígrados y la potencia al máximo, mientras espero a que los chicos suban con las cosas para retocarme antes de que salga a conocer al presentador.

Intento poner la mente en blanco mientas me dejo caer con cuidado sobre el sofá de cuero color crema para no arrugar el vestido.

—Lamento decirte que tu siesta va a tener que esperar a que termine el programa, porque vamos fatal de tiempo —dice Bastien entrando a toda prisa en el camerino con un montón de neceseres en los brazos que desconozco para qué son—. ¿Cuánto peso has cogido desde la última vez que te vi? Deberíais haberme avisado para pedir una talla más. Lo he pedido en la talla de siempre y cuando te encoges un poco sentada te aprieta el pecho y se ve

horrible. Recuerda que el pecho grande es vulgar. Tienes que perder peso.

—Cállate la boca, Bastien, o utilizaré tus agujas para coserte los labios. Último aviso —amenaza Melody a mi espalda mientras me siento delante del espejo gigante de la mesa de maquillaje.

Bastien siempre ha sido muy exigente con mi peso y mi talla. A veces no sé muy bien el porqué. De hecho, su trabajo consiste en arreglar mi ropa para convertirla en la talla perfecta. Por eso lo elegí a él y no a otros estilistas convencionales. Él era un sastre estupendo en París y desde que vi su trabajo en la semana de la moda hace tres años le he confiado cada pieza de mi vestuario.

—¿Puede alguien traerme un chicle, por favor? Tengo la boca seca y la mandíbula tiesa —pregunto.

—Pero sin azúcar —interviene Bastien.

Melody suelta un bufido y le lanza uno de los maletines.

—Se acabó. Largo —dice—. El vestido está perfecto y cada vez que abres la boca me acercas un paso a las tijeras de la caja de costura. Y no quieras saber lo que quiero cortar con ellas. Vamos, vete de aquí.

Bastien le dedica una mirada de superioridad mientras recoge todas sus cosas y se marcha sin volver a decir nada, cruzándose con Tony al salir.

—Recuérdame buscarte un estilista nuevo en cuanto salgamos de aquí. No soporto más a este tío, y eso que lo he visto solo cuatro veces en mi vida —replica Melody mientras conecta el móvil a un pequeño altavoz que lleva en el bolso.

Coloca el aparato sobre el escritorio cubierto de productos de maquillaje y joyas, entre las que tenemos que elegir cuáles llevaré dentro de unos minutos. Empieza a sonar *Overprotected* de Britney Spears durante escasos diez segundos, hasta que Tony la detiene.

—Elige otra canción un poco menos profunda si puedes, Melody, cariño.

—¡Joder! Es la que ha salido. Lo siento.

Cambia la canción a *Toxic*, también de Britney Spears.

Tony empieza a tararear la letra mientras superpone collares de diamantes plateados de todo tipo sobre mi cuello, hasta que se

decide por uno que combina con mis pendientes.

—Vamos a quitar pulseras para alargar visualmente los brazos y metemos un par de anillos en cada mano para que no se vea tan desnudo, ¿te parece?

Asiento, y se pone manos a la obra mientras Melody nos hace un espectáculo de karaoke, y lo agradezco porque el estrés me estaba obligando a disociar y verla hacer el ridículo me obliga a reírme sin parar. Los tres cantamos opacando por completo el sonido de la canción y he de reconocer que tenemos menos talento musical del que cualquiera pueda imaginar.

Cinco minutos y dos canciones de Britney más tarde, hemos terminado. Me pongo en pie y me acerco a un espejo alargado que hay en la esquina a la derecha del sillón para asegurarme de que todo está bien. El vestido tiene un escote con los hombros caídos muy bonito y la falda vuela ligeramente unos centímetros por encima de mis rodillas. El azul intenso de la tela combina a la perfección con el oro blanco y los diamantes del collar y mi pelo cae de forma perfecta por mi espalda sin taparme la cara gracias al impecable trabajo de Benny.

Salgo del camerino aferrándome al brazo de Tony como a un clavo ardiendo y entramos en el plató, donde el presentador nos está esperando sentado en un sillón individual de color café, ojeando algo en unos papeles.

Eric se pasea de forma fugaz por mis pensamientos de forma repentina, pero me obligo a ignorarlo. No puedo distraerme ahora.

—Buenas noches, Emma —dice al levantarse—. Probablemente ya lo sabes, pero mi nombre es Tadeo, y soy el presentador de *Lo Que Esconden Las Estrellas* desde hace siete años.

Tony y yo nos miramos con la misma cara: aburrimiento instantáneo ante la arrogancia que ha mostrado en solo dos frases.

Ahí es cuando me doy cuenta: va a ser una entrevista muy larga.

Y una noche de mierda.

Capítulo 15

Eric

Sabía que ese programa era una auténtica basura desde hace mucho tiempo. La única cosa que mi representante debió de hacer bien a lo largo de toda mi carrera fue rechazar que me entrevistase ese gilipollas en su circo televisivo.

Emma lleva apenas dieciocho minutos —que he cronometrado — hablando con él, y ya ha conseguido apagar la seguridad con la que ha empezado el programa durante los dos primeros. Por suerte, es una experta. Se pone su máscara de confianza tan pronto como siente que está siendo vulnerable, y en esta ocasión, lo agradezco.

Le ha mencionado que ha subido de peso en varias ocasiones, de diversas formas (unas más ofensivas que otras). También ha preguntado por el incidente durante el desfile de Swan, pero no tengo ni idea de a qué se refiere. Y no voy a poder descubrirlo hasta más tarde, porque voy conduciendo a toda hostia para sacar a Emma de ahí antes de que sea demasiado tarde para mi paciencia y me vea obligado a romperle la cara a ese imbécil.

Llevo varios años trabajando en mis ataques de ira y mis problemas para resolver los conflictos con violencia, y ese payaso ha conseguido devolverme a mi yo más perturbado en dieciocho minutos.

Paro en un semáforo y al instante, entra una llamada de teléfono que respondo impulsivamente sin mirar quién es.

—¿Qué pasa? —digo, con tono desinteresado.

—Hola, Eric. Disculpa que te moleste tan tarde. Soy Abby, la gerente del hotel Olympus en Madrid.

Ni de coña voy a lidiar con esto ahora.

—No sé qué ha pasado, Abigail, pero puedes llamar a Tristán y que lo solucione él. Para eso somos socios. No tienes que llamarme a mí.

—No quería molestarte… Tristán me dijo que te llamara a ti.

—Dile a Tristán que estoy ocupado con algo muy importante y que necesito que se haga cargo él.

—Eh… Claro, no hay problema. Buenas noches, Eric.

—Abigail —intervengo antes de terminar la llamada.

—¿Sí?

—No me vuelvas a hablar de tú. Eres una empleada, no mi amiga.

Cuelgo de inmediato y aparco el Range Rover Evoque frente a la dirección que me ha mandado Anthony por mensaje. Lo veo de pie junto a la puerta del edificio, inmóvil. Se acerca a mi coche y bajo la ventanilla.

—Perdona por molestarte, no quería preocupar a su hermano y de todos modos él no puede conducir. Hemos venido en un coche del programa, pero preferimos irnos por nuestros propios medios. Melody y yo volvemos enseguida en un taxi con todas las cosas, pero no quiero que nadie reconozca a Emma y la incomode. ¿La puedes llevar tú de vuelta al camping?

—Puedo llevaros a los tres —respondo.

—Nosotros todavía tenemos que recogerlo todo, y quiero que Emma salga de este sitio cuanto antes. Demasiado ha aguantado para no dejar la entrevista a medias.

Asiento. Adelanto el coche unos metros para no bloquear la salida del aparcamiento subterráneo, y salgo siguiendo los pasos de Anthony hasta la puerta.

En apenas unos minutos aparece Emma. Se ha cambiado de ropa: ahora lleva unos vaqueros cortos, una camiseta negra varias tallas más grande y unas deportivas blancas.

—¿Tú qué haces aquí? —pregunta.

—Recogerte.

—No hace falta. Puedo pedir un taxi.

—No vas a irte en un taxi. Sube. —Abro la puerta del copiloto y espero a que se suba sin éxito—. Emma, sube al coche.

Una ráfaga de aire nos golpea. Veo cómo su piel se eriza, y se mete en el coche, no sin antes poner los ojos en blanco para mostrarme que lo hace porque no le queda otra.

Y a mí me da igual el motivo, con tal de que se suba.

Diez minutos en silencio en el coche han sido suficiente, al menos para mí, cuando decido hablar por fin.

—¿Por qué has dejado que te entreviste ese imbécil?

—Es trabajo —contesta sin despegar los ojos de la pantalla del móvil.

—Podrías haberte negado —replico.

—No es todo tan sencillo, Estrellita.

No es consciente de lo mucho que me pone cuando me habla con esa seguridad tan soberbia que se empeña en utilizar siempre que quiere evitar una situación.

—¿Qué pasó en el desfile de Swan?

Todo lo que sé sobre el tema es que Swan es la marca de lencería femenina más prestigiosa de prácticamente el mundo entero, y sus modelos son elegidas precisamente por ser las más populares y talentosas del mapa. Desfilar para ellos es como grabar tu nombre en oro para cualquier marca que exista. Se terminan los castings, y las marcas son las que empiezan a buscarte a ti, no al revés.

Puede que en el pasado haya salido con alguna modelo cuya meta fuese llegar a desfilar para esa marca y construir con ello un nombre fuerte en la industria de la moda. Por eso tengo tanta información.

Aparta la mirada y observa el paisaje por la ventana sin contestar a mi pregunta.

Y no tengo claro si debo insistir.

Me quedo callado y vuelvo a centrar toda mi atención en la carretera, cuando me suena el móvil, que tengo conectado al manos libres del coche.

—¿Otra vez? —respondo de inmediato.

—Disculpa de nuevo, Eric. No consigo contactar con Tristán y necesito que uno de los dos me envíe el registro de reservas de la semana pasada.

—¿Para qué quieres tú eso? —respondo, exasperado.

—Un cliente importante ha venido esta mañana muy cabreado porque dice que al marcharse del hotel se dio cuenta de

que le habían robado un collar de diamantes que había comprado para su mujer o algo así, y no tengo muy claro que hacer.

Suspiro al notar la falta de paciencia. Tristán lleva cinco días en el Caribe de vacaciones, y desde entonces me estoy comiendo todos los marrones que pasan en los hoteles que rescaté simplemente por ayudarlo antes de que quebrase. Parece que, porque he dejado de jugar al fútbol, tengo que llenar mi tiempo con los problemas cotidianos de sus hoteles ahora que no tengo otra cosa que hacer. Es una de mis inversiones más rentables, sí, pero quedamos en que él se haría cargo de todo lo relacionado con los hoteles a nivel nacional.

Claramente, no lo está haciendo. Desde que se fue de viaje ha decido tomarse las vacaciones tan en serio que no contesta a las llamadas de nadie.

—¿Le han robado una joya de ese tipo y se da cuenta del robo casi dos semanas después? Te está tomando el pelo, seguramente solo quiere sacarnos dinero. No le prestes atención.

—Pero Eric, su asistente ha amenazado…

—Eres la gerente. Deberías estar capacitada para lidiar con situaciones absurdas como esta. Si no lo estás avísame para que busque a alguien que sí pueda. Buenas noches, Abigail —interrumpo, y cuelgo.

Desde que Tristán dejó de responder a sus llamadas, me llama a diario para pedir ayuda por cosas absurdas que debería ser capaz de resolver ella sola, y estoy seguro de saber el porqué. No le ha hecho demasiada gracia que Tristán haya empezado a ignorarla para irse al Caribe con una despampanante presentadora de televisión pelirroja después de todos los meses que él y Abigail habían estado quedando cuando acababa su turno. E intentar flirtear conmigo —su mejor amigo—, es la mejor venganza que se le ha ocurrido.

No tengo pruebas de esto último, pero hasta la semana pasada no tenía ni idea del nombre de la persona al mando de ese hotel, y llevo asociado con Tristán tres años.

Tampoco soy gilipollas.

Emma sigue sentada en el asiento del copiloto deslizando la pantalla de su móvil con las cejas arqueadas, y me doy cuenta de que, evidentemente, lo ha escuchado todo.

—No sabía que también fueras empresario.

—Hay muchas cosas que no sabes.

—Ilumíname —dice mientras bloquea la pantalla del móvil y pone en pausa a la canción que estaba sonando en el coche.

—No creo que te interese —replico.

—En realidad, sí. Estás compartiendo mucho tiempo con mi hermano adolescente, así que me gustaría saber más de ti.

Cojo el primer desvío que veo en la carretera y salimos a un pequeño camino de tierra que me llena el coche de mierda. Avanzamos hasta un pequeño descampado desde el cual apenas se ve la orilla del mar a unos metros por la mala iluminación. Apago el motor y me giro en su dirección cuando veo como me está frunciendo el ceño; confundida.

—¿Qué haces?

—Parar el coche. ¿No querías hablar?

—Yo no…

—Pregúntame lo que quieras, pero con una condición —asiente—: tú responderás a una pregunta mía por cada una que yo responda. De forma totalmente honesta. Aplica para los dos.

—¿Ahora vamos a ponernos a jugar a hacer preguntas? Pues vale.

Me desabrocho el cinturón y enciendo una de las luces interiores del coche. La tenue luz de la luna se cuela por el techo solar. Cuando la miro, me doy cuenta de que está reprimiendo una sonrisa y no puedo evitar preguntar:

—¿Qué te hace tanta gracia?

—No estoy acostumbrada a verte con nada puesto que no sea el chándal del equipo o cualquier tipo de ropa deportiva. Te queda bien.

Llevo unos pantalones de color verde oscuro y una camiseta negra, nada especial, pero supongo que tiene razón.

—La próxima vez me pondré un traje con pajarita para entrenar niños a cuarenta grados bajo el sol, si es lo que quieres.

—Estaría gracioso, desde luego —ríe de nuevo.

El silencio nos invade como si hubiese dicho algo incómodo, pero en realidad, su compañía me hace sentir en paz. Y empieza a ser un problema porque me duelen las pelotas a todas horas.

—Bien, ¿a qué te dedicas ahora que no juegas al fútbol?

—Soy socio del fundador de la cadena de hoteles Olympus. Es un amigo de toda la vida. También tengo restaurantes y una marca de suplementos alimenticios para deportistas. De todas formas, apenas hace dos meses que dejé de jugar. No me ha dado tiempo de pulirme todo el dinero que he ganado en diez años.

—Yo escuché que después de un incendio provocado en uno de los hoteles estuvo al borde de la quiebra, ¿por qué invertirías en un negocio que pende de un hilo?

—Eso ya es otra pregunta, y es mi turno. —Asiente con resignación y se cruza de brazos—. ¿Qué te provoca tantos ataques de ansiedad exactamente y desde cuándo los sufres?

—Eso son dos preguntas —se queja.

—Pero todo está dentro de la misma frase en mi cabeza.

—Tramposo.

—Estratega —corrijo.

Un gesto de incomodidad se abre paso de forma inconsciente en su expresión, pero desaparece rápidamente ya que, como he dicho antes, es toda una experta en ponerse caretas de confianza.

—Cualquier cosa que tenga que ver con mi madre —se aclara la garganta y hace una breve pausa—. Me pasa desde que tenía unos trece años, pero siempre me he sentido… presionada, por decirlo de alguna forma, por ella. Desde que tengo memoria al menos.

Suelta un suspiro tembloroso que suena a que tiene dentro mucho más de lo que está dispuesta a decirme, pero puedo ver el nudo en su garganta por la forma en la que traga saliva, como si estuviese tragando piedras.

—Puedes hablar conmigo de lo que quieras, no tienes que guardarte nada si eso te hace daño —insisto.

—No te conozco de nada. Lo único que nos une a ti y a mí es una comida de coño de cinco minutos, no creo que seas la persona a

la que debo contarle mis traumas infantiles en busca de refugio. No necesito un refugio, ni a nadie que sienta pena por mí.

No creo que eso que acaba de decir sea lo que le humedece los ojos hasta estar al borde del llanto, pero es más que suficiente para inundar mis venas de ira.

Ira porque no consigo que confíe en mí, por mucho que lo intento.

Ira porque estoy oliendo el coco y las violetas de su pelo.

Ira porque por primera vez en mi vida, quiero algo de una mujer que ella no está dispuesta a darme.

Y gestionar la ira se me da de puta pena.

—Entonces, ¿nuestras interacciones se resumen al ámbito físico desde este momento?

—Nunca ha sido otra cosa.

Me van a explotar los pantalones y a la vez me muero por reventar los cristales a puñetazos de la rabia. Pero una cosa está clara: si yo no tengo de ella lo que quiero, ella tampoco va a tener nada de mí.

Me acerco hasta su cuello y el aroma se vuelve mucho más intenso, como una droga. Y por un momento, estoy dispuesto a follármela aquí mismo, tal y cómo ella quiere.

—Así que no puedo tener tus traumas, ¿pero si puedo tener tu coño asfixiando mi polla? —susurro al mismo tiempo que mis labios rozan suavemente su cuello—. Contesta a mi pregunta, Emma.

Un leve gemido que se deshace en un susurro me indica que su respuesta es un sí.

Mis dedos se deslizan por su abdomen sobre la tela de la camiseta hasta llegar el botón de los rígidos vaqueros. Lo desabrocho con una sola mano y, por el tacto, sé que lleva lencería de encaje al instante.

Mi mano se cuela con delicadeza dentro de sus pantalones entre la tela del vaquero y la suavidad de su ropa interior, hasta que mis dedos rozan una parte que está mojada. Otro dulce gemido resuena dentro del coche y me aparto de ella bruscamente para

abrocharme el cinturón de nuevo. Arranco el coche y apago la luz interior cuando su móvil es el que suena esta vez.

La expresión de ira que había dibujado en su rostro ante mi repentino corte se convierte de golpe en angustia.

Pero yo ya he aprendido a leer esta situación.

—Cógelo —ordeno.

—Es mejor que no, dejaré que Tony lidie con ella mañana.

—No es una pregunta, Emma. Si no contestas tú, lo haré yo. No puedes dejar que siga atormentando tu vida para siempre, en algún momento tienes que terminar con esto.

—No quiero… No puedo.

—Claro que puedes. No es más fuete que tú, solo está en tu cabeza. Si necesitas que intervenga yo, me das el teléfono.

Asiente con menos seguridad de la que me gustaría, pero tiene que poder vivir sin este peso sobre su espalda constantemente en algún momento.

Y hoy me parece un buen día para empezar.

—¿Qué quieres, Amanda? —dice nada más descolgar la llamada con una seguridad repentina que me da escalofríos.

—¿Se puede saber qué mierda estás comiendo? ¿No te da vergüenza presentarte a una entrevista así?

No puedo evitar llenarme de rabia al escuchar a esa mujer hablarle así de nuevo. Y lo que más me jode no es que esa señora no vea la belleza deslumbrante de Emma, si no que, por su culpa, ella misma tampoco la ve.

Me mira, y yo asiento a la vez que poso la palma de mi mano sobre el muslo de su pierna, que ya empezaba a temblar.

—No creo que sea asunto tuyo, ¿algo más de lo que quieras hablarme?

—¿Qué talla era ese vestido?

—Una 34.

—No deberías estar usando más de una 32, ¿lo sabes?

—¿Eso quién lo dice? ¿Tú? Como si tu opinión fuese importante en mi vida.

—Mira, niña —dice, subiendo tanto el tono que una leve interferencia se escucha a través del teléfono—, o aprendes a

respetar a tu madre, o vas a tener muchos problemas para volver a ver a tu hermano.

Una lágrima le resbala por la mejilla, pero se deshace de ella enseguida y es la rabia la que controla sus emociones.

Y es mi opción favorita ahora mismo.

—En ese caso, tú no vas a volver a ver ni un solo euro salir de mi cuenta bancaria hasta tus manos, ¿te parece un trato justo?

—Algún día te enterarás de que aquí mando yo. Que tú solo eres una cría que se cree importante por tener dinero y un físico aceptable. No eres más que una cara bonita, Emma. Y al parecer hasta eso estás perdiendo desde que has decidido ponerte a comer como un cerdo.

—Vete a la mierda, mamá.

Cuelga el teléfono y toda la tensión de su cuerpo escapa en forma de suspiro.

Y por su expresión de tranquilidad, puedo adivinar que es la primera vez que puede respirar después de una conversación con su madre.

Capítulo 16

Emma

He pasado una noche decente, si es que eso es posible después de todo lo que pasó ayer.

Eric me trajo de vuelta. Un trayecto de veinte minutos en completo silencio que me dio para pensar más de lo que me gustaría, y tan pronto como me bajé del coche, se fue de nuevo.

Me molesta que me importe tanto lo que hace.

No somos una pareja feliz de vacaciones en la costa. Siempre he tomado su reputación como cierta, y pensaba que nuestra conexión sexual era todo lo que íbamos a conseguir tener.

Que era lo único que él quería tener.

Sigo con la mirada fija en el bol de yogur con fruta que tengo delante, mientras muevo la cucharilla de un lado a otro sin probar bocado.

He intentado en infinidad de ocasiones que los comentarios de los demás no me importen, y en algunas ocasiones lo he conseguido durante más de cinco minutos. Después, mis demonios empiezan a resonar en mi cabeza y les cedo todo el control de mis emociones, como ocurrió anoche. Conseguí hablar con sinceridad por primera vez en mi vida, y decirle a mi madre lo que tenía en la cabeza sin pensarlo dos veces, y me sentí aliviada durante un rato.

Durante el tiempo que Eric estuvo presente.

Tan pronto como cerré la puerta de mi habitación me eché a llorar con el peluche en forma de conejo que Jimmy me regaló cuando me mudé a Nueva York, y me pasé así hasta que me quedé dormida unas dos horas más tarde.

Sí, estuve dos horas de reloj reviviendo mis traumas y mis inseguridades mientras las lágrimas convertían mis ojos en dos bolas de líquido rojas. Pero no es la primera vez.

Tony se ha ido esta mañana temprano para coger un vuelo a Los Ángeles, y asistir a una reunión con el director de una marca de

la cual no ha querido hablarme hasta que no estuviese de vuelta el viernes con un contrato en la mano. Ha decidido que, después de todo lo que pasó ayer, merezco un respiro. Y me ha dejado bajo la vigilancia de Melody durante estos tres días.

Yo aún no sé si prefiero quedarme aquí viviendo esta montaña rusa lo que queda de semana o irme a casa para seguir con mi vida de antes. Puede que no sea la persona más feliz del mundo, y puede que tan solo viviese para cumplir mis compromisos de trabajo y seguir existiendo. Pero al menos era una rutina a la que estaba amoldada mi vida. Yo ya me había acostumbrado a vivir así. Ahora, mi vida se tambalea cada vez que Eric aparece.

Y no sé si quiero.

Tengo el móvil junto a la mesa, desbloqueado, con el vídeo de la entrevista de anoche abierto, pero no he leído ningún comentario. Sé que ha causado mucho revuelo porque el vídeo tiene muchas más visitas de las que debería, y Tony me ha mandado tres enlaces en lo que va de mañana que no he tenido el valor de abrir. Lo que sé es, que cuando vi por dónde había decidido llevar la entrevista, me faltó el aire. Puede que fuese con demasiada seguridad, ya que en el programa de Marcus me sentí muy bien recibida, y la entrevista fue como una conversación entre amigos.

Lo de anoche dista mucho de ser nada parecido a eso. Tadeo se dedicaba a lanzarme ataques y preguntas incómodas enmascaradas con una sonrisa falsa.

Me preguntó por el vestido, y cuando pensé que quería saber la marca y los detalles del modelo, soltó:

"¿Y no lo tenían en tu talla por eso has tenido que sacrificar tu capacidad de respirar?"

Recordar los comentarios de ese idiota y la insoportable presión en el pecho que me hizo sentir me hacen querer vomitar. Por suerte no tengo nada en el estómago para que eso ocurra.

La comida sigue dando vueltas, pero la cuchara se para en seco cuando una mano el doble de grande que la mía me agarra por la muñeca. Unas finas líneas adornan su piel, y no puedo creer que me guste incluso la forma en que las venas se dibujan bajo la superficie de sus manos.

—Deja de marear el yogur y cómetelo —ordena.

Me giro y levanto la mirada hasta él.

—No eres nadie para darme órdenes.

Un bufido de frustración sale de sus labios y se frota la cara con desesperación.

—Quiero hablar contigo.

—¿No deberías estar ya en el campo con tu entrenamiento?

—Hoy me he cogido el día libre. Además, te recuerdo que el equipo es de mi padre, yo solo le ayudo y me hago responsable del campamento de verano. El entrenador es él.

—Pues disfruta de tu día libre —espeto.

—No te quepa duda. Te espero en el aparcamiento en media hora. No me hagas ir a por ti, Barbie.

Antes de que pueda preguntar qué coño le pasa, se marcha del comedor.

Y yo no toco más el yogur.

Eric

Estaba dispuesto a traer a Tristán de vuelta a la realidad mediante el uso de la violencia cuando ha decidido coger el teléfono por primera vez en días. Tengo otros negocios que por suerte no me encargo de gestionar, ya que tengo gente que se dedica a eso, pero siguen siendo míos, y no puedo seguir recibiendo llamadas de la pesada de Abigail todos los días solo porque ha decidido usarla como si fuese una tirita.

—Puedes quedarte a vivir donde te salga de los cojones, pero como Abigail me vuelva a llamar para alguna gilipollez porque tú no le coges las llamadas, te juro que vas a desear no haberte ido nunca.

—Vamos Eric, no tienes nada que hacer. Solo tienes que encargarte de esto hasta que vuelva la semana que viene, ¿estás en medio de conquistar un coño y te está poniendo problemas? Puedo decirle que pare —dice entre carcajadas.

Pero a mí no me hace ni puta gracia.

—Da gracias que esto es una conversación telefónica porque si te tuviese delante te tragas los dientes. —Cuelgo el teléfono y lo lanzo sobre la cama.

En diez minutos tengo que estar en el aparcamiento porque es la hora que le he dicho a Emma, pero estoy seguro de que me va a tocar ir a por ella a su cabaña porque jamás cedería a algo que le haya pedido yo con tanta facilidad.

Me doy un último repaso en el espejo alargado que ocupa una de las puertas del armario. Llevo unos pantalones negros y una camisa de manga corta del mismo color. He de reconocer que nunca he sido muy creativo con mi forma de vestir, pero era aún peor que un estilista me escogiese la ropa antes de salir a la calle todos los días cuando las cámaras me perseguían a todas partes. Me pongo un reloj enorme que me regalaron para hacer una campaña de publicidad hace un par de años, y salgo de la habitación con las llaves del coche en la mano.

Camino a paso ligero por el sendero de piedra hasta el aparcamiento, y al llegar voy directo a la plaza que está junto a la salida que es donde dejé el coche anoche cuando volví de lavarlo ya que la arena de la playa me lo había cubierto de porquería.

Saco el móvil del bolsillo trasero del pantalón y antes de que me dé tiempo a desbloquearlo, la longitud de unas deslumbrantes piernas me obliga a subir la mirada.

Emma está apoyada sobre la puerta del copiloto de mi coche vestida con una minifalda negra ajustada bastante corta y una camiseta negra que se ajusta a su cintura como un guante, cuyos tirantes caen por sus hombros de una forma casi perfecta dejando sus clavículas a la vista.

—Llegas dos minutos tarde, maleducado —dice mientras abre la puerta del copiloto tan pronto como yo le doy al botón de la llave, y se mete dentro.

Me meto en el coche con ella y empiezo a conducir mientras disfruto de las vistas a mi derecha a la vez que suena *False Alarm* de The Weeknd.

—¿Me vas a decir ya qué es lo que quieres y por qué me secuestras? —dice mientras se gira en mi dirección.

—Te has presentado de forma voluntaria, no he tenido que recurrir a eso.

—Como tú digas, ¿adónde vamos?

—Es una sorpresa.

—No me gustan las sorpresas —protesta.

—Esta sí.

Mientras sigo conduciendo por estrechos caminos a más velocidad de la que debería, abre la ventana del coche y saca sutilmente la cabeza haciendo que el viento golpee su pelo con fuerza.

—Se me va a meter mierda en el coche y lo lavé anoche. Cierra la ventanilla.

—¿Eso haces? ¿Lavar el coche de madrugada? Yo que pensaba que era algo interesante….

Su cabeza vuelve a salir por la ventana tan pronto como termina la frase, y yo estiro un brazo hasta su hombro para tirar de

ella y devolverla al interior.

—Te vas a hacer daño, cierra la ventanilla.

—Me gusta respirar el aire de aquí, huele a sal y me da mucha tranquilidad.

Apoyo mi mano sobre su pecho para mantenerla pegada al respaldo del asiento, y suelto el volante por un segundo para pulsar el botón que sube el cristal. Cuando la ventana está cerrada y yo tengo las dos manos de vuelta al volante, presiono otro botón, y esta vez el techo solar de mi coche se abre y vuelve el olor del que ella hablaba, pero desde la parte superior.

Sus ojos me dirigen una mirada de cervatillo que me produce un cosquilleo desde el pecho hasta la entrepierna, y hace un puchero seguido de un movimiento de cabeza en un intento por darme pena para que la deje ponerse de pie y sacar la cabeza.

Es como si pudiese leer sus pensamientos.

—Con cuidado —advierto y acto seguido, asiento.

De todas formas, vamos por una carretera secundaria cuyo destino no es demasiado popular y no he visto ningún otro vehículo desde que cogimos el desvío. Se desabrocha el cinturón y se pone en pie pisando el material de cuero marrón de mis asientos con las sandalias de color negro y dorado.

Reduzco sutilmente la velocidad para no correr riesgos, y me fijo en su cara a través del cristal superior. Tiene los ojos cerrados y una sonrisa preciosa en los labios.

—Baja de ahí que en un minuto llegamos y voy a tener que frenar —digo sin éxito, porque no me hace caso—. ¡Emma!

—¡Dime! —grita ella desde fuera con la cara de serenidad más plena que he visto en toda mi vida.

—¡Baja! —repito, esta vez gritando.

Se introduce de nuevo en el coche y se deja caer sobre el respaldo del asiento. Hago un sutil giro a la derecha para meterme en un camino que no se aprecia por la hierba crecida sobre el terreno rodeado de árboles, y aparco el coche de cualquier manera.

Capítulo 17

Emma

El sol a esta hora de la mañana es una tortura como lo ha sido desde el día en que llegamos. Por suerte, el misterioso lugar al que Eric ha decidido traerme por motivos que aún desconozco está repleto de árboles que nos ofrecen bastantes zonas de sombra donde es posible mantenerse a una temperatura algo más baja.

Al salir del coche no hemos tenido que dar más de cinco pasos para que el paisaje me dejase con la boca abierta. El sol hace que la luz sea perfecta y el olor de los pinos y la explanada de hierba acompañan perfectamente al sonido de los pájaros que resuenan por todas partes. Por suerte, me he vestido de forma que, fuera cual fuera su plan, no fuese inapropiado.

—¿Vas a contarme ya qué hacemos aquí?

—Eso me jodería la sorpresa. Toma —me lanza dos toallas de color morado exactamente iguales que huelen a suavizante, como su estuviesen recién lavadas—. Busca un sitio que te guste y estíralas en el suelo.

Camino sin perder detalle de el maravilloso sitio en el que estamos y aprovecho cada inhalación de aire para disfrutar el olor de la naturaleza. Según me he alejado unos pasos más del coche, he visto una especie de lago, así que me acerco para buscar una sombra lo más cercana a él para poder escuchar el ruido del agua.

Estiro las toallas en el suelo bajo dos enormes árboles cuyas hojas se entrelazan formando una misma sombra mucho más grande, y aprovecho para grabar un vídeo que tal vez me sirva para subir a mis redes sociales y cambiar un poco la estética aburrida y predecible que tienen ahora, cuando Eric aparece en medio de la pantalla caminando hacia a mí con las manos llenas de cosas.

—¿Qué es todo eso? —pregunto confusa.

Una sonrisa tonta se dibuja en sus labios permitiéndole lucir sus hoyuelos

—Deja de hacerme preguntas, Emma, y relájate un poco.

Me dejo caer sobre la toalla con las piernas cruzadas a la espera de ver qué es todo lo que trae porque lo que dije es totalmente cierto; odio las sorpresas.

Me dedico únicamente a observarlo en completo silencio mientras deja una bolsa de tela sobre su toalla y conecta un altavoz al teléfono. Pierdo por completo la concentración en lo que hace cuando mis ojos deciden desviarse hasta la forma en la que la camisa se ajusta a sus hombros cuando se agacha, y cómo sus músculos se dibujan a través de la tela. Los tatuajes le adornan el brazo izquierdo, en cambio su brazo derecho no tiene ni una gota de tinta, y no puedo evitar recordar su pecho sin camiseta y aquel tatuaje que todavía no tengo ni idea de qué es. Solo sé que parece una especie de rayo. Lo que sí veo en su brazo son un tigre con bastantes detalles, un arco y una flecha y un cocodrilo a punto de comerse a una mariposa.

—Deja de mirarme así, Emma, o me harás creer que te gusto —dice provocándome una vuelta a la realidad tan brusca como un puñetazo en la cara.

—Nunca he dicho que me disgustes, solo cuando te pones en plan egocéntrico.

—Ahí dejo de gustarte para ponerte cachonda, ¿o ambas cosas?

Un calor insoportable me sube por las mejillas, y por la forma en que sonríe intuyo que me he puesto roja como una cría de instituto delante de un piropo. Suelto un bufido de desesperación que es más una forma de soltar todo el calor que me quema por el cuerpo cuando lo tengo delante de forma disimulada.

—Egocéntrico.

—Te preparo una cita cursi junto a un lago con pajaritos cantando, ¿y así me lo agradeces?

—¿Cuándo he aceptado yo una cita tuya?

—Estás aquí por voluntad propia.

—Manipulación.

Se sienta frente a mí y la música empieza a sonar a través del altavoz con un volumen algo excesivo, pero de todas formas no hay

nadie más aquí a quien molestar. Saca de la bolsa una baraja de cartas y la divide por la mitad. Me da a elegir qué montón prefiero, y cuando cada uno tenemos una mitad de la baraja, explica:

—Vale, el juego es el siguiente —dice mientras apenas soy capaz de escucharle sobre la música. Parece darse cuenta de lo difícil que es mantener una conversación, y detiene la canción antes de seguir—: uno de los dos tira una carta al azar, la que salga. Si la que le sale al otro es más alta, comparte un secreto o algo personal.

—¿Y si no quiero? —discuto.

—En ese caso terminarás dentro del lago. Y te aseguro que el agua está muy fría. Me he bañado ahí antes.

—Genial. Empiezo yo.

Coloco mis cartas boca abajo y las mezclo un poco intentando atraer con mi mente la suerte suficiente para ganarle a su estúpido juego.

Tiro la primera carta.

Caballo de oros.

Jódete Eric.

Me mira con su irresistible sonrisa pícara y tira su primera carta.

Cinco de espadas.

—No se te da muy bien tu propio juego —me burlo.

—El azar es el que decide quién comparte sus intimidades, no yo. ¿Cuál es tu pregunta, Barbie?

No me lo pienso ni una décima de segundo.

—¿Por qué dejaste el fútbol?

Su expresión cambia y su sonrisa no desaparece del todo, pero si se apaga.

—Ya te lo dije, las cosas no estaban siendo como imaginaba y he perdido el interés.

—Nadie deja el trabajo de sus sueños por un pequeño golpe de realidad, ¿hay alguna penalización para mentirosos en tu juego?

—Las cosas no son tan fáciles, Barbie —responde con amargura mientras traga saliva con dificultad.

—¿Por qué me has traído aquí? —pregunto para intentar disipar la nube de incomodidad que mi pregunta ha colocado sobre

los dos.

—Porque te gustan los planes al aire libre. Y porque me parecía un buen sitio para que tuvieses tu primera cita. Conmigo, por supuesto —responde.

—¿Cómo sabes tú esas dos cosas?

No recuerdo haberle contado en ningún momento que me gusta la naturaleza, ni que nunca en mi vida he tenido una cita seria con nadie.

—Vi la entrevista. La primera, quiero decir.

—No vas a parar, ¿verdad?

—Te ofrecí esa opción, pero tu elegiste no pedirme que parase. Ahora es tarde para eso.

Una corriente debe de haber penetrado en mi sistema porque siento la electricidad recorrer mi estómago al escucharlo.

Esta vez él tira la carta primero.

Cuatro de oros.

—Joder —se queja.

Inmediatamente tiro yo la mía.

Uno de oros.

Mierda. Mira que era difícil empeorar eso.

—¿Me has buscado en internet?

La pregunta me atropella, porque me esperaba cualquier cosa menos eso.

—Eh… sí. Más o menos.

Y al instante me arrepiento de haber sido sincera. Y de no haberme negado a jugar a esta tontería. Puede que le hubiese tratado de forma ligeramente distinta si no hubiese leído tantas cosas sobre su pasado y dejado que los reportajes de los periodistas me intoxicasen de esa forma. He de reconocer que todo lo que yo he visto de él en apenas unos días es empatía y mucha bondad, algo muy diferente a lo que inunda internet bajo su nombre. Yo misma formo parte de todo este circo y sé lo mucho que cambia una persona real, de la que crean para vender una imagen atractiva e interesante.

—No todo es verdad —dice mientras tira el resto de las cartas sobre la toalla y se revuelve el pelo con los dedos—. Es mucho peor

de lo que has leído.

—No lo creo.

—Pues deberías.

—Pues no lo voy a hacer. Yo no conozco al Eric del que hablan en internet, pero sí te conozco a ti.

Un suspiro pesado sale de sus labios y se deja caer sobre la toalla para tumbarse con los dedos entrelazados bajo su cabeza. Me acerco a él y me tumbo a su lado apoyando la barbilla sobre su pecho mientras tiene la mirada perdida en el profundo azul del cielo.

—No me fui yo, me obligaron a irme. Pero no podían contar públicamente que me habían echado porque entonces tendrían que explicar los motivos, y eso no le beneficiaba al equipo.

—¿Por qué harían eso? —Un silencio breve adornando por el cantar de los pájaros se asienta entre nosotros—. No tienes que contármelo si no quieres. No era mi intención hacerte sentir incómodo.

—Cuando te tomas la justicia por tu cuenta, a veces hay consecuencias. Este es el precio que yo estoy pagando.

—No creo que después de diez años de carrera haya un motivo real por el que echarte de esta manera, Eric.

—Uno de mis compañeros de equipo, Harry, es el desfase en persona. Era. Puede que no te suene su nombre porque sus escándalos nunca se asociaban con él. Yo le he servido de cortafuegos todos estos años. Se emborrachaba y follaba a todo lo que se cruzaba en su camino mientras su novia embarazada lo esperaba en casa, y sus escándalos me los han colgado a mí para que él mantenga su imagen de padre perfecto a punto de formar una familia durante todo este tiempo. Al fin y al cabo, yo solo soy un chaval de casi veintisiete años. Podía hacer esas cosas sin que me juzgasen, al menos no de la forma que lo habrían hecho con él.

—Lo siento, no sabía… no tendría que haberte juzgado. De verdad que lo siento.

Un escalofrío me eriza la piel cuando siento el contacto de su mano, y sus dedos se enredan en mi pelo acariciándome la cabeza.

—Un día jugamos fuera de casa, y a todos nos concentraban siempre en el mismo hotel un día antes del partido. Salí a buscar

algo para cenar antes de irme a dormir, y su habitación estaba justo frente a la mía. Cuando llegué vi a una chica sentada junto a su puerta llorando sin parar. Tenía arañazos en el cuello, la ropa desgarrada y hematomas por todas partes.

Una lágrima le resbala la mejilla, y mis ojos se empiezan a humedecer al entender por dónde va la historia. Deslizo el pulgar sobre su pómulo aprovechando la caricia para limpiarle la lágrima.

—No paraba de temblar. No pude hablar con ella porque estaba completamente disociada y no me escuchaba. Toqué a la puerta de su habitación, y cuando abrió me metí dentro convencido de que lo que me estaba imaginando era una locura y que nadie podría llegar tan lejos. Y quería que él me confirmara que estaba loco por pensar eso. Entonces empezó a reírse de la forma más maquiavélica que he visto jamás, y me contó con todo lujo de detalles. Cómo la chica fue a tomar un par de cervezas a su habitación, y cómo quiso irse a su casa sin acostarse con él. Supongo que en mi cabeza no cabía la posibilidad de que alguien de mi entorno fuese capaz de algo así, ni si quiera él. Cuando eres un jugador famoso hay un montón de tías queriéndose acostar contigo por unas cuantas fotos en las revistas al día siguiente, recurrir a eso me parecía incoherente, por muy mal que te suene. Está claro que no todos pensamos de la misma forma.

La bilis me sube por la garganta, y no puedo evitar sentirme un culpable por algo que no puedo controlar, y mucho menos cambiar.

Eric

Solo el recuerdo de lo que pasó esa noche hace que me den ganas de reventarlo a golpes de nuevo. Está demasiado reciente como para haberme olvidado de los detalles, y los recuerdo tan al milímetro, que la escena en mi cabeza es nítida como un sueño lúcido.

"*No se iba a marchar sin dejar que me corra después de hincharme los huevos*"

"*Al principio no quería, pero con la boca cerrada no pudo negarse, y me lo tomé como un sí*"

Las palabras de ese hijo de puta suenan en eco dentro de mi cabeza y me hacen querer vomitar hasta los intestinos.

—¿Abusó de ella? —pregunta Emma con una postura mucho menos relajada que la que tenía al inicio de la conversación, y la expresión desencajada a punto de echarse a llorar—. Dios mío, Eric…

—Me dijo que no podía dejar que se fuera o le dolerían los huevos toda la noche y que no tuvo otra alternativa. Así que yo tampoco tuve alternativa, y le pegué una paliza. Nunca había dado golpes con tanta rabia. No sentía nada.

Tan pronto como cierro los ojos durante una décima de segundo recuerdo la sangre sobre la moqueta beige de la habitación. Le sangraba la nariz. La boca. La cara. Yo tenía los nudillos en carne viva, pero no sentí ni un ápice de dolor en ningún momento.

Porque la ira es el mejor anestésico que yo he probado en mi vida.

Lo golpeé sin parar hasta que se quedó inconsciente, y aún así me pareció un castigo insignificante.

—Casi lo mato. Puede que me arrepienta de no haberlo hecho. Los guardias de seguridad del hotel subieron cuando alguien les llamó al escuchar a la chica llorando, y escucharon los golpes dentro de la habitación. Entraron y me separaron de él.

Siento los dedos de Emma deslizarse sobre mis mejillas con suavidad, y creo que nunca me había sentido tan en paz al revivir

ese momento de mi vida.

—Él ahora está…

—¿Vivo? —interrumpe—, por desgracia. Estuvo en coma menos de dos semanas, pero él tampoco ha vuelto al equipo. Algunas de las secuelas físicas que le quedaron han afectado a su movilidad y no ha podido volver a jugar. A mí me han abierto un expediente disciplinario, pero mi equipo no quiere ensuciar su nombre si en algún momento esto sale a la luz, así que se han inventado una lesión de rodilla que jamás ha existido y me han invitado a que me vaya antes de formar un escándalo.

—Creo que tu reacción fue cualquier cosa menos algo horrible. Tal vez no hicieras lo correcto a ojos de la ley, pero gracias a ti, abusar de esa chica le ha costado su carrera y secuelas permanentes. Seguro que ella se acuerda durante el resto de su vida de lo que él le hizo, que mínimo que un castigo que dure lo mismo.

Los ojos de Emma son como dos diamantes, y me resulta imposible no mirarla cuando es la primera vez que me observa con ternura.

Con cariño.

Y aunque la presión de su barbilla me hace daño en el pecho, estoy dispuesto a que me taladre las costillas si así consigo que me mire con esa cara durante un minuto más. Porque jamás, en toda mi vida, nadie había conseguido que me sintiese en paz mostrándole al monstruo que llevo dentro.

El Eric que es capaz de no sentir nada mientras revienta a puñetazos a su capitán hasta casi matarlo.

El Eric que aceptó de alguna manera vender su imagen y convertirla en la basura que es ahora por la fama y el dinero.

Capítulo 18

Emma

Me coge por la cintura con fuerza y caigo sobre su hombro como si fuese un muñeco. A pasos agigantados, llegamos al borde del lago, y se deja caer conmigo a cuestas.

Mi yo racional sabe que lo que hizo no está del todo bien, pero en el fondo sé que me alegro de que decidiera darle a esa chica una porción de venganza. Por minúscula que sea. Ella tiene un trauma para toda la vida, y él lo iba a guardar en el cajón de sus hazañas sexuales como un trofeo. Ahora, por lo menos, tiene algo traumático que le haga recordar esa noche con dolor.

Eric puede ser impulsivo, pero por alguna extraña razón que aún no puedo justificar, me siento en paz a su lado. Como si nada pudiese hacerme daño si él está cerca. Toda esa imagen mediática y problemática es completamente ajena a la persona que me ha preparado un picnic en el lago. La persona que me hace recuperar la cordura en medio de un ataque de pánico.

Y sigo sin olvidarme de que me ha comprado un móvil.

El agua está infinitamente más fría de lo que pensaba y me tiembla todo el cuerpo, pero él parece estar pasándoselo en grande.

—Hace muchísimo frío aquí Eric, y por tu culpa tengo la ropa mojada.

Nos separan dos escasos metros, y sentir sus ojos clavados en mí consigue que se me olvide el frío que tengo de forma inmediata.

—Estamos a cuarenta grados. Se secará antes de que nos vayamos. De todas formas, tengo ropa en el coche. No sería la primera vez que te pones algo mío.

Las suaves piedras se me clavan en los pies, y la ropa se me ha pegado al cuerpo, pero el calor que me da el sol al iluminarme directamente la cara me ayuda a soportar la temperatura del agua.

—¿Y ahora qué? —pregunto sin moverme, como si mis pies se hubiesen clavado en las piedras del fondo del lago.

Eric se mantiene en silencio, pero se acerca lentamente analizándome de arriba abajo, mientras se muerde el labio inferior.

Siempre que está cerca mi cuerpo reacciona ante su presencia de una forma que no puedo controlar. Estoy tan tensa que ahora mismo podría partirme como un trozo de madera.

Tiene los hombros anchos y es mucho más grande que yo. Sus ojos oscuros hacen que me sienta observada, y a la vez en paz. La forma en la que me mira a veces me hace creer que puede ver cada rincón de mi alma. Sus músculos húmedos dejan en evidencia las horas que le dedica al gimnasio a pesar de haber dejado el equipo, y de que, en todos estos días, no lo he visto poner un pie en el gimnasio.

Yo tampoco he ido. Y lo cierto es que debería haberlo hecho, así podría haber evitado subir una talla en tan poco tiempo.

—Puedo oír los engranajes de tu cabecita moverse a toda velocidad ahora mismo, ¿en qué piensas? —Está tan cerca de mí que huelo el aroma natural de su piel y me viene a la cabeza el recuerdo fugaz de lo que pasó en la piscina—. ¿Estás pensando en cómo te corriste en mi cara el otro día?

Basta.

No puedo evitar sentir como se me debilitan las piernas cuando acerca la cara hasta mi cuello e inhala con fuerza sobre mi piel desde la oreja hasta la clavícula, rozando con suavidad la punta de su nariz al hacerlo.

—Pídeme que pare, Emma.

No puedo hacerlo.

No quiero.

—No… No pares.

—Es la segunda vez que te hago esa pregunta, no va a haber una tercera.

La intensidad de su respiración y la forma en que sus manos me tocan sobre la ropa mojada hacen que un gemido se escape de entre mis labios. Supongo que ese es el motivo de su sonrisa.

—No eres consciente de la diosa que eres —susurra. Sus labios se deslizan por mi mandíbula mientras sus palabras provocan que algo se mueva en mi interior.

Y no siento náuseas o ansiedad ante sus piropos, como acostumbro a sentir.

Un cosquilleo me tensa los músculos de las piernas, y se intensifica cuando la falda deja de taparme para acomodarse en mi cintura. Sus manos me agarran el culo con fuerza a la vez que sus labios se deslizan por la comisura de los míos.

Me duele la espalda de la tensión con la que mi cuerpo se contrae por miedo. Ni si quiera sé a qué le tengo miedo exactamente, pero no puedo evitarlo.

Sus manos suben lentamente por mi espalda y acaricia sobre la tela mojada de mi camiseta cada músculo dolorido de mi cuerpo.

—Relájate.

Suspiro, y con el aire se va una gran parte de la tensión que me pesaba sobre el cuerpo. Tal vez tenga algo que ver con que llevo demasiado tiempo sin desnudarme delante de nadie, y ya ni hablar de mantener relaciones sexuales.

Debo de haberme vuelto virgen otra vez, como mínimo.

Una de sus manos se desliza ahora sobre mi cuello a la vez que su lengua me acaricia los labios, pero todavía no me ha besado. Baja la mano delicadamente hasta llegar a mi pecho, y acaricia por encima de la tela fría mi pezón duro, aprovechando que no me he puesto sujetador.

Apenas siento la temperatura del agua. El contacto de su piel y la forma en que me toca hace que, en su lugar, sienta un calor que irradia por todo mi cuerpo abrasando cada rincón de mi ser.

Un escalofrío desciende por mi cuello, y se acomoda en mi cabeza como si fuese a quedarse ahí a vivir cuando deja de jugar alrededor de mis labios. Muerde mi labio superior con más fuerza de la que debería y, acto seguido, introduce la legua dentro de mi boca para besarme por fin como si estuviese alimentándose de mí.

Como si tuviese hambre.

De mí.

—Joder, sabes tan bien —susurra seguido de un gemido para seguir besándome.

Tiemblo en el instante que siento sus dedos rozando mi ropa interior por la parte delantera. No sé muy bien el motivo ya que no es

la primera vez que nos encontramos en una situación así.

Pero yo lo siento como si lo fuese.

No sé muy bien cómo sentirme ante la situación. Antes no me ponía nerviosa porque lo veía como un vacío encuentro sexual con alguien cuya personalidad no me agradaba, pero sí su físico.

Ahora me gustan ambas cosas.

Sus dedos se cuelan bajo la tela de mi tanga de encaje y acaricia mi clítoris, provocando que mi cuerpo se estremezca. Beso su suave cuello y puedo olerlo otra vez: ese olor a madera tan intenso que desprendía la ropa que me prestó.

Mis bajos gemidos se van disipando en el ambiente poco a poco e intento controlarlos ya que no quiero que nadie aparezca de repente por el ruido y nos descubra.

—Si dejas de gemir yo también dejaré de tocarte, Emma. No pares.

Cada palabra que sale de su boca consigue excitarme más de lo que ya lo estoy. Y de no ser porque estamos metidos en un lago de agua helada, habría notado que ya estaba empapada incluso antes de que me tocase.

Estoy prácticamente colgada sobre él con las piernas alrededor de sus caderas. Su cuerpo nos arrastra a los dos a una zona más profunda del lago, donde hay un muro de piedra que sobresale para delimitar el terreno. Mi espalda golpea contra la fría piedra y el agua me sobrepasa la cintura, lo cual quiere decir que cada vez estoy más sumergida, al igual que él. Pongo mis manos sobre su pecho, y desciendo lentamente hasta su abdomen aprovechando al milímetro el recorrido que hacen mis manos sobre sus músculos. Mis dedos juguetean con la cintura de sus pantalones mientras no pierdo detalle de cómo se quita la camisa completamente mojada, y la deja sobre la piedra que sobresale del agua detrás de mí.

—Dime lo que quieres, y te prometo que lo tendrás, Emma.

—Quiero esto —respondo con rapidez.

Su mirada me deja ver que le acabo de dar la respuesta que quería escuchar, e inmediatamente aparta la tela que se interpone entre sus caricias y mi entrepierna, y me introduce dos dedos con fuerza.

Brutalidad, como si quisiera que mi cuerpo entienda que él ha llegado. Le acaricio la nuca con las uñas y lamo cada centímetro de piel en su cuello mientras sus gemidos graves me provocan cada vez más. No tiene una voz exageradamente ronca, pero si muy masculina. Oírlo gemir es como un premio, y me hace sentir cada vez más segura.

—No pensaba follarte dentro del agua, la verdad —dice en voz baja sin perder el ritmo de sus dedos entrando y saliendo de mí.

—¿Cómo… dices? —pregunto entre gemidos.

—Que no tengo condones, Emma.

Tal vez mi yo razonable y calculadora jamás habría hecho algo así. Pero esa persona no está aquí con nosotros.

—Tomo la píldora.

—Te prometo que estoy limpio —responde.

Asiento al tiempo que me relamo los labios enrojecidos a causa de sus mordiscos. No soporto más la tensión entre nosotros y lo que ambos deseamos que pase ha alcanzado la condición de necesidad. Desabrocho el botón de sus pantalones y bajo la cremallera tan rápido como las manos me lo permiten. No paro de gemir en ningún momento, porque las veces que he bajado el tono de mi voz, él ha ralentizado el movimiento de sus dedos.

Agarra mis piernas con las dos manos, y me levanta unos centímetros para poder quitarse los pantalones. Cuando los deja sobre la misma piedra donde está su camisa, siento una enorme presión entre las piernas. Rápidamente descarto la idea de que sean sus manos ya que ambas están sobre el nivel del agua y puedo verlas.

Joder, la tiene enorme.

Me he vuelto a poner nerviosa. Supongo que el hecho de que lleve tanto tiempo sin sexo afecta bastante, teniendo en cuenta el tamaño de lo que tiene entre las piernas.

—Puedes de sobra con ello, Barbie.

A veces realmente creo que me lee la mente.

—Si tú lo dices…

—¿Debería ponerme rojo? Acabas de hacerme un cumplido.

—No es verdad.

—Literalmente me estás diciendo que tengo la polla enorme.

Sus dedos deslizan la tela de mi ropa interior hacia un lado. Acaricia mi clítoris por última vez y sin pensárselo dos veces, me embiste contra la pared de piedra que me mantiene de una pieza. Mi espalda se arquea de forma involuntaria y consigo apoyar la cabeza sobre la dura roca para mantenerme lo más estable posible.

—Joder, es enorme —jadeo.

—Cariño, tiene el tamaño perfecto para tu apretado coño. Abre un poco más las piernas para mí.

Consigo hacer lo que me pide. Me agarro a él con las piernas abiertas alrededor de sus caderas y las uñas clavadas en su cuello, y me embiste de nuevo, esta vez más profundo.

Me duele. Pero es un dolor que disfruto.

Debo de estar enferma.

Me sigue follando con fuerza mientras mi culo rebota contra la piedra de la pared bajo el agua sin parar. Sus manos recorren mi pecho y, sin perder el ritmo, me baja el escote de la camiseta hasta dejar mis pechos al descubierto. Lame uno a la vez que acaricia con los dedos el otro.

—Joder, Emma —dice entre gemidos—. No es posible que estés tan estrecha.

Sus embestidas son fuertes, agresivas. Pero sus besos son mucho más delicados y suaves.

Levanto la cabeza de la roca para poder mirarlo, pero antes de que pueda guardar su expresión de placer en lo más oculto de mi memoria, agarra mi cuello con una mano mientras me sujeta por la cintura con la otra y hace presión sobre él.

El tamaño de la palma de su mano hace que mi cuello parezca mucho más pequeño, y bajo su agarre, empiezo a sentir la falta de aire.

No me quejo. Tampoco le pido que afloje la mano. Aprieta con más fuerza y siento las yemas de sus dedos clavarse en mi piel con facilidad mientras un cosquilleo en los labios me indica que no me sube la sangre suficiente hasta la cabeza.

Trago saliva con dificultad, y un gemido deja en evidencia la clara falta de oxígeno en mi organismo, y casi al instante, siento

como su agarre se suaviza de forma sutil pero evidente. Mis uñas se aferran a la piel en su espalda con más fuerza y siento como se clavan, pero él vuelve a gemir. Estoy segura de que le duele, pero parece que el placer sobrepasa al dolor en este instante. Mis piernas cada vez tiemblan más ante la intensidad de sus golpes, y me duele cada vez más cuando mi cuerpo golpea la roca, pero no quiero que pare.

Necesito que me lo haga hasta el final.

El placer me nubla la vista. Cierro los ojos, y cuando lo hago, la mano que tenía presionándome el cuello, sube hasta mi boca y me introduce dos dedos dentro. Los lamo y acaricio cada rincón con la lengua mientras lo miro fijamente a los ojos. Por su expresión intuyo que no esperaba algo así. Me introduzco los dedos lo más profundo que puedo en la boca y rozan mi garganta provocándome una arcada que no intento evitar.

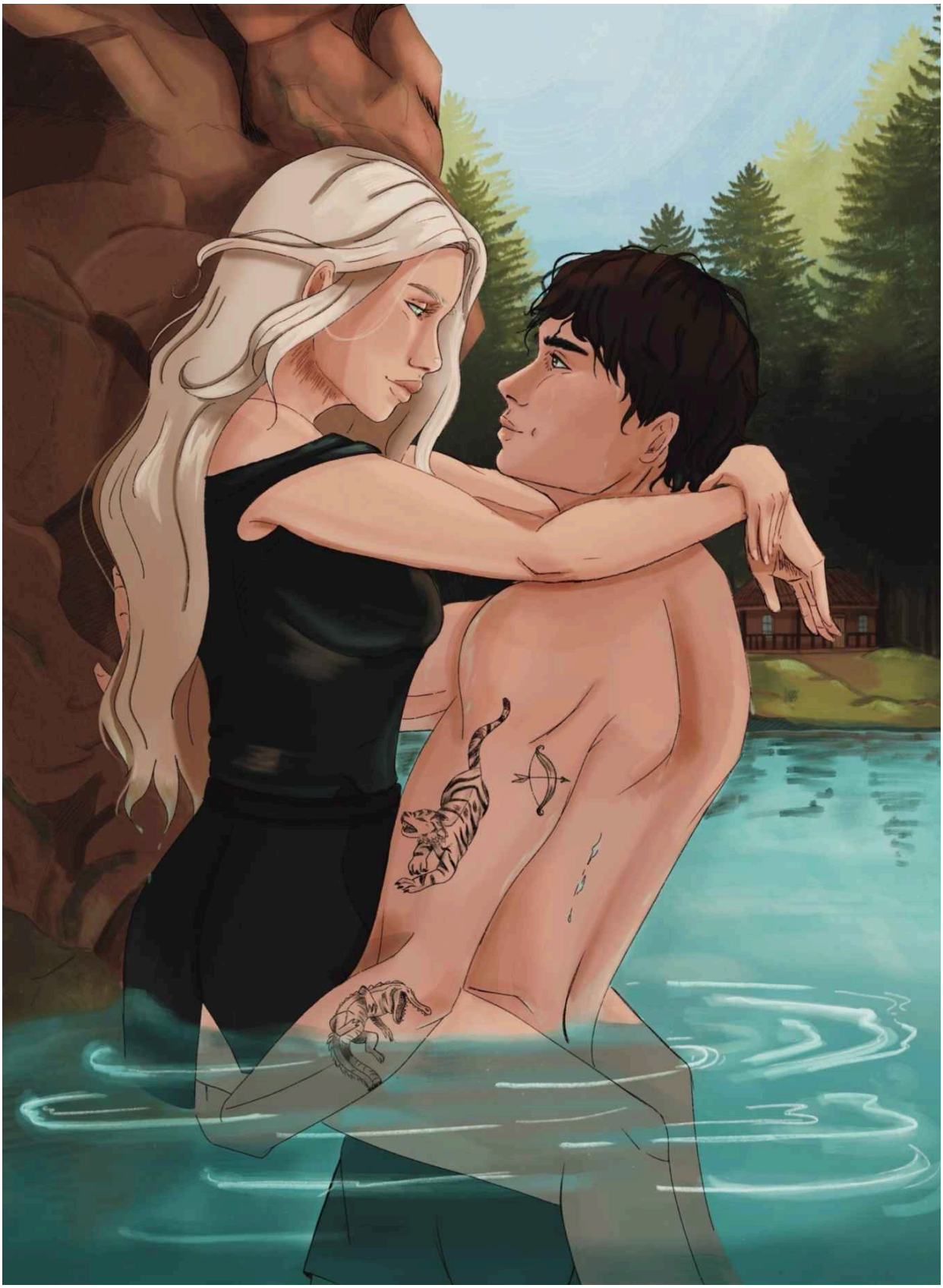
—Dios mío, Emma. No puedo más.

—Yo tampoco.

Vuelvo a cruzar mis manos detrás de su cuello y junto su pecho con el mío. Sus manos se posan esta vez sobre la pared por encima de mis hombros, y en el momento que vuelvo a tener todo su tamaño dentro, el orgasmo que llevaba unos minutos amenazando con llevarme a lo más alto del paraíso me atraviesa como un rayo fulminando cada rincón de mi cuerpo. Él también se corre de inmediato, y cuando termina no se aleja de mí ni un milímetro.

Desliza un dedo por mi mejilla mojada y sonrojada. Se acerca hasta mi boca y me besa de nuevo con una dosis de brutalidad y suavidad equilibrada.

Y olvido por completo como se sentía besar a alguien, porque la forma en la que Eric lo hace se ha apoderado de todos los rincones de mi cerebro.



Capítulo 19

Eric

Las fresas con chocolate son la comida cursi de las películas románticas. Yo he optado por una opción mucho más interesante a mi parecer. Comer melón con jamón serrano sentado en una toalla frente a un lago con Emma no estaba entre mis planes de este verano, pero que haya ocurrido todo lo que ha tenido que traerme hasta aquí merece la pena. Nunca me he sentido tan en paz enseñándole mi verdadera cara a nadie nuevo en mi vida desde que me convertí en una figura mediática.

Nunca sabes a quién creer.

En quién confiar.

La presencia de Emma se siente como soplo de aire fresco en una mañana de verano, y yo llevo demasiados años viviendo dentro de una tormenta que me estaba destruyendo en todos los sentidos. No tengo ninguna prisa por que el torneo termine, pero mis planes con ella no han hecho más que empezar. Parece una coincidencia absurda que llevemos años viviendo en la misma ciudad y atendiendo a los mismos eventos sociales, y jamás nos hayamos cruzado en ninguno. Pero me alegro de haberla conocido aquí. Puede que tenga mucho que ver el hecho de que yo atendía esos eventos por obligación y me iba tan pronto como podía.

Me ha costado muchos años de mi vida darme cuenta de que habría sido sencillo terminar las cosas incluso antes de que empezasen. A los veinte años yo ya era una estrella del fútbol y me conocían en muchísimos países, los suficientes como para que buscar un nuevo equipo me llevase el mismo trabajo que pestañear. Me agarré a ese círculo que había construido por costumbre como a un clavo ardiendo, y cuando quise soltarlo, ya era tarde. Una vez construyeron una reputación a la medida de sus necesidades, yo no era más que una marioneta. Los equipos ya no me querían porque mi imagen era todo lo contrario a lo que buscaban, y en el mío me

querían más por tapar los malos hábitos del capitán, que por mi talento.

Ahora es incluso más tarde. Mi carrera tiene toda la pinta de haber terminado sin siquiera llegar a los treinta años. Pasar una semana aquí me ha devuelto en tiempo récord la ilusión por el fútbol que sentía cuando empecé a jugar. Y me ha recordado la persona que soy. Que alguien puede ser capaz de mirarme como Emma lo ha hecho.

Tal vez solo ella sea capaz, pero para mí se ha convertido en lo único importante.

De todos modos, necesito encontrar la manera de equilibrar toda esta situación. Hablar con Charlie sobre cómo solucionar todo el revuelo mediático debido a mi inesperada salida del equipo. Tan pronto como vuelva a Nueva York voy a tener que dar explicaciones, porque me niego a que sigan inventando cosas sobre mí.

Si alguien va a decir mentiras, prefiero ser yo mismo y que me beneficien de alguna forma.

Emma no puede verse envuelta en este escándalo de ninguna manera. Mi imagen no haría más que manchar una carrera completamente limpia que ha tardado años en construir.

Yo no estoy dispuesto a costarle nada de eso.

Mis pies entran en contacto con la arena de la playa y me arde la piel.

Son pasadas las cinco de la tarde. No tengo ni idea de quién ha sido la brillante idea de organizar actividades en la playa a esta hora. Alguien que no tiene problema en morir de un golpe de calor, supongo.

Los chicos han traído un balón. Algunos no han quedado muy satisfechos con el resultado del partido del otro día, yo incluido.

Hoy toca revancha.

Mismos equipos, misma dinámica. La única diferencia es, que esta vez será fuera del agua. Sobre la arena ardiendo de la playa a cuarenta grados. Y no voy a tener aliado bajo el que esconder mi erección cuando Emma corretee por la arena en bikini delante de mí.

—No te puedes quitar la camiseta, lo consideraría hacer trampa —digo mientras camino junto a ella en dirección a la orilla.

Todos caminan unos metros por delante de nosotros, así que no creo que se den cuenta de que la estoy mirando como si quisiera desnudarla aquí mismo y follármela sobre la arena.

—Yo lo llamaría estrategia —replica—. No debería haberme puesto tu camiseta, se van a dar cuenta de que está pasando algo.

—¿Qué está pasando, Emma?

Tal vez tenga razón. Pero también estoy seguro de que aún que alguien tuviese la más mínima sospecha, no diría nada. Llevamos varios días aquí. Cualquiera podría haber filtrado mi ubicación y no habrían pasado ni dos horas antes de tener la puerta del camping llena de fotógrafos y reporteros buscando su exclusiva. O fotos sacadas de contexto. O las dos cosas.

Me siento muy bien recibido ya que nadie me ha vendido. Parece que mi padre se ha ganado el cariño y la lealtad de estos críos.

—¿Tú y yo? No sé, pesaba que… No sé que pensaba la verdad.

Se aparta el pelo del cuello y aprovecho para darle un beso rápido cerca de la mandíbula antes de que su hermano se gire y casi nos pille.

Ese puto olor a violetas me llena las fosas nasales y siento como nunca voy a ser capaz de sacarlo de mi cabeza.

La playa está bastante masificada a esta hora de la tarde, así que optamos por ir todos caminando hasta un extremo cercano a la delimitación rocosa que pone fin a la arena. Somos demasiados como para intentar hacernos hueco entre la multitud. Los chicos dejan sus mochilas y sus toallas a un lado, y mi padre se pone a colocar la red desmontable que he comprado yo mismo para jugar.

Soy muy competitivo, y la derrota del otro día merece ser vengada.

Echo un vistazo a mi alrededor antes de quitarme las gafas de sol para asegurarme de que no haya nadie que pueda ser un peligro potencial para mi identidad. Solo hay un grupo de mujeres cuya edad media debe rondar los setenta años; una pareja joven con un bebé que chapotea en una pequeña piscina hinchable sobre la arena, y un grupo de cinco chicos que parecen tener mi edad. Se

han quedado dormidos y el sol ha cambiado de ángulo, así que la sombrilla no les está cubriendo y estoy seguro de que cuando se despierten la piel les va a arder como si acabasen de salir de cocinarse en un horno.

Ellos pueden ser un peligro, pero mientras sigan dormidos quemándose al sol, no hay ningún problema. De todos modos, solo necesito quitarme las gafas para echarme crema solar. Después, incluso le añadiré una gorra a mi intento de pasar desapercibido. Y ya de paso intento mantener la vista protegida de los rayos del sol.

Necesitamos ganar hoy. De lo contrario no sería una derrota, sería una humillación.

Me acerco a mi padre y lo ayudo a formar hoyos en la arena para clavar los postes de la red, mientras utilizo mi posición para observar como un enfermo a Emma poniéndose crema solar. Es un espectáculo de mujer y cada rincón de ella se siente como estar en el puto paraíso. Tiene una melena rubia preciosa que le cae hasta la cintura. Sus piernas son largas y ligeramente tonificadas. El verde claro de sus ojos brilla bajo la luz del sol, y yo vuelvo a tener la polla dura una vez más.

Pensaba que pasar la noche juntos en la cama, y el hecho de habernos corrido tres veces, sería suficiente para mantener mis erecciones a raya durante unas horas.

Parece ser que no.

Nunca me había sentido tan atraído por nadie en mi vida. Y eso que siempre he tenido un deseo sexual bastante insaciable.

—Voy a la orilla a jugar con Eli mientras tu madre descansa un rato en la tumbona. Ten cuidado y no os hagáis daño —advierte mi padre cuando hemos terminado de montar la red—. Avísame si pasa cualquier cosa.

Asiento y hago un gesto a los chicos para que se acerquen.

—Vale. No estamos en el campamento y algunos de vuestros padres no han bajado a la playa, lo cual quiere decir que todo lo que pase aquí es responsabilidad mía. Portaos bien. —Me giro a mirar a los cuatro que ya han echado a caminar detrás de mí a nuestro lado de la red—. A por ellos. No acepto derrotas hoy.

—Eric —dice Pollo antes de colocarse en su posición—. Mi padre me ha pedido que te pregunte si puedes firmarle una camiseta.

—Si ganamos os firmo una a cada uno.

Al otro lado de la red y más cerca de lo que me gustaría, Emma se ha quitado la camiseta que le he prestado y tan solo lleva unos pantalones cortos. Apenas le cubren el culo completo y lo único que tapa su cuerpo en la parte superior es un bikini de color blanco a través del cual estoy viendo claramente la forma de sus pezones duros ajustarse contra la tela.

Mierda.

Esto me va a distraer.

Vuelven a dolerme las pelotas como si llevase reprimiendo el deseo sexual durante meses.

¿Acaso no recuerdan de lo que pasó a noche?

Hoy he sido previsor. Sabía que mis instintos más primitivos serían más fuertes que mi cabeza, así que me he puesto unos calzoncillos bastante ajustados bajo el bañador para evitar parecer un degenerado que se empalma en la playa rodeado de críos de diecisiete años.

Cuando casi he reunido le fuerza mental suficiente como para enfrentarme a el partido, Emma me hace un gesto para que me acerque a la red.

—Si ganáis, tendrás un premio esta noche digno de la victoria. No lo vais a tener fácil, te lo prometo —susurra acercando sus carnosos labios tanto a mí que siento el roce de su piel contra la mía.

Mierda. ¿Eso qué coño significa?

Joder, me voy a correr en los putos calzoncillos.

Ella sabía que me iba a distraer, y yo he caído como un imbécil.

Emma

Da igual lo mucho que intente ocultarse, está empalmado.

La tiene tan grande que es imposible ocultar que la tiene dura desde que me he quitado la camiseta delante de él.

Desde que la situación con Eric empezó a escalar hasta el punto en el que está ahora, no ha hecho más que hacerme sentir bien. Físicamente es impresionante. Es muy alto; sus facciones se podrían definir como objetivamente perfectas, y tiene unas manos enormes cuyas venas se marcan bajo la piel con la intensidad de un cuadro de Jackson Pollock.

Debería recordarme a mí misma que la próxima vez que vayamos a pasar tiempo juntos como ayer, podría contarle cosas como que es mi pintor favorito.

Las tres horas desnudos bajo las sábanas de ayer fueron excesivas, pero no pude contenerme. Nadie en la vida me había hecho correrme nunca, algo que puede parecer triste. Tampoco tenía una vida sexual muy activa, lo cual complicaba las cosas.

Él me ha hecho correrme cuatro veces en menos de veinticuatro horas.

Esta mañana me temblaban las piernas cuando he intentado ponerme en pie. Los muslos me arden todavía, y no sé si estoy en la mejor condición física para ganar el partido de revancha de hoy.

Estaba en lo cierto. Seguro que ese capullo me tuvo toda la noche sin parar para casarme y que mi rendimiento hoy en el parido fuese mínimo. Por eso, he tenido que recurrir al bikini de color blanco. Me pone tan cachonda verlo en bañador con los tatuajes cubriéndole la piel haciendo juego con sus músculos, que tengo los pezones al borde del agujerear la tela.

Pero también me sirve para distraerlo.

—Eric, tío. Es el cuarto balón que te cuela ella —grita alguien desde el otro lado de la red.

La estrategia está funcionando, pero no está siendo tan eficiente como para ganar el partido con la facilidad de el otro día.

Vamos empatados, y hemos acordado que el resultado se va a quedar como esté cuando den las siete de la tarde.

Hemos hecho varios descansos. Nos hemos dado baños intermitentes en la orilla para refrescarnos y también me he esforzado en beber agua para evitar la deshidratación.

—Paramos un segundo, necesito coger una gorra o me voy a desmallar con este maldito calor.

Jimmy se aleja corriendo hasta las tumbonas, junto a las cuales están extendidas sobre la arena las toallas de todos.

Eli lleva toda la tarde haciendo castillos de arena con su padre mientras observa de lejos el partido. Según ella, Eric solo quiere ganar porque aún no ha aprendido a perder.

No puedo estar más de acuerdo.

Cuando vuelvo a girarme para ver qué hace Jimmy desde mi posición tras la red, lo veo hablando con un grupo de chicos que estaban tumbados al sol cuando hemos llegado. Deben de ser de la edad de Eric, y por el tiempo que han pasado con la cara expuesta al sol, debe de arderles la piel como recién pasada por la sartén.

—¿Qué querían? —pregunto cuando llega hasta nosotros de nuevo.

—Lo de siempre. Tu nombre y tu número. Dicen que les suena tu cara de algo.

Son chicos normales. Más o menos de mi altura y con el cuerpo cubierto de tatuajes mucho más exagerados que los de Eric.

Y menos músculos.

—¿Qué les has dicho?

—Que se vayan a hacerse pajas lejos de aquí.

—¡Jimmy! —grito en un intento fallido de regañarlo—. Podrían haberte hecho algo, son más mayores que tú.

—Y miden diez centímetros menos. No me dan miedo. Mas bien me da asco que estén babeando contigo los cinco a la vez.

—Ya… gracias. Ahora concéntrate. Tenemos diez minutos para ganar.

Volvemos a colocarnos, y cuando Eric está a punto de sacar, los cinco chicos se acercan hasta nosotros. Fijo la vista al frente para no darles más protagonismo, porque es justo lo que están buscando,

y veo los dedos de Eric clavándose en la pelota. Es de goma dura, y aún así estoy segura de que, como siga apretando, la va a reventar.

Le hago un gesto para que los ignore, pero uno de ellos se acerca tanto, que se cruza entre los chicos hasta llegar junto a mí a la red. Los demás se han quedado unos pasos más atrás, pero también tienen su atención puesta en nosotros.

—¡Ey! Me llamo Christian. Puedes llamarme Chris, si quieres —dice el chico de pelo castaño y ojos un poco saltones.

—Eh… hola.

—Si te apetece, mis amigos y yo vamos a salir esta noche a cenar y vamos de fiesta al reservado de una discoteca. Podrías venirte y así nos conocemos un poco.

—Gracias por invitarme, pero no estoy interesada.

Estoy intentando con todas mis fuerzas no ser cortante para evitar escándalos innecesarios, y al mismo tiempo, que se vaya de aquí lo antes posible. La vena de la frente de Jimmy es visible a kilómetros, y Eric está a punto de reventar la pelota de goma con la que estamos jugando con sus propias manos.

—No te hagas la estrecha. A las tías como tú os van esas cosas, ¿no? Reservados, cubatas pijos, y una mamada en el baño por la invitación. Seguro que lo pasamos bien —dice mientras sus asquerosos dedos me empiezan a rozar el abdomen.

La piel se me eriza, y sé al instante que esto no va a terminar bien. Es un asqueroso y no tiene ningún tipo de reparo en que la gente lo sepa.

—Preferiría un dolor de muelas y cuarenta de fiebre, pero gracias por la invitación de nuevo —respondo apartando su mano de mí.

Si algo me ha enseñado una profesión tan mediática y superficial como la mía, es a rechazar tíos desagradables.

Su mano derecha entra en contacto con mi clavícula, y en ese momento Jimmy se acerca corriendo y le da un empujón que le hace caer sobre la arena como una pluma. Mi hermano es mucho más alto que él, pero también es claramente más joven.

Los amigos del chico se acercan a nosotros un poco más, y el pulso se me acelera. Lo último que necesito es que mi hermano

menor de edad y sus amigos se metan en una pelea por mi culpa.

—Te ha dicho que la dejes en paz. Lárgate de aquí.

El tal "Christian" se levanta del suelo y le hace un gesto a sus amigos para que no sigan avanzando hasta nosotros.

Y en el fondo me siento aliviada.

—Niño, no estoy hablando contigo. Deja que los mayores tengan una conversación y vete con tu mamá.

Es algo más alto que yo, y esta vez se ha colocado de tal forma que he perdido de vista a Eric.

—Volviendo a esta noche, dame tu número y te llamo más tarde.

—Te he dicho que no.

Siento como me agarra por la muñeca con más fuerza de la que debería, y la presión de sus dedos contra mi piel me hace daño.

—Si no la sueltas en menos de cinco segundos te voy a dar un puñetazo por cada segundo de más que la estés agarrando. Y te aviso, la paciencia no es mi punto fuerte.

Nunca había oído a Eric hablar en ese tono. Su voz ha adquirido una tonalidad oscura y amenazadora que desconocía, pero he de reconocer que asusta. Se ha colocado tan cerca de mí que puedo sentir el roce de su cuerpo contra mi espalda. Christian se ve obligado a elevar la vista para poder mirar a Eric a los ojos debido a la evidente diferencia de altura, y no puedo evitar sonreír.

—Uno —cuenta—. Dos. Tres. Ya me he cansado.

Eric se coloca a mi derecha con tranquilidad, y le asesta un puñetazo con tanta fuerza que lo tira al suelo, haciendo que me suelte el brazo de golpe.

—Si no te largas ya, te doy el segundo. Yo que tu reaccionaría rápido.

—Estás zumbado tío. Ella quería, yo no he hecho nada.

Apenas se había puesto en pie, cuando Eric le da otro puñetazo. Sus amigos se acercan corriendo y se lo llevan agarrado uno a cada lado ya que aún se tambalea cuando logra ponerse en pie, no sin antes amenazar a Eric. Y por su cara, deduzco que le da completamente igual.

Luis se acerca rápidamente a nosotros con Eli agarrada de la mano.

—Se acabó, chicos. Nos vamos todos al camping. Eric, marchaosv de aquí, yo me encargo de recoger la red y llevarla de vuelta.

Eric asiente con cara de póker, y los chicos caminan en dirección a la salida de la playa en completo silencio después de la escena que todos han presenciado.

—Perdóname. No quería ponerme tan violento delante de tu hermano y sus amigos.

—Se lo merecía. Siento haberte puesto en esa situación, podrían haberte reconocido y todo habría sido mucho peor.

—Me da igual. Te ha tocado. Lo mío no se toca. Debería de haberle roto la mano por tocarte sin consentimiento, pero me parecía demasiado gráfico. Y Eli también estaba ahí.

—¿Te duele? —pregunto mientras analizo las grietas en sus nudillos.

—No. Me dolía más verte hablando con él.

—¿Estás celoso, Estrellita?

—Llámalo como quieras. ¿Te importa si voy a hablar con mi padre? Te veo después de la cena.

—Claro. Yo los llevo de vuelta.

Echa un vistazo alrededor y se asegura de que todos caminan varios metros adelantados, para darme un rapidísimo beso en los labios antes de salir corriendo de vuelta a la playa.

Capítulo 20

Emma

Viernes – Cuarto día de torneo

Los cristales del coche proyectan la luz del sol y, aunque apenas son las nueve de la mañana y tengo el aire acondicionado encendido, el calor es insoportable.

Hemos llegado al aeropuerto hace más de veinte minutos. Eric y yo estamos sentados dentro del coche y me pesan los párpados con cada minuto que avanza en el reloj. Tengo los pezones irritados y los labios todavía enrojecidos.

Eric se ha empeñado en venir a por Tony conmigo ya que apenas hemos descansado y no me ha dejado conducir, así que he aprovechado el camino para cerrar los ojos de forma intermitente.

Me inclino y consigo alcanzar mi bolso a tientas para sacar una goma para el pelo y me lo recojo en un moño despeinado con el único objetivo de apartarlo de mi nuca para no ensuciarlo antes de empezar el día.

—Si yo fuera tú, dejaría que el pelo me cubriese el cuello —dice Eric ladeando una sonrisa mientras desliza los dedos sobre la pantalla de su móvil.

Abro la cámara del mío y la coloco de tal forma que soy capaz de ver unas marcas rojas lo bastante recientes como para resaltar sobre mi piel.

—¿Qué cojones has hecho?

—Tú me mordiste el labio primero, ¿quieres ver la herida que me has hecho por dentro?

Imágenes fugaces e intensas sobre las tres horas que nos pasamos en la cama anoche se abren paso en mi cabeza y no puedo evitar ponerme cachonda otra vez.

Antes de conocer a Eric, el sexo no formaba parte de mi vida. Apenas recuerdo la última vez que me acosté con alguien antes de

hacerlo con él. Ahora, me paso más horas al día de las que debería observándolo como si me encontrase en un estado de ovulación constante. Cada vez que me mira sus ojos me hacen sentir como si estuviese en lo alto de un pedestal y él tan solo quisiera devorarme durante todo el día.

Y jamás me había sentido tan admirada.

Ni siquiera durante los desfiles o las sesiones de fotos más importantes de mi carrera.

—No tengo ni idea de en qué estás pensando, pero veo tus pezones endurecerse a través de esa camiseta blanca que te has puesto como si estuvieses desnuda. —Se humedece los labios deslizando la lengua sobre la carne de color rosado—. Te juro que, si no estuviésemos en un aparcamiento público rodeados de gente, te arrancaría la camiseta.

No puedo evitar morderme el labio. Cada cosa que sale de su boca suena como la melodía de una canción erótica dentro de mi cerebro. La reacción automática es inevitable.

El móvil cae de sus manos como si de pronto no existiese. Sus dedos se acercan peligrosamente a mi boca y agarra mi labio inferior con el pulgar. Desliza el dedo ejerciendo la presión justa para que se empape con mi saliva, y no puedo contenerme más.

—No me duele. Que me muerdas solo me la pone aún más dura —aclara sin sobresaltarse en absoluto. He mordido con la fuerza suficiente como para hacerle daño, y provocar algo, un quejido tal vez. Pero nada.

—No calientes la comida si no te la vas a comer.

Su pulgar sigue peligrosamente cerca de mi boca. Lo introduce de nuevo en su interior, más profundo de lo que podría esperar.

—Chupa —ordena.

Obedezco. Le succiono el pulgar con toda la lujuria que llevo dentro y la saliva resbala por su piel de forma tan lasciva que estoy segura de que estoy empapada. Sus ojos se ponen en blanco, y yo sigo deslizando la lengua hasta que sus ojos regresan a mí.

—¿Crees que ese que se acerca con los pantalones de piel y el chaleco es Anthony?

Me aparto de él tan deprisa que un hilo de saliva cae sobre mis muslos. Echo un vistazo por el espejo retrovisor y veo como un hombre de piel oscura, vestido de forma extravagante, se acerca hacia nosotros sin despegar los ojos de la pantalla del móvil.

Por supuesto que es él.

Su corpulenta figura se planta delante de la ventana del copiloto, pero sigue con toda la atención volcada en el teléfono. Abre la puerta y sus ojos me miran con confusión cuando lo que encuentra al otro lado, soy yo.

—No pretenderás que conduzca yo, ¿verdad? —replica.

Vuelvo a subir la ventanilla y me giro hacia Eric.

—Tú quédate aquí y no te quites las gafas de sol, a ver si te va a conocer alguien y la liamos del todo. Por suerte para mí, soy menos conocida que tú.

Me desabrocho el cinturón. Un agarre mucho más intenso se ciñe sobre mi muñeca y me impide moverme. La mano de Eric es tan grande que deja en evidencia el tamaño de la mía. Siento sus dedos haciendo presión sobre mis venas. El calor de su cuerpo me advierte de que lo tengo cerca. Muy cerca.

—Prométeme que vas a terminar lo que has empezado aquí más tarde —susurra en mi cuello. Se me eriza la piel y sus labios rozan con suavidad mi mandíbula.

No sé muy bien por qué. Ni en qué momento ha pasado, pero confío en él. Se me tensan todos los músculos del cuerpo que soy capaz de reconocer y no puedo girarme de nuevo. Sé que, si lo veo, me desharé como un trozo de papel dentro del agua.

Suaviza el agarre de mi mano, y salgo por la puerta con la respiración agitada, y la sensación de que me tiemblan las piernas.

—¿Se puede saber por qué tardabas tanto?

No lo miro a los ojos. Sabe leer mis expresiones faciales como si un letrero se dibujase en mi frente para contarle absolutamente todo, y prefiero ahorrarme los detalles por ahora. Se me escapa una sonrisa tonta, pero estoy ocupada ayudándolo a subir las maletas al coche, y tengo la esperanza de que no me haya visto. Estoy segura de que él mismo va a sacar sus propias conclusiones cuando vea a Eric en el coche.

—Siéntate en la parte de atrás —indico antes de volver al interior del coche.

Tan pronto como Tony se mete dentro, su cabeza se cuela entre los asientos delanteros y sus ojos parecen estar a punto de salirse de los agujeros en su cara.

—*What? What is he doing here?*

Vale. Si habla en inglés quiere decir que el *shock* es realmente grande.

—Emma prácticamente me ha sacado a rastras de la cama esta mañana para que la acompañase —miente.

—Eh, eres tú el que no me ha dejado venir sola. Ni siquiera te he pedido que vinieras.

—¿Habéis dormido juntos? *ARE YOU SERIOUS RIGHT NOW? Oh my God!* —grita como si acabase de decirle que estoy embarazada o algo así.

—Ya está bien. Dosifiquemos la información antes de que a Tony le cueste un paro cardíaco. ¿Podemos irnos? Ya vamos tarde.

Eric arranca el coche y salimos del aparcamiento del aeropuerto enseguida.

—Veamos; tengo una noticia mala, una buena y otra buenísima. ¿Cuál queréis primero?

El corazón me da golpes con fuerza contra las costillas. Ha estado en Los Ángeles por trabajo, lo cual está directamente relacionado con *mi* trabajo. No sé si realmente me apetece enturbiar el estado de paz en el que he podido vivir estos últimos días con malas noticias laborales.

—Lo mejor es empezar por la buena, luego la mala, y termina con la que es mejor —sugiere Eric.

—Bien, lo haremos como ha dicho el futbolista.

Una sonrisa en el rostro de Eric ante el mote que le ha asignado Tony saca a relucir de nuevo sus hoyuelos.

Los. Puñeteros. Hoyuelos.

—La buena es que me han dado este sobre para ti, señorita. Yo, por supuesto, ya sé lo que es. Pero tiene mucha más gracia darte la invitación oficial y ver tu cara mientras la abres.

—¿La buena noticia es un sobre con una invitación a un evento? ¿Estás de broma? No me gustan los eventos, ya lo sabes.

—Este sí. Ábrela y no me jodas el momento. Llevo todo el vuelo pensando cómo hacer esto lo más dramático posible.

El sobre es completamente blanco. En la parte trasera mi nombre completo está escrito con una caligrafía bastante pretenciosa, y es aún más desagradable que incluya el apellido de mi madre. A pesar de que en los documentos oficiales como mi pasaporte ya no figura, todos mis trabajos siguen viniendo acompañados de su apellido porque es como fue desde el principio cuando empecé a moverme en este mundo.

Me tiemblan las manos. Diría que hasta un sudor frío está empezando a recorrer mi frente, pero apenas siento los dedos de las manos por la tensión. Abro el sobre con delicadeza para no romper el papel, por algún motivo me da pena romperlo. Saco una hoja de papel bastante gruesa del interior. Es de color negro, pero por ahora no tengo ni idea de lo que puede ser. Eric está ligeramente distraído de la carretera pendiente del contenido del sobre. Lo sé porque va a ochenta por hora en un tramo de cien, y por las pocas ocasiones en las que me he metido en un coche con él al volante, suele exceder el límite de velocidad, no quedarse por debajo. Tony no para de mirarme a los ojos, y eso me pone aún más nerviosa. No tengo muy claro si ponerme en lo peor todavía. Mis ojos se enfocan directamente en el primer elemento conocido en el documento cuando desdoblo el papel.

El logo de Swan.

Swan. La marca a la que decepcioné hace pocos meses durante su último desfile me está invitando a una de las galas de moda más importantes del mundo.

El único motivo por el cual sé que sigo viva, es porque siento como el corazón me está golpeando el pecho con tanta fuerza que me duele.

¿Significa esto que no me tienen en la lista negra?

Todas las modelos que alguna vez hemos estado vinculadas con la marca sabemos lo estrictos que son con su imagen.

¿Escándalo público con tu nombre involucrado? Lista negra.

¿Fotos tuyas en la prensa que te asocien a cualquier droga o adicción? Lista negra.

¿Caída en uno de sus desfiles? Lista negra.

Eso son algunos de los motivos que todas conocemos por los cuales nunca más te vuelven a llamar. Allysa Bowel era la modelo más representativa de Swan hasta que hace cuatro años una revista de cotilleos publicó en las redes un vídeo de ella discutiendo con la camarera de un restaurante a gritos por un error con la comida.

Nunca más volvió a trabajar con Swan. Tampoco con ninguna otra marca. Desapareció del mapa. Pidió perdón públicamente en repetidas ocasiones y admitió que ella no era así, que fue un error. Aún así, su carrera terminó sepultada bajo tierra.

—Pensé que, después de lo del desfile de invierno de hace unos meses, estaba en la lista negra —digo con el papel temblando al unísono con mis dedos.

—Han cambiado de directiva. El viejo está harto de la marca y quiere pulirse el dinero en Ibiza. La CEO es una de las accionistas mayoritarias y la nueva directora es su hija.

Por el rabillo del ojo puedo ver la perfecta sonrisa en los labios de Eric, y las lágrimas de felicidad y alivio no dejan de brotar de mis ojos.

—No os vais a creer lo que ha pasado —dice Tony abruptamente—. He tenido que comer sopa de entrante en el vuelo de vuelta.

—Tu odias la sopa —contesto.

—Pero no quedaba salmón, ¿qué querías que hiciera? Llevaba veinticuatro horas sin comer, trabajando sin parar.

—Lo superarás, créeme. ¿La mala noticia?

Tony frunce el ceño y me mira como si no tuviese ni idea de lo que estoy hablando. Y yo le devuelvo la mirada de confusión.

—¡Esa es la mala noticia, Emma!

Eric rompe en una carcajada que retumba por todo el coche. Yo no puedo contener mis instintos y le doy un golpe en el hombro a Tony con el puño cerrado.

—Eres idio…

—¿El mejor representante del planeta? Lo sé —interrumpe—. Pero eso no es todo. La invitación me la ha dado Lauren, la nueva directora, en mano. Me ha dicho que, como no estabas en la ciudad conmigo, se pondría en contacto contigo a lo largo de la semana. Pero tengo su permiso para adelantarte las noticias y que no te pille por sorpresa cuando te llame.

—Joder, Tony… me estás poniendo nervioso hasta a mí.

—*Anyway*, están reestructurando la marca desde lo más profundo posible sin hacer grandes cambios estéticos. El caso es, que van a retomar los desfiles temáticos, de ahí que sean los anfitriones de la Stars Gala de este año. Lauren me ha dicho que no necesitas pasar de nuevo el *casting* porque ya han trabajado contigo, y les encantaría poder tenerte como modelo para abrir el desfile en noviembre.

—¿QUÉ?

—Que quiere que cierres el desfile este año en…

—¡TE HE OÍDO TONY!

La euforia es algo que nunca he gestionado demasiado bien, por el simple hecho de que no me he visto en esta posición antes.

¿Estoy contenta? Mucho. Seguramente mi sonrisa tonta y la forma en la que estoy apoyada sobre el reposacabezas del coche con la mirada perdida en el techo hacen evidente como me siento.

No estoy en la lista negra. Quieren que cierre el primer desfile temático después de los últimos años sin si quiera pasar pruebas de *audición*. Me han invitado a la Stars Gala de este año.

—Tengo que volver a entrenar.

—No te obsesiones. Cuando hables con Lauren y os veáis en persona nos dará más información de cómo prepararte para el desfile. Por ahora tómalo como una buena noticia y no te lo lleves a lo estético todavía.

Puedo ver la expresión de Eric oscurecerse a consecuencia de mi comentario. A lo largo de estas semanas me he dado cuenta de que nunca hemos sacado el tema, pero él sabe perfectamente que, entre la comida y yo, hay problemas. No es un tema que me apetezca abordar en este momento. Apenas sé qué es esto que está pasando entre nosotros y no tengo claro que una vez que explote la

burbuja en la que llevamos dos semanas viviendo, nuestra "relación" no explote con ella.

El coche se para en seco delante de la entrada al campamento, junto a la caseta del vigilante de seguridad. Estamos en completo silencio. Un silencio incómodo.

—Bueno, os dejo. Voy a intentar descansar un rato.

—La llave de repuesto está en la maceta junto a la puerta.

—Gracias, amor. Nos vemos más tarde. ¿Quieres que hable con Bastien para que se encargue del *look* para la gala?

—Eh… —dudo un segundo— sí. Habla con él y dale la temática para que pueda ir trabajando.

—Perfecto. Disfruta y no pienses más de la cuenta, ¿vale?

Asiento. Tony me da un beso en la frente y, tras coger su equipaje, se marcha.

Capítulo 21

Eric

Es la décima llamada de Charlie esta mañana. Son las cinco, pero en Nueva York apenas son las once de la noche e intuyo que está lo suficientemente cabreado conmigo como para que le importe una mierda si estoy durmiendo o no. Por suerte, esta noche Emma está en su cabaña con Tony.

No tengo pensado responder a sus llamadas por insistente que se ponga. Tal vez haya empezado una batalla que no puedo ganar, pero me compensa saber el motivo por el cual lo hago. Los ojos felices e ilusionados de Emma al abrir ese sobre y comprender que es la estrella que todos menos ella sabemos que es, son el motivo por el que no la tengo en la cama desnuda esta noche.

Hay cosas que debo solucionar, y no me sobra el tiempo.

Dentro de pocos días esto habrá terminado. Tendré que volver a Nueva York y lidiar con toda mi mierda, me guste o no. ¿Por qué no ir adelantando el trabajo? A Charlie le habría gustado que le consultase antes de subir el vídeo que compartí anoche en todas mis redes sociales —creo—. Vídeo que repetí en bucle al menos veinte veces para asegurarme de que utilizaba las palabras correctas. Que no había vacíos que dieran pie a la imaginación de nadie para inventar mentiras. Hasta consulté el contenido con el capullo de Tristán, que tardó casi dos horas en contestar.

Sé que esto es lo último que esperabais después de un silencio de casi un mes por mi parte. Quiero disculparme con todos los que realmente habéis estado preocupados por la situación. Mi situación. Estoy bien, mejor de lo que cualquiera pueda imaginar. Estas semanas me han servido para reflexionar mucho, tal vez demasiado, pero he llegado a la conclusión de que se acabaron las mentiras. Llevo toda la vida mintiéndoos a vosotros, y lo que es peor, a mí mismo. No busco excusar ninguna de las cosas que he hecho, no soy la mejor persona del mundo, quiero pensar que

tampoco la peor. He cometido muchísimos errores a lo largo de mi carrera, pero cuando empecé a jugar tan solo tenía dieciséis años, y la mayoría de las decisiones que se tomaban no estaban en mi mano, y tampoco en la de mis padres. Tal vez tengáis mi nombre asociado a la imagen de alguien altivo, mujeriego y prepotente. No he cooperado mucho durante estos años para que sea de otra manera, pero quiero que sepáis que no todo lo que leéis en la prensa y escucháis por la televisión es verdad. Incluso la foto adecuada puede utilizarse para sacar de contexto algo. No vengo a justificar diez años de escándalos, pero quiero que sepáis que el motivo por el que siempre estaba expuesto a los titulares más polémicos era para cubrir a otra persona y sus acciones. En ningún momento me he lesionado la rodilla, y siento profundamente no haberme sincerado antes sobre esto. La lesión de la que todos habéis oído y que ha sido utilizada para sacarme del equipo, no existe. Fue una cortina de humo hecha para sacarme del equipo sin tener que destapar otras cosas que a ciertas personas no les interesaba que saliesen. No voy a hablar de cosas que no van conmigo, cada uno es libre de lidiar con las cosas que ha hecho. Nunca quise dejar el fútbol, pero no tuve otro remedio. Una vez más, siento mucho todas las mentiras y las caretas que habéis estado viendo durante tanto tiempo, pero sobre todo siento mucho que no hayáis podido conocerme más allá del chico agresivo en el campo que se pelea con los rivales hasta ver la tarjeta roja. Os prometo que soy mucho más que eso, y que mi intención nunca fue faltar al respeto de los aficionados que me quieren de verdad. Nos vemos. Gracias por escucharme.

Capítulo 22

Emma

JO-DER.

Capítulo 23

ERIC

—Estoy hasta las pelotas de tus mierdas. Ya no tienes diecisiete años y tu comportamiento me está costando la salud. Borra de inmediato esa basura y graba otro vídeo diciendo que estabas borracho o cualquier excusa de mierda que se te ocurra antes de que tengamos problemas más graves —grita Charlie a través del teléfono.

El sol me está golpeando con violencia y, puesto que en teoría estoy aquí en calidad de segundo entrenador, debo estar concentrado en el partido. Además, mentiría si dijera que estoy escuchando una sola palabra. No me importa lo más mínimo lo que tenga que decirme.

¿Voy a retractarme de lo que dije? No.

Decido colgar el teléfono, dejándolo con la palabra en la boca y ni una sola respuesta por mi parte.

No creo que vaya a ser fácil que la gente crea mi versión de las cosas. Yo soy el principal culpable de ello, y tal vez me toque visitar algún que otro programa de televisión en Nueva York para contar las cosas tantas veces como sea necesario hasta que la gente considere mis palabras como tan solo una opción.

—Qué hijos de puta… saben que no van a ganar y no van a parar hasta destrozar la rodilla a alguien —dice mi padre a mi derecha.

La gorra que me cubre del sol hace que me sude la frente. Si no los llevamos más ventaja a estos capullos es porque el árbitro ha tenido que parar el partido un incontable número de veces a causa de las entradas tan agresivas y sin sentido que están haciendo.

Yo sé cómo termina esto. Lo he vivido muchas veces a lo largo de mi carrera. Alguno de los nuestros terminará con la

paciencia a cero y provocando una pelea. Eso si no lesionan a alguien antes y tenemos que lamentar alguna baja.

Desde el banquillo tengo una vista perfecta de Emma en las gradas. No lleva ni una gota de maquillaje y su pelo está recogido en una coleta alta bastante apretada que me encantaría tener enrollada en el puño ahora mismo. Anoche decidí irme solo a la habitación, a pesar de que lo único que quería era meterme con ella en la cama y no salir nunca más. Era hora de empezar a solucionar problemas. Puede que ahora mismo parezca que no he solucionado nada, tal vez incluso hasta haya problemas nuevos en mi vida después del comunicado que emití a noche.

Me da igual.

Quiero limpiar mi imagen. Quiero dejar de ser una marioneta. Pero, sobre todo, quiero estar con ella. Cosa que no va a ocurrir a menos que mi reputación cambie.

Mis ojos se desvían de vuelta al terreno de color verde cuando oigo un grito. Un grito de dolor. Lo único que veo es a todos los chavales corriendo hacia el centro del campo a toda velocidad. No puedo ver nada porque han formado una nube de gente alrededor de la persona que ha gritado, pero tengo claro que esto no ha sido otra patada al aire con intenciones estúpidas. Los padres bajan a toda prisa desde las gradas hasta el césped, quedándose tras las redes que rodean todo el campo. El árbitro se ha acercado también al lugar donde hay un chico tendido en el suelo con la cara cubierta con las manos.

Mira en nuestra dirección y, con el rostro desencajado, hace un gesto desesperado. Nos está pidiendo que entremos.

Mi padre y yo salimos corriendo a toda prisa, y yo llego unos segundos antes que él.

—¡Apartaos joder! —grito, a la vez que empujo a los integrantes del equipo rival para que se quiten del medio—. Mierda.

Me quedo paralizado observando a Jimmy tirado en el suelo. Las lágrimas de dolor y el sudor han hecho que la hierba se le pegue a la cara y la expresión de sufrimiento es palpable a kilómetros de distancia. Tiene los dientes apretados y los puños clavados en la

tierra levantada. Hay sangre por todas partes, y hasta se agradece, porque disimula un poco lo visible que es el hueso roto.

Estoy casi seguro de que tiene una fractura abierta de tibia, y tiene una pinta horrible.

—¡Luis, llama a una ambulancia! —grito antes de que los padres del equipo se empiecen a acercar hasta nosotros en el césped.

No puedo dejar que Emma vea esto. Lo mejor es que una ambulancia se lo lleve al hospital lo antes posible y controlen la hemorragia.

Camino hasta ella intentando mantener una actitud serena, a pesar de que acabo de ver el hueso partido de su hermano atravesándole la piel. No he visto el impacto, pero sé quién ha sido por la forma en la que Edu está mirando al chico de pelo rubio con coleta que está sentado sobre el césped con los brazos cruzados sobre el pecho.

Como si nada.

Como si la persona a la que acaba de partirle la pierna no estuviese gritando de dolor a dos metros de distancia.

No voy a ser yo quien detenga a Edu, que está cada vez más cerca de el chico de la coleta. Por mí, puede partirle la cara. Es lo mínimo que se merece.

—Emma, para —ordeno, mientras sujeto a Emma por la cintura antes de que se acerque demasiado—. Vamos a por el coche y lo esperamos en el hospital.

Los gritos desgarradores de Jimmy hacen que sienta dolor en mis propias carnes, pero que grite es bueno. Significa que está consciente y que, por ahora, no está entrando en shock.

—¡Eh tú, hijo de puta! —grita Edu, mientras yo trato de contener a Emma para que no se acerque más—. ¿Acaso estás acostumbrado a partir piernas ajenas sin consecuencias? Pues hoy no es tu día de suerte.

Su sonrisa maquiavélica anuncia lo que está a punto de pasar. El puño de Edu impacta contra la nariz del chico que se acababa de poner en pie, y la sangre brota de ella como si fuese un río.

Le ha dado un único golpe, seco. Seguramente la rabia y la adrenalina han sido cómplices a la hora de que ese único golpe le haya partido la nariz con la facilidad que se parte un cartón.

Ambos son menores de edad. No va a ser más que una pelea entre chavales. Y una nariz rota que, con suerte, va a necesitar intervención quirúrgica. Me parece bastante poco teniendo en cuenta los meses de tortura que le esperan a Jimmy para recuperar esa pierna, si es que vuelve a moverla.

—Déjame pasar —dice Emma. Las lágrimas empiezan a brotar de sus ojos después de la distracción que ha sido el puñetazo de Edu, e intenta zafarse de mí con más fuerza—. ¡Joder! ¡Quítate y déjame pasar!

Me aparto hacia un lado y sé que ha visto a su hermano cuando veo su expresión de horror.

—Emma, por favor —insisto. Cede, y se deja guiar por mí.

—Os esperamos en el hospital —le digo a mi padre antes de alejarme con Emma agarrada por la cintura a paso ligero hasta el aparcamiento.

Y nos metemos en el coche, escuchando la sirena de la ambulancia.

Capítulo 24

Emma

Tengo la cabeza llena de ruido, pero no stoy escuchando nada.
Eric me tiene agarrada por el brazo y mis piernas se mueven por inercia en la dirección que él va marcando. Estoy buscando un lugar en mi mente en el que encontrarme a salvo, pero no lo hay. Está todo lleno de ruido. Voces. Es como si mi estabilidad mental fuese un castillo de naipes recién sacudido por un huracán.

No recuerdo dónde estamos. Ni qué estamos haciendo aquí. Pero algo no va bien.

Todo a mi alrededor se está moviendo a cámara rápida, y no consigo enfocar la vista para descubrir dónde estoy. No sé en qué dirección mirar, nada es estable. Hay ruido, mucho ruido, pero no viene de fuera. Los ruidos vienen de dentro. De mi cabeza. De fondo, escucho cómo un bombeo atronador y acelerado provoca que mi ansiedad vaya en aumento.

Sé que me duele algo, pero no sé el qué. Es como si estuviese anestesiada. Pero, aún así, me duele.

No soy dueña de ninguno de los movimientos que ejecuta mi cuerpo. Yo estoy dentro, sí, pero escondida.

De pronto, todo el movimiento visual se detiene. Mi cuerpo está sentado, y la imagen que ven mis ojos se vuelve estática. Un poco de tranquilidad se forma en mi cabeza al sentir que mi entorno no se está moviendo, que hay algo fijo. Los ruidos no cesan. Es más, cada vez son más ensordecedores. Es como si tratasen de equilibrar la sensación de serenidad que me ofrecen mis ojos, infringiendo más caos dentro de mi cabeza.

Mi mano desciende de forma involuntaria hasta mi pecho, y noto cómo se mueve de forma errática y descontrolada. Es aquí donde me duele. Sigo sin sentir el dolor, no siento nada, pero sé que es aquí.

El volumen está disminuyendo. Las voces, los ruidos, el caos. Es mucho más suave, pero sigue siendo molesto.

Y es ahora cuando lo escucho.

Una voz. Real. Ajena. Fuera de mí.

—Emma.

Es la voz de mi padre.

Capítulo 25

Emma

Apenas recordaba su rostro. Hace tanto tiempo que no tenemos ningún tipo de interacción, que hasta su voz me ha hecho dudar durante un instante.

Tiene el mismo pelo, solo que un color blanco tiñe una porción mucho mayor de él que la última vez que nos vimos. Unas finas líneas casi imperceptibles se abren paso en la comisura de sus labios, y en los contornos de sus ojos. Tiene la mirada cansada, como si no hubiese dormido. Como si algo le pesara y estuviese dejando una huella física en él.

—Emma… Voy a tener que llamar a tu madre.

Me encojo de hombros con resignación.

Sé que tiene que hacerlo. Él tiene las mismas ganas de esto que yo, pero no hay otra alternativa. Y es culpa mía.

—Vamos a decirle que es mi culpa, ¿vale? —continúa—. No intervengas en ningún momento. Diremos que yo le permití a Jimmy venir a sus espaldas. Al fin y al cabo, yo firmé el permiso parental. No quiero que digas que estabas con él todas estas semanas, con que se ensañe con uno de los dos es más que suficiente.

Quiero hablar, pero no tengo idea de qué debo decir. Mi padre y yo llevamos más de cuatro años sin vernos. No hemos tenido contacto de ningún tipo en todo este tiempo, y es por eso que me cuesta entender por qué querría cargar con la culpa de algo que he provocado yo.

—No tienes por qué hacer todo esto. Yo lo traje aquí. Yo envié a Amanda a un crucero lo más lejos posible para tenerla ocupada. Estamos así por mi culpa.

Puesto que mi madre es la que tiene la custodia de Jimmy —muy a mi pesar—, es su obligación avisarla de lo que ha pasado. Mi padre tan solo tiene fines de semana alternos y una tarde entre

semana que a mi madre le sobre de vez en cuando y necesite deshacerse de él.

Por horrible que suene, así es.

—Si tú cargas con la culpa de esto, nos prohibirá verlo a los dos. A mí por haberle firmado el permiso sin su consentimiento, y a ti por organizarlo todo y traerlo hasta aquí. Nos salpicará de igual manera a ambos. En cambio, si piensa que tú no tienes absolutamente nada que ver, uno de los dos podrá seguir viéndolo para asegurarse de que está bien. No voy a dejar que tu madre lo separe de los dos por completo.

Un escalofrío se expande por toda mi columna ante la aterradora idea de no poder hablar con Jimmy durante todo el tiempo que mi madre decida tenerlo apartado de nosotros. Su relación con mi padre es buena. Sé que hablan cuando no están juntos, y que se lo pasa genial siempre que le toca pasar el fin de semana con él. Si mi padre termina cargando con la culpa de esto, le prohibirá ver a Jimmy. Y eso conllevará que pase el resto de sus días durante al menos seis meses con mi madre.

—No te va a dejar volver a verlo hasta que cumpla los dieciocho. No estoy dispuesta a que tenga que vivir con ella durante seis meses sin poder comunicarse contigo, yo vivo muy lejos.

Siento cómo se me quiebra la voz al final de la frase. Puede parecer que estamos intentando arreglar algo que todavía no está roto, pero ambos conocemos a Amanda lo suficientemente bien como para saber con seguridad cada una de las decisiones que tomará cuando llegue y se encuentre con la situación.

Eric no ha dicho ni una sola palabra, pero por primera vez, noto cómo sus dedos se deslizan por mi cuello.

Ha estado ahí. Ha estado ahí todo este tiempo.

Y yo he llegado aquí de una pieza, conservando alguna diminuta gota de cordura, gracias a él.

—Vamos a decirle que he sido yo. Tú sabes tan bien como yo que es la única manera de que Jimmy esté bien. Necesita tener a un adulto cerca que pueda cuidar de él cuando ella pierda la cabeza —algo que todos sabemos, pasa muy a menudo—. Cuando llegue, le explicas que dejaste a Jimmy conmigo porque te surgió una urgencia

en el trabajo que no podías aplazar. Dile que yo decidí traerlo hasta aquí para que pudiese venir al torneo sabiendo perfectamente que ella le había castigado, pero que estaba a mi cargo.

—¿No podría eso joder los pocos derechos de custodia que tiene tu padre ahora mismo? —interviene Eric.

Niego con la cabeza y añado:

—Soy familiar mayor de edad y mi padre decidió dejar a Jimmy a mi cargo cuando le tocaba estar con él. No puede prohibírselo porque son sus días de "visita", y él toma las decisiones durante ese período de tiempo.

El motivo por el que sé todo esto es porque tuve que informarme con una abogada de familia para que Amanda no pudiese convertirse en una dictadora a la hora de visitar a Jimmy. Ella creyó que, al haber obtenido su custodia, era única y exclusivamente suyo, así que tuve que guardarme algo de información en la manga para contraatacar.

—Siempre que esté conmigo vas a poder hablar con él. Incluso puedes venir a verlo… si quieres.

Un nudo se acomoda en mi garganta. No hay nada que me gustara más en el mundo que haber mantenido una relación normal con mi padre todos estos años. Ni yo misma sé el motivo por el cual dejó de contestarme.

Simplemente, desapareció.

—¿Has hablado con algún médico?

—Necesita cirugía urgente.

Me introduzco las uñas en el pelo alborotado e intento mantener la calma, pero la culpabilidad está destrozándome por dentro.

Esto no habría pasado si no le hubiese traído, ¿verdad? Por supuesto que no. Tal vez mi madre tenga razón y Jimmy está mejor alejado de mí. Tal vez no le hago bien. Debería haber pensado como la mujer adulta que se supone que soy.

—Vamos a la cafetería a comer algo —insiste Eric.

—No tengo hambre —replico.

—Llevas sin comer nada desde esta mañana, Emma.

Se pone en pie con una seriedad que casi no soy capaz de reconocer, y me tiende su mano.

—Si me entero de algo te escribo —interrumpe mi padre—. Yo me quedo aquí.

—¿Tienes mi número?

¿Ha tenido los medios para hablar conmigo todo este tiempo y no lo ha hecho? Siempre di por hecho que el motivo por el cual había cesado el contacto conmigo, era dejadez. Tal vez había cambiado de número y había perdido el mío, y simplemente no se había molestado en recuperarlo.

O le avergonzaba la idea de tener que pedirle el número de su hija a otra persona.

—¿Has podido hablar conmigo todos estos años y simplemente no te ha dado la gana?

—Emma, esta conversación no…

—Por supuesto, no tiene sentido —interrumpo—. Sois tal para cual.

Camino en dirección opuesta en un intento desesperado por alejarme. No tengo ni idea de adónde quiero llegar. Tampoco sé si Eric está siguiéndome porque tengo los oídos tapados por la rabia que me inunda el cuerpo por completo.

Sí, es rabia.

Entro en el ascensor y presiono el número que lleva hasta la planta baja del hospital. Y cuando estoy fuera y el aire fresco me golpea en la cara, mis pensamientos se enfrían también. Algo bajo mi pecho revienta y se hace pedazos provocándome un intenso dolor que me quema bajo la piel. Las lágrimas empiezan a brotar de mis ojos de forma incontrolable, pero yo estoy completamente quieta. Mirando el movimiento que hacen los árboles al ser sacudidos por el viento violentamente, porque así es como me siento yo ahora.

Resulta que sí me habían roto el corazón. Y no necesariamente una relación de pareja lo había hecho. El dolor de un corazón roto me lo han enseñado mis padres.

Ellos lo han estado destrozando desde hace años.

Capítulo 26

Eric

Después de que la conversación con su padre le hiciese colapsar, Emma se quedó sentada en la escalera de la entrada principal del hospital. Decidí que era un momento en el que tal vez debía estar sola. Al fin y al cabo, no nos conocemos tanto, ¿verdad? Aun así llevo días con el móvil a punto de explotar por algo que siento que estoy haciendo por ella más que por mí mismo.

La situación tan problemática que existe con su madre la conozco, pero no termino de entender el conflicto con su padre. No me había hablado de él en ningún momento. Por alguna razón me siento con la necesidad de descubrir qué ocurre, e intentar aliviar la carga emocional por la que Emma está siendo avasallada. Pero tengo mis propios conflictos, y dejarlos apartados durante más tiempo no solucionará nada.

Y es la primera vez en mi vida que me enfrento a mis propias miserias.

Salgo del hospital por una puerta que conduce a una especie de patio interior. Es un hospital enorme, y hay varios edificios de especialidades que se conectan mediante este jardín. Me quito la gorra y las gafas de sol que llevan cubriendo mi rostro desde que llegamos aquí por la mañana, de todas formas, ya son más de las tres de la madrugada y este lugar está muy mal iluminado. Hay cuatro farolas a cada lado del camino cuya luz abarca lo mínimo para que el suelo sea visible, así que intento ponerme lejos de la zona iluminada. Reviso todas las notificaciones de mi móvil que, hasta este momento, ha estado apagado, y no hay nada que no esperase encontrar a simple vista.

Veintisiete llamadas perdidas de Charlie, dos de mi madre e incontables notificaciones de las redes sociales en las que difundí el vídeo hace ya más de cuarenta y ocho horas.

Una nueva llamada ocupa la pantalla.

—¿Qué quieres, capullo? —respondo con un tono relajado.

—La has liado parda, tío —contesta Tristán.

—¿No me digas? ¿Vas a contarme algo que no sepa o puedo seguir con mi vida? —bromeo.

—Quería saber que estás bien. Las revistas de deportes y la prensa de cotilleos están llena de noticias y conjeturas sobre lo que insinúas en el vídeo, ¿hay algo que quieras compartir conmigo?

Tristán no sabe los motivos reales por los que decidieron darme la patada. No siento vergüenza en absoluto por lo que hice, es más, si pudiese volver atrás, repetiría paso por paso cada impacto de mis nudillos contra los huesos de su nariz. En cierta manera, y por macabro que suene, aliviaba mi tensión de forma gradual escuchar el ruido de los huesos. Los únicos que conocen los verdaderos motivos por los cuales me encuentro en esta situación, son mis padres. No sé si lo entienden, o si piensan que soy un gilipollas sin cerebro que no sabe controlarse, porque decidimos que yo les contaría la verdad siempre y cuando el tema no volviese a salir nunca más. Tal vez soy un idiota con falta de autocontrol, pero esa noche no es el motivo. Lo soy porque decidí que la aceptación de un grupo de personas que no sabían nada sobre mí valía más que mi carrera.

La versión que Tristán conoce es la misma que llevo contándole a todo el mundo desde hace un par de meses, pero que nadie parece terminar de creer.

—No me fui yo, me echaron —confieso.

—¿Qué? Yo pensaba que…

—Siento haberte mentido, pero han pasado muchas cosas que no puedo explicarte ahora mismo. La semana que viene estaré de vuelta. Nos vemos el viernes y te lo cuento todo.

—Llámame si necesitas algo.

Puede que sea un error, y seguramente me arrepienta de haberlo hecho enseguida, pero decido abrir mis redes sociales para leer algunos comentarios. La opinión pública siempre me ha dado igual. Por eso no me importó que la gente se me echase encima hace años cuando decidí mudarme a Nueva York a pesar de tener

ofertas económicas mucho más interesantes en España o Francia. Yo sabía por qué lo hacía, lo demás me daba igual.

El año en que los hoteles de Tristán empezaron a verse seriamente en peligro económicamente, un incendio en la planta superior del hotel de San Francisco hizo que el grupo entero se tambalease. Los hoteles de una cadena tan lujosa y prestigiosa suelen alojar huéspedes importantes a menudo. Las reparaciones, la mala prensa por lo ocurrido y el hecho de que en la habitación en la que comenzó el incendio se hospedase un ministro del gobierno del país, estaban enterrando el trabajo de diez años de Tristán. Ese mismo año, unos meses después del incendio, sus padres murieron en un accidente de barco en la costa de Los Ángeles por negligencia de la compañía que no cumplía con las medidas necesarias en caso de evacuación, y se ahogaron. Somos amigos desde que yo me di la primera patada a un balón, no podía dejarlo solo en un momento así. Mi familia estaría bien. Mis padres estaban ocupados haciéndose cargo de Eli y, aunque me hubiese gustado pasar más tiempo con ella cuando era más pequeña, la vida de Tristán se estaba viniendo abajo por completo.

Acepté la oferta del equipo en Nueva York y nos mudamos a un ático con más metros cuadrados de los que necesitábamos. Hacíamos fiestas todos los fines de semana. La lámpara de pie del salón dejamos de sustituirla cuando ya íbamos por la quinta. Nos dimos cuenta de que era una pieza de mobiliario que nos estaba costando una fortuna —y alguna que otra brecha— porque alguien se caía encima de ella en todas las fiestas.

Invertí en sus hoteles por el mismo motivo por el cual me mudé a Nueva York; él también es mi familia. He de reconocer que a día de hoy es una de las inversiones más rentables que he hecho en mi vida. Conseguimos sacar a flote el negocio, a pesar de que el hotel de San Francisco nunca volvió a abrir sus puertas. Pudimos hacerlo, pero Tristán prefirió apartar ese lugar de nuestros caminos como si hubiese sido un fracaso al que no debíamos dedicarle tiempo. Ni dinero.

La pantalla del móvil brilla en la oscuridad de mi escondite. Me siento sobre el borde de piedra que delimita del camino, y

empiezo a leer comentarios en mi publicación.

Diez años siendo un niñato y ahora se inventa que le han echado por una pataleta.

No eres un jugador de fútbol, eres un crío y nunca te ganaste el puesto que tenías.

Algo habrás hecho tú para que te echen del equipo.

Abandona el equipo a mitad de temporada para irse de fiesta, y ahora quiere volver echándole la culpa a los demás de sus decisiones.

Y así me doy cuenta de que sigo en la puta casilla de salida.

Capítulo 27

Emma

Han sido las cuarenta y ocho horas más largas de mi vida, estoy segura.

Jimmy ya está en una habitación con la pierna recién operada, algo que indica que todo va a salir bien.

Por otro lado, mi madre aún no ha llegado. Ha tenido que venir por sus propios medios al hacerlo antes de tiempo, ya que el itinerario de vuelta que le organizamos no estaba programado hasta dentro de dos días, lo cual hace que su aparición sea tan inesperada como inminente.

Por el momento, mi padre está con Jimmy por la mañana, y yo me quedo por la noche —si es que llegamos hasta ese momento de una pieza.

—¿Cómo estás, cariño? —Tony se acerca corriendo con sus botas de vaquero combinadas con un pantalón vaquero pirata y una camiseta negra.

Las paredes del hospital son deprimentes a más no poder. La gente emana tristeza por las esquinas y la sensación de dolor se te clava en los huesos cuando pasas aquí unas horas.

—He tenido días mejores.

Se sienta junto a mí en la barra de la cafetería y observa el café solo al que no dejo de darle vueltas desde que me lo puso delante el camarero.

—A ti no te gusta el café solo.

—Intento compensar las tres horas de sueño en los últimos tres días de alguna forma.

La cuchara sigue creando un movimiento circular en el líquido de color oscuro, y mi mirada se queda perdida en ese movimiento.

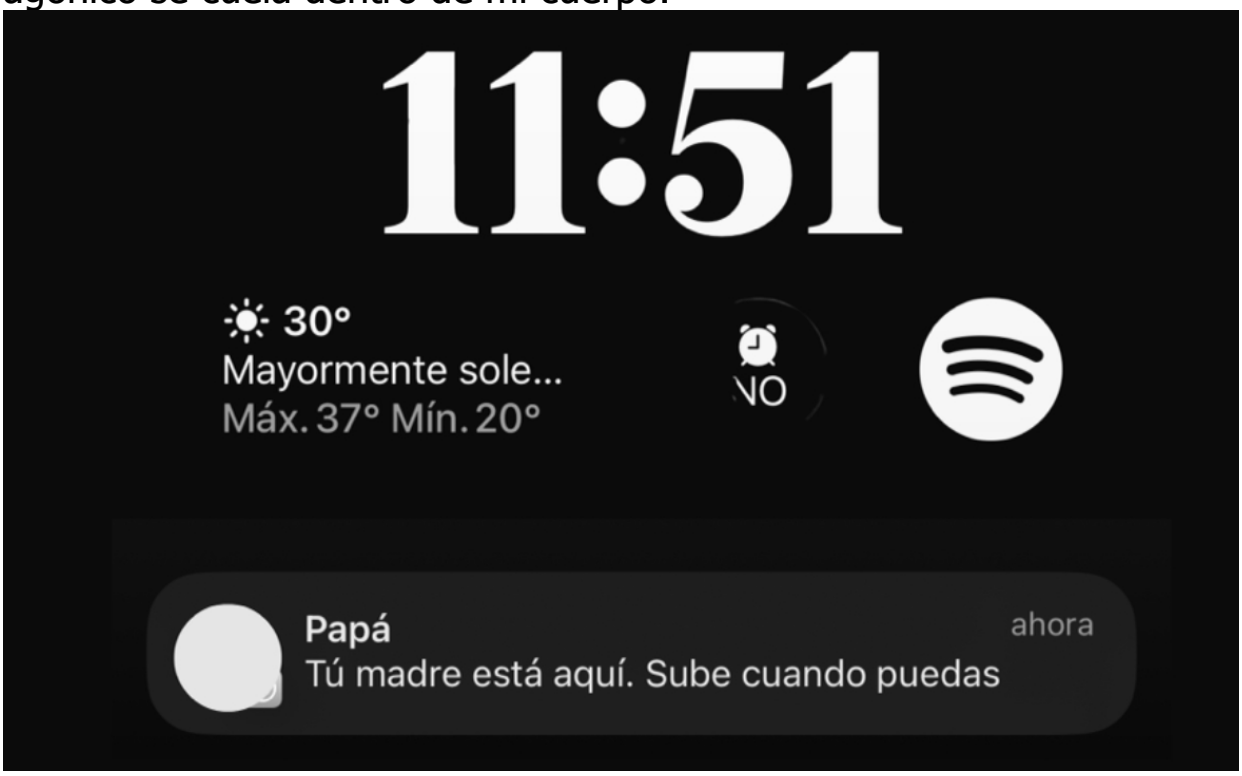
—Te he traído ropa limpia y el cargador del móvil.

Aún me queda batería. Llevo tres días sin apenas iluminar la pantalla. No me importa en absoluto nada de lo que esté pasando fuera de este hospital.

Todo lo que me importa está aquí dentro.

—¿Has comido algo hoy? —Niego con la cabeza y Tony suelta un bufido de desesperación—. Son las doce de la mañana, Emma, por favor te lo pido.

El móvil me vibra dentro del bolso, y un presentimiento casi agónico se cuela dentro de mi cuerpo.



Y en ese instante siento cada uno de los cristales de los que estaba formada mi estabilidad reventar en mil pedazos sobre mi cabeza.

Nunca voy a pedornarme lo que está a punto de pasar.

Y la única culpable, soy yo.



—¿Cómo se os ocurre desobedecer mis órdenes?

Los gritos se escuchan desde el interior del ascensor. Ahora es un momento en el que me habría encantado tener a Eric cerca. Cuando él está, siento cómo la seguridad en mí misma se multiplica al instante. Pero tampoco puedo tenerlo aquí encerrado lidiando con una situación que no tiene nada que ver con él.

Amanda está en el pasillo gritando e insultando sin control a mi padre llamando la atención de todos en la sala de espera. Los dedos de Tony se entrelazan con los míos y aprieta mi mano con fuerza.

—Sabía que eras un padre horrible, pero no pensé que fueses tan irresponsable como para desobedecer mis órdenes. ¿Tengo que recordarte que soy su madre? ¿No tuviste suficiente cuando pasó lo de Emma? ¿Tengo que prohibirte también hablar con Jimmy?

Las piezas en mi cabeza se unen de golpe y la realidad choca contra mí a tanta velocidad que la rabia se hace con el control de mi cuerpo.

¿Ese es el motivo por el que mi padre había desaparecido de mi vida sin motivo ni explicaciones? ¿Acaba de reconocer que utilizó algo en su contra para alejarlo de mí?

Suelto la mano de Tony y me acerco a ellos a paso ligero con la rabia desbordando cada poro de mi piel a medida que los segundos corren.

—¿Y qué clase de madre eres tú? Lo que eres es una desgracia, para todos nosotros. Pudres todo lo que tocas porque tienes el alma casi tan negra como la conciencia. Eres una persona horrible, y una madre aún peor.

Las palabras salen de lo más profundo de mí con rapidez. Sin pensar. Como si siempre hubiesen estado ahí. El tiempo empieza a correr mucho más lento a mi alrededor, y veo como al girarse en mi dirección tiene la cara completamente descompuesta. Su mano está elevada sobre mí, a pesar de que soy más alta que ella, y tengo claro que me va a dar una bofetada, cuando la mano de mi padre agarra su muñeca y para el movimiento sin apenas esfuerzo.

—Ni se te ocurra tocarla, Amanda —ordena.

Se zafa de su agarre y se gira con rapidez para darle una bofetada a él.

—No sé quién de los dos es responsable de todo esto, pero me da igual. Os quiero a los dos fuera del hospital de inmediato si no queréis que llame a la policía para que os saquen de aquí. Sobra decir que no podéis acercaros a Jimmy de ninguna manera hasta que a mí me dé la gana. Largo de aquí. Los dos.

—No puedes hacer eso. No puedes prohibirnos verlo a los dos.

Una sonrisa maquiavélica se dibuja en su rostro, y un escalofrío me recorre el cuerpo de pies a cabeza.

—Te lo avisé, niñata. Te dije que el control lo tenía yo. Que aquí mando yo. No vas a volver a ver a tu hermano hasta que viva bajo un techo que no sea el mío. No vas a poder hablar con él y tampoco podrás saber absolutamente nada de lo que pase en su vida durante los próximos meses, todo por tu culpa. Tu soberbia y tu necesidad de creer que realmente podías ganarme, te van a costar muy caras.

Una lágrima resbala por mi mejilla, y su fría mano se desliza por mi mejilla hasta secarla. No es pena, es rabia. No estoy triste, estoy harta. Harta de que se salga con la suya a pesar de haber

convertido mi vida y la de todos nosotros en un infierno, y aún así, vaya a ganar ella.

—Vámonos —susurra mi padre mientras me agarra de la mano.

—Papá… —suplico.

—Te juro que lo voy a arreglar. Confía en mí.



El sonido del reloj del salón me está martilleando el cerebro. Los segundos pasan, y cada vez que la aguja se mueve anunciando el paso del tiempo, más presión siento dentro del pecho.

He venido las más de cuatro horas de coche dormida. Como si mi cuerpo se hubiese cansado de luchar con mi cabeza y hubiese decidido rendirse ante el cansancio físico.

La casa de mi padre está en un buen barrio en el centro de Madrid; porque en esta familia ha faltado siempre de todo, menos dinero. Las puertas de la terraza están abiertas de par en par, y las cortinas blancas se mueven con delicadeza al son del aire. El sofá es cómodo, pero el cuero de color negro se me pega a las piernas y no me permite moverme con facilidad hacia un lado cuando mi padre llega con una bandeja llena de comida que me cierra el estómago de golpe.

—Necesito que me lo expliques —exijo.

—Antes hay otras cosas que solucionar, Emma.

—No —niego rotundamente—. Estoy harta de las mentiras, de no tener una familia. Quiero que me expliques por qué te ha dicho eso cuando creía que no estaba escuchándola.

Mi padre se revuelve el pelo canoso con los dedos y me agarra la mano.

—No hay cosa en el mundo que yo quiera más que a ti, y creo que te debo una disculpa. Por no habértelo demostrado, y por haberte mentido durante tanto tiempo, pero espero que entiendas los motivos por los que lo hice.

Un nudo me encoge el pecho y mis ojos se empapan de lágrimas sin derramar, y aún no ha empezado a hablar.

—Te quiero como no quiero a nadie en el mundo, aunque te cueste creerlo. Tu madre… siempre tuvo una obsesión muy insana contigo, desde que naciste. Nunca creí que fuese a llegar a los límites que alcanzó durante tu adolescencia, pero entonces empezaste a desarrollar problemas con la comida y supe que ella era la culpable. Yo también lo fui, por no hacer nada, tendría que haber intervenido mucho antes. El problema fue que Jimmy ya estaba aquí, y era muy pequeño. Tu madre me engañó con otro hombre cuando tú eras muy pequeña. Ella creyó que estaba enamorado de ella, pero era un chico más joven, y a los pocos meses de quedarse embarazada de Jimmy, él se fue con otra. La pareja de este chico era como tú; joven, guapa y con los mismos ojos. El desprecio de tu madre contigo incrementó de forma rápida después de aquello, pero Jimmy era un bebé. Me quedé con ella a pesar de todo para asegurarme de que vosotros estabais bien. Si me separaba de ella, no me permitiría de ninguna forma estar con vosotros, y no podía dejarla sola contigo. El hecho de que yo estuviese presente y fuese testigo de todo lo que te hacía y decía, aunque cueste creerlo, la frenaba en muchas ocasiones.

Suspiro como si de mi cuerpo estuviesen saliendo años de angustia y soledad que me pesaban en la espalda, y las lágrimas se desbordan de mis ojos.

—Siempre supe que con Jimmy no sería como era contigo. Él no le presta la atención suficiente como para que le dedique el tiempo que te dedicaba a ti. Tú eras mucho más atenta, te importaba más que a él tener su aprobación, así que te destrozó cuanto pudo

porque le recordabas a la persona que le había robado su oportunidad de volver a ser joven. Por eso, cuando tú te fuiste de casa y tuviste la independencia suficiente para vivir por tu cuenta, me separé de ella. El único motivo por el que me quedé a su lado tantos años fue por protegerte a ti. Soportarla no era nada comparado con la incertidumbre de no saber cómo estabas. Cuando me fui de casa intenté seguir en contacto con Jimmy cuanto pude, pero me amenazó: dijo que, si seguía en contacto contigo, no me permitiría ver a Jimmy ni hablar con él.

—No tiene derecho a hacer eso —digo entre sollozos.

—Sí que lo tiene. El padre biológico de Jimmy no soy yo, Em. El padre de Jimmy es el hombre que te he dicho que salió corriendo cuando se enteró de que estaba embarazada. Tú ya tenías tu vida, tu trabajo, tu casa. Jimmy todavía necesitaba a alguien que se asegurase de que estaba bien, así que acepté. Me permitía las visitas de los fines de semana a cambio de no tener ningún tipo de contacto contigo, y si me ponía en contacto contigo, haría una prueba de paternidad a Jimmy para invalidar las visitas ya que no soy su padre.

—Joder, ¿por qué haría eso? —consigo decir con dificultad entre sollozos ahogados.

—Porque te quería aislar. Que creyeses que ella era la única familia a la que podías recurrir, y así, de alguna forma, poderte seguir controlando incluso estando lejos. Yo siempre estuve pendiente de ti, Emma. Tal vez no físicamente cerca, pero he visto cada desfile, cada campaña publicitaria, cada revista en la que has salido está en esta casa.

Me lanzo a sus brazos con las lágrimas inundando cada rincón de mi cara. Lo abrazo con tanta fuerza que me duelen los brazos, y entierro mi cara en su pecho.

—Eres una mujer preciosa, fuerte y valiente. Yo siempre he estado orgulloso de ti. Te quiero con todo mi corazón, y no hay cosa de la que me arrepienta más que de no haber luchado más en el pasado con ella por vosotros. Yo tampoco soy un ejemplo, pero os adoro a los dos.

—Prométemelo —ruego.

—Te lo prometo, princesa.

Los dos sabemos a la perfección la promesa que está haciendo.

Y en mi pecho se llena un agujero que creía que estaría vacío

para siempre.

PARTE II:
NUEVA YORK

Capítulo 28

Emma

El aire caliente me golpea con fuerza tan pronto como pongo un pie en la calle. Nueva York en verano es la pesadilla de cualquier persona que odia las temperaturas extremas, como es mi caso. En las calles, el calor se mezcla con la humedad insoportable de la isla de Manhattan. En el interior de los edificios intentan combatir las elevadas temperaturas de la peor manera: con el aire acondicionado a una temperatura que hiela los huesos.

Tan pronto como siento la presencia de Tony detrás de mí, me meto en el todoterreno de color negro que nos espera mal estacionado a escasos metros de la puerta.

Todo ha vuelto a ser como antes: humo saliendo de las alcantarillas de la ciudad, el olor a carne en cada rincón, el ruido de un lugar que no sabe estar en silencio.

Apenas llevo dos semanas de vuelta a mi rutina. El volumen de trabajo que he acumulado en menos de un mes es abrumador y hasta el momento no he conseguido ponerme al día.

He vuelto a trabajar más de quince horas al día, a tener gente pegada a mí en todo momento… y nunca antes me había sentido tan fuera de lugar.

Solía pensar que mi rutina, por insoportable y exageradamente agitada que pareciese, era mi lugar seguro. Es lo que llevo años haciendo y, a pesar de todo a lo que he tenido que enfrentarme, saber que estaba haciendo algo que solía hacer a diario me daba seguridad. Ahora me siento como un animal perdido en una nube de gente que me mueve de un lado para otro sin parar de hablar de cosas que no estoy escuchando.

—¿Cómo te sientes? Yo creo que ha ido genial. Te adora y confía plenamente en ti —relata Tony nada más entrar en el coche.

Me encojo de hombros y saco una botella de agua mojada por la condensación. Es cierto que el primer encuentro con la

persona que me ha puesto al frente del desfile de Swan este año ha sido espectacular. Es una mujer joven, respetuosa y con mucho talento. Algunos de los nuevos diseños colgaban en forma de boceto por las paredes de la sala donde hemos estado hablando durante al menos una hora. Ha sido como una conversación con una amiga, más que una reunión de trabajo.

—Bastien me ha llamado cuando estabas dentro con Lauren. Tenemos que ir a probarte el vestido al taller, por si hay que hacer algún cambio.

No respondo. Decir que quiero estar en mi casa, sola, con un programa basura en la tele y un vaso de agua con gas no va a convertirlo en realidad. La gala es en menos de una semana, y llevamos desde que llegué trabajando sin parar en el *look.*

Después de probar infinidad de recogidos he llegado a la conclusión de que no me gusta ninguno. No hay peinado que me haya conquistado hasta ahora, y ese día no puedo fallar. Es mi oportunidad de redimirme con Swan después de lo que pasó en el último desfile y darles las gracias por confiar ciegamente en mí una segunda vez.

Necesito que todo sea completamente perfecto.

Tiene que ser perfecto.

—¿Has intentado llamar hoy?

—Tres veces en lo que va de mañana —responde con un tono de voz que anuncia la respuesta antes de que pueda hacerlo él—. No responde nadie, amor.

Cada vez que hago esa pregunta y la respuesta es la misma, el corazón me da un vuelco. Por mucho que mi cabeza intente prepararme para el resultado que nos dan las llamadas, mi corazón se empeña en aferrarse a la idea de que, tal vez, y con suerte, algún día haya una respuesta.

Llamo a Jimmy a diario, al menos cinco veces al día. También intento hacerlo al teléfono de casa y al de Amanda, pero nunca contesta nadie. Ni siquiera ella para hacer la tortura un poco más agónica.

A mi padre también lleva más de dos semanas sin cogerle el teléfono.

—Estoy seguro de que está bien, Em.

—Lo dejamos con esa zorra en un hospital con la pierna rota. Nadie va a convencerme de que está bien.

La tristeza inunda mi pecho una vez más. Es una sensación que lleva viviendo conmigo desde que bajé del avión en Nueva York, y me di de golpe con la realidad de tener que comportarme como una persona adulta a la que acababan de destrozar en mil pedazos, pero que debía seguir con sus compromisos laborales como si no hubiese ocurrido nada.

—¿Sabes algo de Eric?

Llevo dos semanas sin saber nada de él. Le dejé un mensaje el día en que debía coger el avión para volver a Nueva York, pero nunca respondió. No le he vuelto a escribir desde entonces, pero él podría haberlo hecho. No me debe nada, al igual que yo no se lo debo a él, pero en algún rincón de mi estúpida cabeza se atrincheró la idea de que tal vez volveríamos a vernos cuando la burbuja explotase. Cuando cada uno hubiese tenido que volver a su mundo.

—Nada. No volvió a dar información en redes sociales de nada de lo que insinuaba en el vídeo. No hay fotos de prensa de él en ninguna parte, y tampoco se sabe si sigue en España o ha vuelto aquí.

Al fin y al cabo, él también vive —o al menos hasta hace poco — en Nueva York. No es que tenga la esperanza de encontrarme con él casualmente en un supermercado o en un cruce por la calle.

Ni si quiera sé por qué querría saber dónde está.

No es asunto mío.

—¿Lista?

—Siempre —sonrío.

Le debo a Tony un poco de alegría, y mi último objetivo es complicar su trabajo más de la cuenta. Ha soportado mis peores tormentas. Lleva dos semanas lidiando con mi yo depresivo y sin emociones que se arrastra por las esquinas por obligación, siempre con una sonrisa en la cara.

El taller es un absoluto caos. Hay rollos de tela tirados en cada rincón de la habitación, patrones de papel rotos, cajas llenas de elementos de costura. Algunos de los trabajos de Bastien cuelgan

del techo de madera en maniquíes suspendidos en el aire, otros están en el suelo, no de pie, si no literalmente tirados en el suelo.

—Tu vestido está aquí atrás, Emma —dice Bastien desde la pared al fondo de la habitación sobre la que veo un vestido blanco enorme colgado del techo—. Llegó ayer. No sabía que la propia marca Swan te iba a diseñar el vestido en exclusiva para la gala, pensé que solo diseñaban prendas de lencería.

Frunzo el ceño. Hasta hace dos segundos no pensaba que nadie fuese a vestirme para la gala, pensé que yo misma tendría que seleccionar el vestido de alguna marca y mandarle a Bastien las modificaciones necesarias para ajustarlo a la temática. De todas formas, es la primera vez que me invitan a un evento tan grande y exclusivo, así que estoy un poco perdida.

—¡Me encanta! —grita Tony—. Qué preciosidad, te va a quedar perfecto.

—¿Cómo sabían mis medidas?

—Me llamaron hace bastante tiempo para pedírmelas. Me olvidé por completo de decíroslo. Pensé que tendría algo que ver con el desfile de otoño, no con la gala de la semana que viene.

Me acerco con precaución para no pisar nada de lo que Bastien ha convertido en un campo de minas con objetos de costura hasta llegar a la pared de colores. El vestido no puede ser más acorde a la temática, y es precioso. La parte superior es un corsé de color blanco aparentemente rígido, con el escote formando dos salientes a los lados. La parte inferior es una voluminosa falda larga repleta de plumas blancas y una apertura lateral en la pierna izquierda.

—Jo-der —digo casi hipnotizada.

—¡Póntelo ya! Necesito ver esa preciosidad.

—Vale, colócate aquí y quítate la ropa. Puedes tirarla sobre la mesa blanca donde están los papeles —indica Bastien.

Me subo a la superficie redonda de madera que me eleva unos centímetros del suelo, y hago lo que me dice.

—El corsé es muy estrecho, así que puede que no te suba de las caderas. Voy a ponértelo desde arriba. Sube los brazos —obedezco—. Tony, necesito ayuda —ordena en un tono altivo.

—Se dice "por favor" —corrige Tony pacientemente.

—Sí, sí. Lo que sea.

Entre los dos introducen el vestido por mi cabeza con cuidado y las plumas caen sobre mis piernas de forma casi poética. El espejo más cercano está frente a mí, a varios metros de distancia, pero logro verme con la claridad suficiente para enamorarme del vestido al instante.

—*Putain!* —grita Bastien desesperado cuando siento un dolor insoportable en el cuerpo, que de pronto, se libera de golpe—. Lo sabía.

—Joder, ¿se puede saber qué te pasa? Me has asustado —interviene Tony.

—No le abrocha el corsé. Te dije que habías cogido mucho peso, has subido una talla.

Una bandada de pájaros se mueve dentro de mi cabeza a toda velocidad provocando el caos más absoluto, y me giro para no verme más en el espejo.

—Tienes que ponerte a dieta estricta los próximos días y no estoy seguro de que aun así te dé tiempo a que esto abroche de forma que no parezcas un salchichón.

—Basta, cállate de una vez —dice Tony subiendo el tono.

Me empieza a doler el pecho, y se me humedecen los ojos. Pero me niego a llorar. Miro al techo y respiro hondo hasta que las lágrimas sin derramar se secan, y escucho la voz de Tony diciendo mi nombre.

—Emma, ¿te parece bien que metamos una faja reductora por debajo a ver si conseguimos que cierre?

—¿Estás loco? Lo vais a romper —interviene Bastien.

—No le aprieta tanto, seguro que con una faja que haga presión abrocha sin problema.

—¿Ahora eres estilista? Céntrate en tu trabajo, el cual debería incluir asegurarte de que no engorda tanto como para cargarse todo su vestuario.

—Una palabra más y te devuelvo a Francia volando de un guantazo ¿lo has entendido?, *ou je dois te le répéter en français?*

Bastien sale de la habitación hablando en francés muy cabreado, y una chica pequeña con el pelo negro cortado a la altura de las clavículas entra corriendo.

—¿Qué ha pasado?

—Que Bastien es un gilipollas y me estoy hartando de él.

Ella suspira aliviada y se acerca a nosotros.

—Es muy… —duda por unos segundos qué palabras utilizar, al fin y al cabo, ella es solo la asistente —, tiene mucho temperamento —dice con un fuerte acento francés.

—Puede meterse su temperamento por el agujero del culo.

La chica ríe de forma tímida y da una vuelta alrededor de la plataforma sobre la que sigo luciendo el vestido que no me abrocha. Está observándome como si algo en su cerebro estuviese siendo analizado al milímetro. Se empuja las gafas sobre el puente de la nariz cuando empezaban a resbalarse debido a la finura de esta.

—Con una faja te entra seguro, la cosa es que tú estés cómoda. ¿Tienes que llevarlo durante muchas horas?

—No estoy segura —contesto.

—¿Cómo está vuestra agenda hoy? —pregunta ella girándose hacia Tony.

—No tenemos nada más, por extraño que suene. Pensaba llevarte a casa y llamar a Benny y Laila para seguir haciendo pruebas de peinado y maquillaje.

—¡Genial! —exclama la chica—. Llámales para que vengan aquí y lo hagan en el taller. De esa forma te tengo vestida unas cuantas horas y comprobamos cómo te sientes con el vestido y la faja puestos después de un rato. Lo último que queremos es que estés incómoda o te encuentres mal.

Asiento con la serenidad de vuelta en mi cabeza.

Tiene un tono de voz muy suave. Escucharla se vuelve casi relajante. Sus expresiones son tranquilas, habla despacio y sus palabras me han reconfortado en minutos. Desde el fracaso en el desfile he tenido muchos problemas a la hora de venir al taller a las pruebas de vestuario. Siempre que tengo una prueba en la agenda, el día se desarrolla de forma agónica hasta que llega el momento de la prueba, porque es lo que más odio hacer. Cada vez que me

pruebo una prenda con la que jamás me he visto antes, siento que nada me queda bien y tengo la urgencia de vestirme con cosas que me dan seguridad. Cosas que ya me había puesto antes.

Desde que ella ha entrado por la puerta, no me he sentido así.

—Voy a poner un poco de música si os parece bien y sigo trabajando por aquí cerca por si necesitáis algo. Emma, si en cualquier momento te sientes incómoda no esperes a que te duela, la sacamos y lo arreglamos de otra forma.

Tony me mira por el rabillo del ojo, y sé al instante lo que está pensando. Nunca le ha agradado Bastien. Siempre ha dicho que es un prepotente y que no debería permitirle que me hable así en muchas ocasiones. Yo lo contraté por su trabajo, no por su actitud, pero he de reconocer que en muchas ocasiones me ha hecho sentir realmente mal con algunos comentarios.

Como hoy.

—Emma —añade la muchacha—. ¿Te parece bien que te tome medidas nuevas para meterlas en el archivo para cuando nos pidan tus datos para el desfile de otoño?

—¿Cómo sabes tú todo eso? —interviene Tony.

—Llevo la agenda de Bastien. Vosotros ocupáis la mayor parte, así que yo le gestiono el tiempo para cuadrarlo con vosotros siempre.

—Voy a perder peso —interrumpo—. Voy a volver a mi peso y las medidas van a seguir siendo las mismas.

—Si es lo que quieres, adelante. No creo que sea necesario, tu cuerpo no ha cambiado demasiado; simplemente la talla antigua ahora te aprieta un poco y no te hace sentir cómoda, es el único motivo por el que sugiero tomar medidas nuevas. La ropa debe ajustarse a ti, no al revés. Tú no eres el complemento.

—¿Cómo te llamas? —pregunta Tony muy entusiasmado.

—Charlotte —sonríe.

—Encantado, cariño. Yo soy Anthony, pero puedes llamarme Tony —dice en un intento por presentarse de forma más oficial—. Cuando vuelva el estúpido de Bastien puedes decirle que borre de su agenda cualquier otro trabajo que tenga programado con nosotros

porque no vamos a volver a contar con él nunca más. Si quieres ser tú la encargada del vestuario de Emma a partir de mañana, estaremos encantados de que así sea.

Charlotte se sonroja y me mira con una sonrisa de incredulidad que me hace sonreír a mí también. Es una persona que rezuma alegría y luz.

Puede que Anthony se haya dado cuenta que necesito algo así en el equipo, por muy profesional que sea Bastien.

Capítulo 29

Emma

Me desplomo sobre el blando colchón de mi habitación y me quito los zapatos de tacón dejándolos caer sobre el suelo, sin prestarles ni pizca de atención.

El aire caliente entra por la ventana, pero no siento la necesidad de cerrarla y encender el aire acondicionado.

Huele a violetas. Es mi olor favorito. Y mi sabor favorito. Mi perfume es de violetas. Y mi helado favorito, el cual solo encuentro en una heladería artesanal de Nueva Jersey, también es de violetas. Para no alterar el patrón, el fregasuelos de mi casa, es con esencia de violetas.

Anthony debe de haberse encargado de que alguien limpiase mi casa mientras trabajábamos, porque todavía se puede percibir el olor de los productos de limpieza.

Aún no son las cinco de la tarde y ya estoy en casa. Estoy tan acostumbrada a tener que correr de un sitio a otro sin parar, que se me hace raro no tener obligaciones a esta hora de la tarde. Mañana no empezamos hasta las nueve: sesión de tratamientos faciales rutinaria del mes, y sesión de gimnasio por la tarde con un preparador físico que ha trabajado con otras modelos de Swan en el pasado.

Aún no estoy segura de cómo me siento con respecto a mi cuerpo. He subido de talla, eso es un hecho que no puedo cambiar de forma inmediata. El problema principal no es que me vea mal, es más, tengo más energía que antes y me siento mucho más fuerte. El miedo que realmente siento es tener que cambiar mis medidas para las marcas. El desfile de Swan se empieza a preparar en muy poco tiempo. En menos de un mes tendré programadas pruebas de vestuario para probarme la lencería, y no quiero enfrentarme a la situación de verme obligada a abandonar el desfile por el simple

hecho de que las prendas que me hayan preparado ya no me valgan.

Joder, ya me duele la cabeza.

Para de pensar, Emma.

Es la primera tarde libre que tengo en mucho tiempo, y me niego a estropearla dándole más protagonismo a mis inseguridades. Desbloqueo el móvil y deslizo sin prestar atención a ninguna de las fotos que me aparecen de personas a las que hace años que no veo.

Aún me duelen la espalda y la cintura. Lo del corsé no ha sido una buena idea. El vestido me ha entrado, y he podido tenerlo puesto cuatro horas en posturas distintas sin romperlo, pero al quitármelo mi cuerpo estaba cubierto de rojeces y marcas causadas por la presión que ejercía el material rígido sobre mi piel.

Sigo deslizando con desinterés, mientras estiro mi cuerpo dolorido, por las diferentes redes sociales. Una llamada repentina ocupa la pantalla por completo.

—¿Hola?

Un silencio sepulcral ocupa la línea durante varios segundos. Puedo oír la pesada respiración de alguien al otro lado, pero el silencio sigue siendo absoluto. Un escalofrío me recorre el cuerpo, y tengo un presentimiento muy extraño. No consigo descifrar si se trata de algo bueno, o de algo malo. Decido terminar la llamada, y apenas una décima de segundo más tarde, suena el timbre de mi casa.

No tengo ni la menor idea de quién se trata. No estoy esperando a nadie. De hecho, a esta hora de la tarde no suelo estar en casa nunca. Si no estoy trabajando, estoy en el gimnasio, o en clase de pilates.

El edificio tiene un sistema de seguridad muy prestigioso, y prácticamente es imposible entrar si no estás en la lista de visitantes aprobados del portero. En esa lista, por mi parte, solamente están Tony y cualquier persona acompañada por él, (para los días que trae al equipo a prepararme a casa) y Melody.

Nadie más figura en la lista.

Me acerco a la puerta a paso lento, como intentando retrasar el momento de averiguar quién está al otro lado.

Emma déjate de chorradas, parece que estás en una maldita película de terror.

Intento mirar a través de la mirilla, pero el descansillo debe de estar a oscuras, porque no consigo ver nada.

Y abro la puerta.

—Entiendo que llevo varios días sin dar señales de vida, pero no es la cara que me esperaba.

Es Eric.

Sus ojos oscuros son todo lo que alcanzo a ver. Tan pronto como los he visto, no he podido pasar de ahí. Me he quedado petrificada, observándolo como un animal perdido al ver a su dueño.

Algo me grita que debo lanzarme a su cuello con la emoción que realmente me está recorriendo las venas, pero más arriba, mi cerebro me tiene atada para que no lo haga.

Podría haber escrito. No le costaba nada mandar un mensaje si estaba ocupado. Si no lo ha hecho en todo este tiempo, es porque no ha querido hacerlo.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo sabes dónde vivo? ¿Y cómo has conseguido subir hasta aquí arriba?

—Las preguntas de una en una, Barbie. Tengo una noticia buena y una mala para ti.

Se apoya contra el marco de la puerta.

El corazón me va a mil por hora.

¿Cómo puede ser un arrogante de mierda y aún así conseguir que me duela el pecho cada vez que abre la boca?

—La mala es, que debes haberme echado muchísimo de menos. Al menos yo lo he hecho. —Arquea una ceja, como si no entendiese por qué todavía me muestro apática con él—. ¿Pensabas que te habías librado de mí por haber estado unos pocos días ocupado?

—Once días —es todo lo que consigo decir.

Sonríe, y los hoyuelos que llevo casi dos semanas sin ver vuelven a estar ahí.

—Yo también creí que llevaría menos tiempo. La justicia es mucho más lenta de lo que imaginaba.

—¿De qué hablas?

—Esa es la buena noticia, Emma.

Pone un pie dentro de mi casa, y antes de que consiga avanzar un paso más, exploto:

—Si lo que te apetece es echar un polvo, estás en el sitio equivocado —advierto—. Haberlo pensado antes de desaparecer durante semanas para vete tú a saber qué.

—Joder, no es eso.

Retrocede a toda prisa para dejar pasar a mi padre.

Mierda.

En mi defensa diré, que no lo había visto.

Detrás de él se mueve una figura vestida de negro. Está intentando esconderse, pero con el tamaño que tiene le está resultando imposible.

—Joder, papá. Si no paras de moverte esto no funciona.

Su voz.

El pecho me da un vuelco. Agradezco no haber comido nada aún, porque la comida estaría dando vueltas en mi estómago como una lavadora. Los oídos se me cierran. Sé que Eric está hablando, pero no escucho nada de lo que dice.

Mi padre se aparta lentamente, y la persona que estaba detrás abre sus brazos con una sonrisa deslumbrante en los labios.

Y yo me lanzo a abrazarlo con los ojos sumergidos en mis propias lágrimas.

—Jim… —digo con la voz rota.

—Te he echado mucho de menos, Em. Pero acuérdate que todavía tengo una pierna y media.

Bajo la vista un segundo y veo la enorme escayola cubriéndole la pierna y dos muletas apoyadas al lado de mi puerta.

Puede que antes no nos viésemos a menudo, pero hablábamos todos los días. Algunos hasta dos veces. Estas dos semanas sin saber nada de él han sido la experiencia más cercana al infierno en la tierra que estoy segura jamás voy a poder experimentar.

Me cuesta separarme de él, pero logro recuperar la postura. Me limpio las lágrimas de los ojos, y les hago un gesto a los tres para que entren.

Nunca antes había tenido tantas ganas de quedarme en casa como hoy.

Eric

Diez días atrás

Conocer al padre de Emma de forma tan espontánea como temprana no entraba en mis planes.

Sé que está destrozada. No hay nada en el mundo que desee más ahora mismo que poder consolarla. Pero eso no es suficiente. Prefiero eliminar de raíz en motivo de su dolor que simplemente silenciarlo. Por eso estoy a las nueve de la noche en el salón de Benjamín, con el mejor abogado que conozco en la pantalla del ordenador.

—Como ya os he dicho, la única solución es algo realmente fuera de los límites. Para que sea efectivo e instantáneo, debe de haber testigos o pruebas de algún tipo.

La voz del abogado resuena en eco en mi cabeza. Intento buscar en lo más recóndito de mi cerebro para encontrar algo, pero no hay nada. Emma y yo nos conocimos hace muy poco. Hemos compartido alguna que otra conversación íntima, y hasta he presenciado varias escenas de su madre por teléfono, pero no es suficiente. No tengo nada de información que pueda ayudar a esclarecer esta situación.

Mi padre de vez en cuando me habla de los entrenamientos. Lleva haciéndose cargo del equipo más de seis años, y los conoce a ellos más que a mí. Pero nunca me ha contado información personal de ninguno de los chicos.

Lo cual no quiere decir que no la tenga.

—Joder, claro —susurro.

—¿Ocurre algo señor La Fuente? —contesta Frank.

—Franklin, llevas más de cinco años sacándome de todo tipo de problemas. Creo que ya puedes llamarme Eric.

Benjamín se ríe a mi derecha y yo no puedo evitar hacer lo mismo.

No dudé ni por un momento en ponerme en contacto con él tan pronto como una enfermera me contó la escenita en el hospital. Me alegra mucho saber que Emma y él han conseguido hablar, y

todo eran de nuevo manipulaciones de su madre. Ahora me tiene a mí, y lo tiene a él.

Y muy pronto volverá a tener a su hermano también.

—Frank, déjame hablar con alguien mañana y te vuelvo a llamar con un poco más de información. Y con suerte, algún testigo.

Asiente y la cámara se apaga de inmediato, dejando la pantalla del ordenador en negro.

—Mi padre lleva entrenando a su hijo varios años, tal vez puedo hablar con él y con suerte me dé algo con lo que sea más fácil trabajar.

Benjamín es un hombre alto y muy corpulento. Prácticamente del mismo tamaño que yo. Tiene el pelo muy canoso, y a pesar de tener arrugas debido a su edad, es un hombre muy atractivo.

—Eres un buen chico, Emma tiene mucha suerte.

—Yo soy el que tiene suerte, créame. Puede que no haya sido todo lo bueno que debía durante mucho tiempo, pero le prometo que estoy intentando ser alguien que merezca estar con ella.

—Llevo años sufriendo que mi exmujer me difame de forma permanente ante mis hijos por cualquier cosa que hago. Sé reconocer a una buena persona cuando la veo, no me importa la opinión de los demás.

Me pongo en pie y le estrecho la mano antes de dirigirme a la puerta. Ya son casi las diez de la noche y mañana debo tener algo nuevo tan pronto como sea posible para hacer que esto avance más deprisa.

A estas alturas debería haber vuelto a Nueva York.

Llevo varios días recibiendo incontables llamadas de Charlie, de antiguos compañeros del equipo, medios de comunicación… y no he respondido a ninguna. Realmente considero que, ahora mismo, esto es la prioridad.

Cada segundo que pasa y Emma no es capaz de asegurarse de cómo está su hermano, la hace pedazos un poco más. No necesito que ella me lo diga para saberlo.

Yo mismo dudo profundamente de las habilidades maternales de Amanda para cuidar de un adolescente con la pierna rota al que tiene aislado del mundo por puro egoísmo.

—Me ha encantado conocerle, Benjamín. Mañana le llamo.

—Por favor, llámame Ben. Y no me hables de usted, me haces sentir un anciano.

Sonrío, y abandono el apartamento.



—¿Cómo que no sabes nada? —pregunto con desesperación —. Llevas años compartiendo cuatro días a la semana con ellos, sin contar los torneos de tres semanas en verano. Tienes que haber visto u oído algo en algún momento.

Me paso los dedos entre el pelo alborotado. Cada segundo que pierdo hace que me desespere un poco más. Han pasado varios días desde que decidí convertirme en la pesadilla personal de Amanda, y no he conseguido ni acercarme a mi objetivo.

Inicialmente, la intención era demostrar alguna de las incontables negligencias maternales que ha cometido con sus hijos a lo largo de toda su vida, pero nadie parece saber absolutamente nada. Todo ocurre dentro de su casa. Jamás nadie la ha visto en público hablar mal a ninguno de sus hijos, ni si quiera regañarlos cuando eran más pequeños. Con Jimmy, es simplemente una madre ausente. Lo ignora, no hace absolutamente nada y su bienestar le da completamente igual. Y, al parecer, eso no basta para quitarle su custodia de forma tajante.

Por eso me he visto obligado a indagar más. Siempre he sabido que, con los contactos adecuados, y una cantidad de dinero generosa, se puede conseguir cualquier cosa.

Benjamín me contó la historia completa: la infidelidad, la identidad del padre biológico de Jimmy, y muchas otras cosas de su vida en matrimonio que harían temblar al mismísimo diablo. Esa mujer es un virus que no tiene ningún reparo en destrozar todo lo que se mueva en su contra.

No me ha costado demasiado encontrar al joven y atractivo Daniel Vega. Ahora mismo solo tiene treinta y seis años, lo cual quiere decir, que su aventura con Amanda empezó cuando tenía apenas dieciocho. En aquel momento ella debía ser mayor de treinta, lo cual plantea serias cuestiones éticas.

A mí con quién se haya acostado esa señora, me importa una mierda. Lo que me interesa es saber si, cuando ella y el joven Daniel empezaron a verse, él ya era mayor de edad.

Para mi sorpresa la conversación con Daniel ha sido tan interesante como productiva. Después de descubrir —por medios que no recomiendo utilizar— dónde vivía el apuesto señor Vega, le he hecho una visita. Es un monitor de gimnasio con muchos abdominales y poco cerebro. No he tardado ni diez minutos en recopilar todo lo que me interesaba obtener de él, y el objetivo era salir de esa casa con olor a calcetín sucio lo antes posible. ¿Cómo puede un hombre de treinta y seis años vivir como un veinteañero universitario? El piso era un completo espanto. Las paredes eran de gotelé y color amarillo pálido, como si la puñetera casa estuviese enferma. Olía a pizza recalentada y ropa húmeda, y los sofás estaban lo suficientemente sucios para que la conversación se haya tenido que desarrollar conmigo de pie.

Mi nuevo amigo me ha contado tres datos interesantes:

El primero es que, cuando se conocieron, estaban de borrachera en una discoteca.

El segundo es que estuvieron acostándose durante dos años y medio, hasta que se quedó embarazada y él decidió huir de esa responsabilidad.

El tercero es que ella le mintió con su edad la primera noche que se acostaron.

El muy gilipollas me lo ha contado entre risas, como si le resultase cómico tener un hijo al que no conoce con una desequilibrada emocional. He de reconocer, que después de conocer a ese idiota en persona, me resulta hasta lógico que haya estado liado con ella más de dos años.

Ambos son egocéntricos, infantiles y completamente inútiles para la vida adulta.

No he puesto ni un pie en el descansillo cuando me detengo en seco antes de entrar. No me he parado a pensar en mi discurso con mucho detenimiento, aunque el objetivo es claro. No necesito prepararme nada, tengo lo que necesito para conseguir que acepte a cualquier cosa que le pida.

Toco la puerta con los nudillos de forma sutil, lo bastante para que lo escuche alguien desde el interior. Como el que anuncia con un sabor dulce en la lengua la tormenta que está a punto de producir por mero placer.

—¿Puedo ayudarte en algo?

No estoy sorprendido en absoluto. Amanda es exactamente como la había imaginado. Es una mujer que se puede describir como objetivamente atractiva, pero no un atractivo femenino corriente. Es ese tipo de belleza que tendría el veneno servido en una copa de cristal.

—Buenas tardes, Amanda. ¿Le importaría que pase? Creo que tenemos un par de cosas importantes de las que hablar.

Mi tono de voz es suave, e intento hablar con toda la cordialidad que mis nervios me permitan hasta tener que amenazarla con destruir cada cimiento sobre el que está construido su vida.

—Ahora mismo estoy ocupada, ¿quién eres?

—Eric Lafuente.

—No me suena tu nombre.

—No se preocupe. Cada día soy menos famoso que el anterior, supongo.

Me abro paso a pesar de que en ningún momento me ha dado permiso explícito para entrar, pero mi paciencia ya se está agotando. Camino por un pasillo cubierto de marcos con fotografías antiguas de revistas nacionales. Son campañas publicitarias. Mi mente se ilumina y decido fijarme en la figura protagonistas de todas las fotografías.

Es ella.

Amanda ha sido modelo antes también. Por lo que veo mucho menos relevante y con una carrera mediocre en comparación con la de Emma. Seguramente el éxito abrumador que su hija tiene en el mundo de la moda, y que ella, estoy seguro, no consiguió alcanzar, es un enorme detonante para toda la rabia que siente hacia Emma.

Nada que me importe lo más mínimo, en realidad.

Me siento en el sillón del salón al final del pasillo con la confianza de alguien que está en su propia casa, y me dejo caer sobre el respaldo de este de forma relajada.

Como si hubiese venido a tomarme un puto café.

—Perdona, pero no sé quién eres y no me importa demasiado lo que tengas que decir.

—Créame, Amanda. Lo que tengo que decir le importa mucho más de lo que se imagina.

Doy unas palmadas en el hueco libre junto a mí, invitándola a que se siente a mi lado.

—Di lo que sea y vete.

—Será mejor que se siente. Las noticias fuertes siempre hay que recibirlas sentado, uno nunca sabe cuándo el cuerpo le va a traicionar con un desvanecimiento repentino por el estrés. Los golpes en la cabeza son muy peligrosos, créame.

Su piel empalidece de repente. Aún no tiene ni idea de lo que estoy hablando, y aún así, he conseguido que sienta un poco de miedo por lo que pueda ser.

Sabe que mis intenciones son de todo menos una amable visita, y eso me sirve para preparar el terreno a mi favor.

Sus dedos juguetean con el brazalete dorado que adorna su muñeca, y eso me indica que también está nerviosa. El ambiente que, desde el principio, buscaba crear.

Ser capaz de sacar su vulnerabilidad a la luz con apenas unas palabras y el tono de voz adecuado me hincha el ego de forma descontrolada.

No sabría etiquetar qué pasa entre Emma y yo, al menos por ahora. Lo que sí tengo claro es que destrozaría con mis propias manos de forma lenta y dolorosa cualquier cosa que le cause sufrimiento.

Y a eso he venido.

—¿Está su hijo en casa? —Asiente, al tiempo que toma asiento lentamente unos centímetros más lejos de lo que le había marcado—. Bien, usted va a decidir qué tan lejos debo llegar con todo esto. Su actitud va a ser muy importante, señora Shield.

Su cara de cordero aterrorizado me hace pensar que tal vez su fachada de bruja sea mucho más fácil de aplastar de lo que pensaba.

O que tal vez tiene mucho que esconder y tiene miedo de la información que pueda tener.

—Vamos a hacer lo siguiente: su hijo se va a venir conmigo. Usted va a desentenderse por completo a partir de hoy mismo del cuidado de Jimmy, y su padre pasará a encargase de él.

Una sonrisa casi diabólica se dibuja en su rostro. Me encantaría saber qué pensaba que venía a decir cuando se ha asustado de forma tan inmediata, y de pronto, se siente tan poderosa de nuevo.

—No sé de parte de quién vienes, pero puedes decirles tanto a Emma, como a Benjamín, que no van a volver a ver a Jimmy en un largo y tedioso período de tiempo.

—Créame, su hijo va a estar en casa de Benjamín esta misma noche.

—Cariño —dice con más veneno que dulzura—, puede que Emma te tenga comiendo de su mano por haberte chupado la polla un par de veces, pero…

—Si terminas la frase, no habrá negociación. Te juro que esta noche la pasarás en un sitio casi tan oscuro como el que será tu casa durante el resto de tu vida, ¿eso lo entiendes?

Pierdo el usted para dirigirme a ella, porque ahora no intento sonar frío y distante. Ahora quiero que sienta el calor destructivo con el que me ha provocado al nombrar a Emma de esa forma.

—¿Quién crees tú que eres para venir a mi casa a amenazarme? La custodia de Jimmy es mía, y eso no va a cambiar.

—¿Crees que un juez pensará lo mismo si le cuento que te aprovechaste de un menor de edad cuando tenías más de treinta años? ¿Y que además mentiste sobre tu edad para poder acostarte con él?

Su piel esta vez empalidece de forma mucho más enfermiza que antes. Ahora no es una advertencia lo que su cuerpo le está enviando, es una alerta con mayúsculas.

—De eso hace muchos años y no puedes demostrar nada —dice con la voz temblorosa.

—¿Sabes lo malo de hacerle daño a tanta gente durante tanto tiempo? Que todos pondrían de su parte para devolverte una pequeña dosis de todo lo que les has hecho pasar. Con la cantidad de dinero necesaria y los contactos adecuados, te aseguro que no habrá un rincón en la tierra en el que puedas esconderte para que no me encargue personalmente de verte sufrir todo lo que le has hecho pasar a Emma.

Una lágrima resbala por su mejilla, pero la ridícula cantidad de bótox inyectada en su cara la hace carente de expresión. Estoy seguro de que solo intenta victimizarse. Puede hacerlo si quiere, pero no va a cambiar nada.

—Jimmy tiene la pierna recién operada.

—No te preocupes, nosotros nos vamos a encargar de que esté bien. Alégrate, Amanda. En realidad, te estoy haciendo un favor. No dejes que tu ego te engañe, no siempre se puede ganar.

Rozando la victoria con los dedos, vuelvo a tratarla con la frialdad que intento usar para controlarme a mí mismo.

No tiene nada que ver con el respeto, porque no se lo tengo.

—Puedes llevártelo si quieres, me da igual. Dile a Emma que las cosas no se van a quedar así, por encima de todo soy su madre.

—Ese nombre le queda grande. El título de madre no te lo da la genética, hay que ganárselo. Emma no tiene ni idea de que estoy

aquí, ni de esta conversación. Le agradecería que no me obligase a utilizar mis cartas contra usted. No haga nada de lo que pueda arrepentirse, señora Shield.

Me levanto del sillón, me sacudo el polvo inexistente que me da la victoria de los hombros y marco el número de Benjamín para avisarle de que su hijo y yo estaremos ahí en menos de media hora.

Capítulo 30

Emma

No encuentro las palabras adecuadas para darle las gracias a Eric. Tampoco recuerdo la última vez que me sentí tan en paz conmigo misma como lo he hecho esta tarde.

Hemos pasado horas sentados en el sofá de mi salón comiendo pizza y bebiendo refrescos, algunos con sabores realmente asquerosos.

Jimmy sigue teniendo la pierna recién operada. Tiene que ir con muletas a todas partes, pero se empeñó en coger un avión para venir a verme tan pronto como estuvo con mi padre.

Y ya le he regañado por ello.

Debería haberse quedado en casa descansando. Los próximos meses van a ser muy difíciles para él, pero estoy segura de que ese es el motivo por el que mi padre ha accedido a traerlo. Tanto él como nosotros estamos asimilando todo lo que va a tener que pasar en rehabilitación hasta que esa pierna pueda caminar de nuevo.

Y lo mucho que le va a costar recuperar el tono muscular después.

Eric, como si no hubiese hecho ya bastante por nosotros, se ha ofrecido a ayudarle con una rutina de ejercicios personalizada para recuperarse poco a poco cuando termine la rehabilitación.

Papá y Jimmy se han ido a su hotel a dormir, y yo he cancelado toda mi agenda de mañana para poder pasar el día con ellos y aprovechar el tiempo todo lo posible antes de que se marchen.

La luz que antes iluminaba mi salón gracias a las amplias cristaleras es ahora más tenue. Está anocheciendo.

—Sigo sin entender cómo has conseguido que se rinda tan fácil.

—Soy realmente convincente —alardea Eric con su sonrisa bien marcada.

—¿Pretendes que me crea que no la has amenazado?

—Hay cosas que es mejor mantener en secreto.

—No me importa. Lo que has hecho es… —No encuentro las palabras para agradecerle todo lo que ha hecho por mí estos meses —. Demasiado.

—No lo es. Sabes que haría cualquier cosa por ti.

No tenía ni idea hasta que sus palabras han decidido clavarse en mi pecho.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Intentar arreglar todo el lío en el que estoy metido.

—He leído algunos comentarios —me inclino y le acaricio el antebrazo—. Nadie que realmente te conozca se creería jamás que eres la persona que todos creen conocer. No te conocen a ti, y tampoco me conocen a mí. Solo creen que lo hacen porque nos han escuchado hablar en ocasiones descontextualizadas y han leído artículos sobre nosotros.

—He amenazado a tu madre para que deje a tu hermano en paz. No soy nada mejor de lo que todos creen.

—Lo que has utilizado para amenazarla, ¿es verdad? —Asiente y se frota las cejas desesperado—. Entonces, ¿qué culpa tienes tú? Ella hizo algo mal que ahora alguien ha podido utilizar en su contra.

—Yo también he hecho cosas mal.

—No creo que puedas comparar. Intuyo que ya te haces una ligera idea de cómo es mi madre.

Su mirada se clava en mi mano. La mano que tengo sobre su brazo, acariciándolo con delicadeza.

Él me acaricia el cuello. Sus manos bajan hasta mis clavículas, y siguen deslizándose lentamente hasta mi cintura.

—¿Quieres que me vaya? —susurra cerca de mi cuello.

Niego con la cabeza.

No es algo que habría dicho orgullosa hace unos días, pero le he echado de menos.

Todo el tiempo que hemos pasado juntos ha sido un chute de adrenalina dentro de mi sistema nervioso. Antes me sentía apagada,

apática. Nada me hacía ilusión, nada me producía la subida de temperatura que consigue él.

—¿Estás segura? Una vez que empiece no te prometo saber parar.

Sus labios rozan la piel de mi cuello. Sus dedos apartan mi melena rubia de forma sutil para abrir paso a su lengua.

—No es la primera vez que… —balbuceo.

—Cariño, hasta ahora solo estábamos con el aperitivo. Déjame decirte, que el plato principal no ha llegado todavía.

La piel se me eriza al instante.

Sus manos se mueven rápidamente hasta mi pecho, y aparta la tela de mi fina camiseta de tirantes negra, dejando al descubierto mi sujetador de encaje con brillantes.

—Cualquiera diría que me estabas esperando —susurra al ver la prenda de lencería tan llamativa.

—Yo… hoy tenía prueba de vestuario.

—Hay algo de tu trabajo, Emma, que me desquicia —gruñe con la voz un tono más grave de lo normal—. Que otras personas puedan ver lo que yo veo. Lo que es mío.

Aparta la tela con cuidado y su boca se cierne sobre mi pezón.

Como un lobo hambriento.

Mis manos rodean su cuello, e introduzco mis dedos dentro del espesor de su pelo oscuro. Su suave lengua hace círculos sobre mis dos pechos, y yo no puedo evitar gemir al sentir su otra mano agarrarme el culo.

Nunca antes en mi vida había estado cerca de sentirme tan excitada como lo hago con él.

—¿Dónde está tu habitación?

—A… arriba —gimoteo.

Se levanta del sofá, y con él, me levanta a mí. Camina por el salón hasta llegar a la estrecha escalera de caracol que sube hasta la parte superior. Sus labios están ahora fundidos con los míos, y mi ropa completamente desaliñada deja buena parte de mi cuerpo al descubierto.

La puerta de mi habitación se abre con una sutil patada suya, y me deja caer sobre el colchón para liberar sus manos y quitarse la camiseta. Estoy segura de que podría pasarme días completos admirando su físico. Tiene los hombros anchos y los abdominales bastante marcados, al igual que la mandíbula.

Tan pronto como sus pantalones caen al suelo, puedo ver el bulto enorme que marca la fina tela de sus bóxers blancos.

La boca se me hace agua.

—Desnúdate, Emma.

Obedezco. Podría intentar llevarle la contraria, pero mi cuerpo no quiere alargar la espera más de lo necesario. Y sé lo cachondo que le pone que le haga caso.

Me deshago de la camiseta, cuyos tirantes ya colgaban por la mitad de mis brazos. Me saco los pantalones, y los dejo caer en el suelo. Mi espalda vuelve a entrar en contacto con las suaves sábanas blancas que visten la cama, y levanto los brazos por encima de la cabeza.

Sigo llevando ropa interior, pero he de reconocer que es digna de admirar.

Al menos durante unos segundos.

—Eres una puta obra de arte.

Puedo ver la forma en la que sus músculos se tensan. Me agarra por la pierna y tira de mi cuerpo hasta arrastrarme al borde de la cama. Me coloco de forma que me quedo sentada, con la intimidante forma de su polla a través de la tela a pocos centímetros de mi boca.

Deslizo los dedos por su abdomen, presionando con las uñas. Lo justo para dejas finas marcas rosadas siguiendo recorrido de mis dedos a lo largo de su piel. Cuando llego a la cadera, agarro la cintura elástica de sus boxers, y tiro de ella hasta que caen en el suelo.

Vale, es verdad que no es la primera vez que la veo. Tal vez he pecado de atrevida, pero es enorme.

Y no lo digo por decir.

Empujo su cuerpo para que retroceda unos pasos, y me dejo caer con las rodillas en el suelo.

—Espera —interrumpe él con voz firme.

Se da media vuelta y alcanza un cojín de color rosa en forma de corazón que adorna el pequeño sillón que está junto a mi vestidor, y lo deja caer justo delante de él.

—Ponte encima, te van a doler las rodillas.

Este hombre es considerado incluso cuando se arrodillan delante de él segundos antes de chupársela. Lo cual me excita aún más.

Rodeo su polla con una mano. Puedo sentir sus venas bajo la piel. Está tan excitado que un líquido blanco se derrama por la punta, y apenas le he tocado.

Deslizo la lengua suavemente por su abdomen mientras mi mano se acaricia de forma suave con movimientos sutiles su erección.

Voy descendiendo poco a poco, disfrutando de cada músculo que mi lengua roza en su cuerpo. También estoy disfrutando mucho su cara de desesperación cada vez que cree que he terminado de dar rodeos, pero alargo su agonía un poco más.

Finalmente, mi lengua se desliza por la punta, arrastrando el líquido blanco al interior de mi boca, e introduzco dentro todo lo que puedo.

Sé que solo logro abarcar la mitad, pero más es imposible. Sus manos recogen mi melena en una especie de coleta, y sujeta mi pelo mientras se la chupo en la oscuridad de la habitación.

Arrodillada en el suelo, frente a él.

Mis movimientos se vuelven más rápidos, y mi mano acompaña al ritmo de mi boca en la parte que no alcanzo a chupar.

—Joder, cariño, no pares —gruñe.

Sus gemidos surten el efecto deseado, y si bien es cierto que me encantaría pasar al siguiente paso, estoy disfrutando cada instante de esto solo por escucharlo.

—Lo haces genial. Saca la lengua.

Hago lo que me dice, y de golpe me la mete un poco más profundo que antes.

—Ya basta, levanta —ordena mientras me agarra del brazo y me levanta del suelo—. Quítate la ropa interior. No me queda nada

de paciencia; si lo hago yo, puedo romperla.

Me desabrocho el sujetador, que cae al suelo con el resto de la ropa, y de inmediato me muerde un pezón.

—¡Ah! —grito.

—¿Duele?

—Un poco.

—Bien. Pues no es no es nada comparado con el dolor que he acumulado yo en los huevos desde el día en que te conocí. —Se lame los labios, como si estuviese a punto de darse un banquete—. Súbete a la cama y ponte a cuatro patas.

Gateo por la cama hasta llegar al cabecero de madera blanco, y me coloco como me ha dicho con la espalda arqueada. Noto la tela de mi tanga negro y plateado de encaje deslizarse por mis muslos, y sus manos me abren las piernas con firmeza.

—Estás empapada —susurra.

Lo noto. Un líquido caliente resbala por uno de mis muslos, y su lengua se desliza en dirección contraria, llevándoselo con ella.

—Agárrate al cabecero, cariño.

Antes de que mis manos encuentren una zona de la madera a la que agarrarse, me embiste con fuerza y hace temblar todo mi cuerpo. Su ritmo se mantiene inquebrantable, y los choques de su cuerpo contra el mío provocan que la madera del cabecero golpee con fuerza la pared a su misma vez.

Sus manos se ciñen a mi cintura, impulsándome con más ímpetu.

—Suéltate, y apoya la cabeza en la almohada.

Me coloco según sus indicaciones, y sus embestidas se vuelven ligeramente más suaves, pero en ningún momento se detienen por completo.

—¿Estás cómoda?

—S-si.

—Ahora abre un poco más las piernas para mí.

Se hunde más en mí de lo que creía posible. Cada centímetro encaja con mi cuerpo.

Puedo oír su respiración agitada cerca de mi oreja; el calor de su aliento me roza la nuca y la humedad de sus labios se adhiere a

mi piel.

Me está besando la espalda.

Joder.

Folla tan bien. Y encima me está besando la espalda.

—Eric —jadeo—. No aguanto más.

—Córrete si es lo que quieres, cariño.

Arqueo la espalda y siento el ardor de sus dedos abrasándome el abdomen; mi cuerpo estalla en el orgasmo más intenso que jamás haya sentido.

Me empujo contra el cabecero, aún temblando.

—Túmbate boca arriba, y colócame tus piernas en los hombros.

Noto el pelo húmedo, seguramente de sudor. Ahora me estoy arrepintiendo de no haber encendido el aire acondicionado antes.

Rodeo su cuello con las manos. Cuando siento como su enorme tamaño está a punto de introducirse dentro de mí de nuevo, clavo las uñas con fuerza en su piel sin ningún miramiento.

—Tienes un coño maravilloso, Emma. Está tan estrecho, joder —suelta entre gemidos.

Un cosquilleo me recorre la parte baja del vientre. Abro más las piernas, hasta que él, con mis muslos sobre los hombros, se coloca sobre mí.

Su boca se acerca a la mía con la respiración agitada. Puedo sentir el calor de su aliento tan cerca que me cuesta respirar. Su lengua succiona mi cuello como si se estuviese alimentando de mí, y su mano derecha me agarra el muslo, clavándome los dedos a la vez que su respiración se vuelve más y más descontrolada.

—Estás tan guapa mientras te follo. Joder, eres preciosa.

No puedo soportar sus piropos mientras me respira en la oreja y entra y sale de mí con tanta fuerza, así que me corro de nuevo.

Mi espalda se arquea, y él se aparta ligeramente de mí de forma repentina.

Unos segundos más tarde, cae exhausto junto a mí.

Aún jadeante, me da un beso en los labios.

Capítulo 31

Eric

Arranco el coche mientras Emma se asegura desde el interior de su edificio de que no haya ningún periodista.

No somos las celebridades más famosas de la ciudad, ni mucho menos. Sin embargo, llegados a este punto, que nos vean juntos no le haría ningún favor a su carrera.

Está preparando un importante desfile para otoño que lo es todo para ella. En unos días tendrá lugar una de las galas de moda más importantes del planeta, y aunque nada me gustaría más que poder acompañarla de forma oficial, no disponemos de ese privilegio.

Por mi culpa.

Si yo hubiese sido un puto futbolista normal con un perfil social bajo tal vez ahora seríamos la pareja de moda por todas partes.

Todas mis polémicas aún sin resolver tienen a la prensa descontrolada. Han llamado a mis padres pidiéndoles exclusivas, a Tristán, a antiguos compañeros de equipo… por suerte siempre he sido alguien precavido y cauteloso en cuanto a la gente en la que confío, y todos han acudido a mí de inmediato.

Emma y yo nos hemos tumbado desnudos sobre las sábanas durante más de una hora. Hemos hablado de las cosas más absurdas y cotidianas. Ahora sé que le gusta el color violeta, que su sabor favorito de helado es el de violetas, y que por eso huele a violetas a todas horas.

La calle está muy mal iluminada, y en Nueva York a estas horas, cualquiera puede aparecer de la nada. Puedo ver a Emma en el oscuro umbral de la puerta acristalada que da al recibidor de su edificio, donde se encuentra la garita del portero. Una mujer con la melena oscura recogida en una larga coleta, y cara de que la acaben

de atropellar arrastra una maleta, e introduce la llave en la cerradura al mismo tiempo que Emma se decide a salir.

Mierda.

Espero que no me haya visto, y que tampoco le haga muchas preguntas a ella. No tiene cara de querer pararse a tener una conversación, pero yo que sé.

Veo cómo se abrazan con rapidez, y Emma camina a paso ligero hasta el coche.

—Vámonos —ordena.

—¿Quién era esa?

—Se llama Kassandra. Vive dos plantas más abajo. Acaba de llegar a trabajar.

—¿Te fías de ella?

—No creo que te haya visto. Le he dicho que iba a un rodaje nocturno. Tiene unos horarios muy particulares, solo vive aquí desde hace un par de semanas, pero es simpática.

—¿Cómo puede una azafata permitirse vivir en uno de los edificios más caros de Manhattan?

Emma se encoge de hombros y pone los ojos en blanco, alzando una ceja con sarcasmo.

—No vuelvas a hacer eso.

—¿El qué?

—Si vuelves a poner los ojos en blanco, volvemos arriba y no salimos en toda la noche.

—Sí, mi capitán —bromea.

Arranco el coche y hago un par de giros algo bruscos para salir de la calle lo antes posible.

—¿Piensas conducir en silencio?

—Lo prefiero.

—Dios, que aburrido eres.

Toquetea mi teléfono y le facilito el trabajo desbloqueándolo sin soltar el volante. Suena a todo volumen *Sweater Weather* de The Neighbourhood y la vocecita angelical de Emma sigue de forma desordenada el ritmo de la canción.

—¿Quieres que te abra el techo?

—¿Es descapotable?

—Soy futbolista, Emma. Por supuesto que es descapotable —vacilo con sarcasmo.

Piso el acelerador y el viento en la cálida noche de verano de Nueva York nos sacude una vez que la capota está completamente abierta.

—*Head in the clouds but my gravity's centered* —canturrea Emma, alzando los brazos con la melena rubia despeinada—. *Touch my neck and I'll touch yours.*

—*You in those little high waisted shorts* —decimos al mismo tiempo.

Algo dentro de mi pecho se mueve de repente.

Una sensación que no había sentido nunca me encoge el puto corazón y una sonrisa de imbécil se abre paso de forma involuntaria en mis labios al verla cantar con el viento acariciándole el rostro.

Joder. Estoy enamorado de ella.



Dos horas más tarde aparco el coche en la puerta de mi edificio.

Hemos cantado numerosas canciones a todo volumen mientras conducía más deprisa de lo que debería bajo la luz de la luna. Hemos parado en una heladería, cuyo dueño es fan y amigo mío, y nos ha dado dos enormes helados de violetas.

Emma se los ha comido los dos.

El pecho se me hincha de tan solo pensar en lo cómoda que debe sentirse en mi presencia para comer helado tranquilamente con las piernas sobre mí mientras conducía.

—Vives en uno de los edificios más caros de la ciudad, ¿pero no tienes plaza de garaje?

—Ja, ja. El garaje tiene goteras por todas partes y lo están reparando. No se pueden meter coches dentro hasta la semana que viene.

—¡Dios mío! ¿Vas a tener que aparcar tu precioso coche en la calle durante más de una semana?

—Así es —sonrío al mismo tiempo que le guiño un ojo.

Está tan jodidamente guapa cuando se lo pasa bien.

—Vamos dentro, anda.

Nos metemos en el ascensor privado que únicamente sube hasta la última planta, donde está mi ático. Las puertas se abren en el recibidor, justo detrás de la escalera.

—Joder, vaya casa —susurra.

—Tu apartamento es bonito.

—No es mío. Solo lo alquilo. He estado años buscando casa en la ciudad, pero no he conseguido enamorarme a primera vista de ninguna. Quiero que, cuando compre el sitio donde voy a vivir, me haga sentir algo.

—Bueno, siempre puedes enamorarte de esta.

Su sonrisa ilumina todo el puto salón hasta con las luces apagadas.

—¿Sabes jugar al billar?

—No. No he jugado en mi vida.

—¿Y qué hace una mesa de villar en medio del salón?

—¿Te acuerdas de Tristán? —asiente—. Antes vivíamos juntos. La compró él. Cuando se mudó la dejó aquí para que me acordase de él. El muy gilipollas vive en el piso de abajo.

Sus largas piernas únicamente cubiertas por un corto vestido de color negro caminan hasta la mesa de billar.

—A mí me apetece jugar.

Ahí está: mi erección, otra vez. La sigo. Ella se sienta sobre la mesa, y abre las piernas lo suficiente para que pueda comprobar

que no se ha puesto ropa interior.

—¿Has estado sin bragas todo este tiempo?

—Solo te he facilitado el trabajo.

Sus pies, adornados por unos preciosos zapatos de tacón negros cuelgan a varios centímetros del suelo. Apoyo mis manos sobre el borde de madera marrón, rodeándola.

—¿Te he dicho alguna vez que eres la mujer más guapa del maldito planeta?

Sus uñas se sumergen dentro de mi pelo. Es algo que aparentemente puede parecer una tontería, pero el cosquilleo de sus dedos es algo que me vuelve completamente loco.

Me inclino, y su espalda se arquea permitiéndome encajar mi cuerpo con el suyo como si fuésemos las últimas dos piezas de un puzzle. Deslizo mis labios lentamente sobre los suyos, y empujo su labio inferior con el pulgar hasta que los separo lo suficiente para introducir la lengua. Envuelvo hasta el último rincón de su boca, saboreando cada segundo. Poco a poco me voy agachando, hasta quedarme de rodillas a la altura perfecta.

—Abre un poco más las piernas —ordeno mientras ejerzo un poco de presión con la mano sobre su muslo derecho—. Túmbate sobre la mesa, nena.

Cuando su espalda entra en contacto con el material suave de color verde, empiezo a besar el interior de sus muslos. Apenas la he tocado y su espalda se ha elevado ligeramente sobre la superficie de la mesa, y una de sus manos entra en contacto con mi cabeza, haciéndome sentir el frío metal de sus anillos rozándome la piel.

Está húmeda. Mis dedos se deslizan de forma suave sobre su clítoris, esparciendo todo el líquido para facilitarme el trabajo. Puedo escuchar su respiración agitada, y solo imaginarme de nuevo sus ojos en blanco me la ponen dura de inmediato.

Me llevo los dedos índice y corazón a la boca para lubricarlos, y acto seguido los introduzco dentro de ella lentamente mientras el sonido de sus dulces gemidos resuena por todo el salón.

—Emma.

—¿Hmmm?

Joder, ese murmullo.

—No me cierres las piernas, cariño —indico cuando empiezo a notar como se le contrae el cuerpo, y por ende, sus muslos se intentan juntar de forma involuntaria.

Mientras mis dedos entran y salen de ella sin cesar, dibujo círculos sobre su clítoris con el pulgar.

—No pares… mmmh… —jadea—, por favor.

—No voy a parar hasta que te corras otra vez.

Paro todo movimiento de mis manos, acerco mis labios a su entrepierna saboreando cada segundo de su sufrimiento. Sus piernas están sobre mis hombros, y mi lengua entra en contacto con su clítoris.

—Joder, Eric.

Succiono de forma suave sin parar y hago movimientos rápidos con la lengua, mientras mis dedos se clavan en la piel de sus muslos. La tengo tan dura que siento la presión en los pantalones, pero estoy demasiado ocupado para prestarle atención a eso.

—Eric, no voy a aguantar mucho.

—Pues córrete, nena.

Escuchar mi nombre salir de sus labios con su dulce vocecita se siente como lo más cercano al paraíso.

Sus piernas tiemblan sobre mis hombros, y las agarro con más fuerza para mantenerlas en su sitio unos segundos más.

Está a punto de correrse.

Ese pensamiento no ha terminado de pasar por mi cabeza, cuando un grito agitado inunda la habitación, y sus piernas no paran de vibrar sobre mis hombros. Deslizo la lengua de forma lenta, llevándome todo el líquido a la boca y disfrutando hasta la última gota.

Subimos de la mano por la escalera hasta mi dormitorio sin encender ni una luz, y nos quedamos completamente dormidos tan pronto como nuestros cuerpos se dejan caer sobre el colchón.

Capítulo 32

Emma

Tengo una resaca emocional indeleble.
Recordar todo lo que pasó ayer dibuja de inmediato una sonrisa en mi rostro. Nunca antes había tenido una cita tan especial como la de anoche. Tampoco había tenido un sexo tan brutal como el que siempre tengo con Eric.

La luz del amanecer se cuela suavemente por las ventanas de la habitación. Me pregunto qué clase de psicópata no tiene unas cortinas opacas que le permitan dormir pasadas las seis de la mañana.

Llevo unos quince minutos despierta, pero no estoy segura porque en algún momento de la noche me quedé sin batería. El móvil de Eric no ha parado de vibrar desde que abrí los ojos, pero me niego a ser una controladora y mirar quién lo está llamando sin parar.

Su enorme cuerpo desnudo está tumbado junto a mí. Uno de sus brazos me rodea la cintura.

—Joder… —se queja con un susurro mientras se frota los ojos para mirar la pantalla del móvil—. Será cabrón.

—¿Quién es?

—Un imbécil. —Descuelga la llamada y su voz ronca inicia la conversación—. ¿Se puede saber qué te pasa? Son las siete de la mañana, tío.

No soy capaz de escuchar a la persona al otro lado del teléfono, pero si sé que está hablando muy deprisa y me es imposible descifrar lo que dice. Eric escucha en silencio, y cuando su expresión de enfado muta progresivamente a unos labios entreabiertos y los ojos a punto de salirse de sus órbitas, no puedo evitar preocuparme un poco.

Se lleva una mano a la cabeza, y se revuelve el pelo, un gesto que ha repetido en otras ocasiones, y que suele significar que está

nervioso, o preocupado.

—¿Pasa algo? —susurro.

Aparta el móvil tanto como puede, y me pregunta:

—¿Dónde está tu teléfono?

—Se quedó sin batería.

Vuelve a la llamada y se levanta de un salto de la cama.

—Gracias por avisarme. Hablamos luego, ¿vale?

Tan pronto como la otra persona se despide, cuelga la llamada y empieza a caminar de forma intranquila de un lado a otro de la enorme habitación, a los pies de la cama.

—Me estás… preocupando.

—Lo siento muchísimo, Emma. Te juro que yo no he tenido nada que ver.

Una presión que cada vez se hace más grande me oprime el pecho.

¿De qué está hablando?

Vuelve a sentarse sobre la cama, junto a mí. Sus dedos se deslizan por la pantalla del móvil, y me lo pasa.

—Léelo.

El enlace abierto de un periódico de cotilleos se despliega en la pantalla con un titular que dice:

"La supermodelo Emma Jiménez cae en las redes del conquistador más codiciado, Eric Lafuente."

El móvil se me resbala de las manos de inmediato y cae sobre la cama. El aire se me queda atrapado en el pecho, como si mis pulmones hubiesen decido dejar de funcionar. Me quedo inmóvil unos segundos y el zumbido dentro de mis oídos lo opaca todo.

No deslizo para leer la noticia, pero la foto que acompaña al titular es indiscutiblemente clara; somos él y yo de madrugada entrado en el recibidor de su edificio cogidos de la mano.

Una notificación entra. Luego otra. Y otra.

Mensajes. Llamadas. Comentarios.

Las redes están ardiendo y nuestra foto está circulando por todas partes.

Sé que esto de alguna manera me va a perjudicar. Que la mala reputación de Eric, por muy fingida e inducida que sea, existe.

Y ahora forma parte de mí de alguna manera.

Cruzo las piernas e intento relajarme mientras observo la mirada vacía de Eric. Tiene el rostro completamente roto, y para nada hacerle sentir así es lo que quiero. En muchas ocasiones él ha sido fuerte por mí, y también me ha hecho una persona más fuerte de alguna manera.

Tal vez, esta vez, pueda ser yo la que se mantenga más serena. A pesar de que soy visualizando en mi cabeza los fragmentos de mi mundo cayendo en pedazos.

—Te juro que lo siento, no sé qué ha podido pasar.

—Siéntate y relájate. Es una auténtica putada, sí. Pero es aún peor que la gente piense que no eres lo bastante bueno para alguien como yo. Eres la mejor persona que he conocido en mi vida. Has cargado con lastres que eran míos sin tener por qué hacerlo. Si seguíamos viéndonos y esto avanzaba, tarde o temprano se iba a enterar todo el mundo. No podemos escondernos siempre.

—Emma —suspira, como si respirar le estuviese costando trabajo—: el desfile, la gala… no puedo destrozar todo eso. Tendría que haber solucionado mis mierdas antes de que esto estallara.

Realmente no tengo ni idea de quién estaba esperándonos a las tres de la madrugada en un barrio adinerado de Manhattan para sacarnos una foto. Eric ha tenido periodistas aquí en otras ocasiones, de eso estoy segura, lo que no tiene sentido es que estuviesen aquí ayer por la noche a esas horas de la madrugada, y que no viésemos absolutamente nada.

—¿Puedo usar tu móvil para llamar a Tony?

Asiente y recojo el móvil de donde yo misma lo había dejado caer. Tecleo el número de memoria y antes de que el segundo tono suene, descuelga.

—¿Dónde estás? Estaba preocupado —dice a punto de hiperventilar—. He estado en tu casa esta mañana y no estabas. Te he llamado unas cien veces, ¿has visto las fotos?

—Las he visto, ¿qué crees que va a pasar?

—No tengo ni idea, cariño. Solo sé que el equipo quiere reunirse con nosotros hoy.

Mierda. Eso quiere decir que tanto Valentina (mi manager), como Lara (mi publicista) lo han visto todo.

—Ya sabes que Lara es experta en apagar fuegos intentando mantener tus decisiones, no estoy tan seguro de que ese vaya a ser el objetivo de Valentina.

—¿A qué hora?

—Te necesito a las diez en la oficina de Valentina.

Cuelgo el teléfono y se lo devuelvo a Eric, que me observa en busca de respuestas.

—Tengo una reunión en las oficinas de la agencia en menos de tres horas.

—Puedo llevarte a casa, si quieres.

—Eric —sentencio con tono serio mientras entrelazo sus dedos con los míos—, la agencia no puede decidir nada sobre mis relaciones personales. Puede que afecte a la hora de que las marcas me quieran para algunos trabajos, pero no va a pasar nada.

—Pero es mi puta culpa, Emma. Es culpa mía por haber sido un gilipollas durante años. Puede que sea tarde para mí, pero no voy a permitir que nada de lo que yo haya hecho mal en el pasado te afecte a ti.

—Eric…

No estoy segura de cuál es el significado real de sus palabras, pero lo que me sugiere la imaginación me produce un nudo en la garganta. Tragar saliva se vuelve complicado, pero no quiero aceptar lo que está sugiriendo.

Me niego.

—Me ducho y te llevo a casa. Tal vez debamos dejar de vernos unos días hasta que la gente pierda el interés —interviene.

Pero cuando baja al salón, yo ya me he ido en un taxi.



—Sobre todo recuerda que las decisiones sobre tu vida personal son tuyas. Por mucho que ellos vayan a querer entrometerse —murmura Tony en el interior del ascensor.

Estamos subiendo a la planta en la que se encuentra el despacho de Valentina, dentro de las oficinas de la agencia de modelos más prestigiosa del país.

Y puede que del mundo.

Es un edificio enorme en el centro de Manhattan que luce de lo más ordinario en cuanto a despacho de oficinas se refiere. Es acristalado por completo, lo cual lo dota de mucha luz natural el interior, y los despachos en su interior son iguales. No hay privacidad, todo son cristales los cuales impiden que te metas un dedo en la nariz dentro de tu jornada laboral sin que tus jefes lo vean.

Mentiría si dijese que no estoy nerviosa. Al fin y al cabo, ellos gestionan todos mis trabajos, y mi imagen personal afecta de forma directa a la percepción que las marcas tienen de mí. Basta un solo error, una sola fotografía para arruinar una carrera que se ha tardado años en cimentar y construir de la nada.

Y eso es lo que más miedo me produce.

—Podéis sentaros —señala Valentina chocando las uñas contra la madera de la mesa.

Es una mujer de unos cuarenta. Tiene el pelo teñido de un gris que la envejece. Siempre lleva el móvil en la mano porque es una adicta al trabajo, y aún así lo deja sonar durante varios segundos cuando recibe una llamada.

Cuando todos estamos en el despacho, Valentina cierra la puerta con desinterés, y con la misma actitud, suelta un montón de papeles sobre la mesa delante de nosotros. Son las portadas de algunas revistas de cotilleos, periódicos deportivos y prensa digital.

Todas hablan de lo mismo, y tienen la misma foto.

Es una fotografía oscura. Está tirada desde un ángulo que no parece un escondite. La calidad es como si estuviese hecha de forma cutre, rápida. Como si la persona que la hizo hubiese sacado el móvil ante una situación que no esperaba tener que fotografiar.

—Emma, no voy a ser yo quién te diga con quién puedes o no follar. Solo te pido que, si va a ser un marrullero al que acaban de expulsar disciplinariamente de su propio equipo, no os hagan fotos en público. La gala está muy cerca, y es la primera vez que te invitan lo cual es un salto monumental que marca un estatus muy alto en tu carrera. Créeme, no hay polla en este planeta que valga tirar a la basura todo lo que has construido.

Los sentimientos se me desbordan del pecho.

Eric no es eso.

—Eric y yo tenemos una relación que no definiría yo como "follar", si me lo permites —contesto.

—¿Me estás diciendo que es tu novio?

Anthony nos está observando como si estuviese siendo testigo de un partido de tenis girándose bruscamente en la dirección de la persona que tiene la palabra en cada momento.

—Diría que algo así.

—¿Y él lo sabe?

Su sugerencia empapada en veneno hace que todas mis inseguridades se pongan de acuerdo para arrollarme al mismo tiempo.

¿Será esto tan serio para él como lo es para mí? ¿Quiere Eric realmente algo serio? ¿Y lo quiere conmigo?

—Mira, Emma, solo quiero decirte que he tratado con estos tíos antes. Escándalos, peleas, chicas, fiestas… eso es lo que son. Puedo contar con los dedos de una mano la cantidad de chicos así que cambian. Y seguro que me sobraría algún dedo.

La asistente de Valeria se ríe ante su ocurrencia de forma sonora y forzada.

—Emma es una persona muy inteligente y estoy seguro de que puede gestionar todo esto sin que afecte a su trabajo en absoluto. —Anthony me agarra la mano mientras continúa hablando —: Lara.

—¿Hmm?

—¿Tienes alguna sugerencia?

Lara no deja de leer los documentos de los reportajes analizando hasta la última palabra en silencio. Finalmente, unos segundos más tarde toma la palabra:

—Bien, por lo que leo en todos estos artículos, es la primera vez que os ven públicamente. Mi consejo: que sigáis haciendo apariciones públicas íntimas. Dejaros ver en una cafetería, en un restaurante. O incluso deja que a él lo vean entrando en tu casa. Estoy segura de que vais a tener a la prensa siguiendo cada paso que deis durante muchos días, no tendréis ni que provocarlos.

—¿Qué coño dices, Lara? Se trata de que se les desvincule, no de que parezcan una puta pareja feliz.

—Eso no va a funcionar. Ya os han pillado. Saben que estáis juntos. Lo mejor que podéis hacer es dejarles ver que ha sido así todo el tiempo y nunca os habéis escondido. No deis la sensación al público de que sois unos mentirosos, si no de que no os han visto porque no estaban mirando. Se trata de hacerles creer que nunca os habéis escondido, que siempre habéis hecho vida normal y os da igual que la gente lo sepa. Al menos eso os sacará un poco del ojo del huracán y puede que las aguas estén más tranquilas cuando se acerque la gala.

Eric ha estado meses intentando evitar las cámaras. Se ha escondido del escándalo al otro lado del océano, ¿y ahora yo voy a pedirle que nos demos de la mano y dejemos que nos hagan fotos por la ciudad?

—La reunión ha terminado —espeta Valeria abandonando el despacho de inmediato—. Putas modelos ingratas y descuidadas, hacéis que me den taquicardias cada vez que os hacen una foto fuera de un rodaje— añade al tiempo que se cierra la puerta.

—Esta tía lo que tiene es envidia, tiene un palo metido en el culo —refunfuña Tony en voz baja mientras el ruido de las sillas arrastrándose y los demás abandonando la sala permiten que no se le escuche demasiado.

—Tengo un mensaje de Charlotte, ¿te sientes con energía para que vayamos al taller un momento?

Observo la pantalla del móvil y veo que no tengo ningún mensaje de Eric, a pesar de que yo le he escrito antes de empezar la reunión.

—Supongo que sí.

Capítulo 33

Eric

Me ha costado sudor y lágrimas llegar al reservado del bar en el que he quedado con Tristán. Los putos periodistas están por todos los rincones. Parece ser que una reunión sencilla en mi casa, o en alguno de sus hoteles, no era suficiente.

Tristán es una de esas personas que tienen dinero, y hace uso de él de manera que todo el mundo sepa que lo tiene.

Por eso estamos a las dos del mediodía tomando whisky de una botella de Mallacan de 18 años en una sala, apartados del salón principal de un pretencioso restaurante en el *Upper East Side.*

—¿Cómo lo llevas?

Me encojo de hombros y me llevo el vaso de cristal a los labios. Es uno de esos whiskis que saben a madera vieja. Aunque a mí, hoy, me sabe a lo mismo que un vaso de agua. El líquido baja por mi garganta como si nada.

—¿Has hablado con ella?

—No desde esta mañana. Le he dicho que la llevaba a su casa, y cuando he bajado al salón después de ducharme no estaba.

Tristán da un trago a su vaso cuyo contenido es el mismo que el del mío, pero a él se le dibuja una expresión agridulce en el rostro.

—Debí haber parado esto antes. No puedo joder su trabajo. No puedo aparecer yo y destrozar algo que ella ha tardado años en construir.

—Esa decisión no te corresponde a ti tomarla, tío.

—Tal vez deba ser generoso por una vez en mi vida y dejar marchar a Emma si de verdad la quiero. Estar conmigo no le va a traer nada bueno.

—Eres la persona más generosa que conozco. Te mudaste aquí por mí, invertiste tu dinero en el negocio por mí, has dado todo de ti por un equipo que no te ha agradecido absolutamente nada. Es

hora de que seas egoísta. Llevas años haciendo lo que otros quieren, ¿por qué no haces lo que tú realmente quieres esta vez?

Puede que Tristán tenga razón por primera vez en su vida. La sonrisilla estúpida que tiene en la cara indica que sabe que soy consciente de que está en lo cierto. Emma se merece estar con alguien que la quiera. Alguien que la cuide y se preocupe por ella. Yo he sido esa persona desde el día en que la conocí, y no estoy dispuesto a dejar de serlo ahora porque cuatro idiotas quieran fotografiarlo.

—Esta mañana le he sugerido separarnos. Por el bien de su carrera.

—Colega, es una mujer adulta. Sabrá lidiar con esto con un poco de tu ayuda.

—Si esa maldita foto no hubiese salido a una semana de la gala, tal vez yo podría haber arreglado un poco mis asuntos antes de que nuestra relación fuese pública.

—La pregunta es, ¿por qué no le reventaste el móvil contra el suelo a la persona que os hizo la foto?

—Porque no vimos a nadie. Además, no creo que sea de ayuda para mejorar mi imagen que un periodista vaya diciendo por ahí que le he reventado la cámara contra el suelo.

—¿No visteis a nadie? ¿Y el portero tampoco?

Mi edificio es una puta fortaleza. Dentro viven empresarios, abogados, deportistas y muchas otras personas cuya privacidad es una prioridad, sobre todo cuando están en su casa. Necesitan un lugar en el que esconder sus vergüenzas del resto del mundo.

He tenido periodistas en la puerta en muchas ocasiones: después de una victoria importante, después de un escándalo… a veces hasta algunos de mis ligues avisaban a la prensa a mis espaldas para que nos cazasen y llenar los titulares al menos una vez en su vida.

Pero siempre estaban a la vista.

No ha habido ni una sola foto que haya salido a la luz sin yo saber de su existencia, porque siempre he sabido cuándo estaban ahí.

Salvo ayer.

—¿Llevas la tablet del trabajo en el maletín? —Tristán asiente desconcertado, pero no se mueve—. Déjamela.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta mientras me la entrega.

—Quiero ver la foto.

Abro el navegador y basta con teclear el nombre de Emma para que salten todos los titulares con la maldita foto.

—Qué cutrez de foto —espeta Tristán—. Está hecha con un móvil.

—¿Cómo lo sabes?

—Dirijo una cadena de hoteles. Todas las fotografías que se publican en internet pasan antes por mí. En numerosas ocasiones, idiotas con un buen móvil han querido colármela como si fuesen fotógrafos profesionales. He afinado mucho la vista.

—Eres una jodida caja de sorpresas.

Los dedos de Tristán pellizcan la imagen, y se abren ampliándola casi al límite.

—¿Ves esto? Mira el borde de la melena de Emma. El modo retrato de un móvil ha cortado por donde no debía, supongo que por la falta de iluminación. La cámara no genera profundidad, la disimula. Esto está hecho con la cámara cutre de un móvil caro. —Me inclino sobre la pantalla, poniendo atención—. El ángulo también es un poco raro. Si yo fuese un fotógrafo que os está esperando me habría puesto aquí —indica con el dedo una parte de la imagen en la que hay unos arbustos, seguidos de farolas—. Tendría un buen sitio para esconderme, y os habría pillado debajo de la luz de la farola. La foto habría sido infinitamente mejor.

—Solamente hay una foto —murmuro.

—¿Cómo dices?

—Que solo hay una foto. En todos los titulares, es la misma foto. Solo tiraron una. Si yo fuese periodista tiraría una ráfaga de fotos, y luego escogería la mejor para el artículo. No me arriesgaría a hacer solo una y que salga mal.

Bajo la tablet, y la dejo sobre la mesa de cristal como quien deja una ficha en una partida que se pone interesante.

Porque el juego acaba de empezar.

Capítulo 34

Eric

Después de recibir incansables llamadas de Charlie desde que pegué la espantada al campamento hace más de un mes, me he visto en la obligación de hablar con él.

La conversación es todo lo que se espera de una reunión futbolista-representante. Él gana dinero si yo gano dinero. Llevo dos meses sin ingresar ni un céntimo, ya que los ingresos por parte de mis inversiones no le benefician a él, tan solo lo que genero como atleta y las campañas publicitarias que casi siempre me niego a firmar.

Empiezo a pensar que su tenacidad responde a casi sesenta días sin sacar nada de mí.

No le importa lo más mínimo mi imagen, solo su bolsillo.

—Mira el lado positivo —señala—. La prensa lo ha tratado como una historia romántica, no como un escándalo. Diría que hasta han sido benévolos con los reportajes.

—No creo que la agencia de Emma tenga una visión tan amplia y positiva como la tuya. La han citado para una reunión a primera hora.

Son casi las diez de la noche y los párpados me pesan cada vez más. Lo único que quiero es que se vaya de aquí y me deje en paz.

—Emma tiene esa clase de reputación que consigue borrar la tuya sin apenas esfuerzo, Eric. Te hace ver estable. Centrado. La gente te ve como un ser humano por primera vez desde hace años.

—No a costa de destrozar la carrera de nadie.

—Sabrá solucionarlo. Tiene un equipo detrás que hará todo lo posible por mantener su imagen inocente, y eso te afecta de forma positiva a ti también —levanta el vaso de ginebra barata de la mesa y se lo lleva a los labios. Da un trago, y menea el líquido haciendo que los hielos reboten contra el vidrio—. Ya sabes cómo es esto, a

una modelo le basta con un escándalo para perder una campaña. A los futbolistas como tú se les perdona todo con goles y victorias. Por eso hay que concentrarse en buscar un equipo nuevo. Los Galaxy están dispuestos a reunirse con nosotros.

—No voy a irme de Nueva York.

—Eric…

—¡Te he dicho que no! —alzo la voz y doy un golpe con el puño sobre la mesa. Joder, no me queda paciencia para discutir estas gilipolleces a estas horas—. Vete, mañana seguimos hablando.

—Como quieras.

Me levanto del sillón marrón oscuro, y salgo de la habitación para acompañarlo hasta la salida, y así asegurarme de que se larga cuanto antes.

—Eric —dice mientras se mete dentro del ascensor—. No dejes que una foto cutre y unos sentimientos impulsivos te hagan olvidar lo que eres. Hay muchos equipos que te quieren. Necesitamos solventar esto antes de que el mercado cierre.

Ignoro sus palabras y corro a las escaleras tan pronto como la puerta metálica se cierra por completo.

No me importa el puto dinero. No me importa el fútbol. Ni si quiera me importa la foto. Solo hay una cosa que me importa ahora mismo, y pinta muy mal puesto que lleva todo el día sin dar señales de vida.

Puede que por la mañana me haya pasado de la raya. Me he visto acorralado y he sentido como todo lo que ella ha logrado con su trabajo y su esfuerzo se venía abajo por mi culpa, pero ¿es realmente así? A la gente le encantan las putas historias de amor, sobre todo entre gente como nosotros.

Me siento como un completo imbécil. He dejado escapar a la única persona que me ha hecho sentir algo en años. La única persona que ha estado dispuesta a poner en riesgo algo tan grande como su carrera por estar conmigo.

Y encima llevo todo el día sin responder a sus mensajes.

Pues si quieren una puñetera historia de amor, Emma y yo vamos a ser la mejor que hayan visto en sus vidas.



Bajo al garaje a toda velocidad y saco uno de los cuatro coches que tengo aparcados en dirección a la casa de Emma. Me he saltado varios semáforos, y probablemente he llegado a triplicar el límite de velocidad en varias ocasiones, pero los doce minutos de trayecto que marcaba el navegador han sido completados en escasos seis.

Introduzco el código en el videoportero de Emma, y espero a que conteste.

Estoy completamente seguro de que hay algún periodista por aquí. Tal vez hasta me hayan seguido desde casa. En cualquier caso, me da igual.

—¿Quién es? —dice una dulce voz con un toque robótico a través del micrófono.

—Soy Eric, ¿puedes bajar?

—Ehh… No.

—Por favor —insisto.

—Estoy ocupada, Eric.

Me sudan las manos y se me acelera el puso con el solo pensamiento fugaz de que tal vez ya no quiera verme por ser un gilipollas integral.

—Emma, por favor. Soy un completo imbécil, lo sé. Estoy seguro de que tú también lo sabes. Necesito hablar contigo, por

favor.

El silencio se siente como un huracán a punto de caer sobre mi cabeza, cuando responde:

—Dos minutos.

No han pasado ni sesenta segundos, cuando la luz del descansillo se ilumina al detectar el movimiento de la preciosa rubia que camina bajo los sensores.

—¿Qué haces aquí?

—Te echaba de menos.

—Eric… esta mañana has dicho…

—Sé lo que he dicho —intervengo sin permitirle terminar la frase—, soy un gilipollas. Sube conmigo al coche y hablamos. Te recuerdo que ahora somos los nuevos *Brangelina.*

No opone más resistencia, y camina junto a mí hasta el coche. Abro la puerta del copiloto y espero a que se haya acomodado para cerrarla y me meterme yo en el coche.

—Sería algo como *Emric* —dice aguantándose la risa.

—¿Por qué *Emric*?

—Porque *Erma* suena a enfermedad chunga —responde.

Una sonrisa se dibuja en mis labios, y una tímida carcajada resuena dentro del coche.

—¿Qué querías decirme?

—Nada, en realidad.

Su cara de confusión es evidente.

¿Para qué la haría bajar a las once de la noche después de un día como hoy si no tengo nada que hablar con ella?

No tengo nada en concreto que hablar con ella, es cierto. Pero me encantaría hablar con ella a todas horas. Poder describir con detalles milimétricos las cosas que hago a diario mientras apoya sus piernas sobre las mías en el mismo sillón.

Por eso he decidido que esta noche es mía.

—Vamos a mi casa.

—¿Por qué?

—¿No quieres?

—Odio cuando me respondes a una pregunta con otra pregunta.

—Pensaba invitarte a mi preciosa y acogedora casa para que tengas la oportunidad de dormir en ella sin interrupciones. —Sus hombros se relajan y se deja caer sobre el respaldo del asiento—. ¿Has hablado con tu padre?

—Se han ido por la tarde. Estaba tan ocupada que no he podido verlos en toda la mañana, y Jimmy tiene que volver para empezar la rehabilitación dentro de poco.

—La siguiente visita nos toca hacerla a nosotros.

Nosotros.

Que puta pasada de palabra.

Cuando llegamos a casa, Emma sube por las escaleras como si supiese perfectamente a dónde se dirige, y yo me dedico a contemplar el movimiento de su culo desde unos escalones más abajo.

Disfruto de su olor a violetas impregnando mis sábanas, mientras ella duerme con la cabeza apoyada sobre mi pecho.

Algo se desliza sobre mi cuello con suavidad y me hace cosquillas.

Unos dorados mechones de pelo me cubren desde el pecho hasta el cuello, y lo primero que veo al abrir los ojos es la expresión de paz y tranquilidad en el delicado rostro de Emma.

Su brazo está cruzado sobre mi abdomen, y su cabeza apoyada sobre mi pecho.

Aprovecho el momento e inhalo profundamente, llenándome los pulmones del aire caliente propio de una casa en la que no está puesto el aire acondicionado cuando las calles superan los treinta y cinco grados centígrados.

Las noches de verano en Nueva York son abrumadoras. Un calor asfixiante que se fusiona con la humedad del ambiente de la isla de Manhattan formando una sensación pesada en la piel.

Intento apartar a Emma de manera que no se despierte por mi culpa, y bajo las escaleras hasta el salón para ponerle fin a este calor insufrible. Cruzo la estancia hasta llegar a la isla de la cocina, donde tengo un jarrón lleno de rosas rojas que compré ayer cuando

volví de mi sesión de terapia con Tristán y un par de copas de whiskey.

Benjamín me contó que, cuando Emma era una niña y él todavía vivía en la casa familiar, solía regalarle a Emma rosas rojas cada semana. Siempre tenía un ramo nuevo listo cuando veía que las anteriores empezaban a perder sus hojas y adoptaban un color marrón.

Hoy, Emma se va a despertar con un ramo de rosas acompañando a su desayuno.

Haber establecido un vínculo tan sólido en tan poco tiempo con su padre me ha brindado la oportunidad de conocer mejor a la versión de ella que disfrutaba de las cosas. Puede que Benjamín haya estado ausente los últimos años, y seguramente Emma haya cambiado mucho en ese tiempo, pero la parte de ella que él conoce sigue viva en algún lugar. Mi objetivo es que se sienta en paz con ella misma y deje de autosabotearse continuamente. Tiene que empezar a ser consciente de la estrella que es. De lo mucho que vale para las personas que realmente sabemos lo que hay detrás de una cara bonita.

Saco una sartén y la pongo sobre la vitrocerámica con el fuego encendido a baja temperatura. Soy un cocinero lamentable, cualquier persona que me conozca un poco puede corroborarlo, pero he jugado mis cartas para no dejar la sorpresa en manos de mis inexistentes habilidades culinarias.

Anoche, le pedí a Maya —la mujer que se encarga de que no me muera de hambre y siempre tenga algo decente en casa con lo que alimentarme— que preparase una masa para hacer tortitas y siropes caseros de varios sabores. No quería a nadie merodeando por el ático mientras Emma y yo estuviésemos en casa, así que tendré que conformarme con unas instrucciones básicas y los recursos que me dejó ayer Maya en la nevera.

Son solo unas tortitas, Eric. No es tan complicado.

Esparzo la cantidad de mejunje amarillento que hay escrita en una nota de papel en la nevera, e intento distribuirla por la sartén de forma equilibrada. Cuando unas burbujas se forman en la superficie

tal y como Maya me había indicado que pasaría, le doy la vuelta con cuidado.

—No es preciosa, pero seguro que está buena —susurra una voz a mi espalda que me hace sobresaltarme.

—Joder, ¿podías hacer un poco de ruido la próxima vez?

Emma está prácticamente pegada a mí cuando me giro. Lleva una camisa blanca muy arrugada que seguramente ha rescatado del montón de ropa sin planchar que descansa sobre el diván de mi habitación habitualmente.

—Si no te concentras se va a quemar.

Rápidamente me vuelvo a dar media vuelta para encontrar la sartén humeante. Puede que uno de los lados haya quedado más dorado, pero no está quemada.

—Siéntate y deja de distraerme —ordeno.

—Tony me ha llamado para pedirme que vaya al taller. El otro día le prometí que íbamos a ir, y cuando me escribiste me fui a casa corriendo y les dejé plantados.

—¿Por qué te fuiste a casa?

—Porque sabía que, si no respondía, vendrías a buscarme.

Su sonrisa pícara empieza a ser una de mis cosas favoritas en la vida. ¿En qué momento se ha convertido en alguien que me conoce tan bien como para anticiparse a mí?

—Desayunamos y te llevo —añado mientras deslizo un plato sobre la isla de la cocina en su dirección. He colocado tres tortitas, las que he considerado más bonitas, y sobre ellas un chorro de sirope de chocolate junto con unos arándanos.

Sin dedicarle ni un mínimo pensamiento, corta un pedazo y lo arrastra sobre el charco de chocolate para llevárselo a la boca.

—¿Cómo fue la reunión con tu equipo?

Se encoge de hombros sin levantar los ojos del plato.

—Valeria no está contenta, a los demás no les importa lo más mínimo. ¿Hablaste con tu representante?

—Habló él. Yo solo quería que se largase.

Sirvo café en una jarra y lo dejo en el centro de la isla, y me siento frente a ella.

—Siempre he estado preocupada. —Suelta los cubiertos sobre una servilleta de papel blanca y se apoya sobre el respaldo de la silla —. Cuánto peso, qué talla uso, si duermo lo suficiente o voy a tener bolsas en los ojos… me he pasado toda mi vida preocupada.

Emma lleva desde muy pequeña cargando un peso sobre sus hombros que nunca le ha correspondido. El peso de una familia desestructurada. El peso de mantener económicamente a una madre abusiva. El peso de una carrera de éxito.

Las personas no pueden mantener esa carga emocional de por vida. Nadie lo soportaría.

Todos necesitamos algo o alguien en nuestras vidas que nos hagan olvidar el peso que llevamos sobre nosotros. Una persona. Un pasatiempo con el que evadirnos. O simplemente soltar una parte de ese peso que haga lo demás un poco más ligero.

—Siempre he creído que mi carrera iba a durar poco y debía aprovecharla al máximo durante todo el tiempo posible. Que llegaría el día en que mi físico no valdría para desfilar sobre una pasarela, o para promocionar ropa interior.

—Mi carrera tampoco es para siempre. Un futbolista empieza su declive profesional a los treinta y pocos. Pero decidí disfrutar del tiempo que durase, fuese cuanto fuese.

—Yo llevaba años sin disfrutar de nada… hasta que te conocí a ti.

Un escalofrío me recorre el estómago hasta la garganta, y un cosquilleo se acomoda en mis oídos como si lo que estuviese escuchando fuese el puto canto de una sirena.

—He empezado a dormir mejor. He vuelto a comer cosas que llevaba desde los diez años sin comer. Y he empezado a ver mi cuerpo como algo más que una simple herramienta de trabajo.

—Más que una herramienta de trabajo, yo lo calificaría como un templo.

—Cállate, intento ser sentimental.

—Me encantaría decirte que yo también he cambiado por ti. Que soy mejor persona y he dejado de lado mis impulsos agresivos y todo eso que suena tan bien, pero no quiero empezar una relación mintiendo porque desde que estoy contigo siento la necesidad

constante de arrancar los globos oculares de hombres a los que no conozco por la forma en la que te miran.

—Muy poético —ríe.

—Charlie me dijo que esto me beneficiaba —digo volviendo al tema anterior—. Yo sé que estar contigo es algo que ensalza mi imagen fuera del pozo en el que yo mismo la había enterrado, pero quiero que sepas que esa nunca ha sido mi intención. He querido mejorarla, sí, pero para poder estar contigo sin perjudicarte, así que utilizarte nunca fue para mí la forma de arreglar nada.

—Lo sé. Confío en ti, Eric.

Confío en ti.

Es la primera vez en mi vida que alguien que no formaba parte de ella antes del fútbol, la fama, y los problemas, dice que confía en mí.

Ni si quiera mi propio equipo ha confiado nunca en mí. Charlie tampoco lo hace. Ni si quiera yo lo hago la mayoría del tiempo.

—La foto es mona —señala mientras observa la pantalla de su móvil.

—¿Qué foto?

—La que está por todas las revistas. Un poco cutre para ser nuestra primera foto, pero iremos mejorando. Supongo que el periodista que la hizo es principiante porque la calidad es horrible.

—Teniendo en cuenta la joya que tuvo en la mano al ser el único que poseía esa foto, me extraña que a nadie le importe lo mal fotógrafo que es.

Asiente con desinterés mientras bebe del vaso de zumo natural que le he servido.

Es cierto que la foto es mala. Muy mala.

Y aún así, estoy deseando enmarcarla y colgarla del salón cuando esto no sea más que una anécdota de la que reírnos juntos.

Capítulo 35

Emma

—Esta mañana me ha llegado esto para ti —dice Charlotte, mientras me entrega una enorme caja de color negro con el logo de Swan—. Pensé que el vestido blanco era definitivo.

No tengo ni la menor idea de lo que es. Eric está merodeando por el taller tocando todo lo que se va encontrando a su paso como un niño pequeño rodeado de juguetes, mientras Tony atiende una llamada de teléfono, y yo hablo con Charlotte.

—No tenía ni idea de que enviarían nada más, te lo prometo —explico.

—No hay problema. Ábrelo si quieres para saber qué es. ¿Quieres probarte el vestido otra vez?

—Eh… preferiría que lo dejásemos para dentro de dos o tres días.

Está mañana me he despertado con la sorpresa de que se me había adelantado el ciclo unos días, lo cual me ha estropeado la prueba de vestuario de hoy. Según mis cálculos —y teniendo en cuenta que habitualmente mi menstruación dura unos tres días—, tendría que haberme venido después de la prueba de hoy, y haber terminado justo para la gala.

No estoy dispuesta a manchar el vestido. Además de que me duele todo el cuerpo y tengo la tripa hinchada.

—Por supuesto. Si te sigue apretando un poco cuando lo probemos en unos días puedo ponerle alguna banda elástica disimulada en las costuras para ganar un par de centímetros y que te muevas con más facilidad. No te preocupes demasiado porque para todo hay una solución.

—¿Eso se puede hacer?

Charlotte se gira bruscamente en mi dirección de nuevo, y me mira como si lo que estoy diciendo no tuviese ningún sentido para ella.

—Claro que se puede. En unas pocas horas se puede tener arreglado. ¿Nunca habéis tenido que hacer un arreglo de emergencia en estos años de algún vestido que te apretara en el último momento? Es una cosa muy habitual sobre todo en mujeres, nosotras nos hinchamos de forma inesperada a veces y no se puede controlar.

—Bastien nunca me ha dicho que eso se pudiera hacer. Siempre se ponía histérico si algo no me quedaba como debía y lo que hacíamos es que hacía una dieta estricta durante unos días para solucionarlo.

Charlotte resopla con desesperación mientras arquea las cejas. Puede que dicho en voz alta suene algo fuerte y desmesurado, pero yo nunca he creído que la gente que me rodea y trabaja conmigo hiciese las cosas mal, siempre creí que si algo no funcionaba era mi culpa.

Que yo debía solucionarlo.

—No quiero desprestigiar el trabajo de nadie —aclara—, pero un estilista está para eso, no para decirte qué debes comer o las medidas que debes tener, Emma.

—¿Habláis de la rata francesa? —interviene Tony—. ¿Cómo se tomó que fueras a sustituirle?

—No muy bien… lleva varios días sin aparecer por el taller.

El único motivo por el cual Bastien no ha despedido a Charlotte para quitársela de encima, es porque el dueño del edificio dentro del que se encuentra el taller es su padre. No es tan estúpido como para renunciar a un local como este en una localización ideal solo porque la aprendiz le ha robado un cliente.

Además, la aprendiz es mil veces mejor que él.

—¿Qué es esa caja? —pregunta Eric.

—¡Uy! Fallo mío —exclama Tony—. Olvidé avisaros de que me llegó un correo de Swan para avisarme de que mandarían eso esta semana. Charlotte, ¿quieres bajar conmigo a tomar un café mientras ellos abren la caja?

Muy desconcertada, la chica le sigue y abandonan el taller.

Nos miramos unos segundos sin saber qué decir, y parece que ambos tomamos la decisión ese abrir el paquete en silencio para

comprobar el contenido.

Dejo la caja sobre una mesa. Cuando la abro, una fina capa de papel de color negro cubre la parte superior, lo rompo y debajo hay un portatrajes con etiqueta de hombre y un papel que leo en voz alta:

Para Emma;

Desde el equipo con Swan y en coordinación con los organizadores del evento de la Stars Gala, te hacemos entrega de un traje de hombre para la gala a la que, después de la reciente información, podrá asistir en compañía del señor Eric Lafuente, si ambos así lo desean. No duden en ponerse en contacto con nosotros para cualquier consulta.

Equipo de Swan.

—¿Quieren que vaya contigo a la gala? ¿Yo?

Esbozo una sonrisa incrédula.

Si en algún momento creí que esa foto podía perjudicar a alguno de los dos, nunca estuve tan equivocada en nada.

De vuelta en el coche y con una enorme caja ocupando ahora el maletero, volvemos a casa de Eric.

El traje le queda como un guante. No han tenido que hacerle ningún arreglo, aunque he de reconocer que se me ha hecho la boca agua cuando lo he visto desnudarse en el taller.

Y creo que a Tony también.

Sigo con la tripa hinchada y empiezo a tener un martilleo en la cabeza que me perfora el cráneo con cada pequeño bache en la carretera, pero no puedo dejar que eso opaque lo contenta que estoy porque Eric haya aceptado tan rápido asistir a la gala conmigo. Cualquier persona le habría preguntado antes a su representante, pero él siempre hace lo que le da la gana.

Subimos a su ático con el traje para poder colgarlo y evitar que se arrugue. Mientras él sube las escaleras con la caja en las manos, yo me dejo caer derrotada sobre el enorme sofá, que ocupa toda la parte central del salón, y me coloco las dos manos sobre la parte baja del vientre. Sobre la mesa de café hay una caja de color

rojo con un pequeño cartel. Mi nombre está escrito a mano con bolígrafo, pero Eric no me ha dicho que fuese para mí.

Aunque lleva mi nombre, eso quiere decir que es mío, ¿verdad?

Abro la caja y en el interior hay una copa menstrual y varias bolsas de gominolas, bombones de chocolate, y demás dulces que no identifico.

—¿Eres tan cotilla que no podías esperar a que yo te la diese?

—Pone mi nombre, técnicamente me pertenece.

Se ríe y me señala el pasillo que hay frente a las escaleras, junto a la puerta de la terraza.

—Ves a ponértela. En el baño tienes antiinflamatorios para el dolor y la hinchazón.

—¿Desde cuando tienes tú todo este arsenal en casa?

—Desde que tengo novia.

—Yo uso tampones.

—Ya no. Esa basura es tóxica y mucho más peligrosa de lo que crees. He estado informándome y la mejor opción es el juguete ese de plástico con forma de campana. No tengo ni idea de cómo se usa, eso ya dejo que lo averigües tú sola.

—Cuando te pones en modo controlador, me pongo a cien. Solo para que lo sepas.

—Hoy voy a darle un descanso a tu precioso coño, cielo. Por mucho que no me importe ni lo más mínimo la sangre. Cuando hayas terminado ten una película pensada. Yo te prometo que no voy a quemar las palomitas.

Capítulo 36

Eric

Día de la gala

Mi amigo, el periodista cuyo nombre no recuerdo, y yo, hemos llegado al acuerdo de que el reportaje no se publicaría hasta pasada la gala de esta noche. Por suerte, voy a poder pisar esa ostentosa y pretenciosa alfombra roja sin la presión en el pecho de que la bomba que acabo de sacar a la luz me caiga en la cabeza a lo largo de la noche.

He dejado el salón a disposición total del equipo de Emma para que se sienta como en su propia casa, aunque empiezo a creer que ya es así. Llevamos más de una semana viviendo prácticamente juntos. La he llevado a cada sesión de fotos, campaña y compromiso laboral de los últimos días, a pesar de que ella insiste en pedir un coche a la marca para que la recojan a sabiendas de que no lo voy a permitir.

Por primera vez en mucho tiempo siento que estoy haciendo algo bien. El motivo por el que quiero hacer público todo lo que pasó con Harry, es porque en su momento intenté hablar con el equipo. Nadie me escuchó. Nadie tuvo en cuenta mi palabra. Todos creyeron al que tenía las heridas físicas. Al que hora sufre una lesión permanente por mi culpa.

Es lo mínimo que se merecía. A mí me echaron del equipo. Esa chica superará lo que pasó y probablemente siga adelante, pero nunca olvidará del todo cómo se sintió. El trauma vivirá como una pistola cargada en su cabeza de por vida, cuyo gatillo puede ser apretado por comentarios inocentes o bromas estúpidas, haciéndole revivir el trauma en los momentos más inoportunos.

Harry vive en una mansión con su mujer y sus hijos, y prácticamente se baña en dinero a pesar de no poder volver a jugar

nunca más. A sus treinta y tres años tampoco le quedaba una carrera muy larga. No puedes cometer un delito así y destrozar a una persona, seguir con tu vida como si no hubiese pasado nada, y simplemente no esperar que las consecuencias lleguen tarde o temprano.

Las consecuencias están en camino.

No voy a ser yo quien permita con mi silencio que esa chica vea la cara de el desgraciado que abusó de ella en programas deportivos.

O entrenando a un equipo en el futuro.

Tiene que costarle más. Tiene que costarle algo que le duela hasta el día en que la muerte decida llevárselo. Que le haga vivir una agónica y larga vida de lamentos y tortura. Y por supuesto, que sienta escalofríos en todo el cuerpo cada vez que vea, imagine, o piense en algo similar a lo que él hizo.

El equipo puede que no sea culpable directo, pero tampoco me escucharon. Una acusación tan grave como la que yo hice debe someterse a investigación, pero ellos decidieron olvidarlo. Era más fácil actuar como que si no hubiese pasado nada. Sacar al violento del equipo que le había pegado una paliza a su propio capitán, y enterrarlo todo.

Qué pena que, como las semillas de una flor, este secreto enterrado esté a punto de florecer.

Aún así, me siento intranquilo. No es una noticia que se vea todos los días. En todo el mundo, los deportistas de élite, especialmente los futbolistas, son ídolos para millones de personas. Pero en vez de comportarse como ídolos, cometen los peores delitos con la certeza de que su riqueza y su posición les protegerán de todo. Saben que no irán a la cárcel, y de ser así, tienen el dinero suficiente para pagar la fianza que les impongan y seguir con sus vidas. Como si nada.

Emma y yo estuvimos hablado del tema antes de la entrevista. Quería que estuviese al tanto de todo. Al fin y al cabo, todos los movimientos que haga uno de nosotros, de alguna forma afectan al otro. A pesar de que me dijo que estaba de acuerdo y que

hacía lo correcto, tenía la mirada congelada. Me miró con los mismos ojos fríos como el hielo que tenía cuando la conocí.

Y que hacía mucho que no veía.

Anoche volvimos a hablar del tema, y le repetí que si había algo que quería que cambiase, estábamos a tiempo de hacerlo, pero dijo que no. Que estaba todo bien.

Por su tono de voz yo sé que hay algo que no está bien.

El timbre del portero suena, y bajo las escaleras rápidamente para abrir. Emma está sentada rodeada de gente, mesas plegables llenas de maquillaje y únicamente cubierta por una bata de seda de color violeta.

Activo la pantalla del videoportero y veo a Tony con varios bolsos colgando de ambos brazos y una pila de cosas en las manos que soy incapaz de identificar.

—Emma.—Me mira con los ojos llenos de ilusión por lo que está a punto de pasar esta noche, y le da un sorbo al agua con gas que le he servido en un vaso antes de que empezasen a trabajar—. Bajo a ayudar a Tony. Estoy pensando en regalarle un remolque con ruedas para que deje de parecerse Anne Hathaway en *El Diablo viste de Prada* cada vez que lo veo.

Emma se ríe ante la referencia que he hecho sobre la película que vimos hace tres noches, y que sorprendentemente me gustó.

Sé la ilusión que le hace esto. Sé lo mucho que se lo merece. Lleva mucho tiempo trabajando para conseguir todo esto. A mí también me hace ilusión que quiera compartirlo conmigo, pero me duele que siga sin confiar en mí lo suficiente como para tener algo en la cabeza que no me cuenta.

Puede que, al final, sea verdad que nunca voy a ser lo suficientemente bueno para ella.

Tal vez, en el fondo, lo sepa.

Emma

Me ha costado más de lo que pensaba meterme en el coche. La parte inferior del vestido es delicada y a la vez rígida, así que hemos tenido que pedir un vehículo más grande en el que pudiese ir de pie.

Por suerte, el trayecto hasta el edificio no ha llegado a veinte minutos. Para no complicar más las cosas con unos zapatos de tacón, he ido descalza hasta que el coche se ha detenido por completo para que saliésemos junto a la carpa donde empieza la alfombra roja.

Me siento algo más relajada que los últimos días en lo que a periodistas y prensa se refiere. Por otro lado, siento a Eric algo más serio de lo habitual. Estoy tan acostumbrada a que sea él quien me saque una sonrisa a mí, que estos días he echado de menos los hoyuelos en sus mejillas.

Tan pronto como uno de mis zapatos de tacón y lazos blancos tocan el asfalto, los periodistas están preparados con las cámaras enfocando hacia nuestro coche, listos para tirar fotos a pesar de que no saben qué celebridad llega en cada vehículo.

He desfilado infinidad de veces para marcas muy conocidas, he hecho campanas mundialmente famosas, y hasta he salido en televisión, y no soy ni de lejos la persona más importante de aquí. Eric, sin ir más lejos, es bastante más popular, lo cual hace que esta noche yo vaya a recibir mucha más atención de la que habría tenido sola.

Los disparos de las cámaras no tardan en llegar cuando el coche se aparta y nos deja al descubierto. Llevo una enorme capa blanca que cubre el vestido para que no haya fotos de él en la calle antes de llegar a la alfombra. Caminamos unos pasos hasta entrar por la parte delantera, junto a los hombres de la empresa de seguridad que se encarga de que todo esté en orden. Ambos sacamos nuestros documentos de identidad, nos buscan en una lista interminable repleta de nombres influyentes en la industria de la moda y la música, y nos permiten pasar.

Toda la entrada está cercada por vayas metálicas. Solo los periodistas con acreditación por parte de los organizadores del evento pueden pasar al interior y cubrir la alfombra roja. Todos los fanáticos y demás prensa deben conformarse con las fotos que sean capaces de tirar en la calle antes de que las celebridades crucen las vallas, porque a partir de ahí, no se ve nada desde la calle.

Cruzamos unas grandes puertas dobles de madera, y en el interior del edificio, nada más entrar, se puede apreciar un enorme salón cuyo recorrido está marcado por una alfombra de color rojo carmesí. Hay unas vallas cubiertas de plumas blancas en honor a la temática de este año, y los periodistas se encuentran detrás, a ambos lados de la alfombra. Prácticamente están unos apilados encima de otros para lograr las mejores fotografías desde la primera fila.

Antes de pisar la alfombra y que sea el momento en que realmente todo empiece, no puedo evitar dar un último repaso mental a cada detalle: el vestido, mi pelo, la expresión facial con la que voy a entrar… todo es importante.

El corazón me martillea las costillas, alterado, con más fuerza de la que me gustaría. Me había prometido a mí misma que lo tomaría con tranquilidad, pero aquí está mi cuerpo traicionándome una vez más en alianza con mi cabeza.

¿Qué pasa si digo algo equivocado?

¿Qué pasa si piso el vestido y lo rompo?

¿Qué pasa si en realidad no debería estar aquí y la gente se da cuenta?

Una chica morena con el pelo recogido en un moño muy estirado se acerca a nosotros.

Somos los siguientes en entrar.

—¿Prefieres entrar con la capa quitada, o te la quitas en la alfombra?

Pienso rápido y no sé qué contestar. No quiero equivocarme. Quiero tomar la decisión correcta.

Normalmente, cuando me encuentro en una situación así y me quedo en blanco, Tony está cerca para dar la respuesta adecuada. Lo que yo habría dicho si mi cerebro no decidiese apagarse en situaciones de estrés.

—Me la quito ahora, creo.

—Vale, dámela y la dejamos en el guardarropa por si quieres llevártela más tarde, Emma.

Sabe quién soy.

Me desabrocho el nudo de la capa a la altura del pecho, y Eric se encarga de deslizar el tejido de seda por mis hombros para recogerlo y entregárselo a la chica.

—¿Y eso? —pregunta muy confundido.

—Me los ha hecho Charlotte. Se los pedí el día que abrimos tu traje. Quería llevar algo a juego contigo.

El traje de Eric es un pantalón negro y unas botas a juego. En la parte superior, una americana negra de lentejuelas plateadas cuyo corte es a la altura de cintura, se abre y deja su musculado pecho al descubierto. Y ese tatuaje que nunca he llegado a descubrir qué es. Ya que la gala se centra en la marca de Swan, la ambientación se ha inspirado en el lago de los cisnes. Mi vestido es un corsé rígido de color blanco, con unas decoraciones alargadas simulando unas pequeñas alas en los hombros. La parte inferior es una abultada falda que cae hasta el suelo, cubierta de plumas blancas colocadas meticulosamente para cubrir hasta el último centímetro de tela. Aproveché los colores de nuestros trajes, y le temática, para encargarle a mi nueva estilista unos guantes de látex que se ajustasen a mis brazos y se difuminasen sobre mi piel de forma natural, dando una sensación de transformación.

Cómo si él fuese un cisne negro, y yo uno blanco que cambia de color.

Una de las cosas que siempre me ha fascinado de esta gala al verla por televisión, era lo mucho que trabajan las estrellas en su vestimenta. Es de las pocas ocasiones en las que da igual lo extremo y exagerado que parezca tu atuendo: si cumple con la temática, serás noticia al día siguiente.

Me pareció una forma divertida de jugar con la temática, y de unir un poco nuestros vestuarios para complementarlos.

Además, a Charlotte le pareció una idea estupenda.

—Estás preciosa, Emma. Como todos los días —dice con los ojos brillantes.

A veces me cuesta creer que alguien a quién todos creen conocer de forma tan equivocada, pueda realmente ser tan noble, amable y a la vez atractivo. Y me gustaría que el mundo pudiese verlo a través de mis ojos algún día.

Sonrío y estoy segura de que hasta me sonrojo. Me hace cumplidos a diario, y aún me cuesta creérmelos sin buscar una razón por la cual me diría cosas bonitas. En el fondo sé que lo hace porque quiere. Y porque realmente tiene una visión de mí diferente a la que tengo yo de mí misma.

En mi vida, nunca me había sentido tan querida como me siento desde que él apareció.

Me siento escuchada. Me siento apreciada. Pero, sobre todo, me siento querida, muy querida.

Cuando estoy decidida a confirmarle a la chica que estamos listos para pasar, una mano roza mi hombro desnudo. Un escalofrío me recorre cada centímetro del cuerpo.

Aún no tengo ni idea de quién es, pero tengo una sensación horrible.

Me doy media vuelta prácticamente al mismo tiempo que Eric, y detrás nuestro, lo veo. Sigue teniendo la misma cara. El mismo pelo blanco. Los mismos ojos azules. Casi siento arcadas al ver una sonrisa dibujarse sobre su rostro al verme, y aún más al darme cuenta de que me ha tocado el hombro. Ni si quiera intento esconder el rechazo que me produce, mi cara es una expresión viva y absoluta de desagrado.

—Emma, ¿te acuerdas de mí? —suelta sin más. Si hubiese tenido la opción de borrarlo de mi cabeza para siempre, lo habría hecho hace años.

—William —afirmo en un intento desesperado por sonar serena.

William Dominc es el dueño y fundador de Olyssia, una marca de joyas de lujo especializada en diamantes. Pero, si me preguntáis a mí, es simplemente un cerdo asqueroso.

—Has crecido mucho desde la última vez que te vi —su sucia mano roza mi antebrazo derecho, y se me eriza la piel al instante. Siento una necesidad asfixiante de arrancarme la piel de todos los rincones de mi cuerpo que haya tocado, pero eso es una superficie demasiado amplia para sobrevivir—. Sigues siendo una mujer preciosa.

Mi respiración empieza a ser algo agitada, noto como mi pecho se mueve con rapidez. No soporto que esté tocándome, pero aún menos ser completamente incapaz de decirle que me suelte.

Verlo me hace volver a sentirme una niña indefensa, lo que era cuando nos conocimos.

Mis ojos descienden hasta su agarre. Sus dedos se deslizan sobre mi piel en forma de caricia, pero yo siento como si cada movimiento fuesen cuchillas arrastrándose, abriendo mis venas.

—Suéltala —ordena Eric.

Puedo escucharlo, pero su voz suena lejana, como en eco. Es como si mi cabeza hubiese encontrado una manera de protegerme de lo que me hace daño, alejándome de la realidad. Como si todo lo que está pasando, yo lo viese a través de un pequeño agujero.

—Te he dicho que la sueltes, no me hagas repetírtelo —insiste dando un paso al frente para cubrirme.

—Ella tiene una boca preciosa. Si quiere que la suelte, puede pedirlo ella misma.

Mis ojos siguen perdidos en el sitio donde sus dedos han empezado a hacer presión sobre mi brazo, pero no siento nada. Solo veo como se hunden en mi piel por la presión que está ejerciendo. Aparto la mirada, pero no quiero volver a mirarlo a los ojos, porque estoy a punto de echarme a llorar.

—Sácame de aquí, por favor —suplico en un susurro con la voz rota.

En algún momento, su mano me termina soltando, y camino de forma automática con la mirada desconectada.

Y un intenso olor a limón se cuela en mi nariz.

Capítulo 37

Eric

—Si no la sueltas ahora mismo, saldrás en las fotos con un precioso collar morado en forma de mis putas huellas.

Suelta a Emma de golpe y levanta las manos como si fuese un pobre inocente.

—No tienes ni idea de quién soy, chaval —susurra lo bastante alto como para que solamente yo pueda escucharlo—. Y ella no es cómo tú crees.

—Estás a dos palabras de cambiar el collar por una nariz rota. Mucho más escandaloso y sanguinario, si me preguntas.

Se aleja de nosotros de inmediato y yo agarro la mano de Emma con fuerza en busca de un baño donde devolverla a la realidad con algo de privacidad.

Unas cuantas caras de desaprobación y muchas preguntas de trabajadores sin responder más tarde, entramos en un aseo, y cierro la puerta con el seguro.

Sus ojos están perdidos en algún lugar detrás de mí. Su mirada fría y ausente no se focaliza en ninguna parte en concreto.

—Emma —digo al tiempo que agito sus hombros cuidadosamente para no hacerle daño—. Emma, soy yo, Eric. ¿Quién era ese tío?

Poco a poco siento como su piel va recuperado su color, y sus ojos se llenan de lágrimas.

Un fugaz presentimiento me dice que, lo que sea que pasa, tiene algo que ver con el motivo por el que ha estado tan distante estos días, pero no quiero sacar conclusiones precipitadas. Debe ser ella la que deposite de forma voluntaria la confianza suficiente en lo que tenemos como para ser sincera y contármelo.

—Tenemos que volver.

—¿De verdad no vas a decirme nada? Acabo de enganchar a un tío del cuello por ti. He tenido que traerte hasta aquí completamente ausente.

—No te he pedido que lo hagas, Eric. Ha sido…

—Lo habría asfixiado con mis propias manos si me lo hubieses pedido, Emma. ¿Todavía no lo entiendes? Haría cualquier cosa por ti, a pesar de que no confíes en mí.

Sus lágrimas se derraman como un río desbordándose sobre sus mejillas. Puedo ver sus manos temblorosas bajo los guantes.

Presenciar a Emma en estado de destrucción absoluto es lo más cercano a que me arranquen el corazón y lo destrocen con las manos que he sentido nunca.

—Sí confío… —solloza.

—Ey, ey. Para. — Cojo un trozo de papel de una caja de pañuelos que hay sobre el mármol de los lavabos—. Emma, por favor. No sé quién coño es, pero no se merece que le dediques ni una sola lágrima. Yo estoy aquí.

Limpio sus lágrimas con delicadeza para no estropear el maquillaje dando suaves toques sobre su piel sin arrastrar el papel.

—Nunca voy a poder ser una persona normal, Eric. Soy un juguete roto, y siempre voy a serlo.

Puede que este es el momento en que mi alma se ha roto en pedazos como si estuviese hecha de cristal. No soporto escuchar la forma en la que se odia a sí misma por culpa de otras personas. Por cosas que no tienen absolutamente nada que ver con ella.

—Escúchame. Necesito que te relajes y dejes de hiperventilar porque eso solo va a empeorar las cosas. Te mereces esto más que nadie. No permitas que ese gilipollas de lo quite.

—No sería la primera vez que me quita algo sin permiso — afirma entre lágrimas descontroladas.

Siento un impulso casi sobrehumano de salir a romperle las piernas a golpes delante de todas las cámaras. No quiero sacar conclusiones precipitadas, pero si Emma realmente se refiere a lo que estoy pensando, ese tío tiene muchos problemas por delante en camino.

Porque no hay persona en el mundo capaz de hacerle daño a Emma sin que yo haga auténticos destrozos en su vida.

Me cueste lo que me cueste.

—Emma, ¿tú confías en mí?

—Más de lo que confío en mí misma, ¿por qué?

—No quiero salir ahí pensando que hay algo que sientes que no puedas contarme. Quiero ser el sitio al que corras cuando te pasa algo. Bueno o malo.

—No me gusta sentirme una víctima, ¿sabes? Hay demasiadas cosas en mi vida que no me permiten adoptar ese rol —se seca los restos de humedad de las mejillas ella sola y entrelaza sus dedos con los míos usando la otra mano—. ¿En algún momento has pensado que no confío en ti? ¿Es por eso que has estado serio todos estos días?

—Llevo desde que entré en el equipo sintiéndome insuficiente. He tenido que ser alguien que no soy durante años para conseguir lo que tengo, y la única vez que me he comportado como realmente quería, me han dado una patada y me han echado del equipo sin importarles lo más mínimo. No quiero seguir sintiendo que no soy suficiente. O que sería mejor si fuese de otra manera.

Su sonrisa es casi una venda para mi alma. Mis trozos se juntan de inmediato al sentir sus dedos hacer presión sobre los míos al escucharme hablar.

—Siento mucho haberte prejuzgado cuando nos conocimos. Ya te dije que me equivoqué y es la verdad, y te lo repetiré todos los días las veces que lo necesites escuchar para que me creas. Quiero contarte todo lo que llevo dentro. Las cosas bonitas y las muchas horribles que me han convertido en lo que soy ahora. No hay nada de ti que cambiaría jamás, porque nunca antes nadie me había hecho sentir como tú. Nunca —su mirada baja hasta nuestras manos. Suelta el trozo de papel en la papelera, y me agarra la otra mano con fuerza —. Hay cosas que a día de hoy me siguen doliendo mucho. Si he estado un poco rara estos días es porque Tony me dijo que William estaba invitado. Tenía la esperanza de no cruzarme con él, pero era obvio que me iba a buscar porque sabía que derribarme con solo verme era tan fácil como tirar un castillo de naipes de un soplo. Gracias por defenderme cuando yo sola no puedo. Y gracias por dejar que me sienta segura hasta cuando todo lo que me rodea me da miedo, solo porque estas tú.

Mierda. Algo húmedo me roza la piel de la mejilla.

Suspiro para recuperar el oxígeno que me ha quitado su discurso, y me limpio los ojos con mucha menos delicadeza que lo he hecho con ella.

La agarro de la nuca, y la acerco con suavidad a mí para darle un beso en la frente.

—Vámonos antes de que sea demasiado tarde y te lleve a casa conmigo a rastras sin pasar por la alfombra roja.

—Eric —irrumpe cuando yo ya caminaba a la puerta con su mano agarrada—. Quiero que sepas una cosa antes de salir.

—Claro, dime.

—Te quiero.

Suspiro y me río de forma burlona hasta que consigo desconcertarla.

—Llevo obsesionado contigo desde el primer día que te vi. Puede que me enamorase de ti antes de si quiera haber hablado contigo dos veces. Gano yo, preciosa.

—Eres idiota —ríe.



—Yo también te quiero, Barbie.

Caminamos de vuelta por el pasillo entre las demás personas invitadas que hacen fila para entrar a la alfombra de forma ordenada según van gestionando los trabajadores.

—¡Dios mío! Pensaba que os habíais ido. ¿Estáis listos para salir? —exclama muy agitada la chica que antes casi me asesina con la mirada al ver que nos marchábamos.

Emma me mira, yo la miro a ella, y los dos sabemos que el otro está diciendo que sí con los ojos.

Ambos damos un paso al frente al mismo tiempo.

—Chicos, antes de salir recordad que os tenéis que ir parando. No caminéis sin más por la alfombra. Hay más ayudantes dentro que os van a ir diciendo dónde parar y hacia qué lado mirar, ¿vale? —sin parar de hablar ni para coger aire, continúa—: Al final de la alfombra hay un par de periodistas y una cámara de televisión en directo donde os harán preguntas. Cuando acabéis ahí es cuando ya pasáis al salón para el cocktail. ¡Suerte!

Se aleja corriendo a la siguiente persona que se está alisando el vestido con las manos antes de salir para cantarle el mismo discurso, como si fuese un disco rayado, y nosotros entramos en la sala desde el lateral derecho.

Hay fotógrafos por todos lados.

A ambos lados de la alfombra veo disparos de cámaras que no cesan en cuanto entramos en su campo de visión. Emma está posando con una sonrisa natural y preciosa en los labios, mirándome a cada paso que damos para asegurarse de que yo también me sienta cómodo.

Sabe que estos eventos no son lo mío. Lo que no sabe es que mañana va a haber fotos nuestras en todos los rincones de la ciudad, y yo pienso enmarcarlas todas para redecorar las pareces de mi salón.

Nuestro salón.

—¡Emma! ¡Aquí por favor!

—¡Eric, una foto juntos aquí!

Joder, escucho nuestros nombres desde todas las direcciones y ya no sé hacia dónde girarme. Todos sacan fotos al mismo tiempo y no hay forma de encontrar la postura correcta. En cambio, Emma, lo lleva en las venas. Está posando con una naturalidad abrumadora, moviéndose de forma rápida para cambiar de postura y que salgan buenas fotos desde ambos lados de la alfombra.

Y yo he dejado de posar —si es que he conseguido hacerlo en algún momento— y me he quedado embobado mirándola a ella.

—Chicos, diez segundos mirando hacia un lado. Posar como queráis, media vuelta y otros diez posando hacia el otro. No los escuchéis a ellos porque vais a perder la cabeza, ¿sí? —dice una mujer rubia señalando a los fotógrafos—. Cuando os avise yo, camináis hasta el siguiente asistente, mientras tanto tenéis que posar cerca de esta marca. —Señala una casi invisible marca de color negro sobre el fondo rojo del suelo, y se aleja a paso rápido.

—Esto no es lo tuyo, Estrellita —se burla Emma.

Me agarra la mano, nos colocamos hacia un lado durante unos segundos, durante los cuales yo decido que mis fotos van a ser todas con la misma pose, y dejamos que nos fotografíen durante varios segundos. Ella es quien me va guiando para que nos giremos y hagamos lo mismo del otro lado.

—Esto es muy estresante —me quejo.

—Luego nos encargamos de eso a solas —contesta sin apenas mover los labios para que nadie más sepa lo que dice.

Las voces no cesan desde todas las direcciones, pero por un segundo siento como si todo se quedase en absoluto silencio. Ella me mira, y ambos nos ponemos de perfil para los dos lados de la alfombra. Agarro su cintura de forma inconsciente, pero natural. Ella me roza la mejilla con el guante. Bajo la mirada hasta sus carnosos labios rosados, y me paso la lengua por los míos.

Joder, está tan guapa. Ni si quiera me importa que esto vaya a salir en todas las malditas fotos.

—Estás muy guapo —susurra mientras me roza el labio inferior con el pulgar.

—Espero que ese vestido no sea muy caro, porque voy a follarte con él puesto hasta que pierda la última pluma, cariño —digo de forma discreta intentando no vocalizar demasiado.

Ella se sonroja y ríe de forma segura, la sonrisa que tiene en las fotos que hay de ella en internet. Con la única diferencia, de que ahora yo puedo disfrutarlas en privado.

Y hacerla reír yo mismo.



Cuando salimos del evento son más de las dos de la madrugada.

Estoy hambriento y el ruido ensordecedor de la sala en la que, supuestamente, podíamos cenar, todavía me tapona los oídos.

Para ser una gala tan pretenciosa, la comida es un asco.

Emma sigue hablando con una mujer morena de ojos verdes que compartirá desfile con ella en unos meses, y yo me he apartado al otro lado de la calle para respirar en un sitio que no esté repleto de desconocidos.

—Parece tan inocente que cualquiera diría que mis dedos han estado en ese coñito cuando solo era una cría —suelta una voz familiar tras el coche sobre el que estoy apoyado.

La sangre me hierve y me quema las venas inundadas de ira de una forma que jamás antes había sentido. Me giro de forma abrupta y veo al hombre canoso de antes con un cigarro encendido en los labios, y cara de póker.

Emma sigue hablando con su amiga, y en la oscuridad de la noche mis demonios dan rienda suelta a su creatividad de la forma más destructiva posible.

Me deshago de la americana, y la suelto sobre el capó polvoriento del coche. Rodeo el vehículo hasta estar detrás, y ahí está William, fumando su cigarro apoyado sobre el coche como si nada.

—Eres de esos pretenciosos pijos trajeados que piensan que el dinero puede comprarlo todo, ¿verdad?

—Con un poco de tiempo, y el dinero que tú tienes, no serás muy diferente a mí, créeme. Llegará un día en que su carita de ángel y su coño mojado no sea bastante, y quieras más.

Ladeo una sonrisa, y de un solo golpe en la cara, consigo tirarlo al suelo. Su edad no le permite reaccionar con agilidad suficiente, y apoyo el pie sobre su pecho para evitar que se levante del suelo.

—Dime qué mano es.

—Chaval, estas completamente loco. No sé de lo que hablas.

—Una fractura de costillas es peligrosa, William. Imagina el destrozo si te perforo el pulmón. Sacrificar una mano es mucho más sabio, créeme.

Su cara expresa el completo horror que describen mis palabras, y se da cuenta que, lo que digo, no es solo una amenaza al aire. Voy a cumplir cada palabra.

Su pecho vibra descontrolado bajo mi pie con la intención de devolver unos niveles de oxígeno normales a sus pulmones, y ejerzo más presión para evaporar esa posibilidad.

—La derecha —confiesa casi sin aire y el pómulo ensangrentado— le acaricié el coño con la mano derecha, capullo.

Mi pie desciende un poco más, hasta que se ve obligado a toser y jadea en busca desesperada de aire cuando estoy a punto de asfixiarlo. Levanto el pie y coloco su mano derecha sobre el bordillo de la acera, junto a la rueda del coche mientras él intenta recuperar el aliento.

Levanto la bota para coger impulso, e intenta mover el brazo para evitar lo que tengo preparado para él. Error fatal.

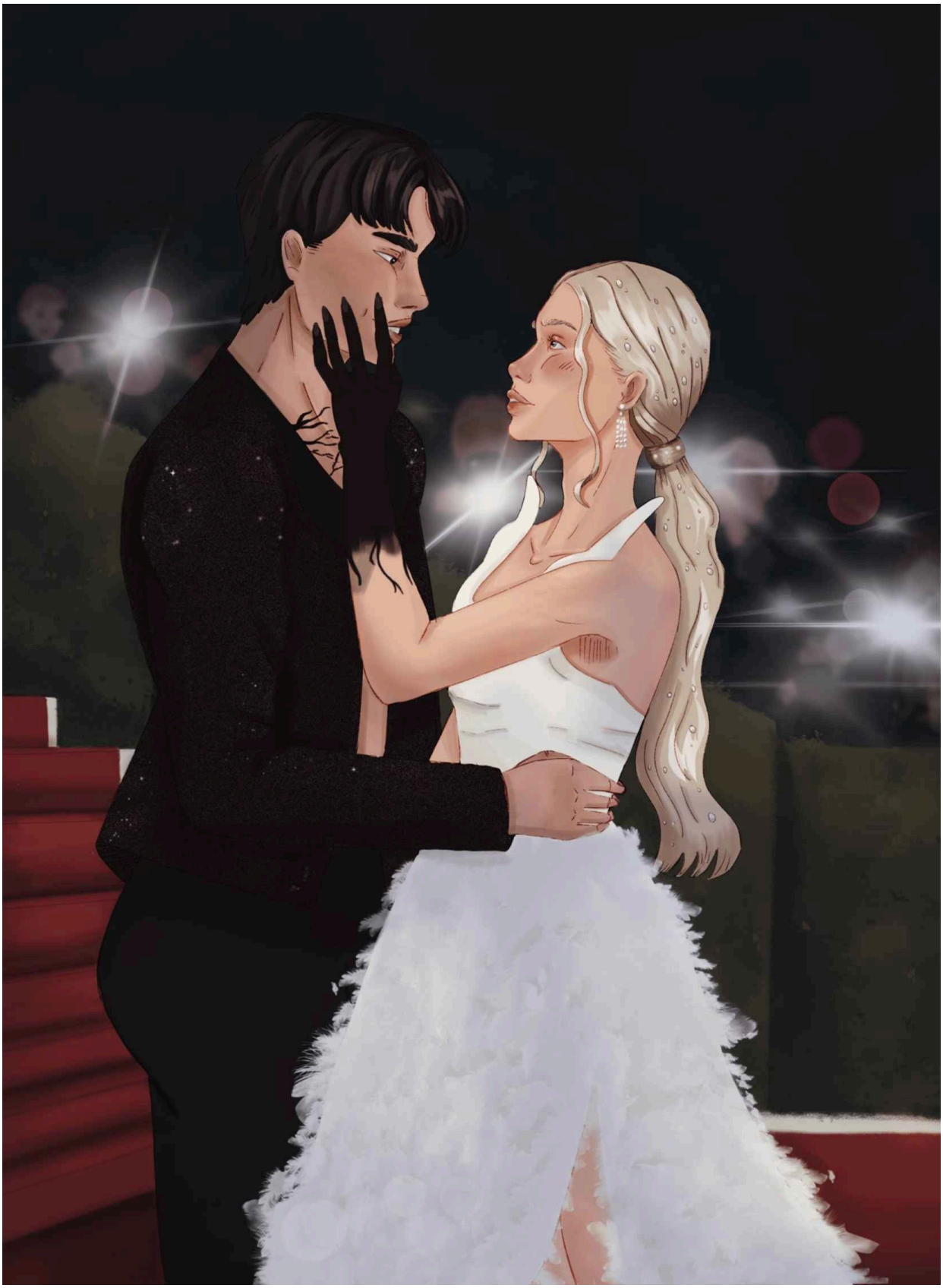
Antes de que pueda liberarse, dejo caer la pierna sobre su mano con todo el peso de mi cuerpo. El tacón de la bota impacta con fuerza sobre su extremidad, y los crujidos de los huesos son perceptibles hasta que su grito de dolor ocupa todo el espacio.

—¡Shhhh! Calla imbécil. Emma está cerca y puede oírte.

La muñeca torcida en un ángulo antinatural sigue sobre el asfalto, y él intenta gatear lejos de mí con lágrimas en los ojos.

Pero a mí no me interesa lo más mínimo. Puede largarse.

—Emma, cariño. Vámonos —digo acercándome de vuelta a ella con la chaqueta sobre el brazo.



Capítulo 38

Emma

Las fotos de la gala inundan las redes sociales.
Varias revistas de moda prestigiosas, fotógrafos e incluso el propio perfil en Instagram de Swan hablan de nosotros en sus publicaciones cuando entramos por la puerta del ático de Eric.

—Me duelen los pies un montón —me quejo mientras Eric me deshace los lazos del tobillo para sacarme los tacones.

—Llevo unas botas y estamos en Julio en Nueva York. Tengo los pies cocinados como si fuesen filetes.

Dejo escapar una pequeña carcajada y me pongo en pie.

El salón está oscuro, pero puedo oler la comida que de alguna manera se ha encargado que estuviese esperándonos aquí, así que corro al piso de arriba por las escaleras para ponerme algo más cómodo y poder comer juntos.

—¿Has pensado qué película quieres ver?

Se deja caer sobre el sofá con el pecho al descubierto solamente vestido con unos pantalones cortos de color gris.

—Antes de nada, prefiero hablar contigo.

Asiente y se coloca un poco más erguido. Como si se estuviese preparando para recibir una mala noticia. Trago saliva con mucha dificultad e intento pensar por dónde debo empezar una conversación así.

Por su expresión, puede ver lo incómodo que esto me resulta, pero lo cierto es que necesito contárselo. Es algo que he decidido a lo largo de la semana.

—Emma, si no quieres hablar de ello todavía no tienes por qué hacerlo.

Quiero y lo necesito. Las cosas que me han pasado —incluidas las más dolorosas—, me han hecho la persona que soy. Alguien que estoy aprendiendo a querer más cada día gracias a él.

—Yo era… una cría. Tenía dieciséis años cuando conocí a William. Yo empezaba a hacer campañas para marcas más grandes por aquel entonces, pero todavía era muy inexperta, así que mi madre me gestionaba todo el trabajo. Al fin y al cabo, ella también se dedicó a esto durante un tiempo. El caso es, que quiso reunirse personalmente conmigo para sacar una línea juvenil de joyas y quería verme en persona antes del rodaje y las fotos. Cuando llegué a su despacho insistí en que mi madre entrase conmigo, pero él quería que nos quedásemos a solas. Mi madre me dijo que debía recordar que esta industria era muy competitiva y que debía hacer esfuerzos de muchos tipos para tener mi sitio, y me empujó hacia el despacho.

Sus puños están casi morados por la fuerza con la que los está apretando. Yo siento como las lágrimas ya se me están acumulando en los ojos, pero hoy va a ser el último día en el que yo recuerde esto. Y la última vez que me sienta así. Agarro uno de los puños de Eric e intento abrirlo para poder darle mi mano.

—Cuando estábamos dentro, yo no sabía qué decir. Tenía miedo, y sentí como mi madre me dejaba desprotegida en manos de un hombre al que realmente no conocíamos. Él me dijo que me sentase. Yo llevaba un vestido corto de verano de color rojo. Empezó a tocarme de la misma forma que lo ha hecho hoy, en silencio, por el hombro. Me bajó el tirante, y sin decir ni una palabra me rodeó un pezón con los dedos. En ese momento yo no aguanté más y le dije que me soltase, pero me amenazó con decirle a mi madre que me había portado mal y que por mi culpa él hablaría con otras marcas y nunca llegaría a nada.

Suspiro con los labios temblorosos para no dejar caer mis lágrimas. La voz se me empieza a romper.

—Me agarró del muslo y me pasó la mano por la entrepierna. No quiero ser muy explícita, pero no hubo penetración para que lo tengas claro. Sí me hizo cosas, y también me obligó a hacer otras. Yo no dije nada. Estaba muy asustada y no quería decepcionar a mi madre. Ni tampoco destrozar mi carrera antes de que empezase.

Su enfado es evidente por la forma en la que me estruja los dedos sin darse cuenta.

—¿Te pegó o algo parecido?

—No exactamente. Sí me agredió sexualmente. Por obvias razones me resistí en algunos momentos, pero no recuerdo los detalles porque mi cabeza decidió que protegerme haciéndome salir de ahí mentalmente era la única salida, así que no lo recuerdo todo.

—¿Con qué mano?

—¿Cómo dices?

—Que con qué mano empezó a tocarte —repite.

—Eh… diría que fue la derecha, pero no estoy segura, ¿por qué?

—¿Crees que le destrocé la cara y la carrera a mi capitán por hacerle esto a una chica y voy a dejar que ese hijo de puta camine por ahí después de haberte hecho esto como si nada?

—Eric no es necesario que… —hago una pausa ya que ni si quiera sé qué planea hacerle—, no tienes que hacer nada. Pasó hace mucho tiempo y estoy bien. Quería contártelo, lo habría hecho antes, pero visto lo que pasó con esa chica lo último que quería era que me vieses a mí también como a una víctima. Un juguete roto que no tiene arreglo.

Por la forma en la que me mira intuyo que esta conversación llega tarde, y ya ha hecho algo para vengarme de alguna forma —si es que eso es posible—, pero no voy a ser yo la persona que lo juzgue.

No es como que William no se merezca lo que sea que le pase.

Eric se inclina hacia mí y agarra mi cabeza con las manos para acercarme hasta su pecho. Me dejo caer sobre él y mis lágrimas se desbordan. Me besa la cabeza y yo rodeo su cuello con las manos.

Me siento vulnerable y a la vez, creo que no hay mejor sitio en el que sentirme así.



Aún me cuesta creer que hemos sido portada de varias revistas con nuestras fotos de la gala. Los medios se han vuelto locos y han hablado con todo lujo de detalles sobre la forma en la que Eric y yo nos mirábamos. La forma en la que se mordió el labio al mirarme como si yo fuese un trozo de pan en medio de un desierto. Todo el mundo está hablando de nuestra química, de la conexión que, sin darnos cuenta, le enseñamos a las cámaras.

En los medios deportivos, Eric también ha sido portada hoy, pero por otro motivo.

Toda la información que el periodista aunó de su reunión con Eric ha salido a la luz, aunque para mi sorpresa el periodista no ha dado nombres. No ha mencionado a Eric como la persona que le ha facilitado la información, y tampoco ha mencionado el nombre de Harry en ninguna parte.

Apenas he visto a ese tío un par de veces por televisión, y me produce escalofríos. Tiene la mirada completamente vacía en cada fotografía, en cada vídeo. Siempre trata de ser correcto y aparenta ser una persona modelo, pero algo en él grita que no es nada de eso.

Tengo le televisión encendida en un programa de noticias mientras preparo café para Eric, y un té para mí en lo que él se ducha. Están hablando de cómo puede afectar todo esto a la imagen

del equipo, y cómo se va a investigar todo. Puede que no haya nombres en el titular, pero después de la mediática expulsión de Eric del equipo y el detalle con el que está narrado todo, es cuestión de tiempo que la gente sume dos más dos.

El ruido del videoportero me obliga a despegarme de la tele. Me acerco a mirar quién es, cuando escucho el ruido del ascensor. Si quién sea está subiendo ya, debe de ser alguien de confianza, ya que el ascensor es de uso exclusivo para el ático de Eric, y se abre directamente tras las escaleras que dan al piso de arriba.

Por suerte, estoy vestida con un pantalón corto de color negro y una camiseta de Eric que me queda bastante grande.

Las puertas del ascensor no tardan en abrirse, y observo con la piel helada quién es la persona que sale de él.

—Dónde está tu novio, rubia —dice Harry con una mezcla entre ira y prisa.

—Está ocupado. Y tú no deberías presentarte así en casa ajena sin avisar.

Tiene cicatrices en la cara, y la nariz vendada. Imagino que a causa de la paliza que le dio Eric hace apenas tres meses. Una en concreto, le atraviesa desde la mejilla hasta el labio, y es bastante aterradora.

—¿Os creéis que sois muy listos? ¿Es eso? Puede que hace unos meses no me diese tiempo a defenderme, pero si tu novio se cree que puede inhabilitarme de por vida, y ahora difamarme sin que le destroce la puta cara, está muy equivocado.

—Difamación sería en caso de que lo que él dice no fuese cierto, pero no es así ¿verdad? La prueba es que estás aquí perdiendo la cabeza porque sabes que te van a pillar.

En la mirada de Harry veo los mismos ojos vacíos y siniestros que tenía William aquel día en el despacho. Da dos pasos lo bastante grandes para alcanzarme y engancha su mano en mi cuello con tanta fuerza que me cuesta respirar.

—No eres más que una puta cara con ropa de marca y portadas en las revistas, yo que tú aprendería a tener esa boca cerrada si no es para chupar pollas, ¿o es eso lo que quieres?

Su aliento me quema la piel por lo cerca de la cara que me habla. Me empuja sobre una pared cercana junto al televisor, y sus dedos se hunden aún más en mi garganta hasta el punto en que respirar es casi imposible.

Intento empujarlo, incluso agarro sus manos intentando aflojar el agarre que impide que entre aire en mis pulmones y me obliga a toser.

Tiene muchísima más fuerza que yo y es casi del mismo tamaño que Eric, así que me es imposible salir.

Se me empieza a nublar la vista cuando veo a Eric bajar las escaleras corriendo.

Eric

Aparto a Harry de un puñetazo y cae al suelo desplomado, a la vez que Emma se lleva las manos al cuello con la respiración errática.

—¿Estás bien? Vamos al médico —digo muy preocupado mientras analizo las marcas rojas en su cuello.

—Estoy bien, no te preocupes.

Agarro a Emma y la dejo sobre el sofá, y me acerco a Harry, que permanece en el suelo de mi salón con un corte en el pómulo por mi puñetazo.

—¿No te cansas de provocarme? ¿Intentas que te mate? Si es así dímelo y acabamos antes —bromeo con desgana.

Aunque sí que me gustaría matarlo.

Se pone en pie con dificultad y va tambaleándose hasta llegar a la escalera en busca del ascensor.

—Va a costarte muy caro haber contado todo eso, Eric. Te lo juro.

—Con un poco de suerte te pudres en la cárcel y no tengo que volver a partir tu asquerosa cara nunca más. Pero, he de reconocer, que lo haría de nuevo encantado.

Las puertas del ascensor se abren y lo empujo dentro para que se marche de mi casa.

Capítulo 39

Eric

Charlie está oficialmente despedido por carroñero. Resulta que Dave lo vio acercarse al edificio la noche que se hicieron nuestras fotos, y vio cómo se quedaba dentro del coche a las puertas de mi puta casa justo antes de que entrásemos. No es que toda esta información me hiciese falta después de la metedura de pata del periodista cuando me contó que las fotos se las había filtrado mi propio representante. Supongo que nunca creyó que un periodista fuese a mantener jamás una conversación conmigo en la que todo esto saliese a la luz.

No le he importado lo más mínimo. Tampoco le ha importado que esto supusiese destrozar la carrera de Emma. Ni si quiera le importa mi imagen, solo le importa que sus bolsillos no se estén llenando de billetes a mi costa.

Las controversiales declaraciones que hice han llevado a Harry a ser sometido a una investigación por numerosos abusos sexuales. Resulta que el cabrón tenía una enfermiza rutina durante nuestras concentraciones fuera de casa. Siempre bajaba al bar del hotel la noche anterior a un partido. Normalmente de madrugada, cuando ya no quedase nadie abajo. Intentaba ligarse a la camarera que hubiese en el hotel, y en las ocasiones en las que su fama y su dinero no eran lo bastante atractivas para ellas, hacía lo mismo que el día en que yo lo descubrí.

Me dan arcadas solo de pensar en todo lo que ha tenido que pasar para que se haga justicia y un miserable como él pague el precio de sus acciones.

El equipo lo ha apartado por completo. No van a hacerse cargo ni si quiera de las facturas médicas que se generaron tras la paliza que le di. Todo esto lo sé porque un compañero del equipo con el que siempre tuve buena relación se puso en contacto conmigo hace unos días para disculparse por haber sido un capullo y no haberme defendido antes de que me echaran.

Puede que en los reportajes no saliesen nombres, pero todo el mundo terminó sabiendo quiénes eran las personas protagonistas de esta historia. Por fin, la gente se dignó a escucharme, y un porcentaje de ellos, que quiero pensar que es bastante alto, me creyó.

Desde entonces las disculpas han ido llegado de forma continua. Mis compañeros de equipo, el director del club, hasta algunos inversores han asumido su parte de culpa en que el club ahora tenga una mancha como esta. A nuestro entrenador también lo echaron, por lo visto estaba al tanto de todo lo que hacía Harry y nunca le paró los pies, es más, en ocasiones lo encubría.

Llevo una semana dándole vueltas a lo que realmente quiero ahora. Me han puesto en bandeja volver al equipo como capitán si así lo deseo, pero no estoy seguro de qué necesito ahora.

—¿Sigues sin dar una respuesta? —me pregunta Emma con la voz dulce y serena de alguien que viene de que le den un masaje y le hagan todo tipo de tratamientos faciales. Después de los meses tan complicados que hemos pasado, necesitaba relajarse y tener tiempo para ella—. Eric, el fútbol es tu vida, te mereces ser el capitán más que nadie. Has demostrado que eres el único capaz de comportarse como un ejemplo.

Yo nunca he sido ejemplo de nada. Bueno, sí, de todo lo que no hay que hacer. No creo que una persona que lleva años comportándose como un gilipollas esté preparado para capitanear nada. No estoy preparado.

—No soy perfecto. No estoy preparado para ser capitán.

—Nadie lo es —se acerca a mí por detrás. Estoy apoyado sobre la barandilla de metal de la terraza observando el atardecer mientras me replanteo si debo ponerle fin a mi carrera deportiva o no—. Pero sí eres un ejemplo. Un ejemplo de cómo se hacen las cosas cuando quieres algo, y de que nunca es tarde para hacer las cosas bien. Un equipo tan grande como los Dragons se merecen a un capitán como tú. Nadie podría hacerlo mejor.

Suspiro y no puedo evitar pensar en la carga que sería para mí ser el responsable del equipo. Alguien que siempre ha destacado por ser caótico e inmaduro, ¿capitaneando?

—Una carrera laboral de éxito cuando todo el mundo está pendiente de cada movimiento que haces es muy complicada. Yo misma he cometido muchos errores a pesar de que todos piensen que soy perfecta y que mi reputación es intachable.

—¿Y si no estoy a la altura? El equipo acaba de verse salpicado por todo este escándalo con Harry, ¿y si empeoro las cosas?

—No hay nada que yo haya presenciado en estos meses que haya empeorado con tu presencia, más bien diría que, al contrario. ¿Qué me dirías tú a mí si renuncio al desfile de otoño por pensar que no voy a estar a la altura?

—Que estás loca por renunciar a algo así. Si te quieren en el desfile es porque saben que eres perfecta para hacerlo.

—Me alegra que te hayas contestado tú mismo —se ríe y me da un beso en el hombro—. Si de verdad es lo que quieres, no lo dejes escapar.

—Emma —me giro cuando ella ya está cruzando la puerta de la terraza para entrar de nuevo en el salón. Pero no me deja terminar la frase cuando interviene:

—Yo también te quiero, Estrellita —dice con una risa burlona acompañando a sus palabras.

—¿Cómo sabías que te iba a decir eso?

—Se te pone cara de confesionario siempre que vas a decirlo.

—Muy graciosa.

—He quedado para cenar con Tony en un restaurante asiático en Grand Central que nos encanta, y Melody nos ha acoplado a su marido, ¿te vienes?

Capítulo 40

Eric

Estoy tan nervioso como el día en que debuté.
Me sudan las manos y me he cambiado la camiseta dos veces de lo mucho que me suda la espalda.

El día que acepté volver al equipo y tomar la capitanía, el nuevo entrenador me informó de que se encargaría personalmente de que tuviese una ceremonia de vuelta como es debido. No me gustan los eventos públicos, ni si quiera los deportivos, pero el equipo ha puesto mucho empeño y realmente me han demostrado durante un mes de entrenamientos que se sienten, en parte, culpables de que me echaran de esa forma.

Todos han coincidido en algo, cuando pasó todo aquello, no nos comportamos como un equipo. Todos habían visto actitudes de mierda por parte de Harry en algún momento hacia mujeres y personal del equipo, pero nadie dijo nada nunca por no ensuciarse el culo. A partir de hoy, y siendo una de las primeras medidas que pienso tomar en el momento que me ponga ese brazalete, nadie va a volver a sentirse solo o con miedo por expresar sus pensamientos libremente.

Si un compañero tiene un problema y necesita al equipo, el equipo va a estar ahí para él.

Camino a paso lento hasta que mis botas se clavan en el césped. Llevo la equipación que he vestido durante años y que jamás pensé hace unos meses que me volvería a poner, pero me siento como en casa a pesar de todo. Está atardeciendo y cada vez la luz del sol ilumina menos el campo. Han colocado una pasarela con luces que da a un pequeño escenario en el centro del campo, donde me esperan dos de mis compañeros más antiguos: Molloy y Santos, junto con el nuevo entrenador.

Mi familia ha volado desde Madrid hasta Nueva York solo para esto, a pesar de que insistí en que era una tontería y no tenían que

hacerlo, así que lo mínimo que podía hacer era pagarles billetes de primera clase para venir lo más cómodos posible.

Alzo la mirada hasta los palcos VIP e intento encontrarlos. Sé que Emma está con ellos, aunque haya querido hacerse la loca en casa diciendo que tenía que ir a pilates esta tarde. Lo sé porque cuando he bajado al garaje faltaba el Range Rover Evoque negro, y es el coche que más le gusta conducir.

Por no decir que hace pilates en un gimnasio a cincuenta metros de mi edificio.

Hago un repaso rápido de los palcos, e identifico los llamativos movimientos de entusiasmo de Eli en uno de los cristales. También puedo ver la melena rubia de Emma recogida en una coleta perfecta, pero está detrás y no alcanzo a ver muchos más detalles. Dos caras que no esperaba encontrar me hacen especial ilusión por ese mismo motivo: Benjamín, el padre de Emma y Jimmy, su hermano.

Camino por la pasarela iluminada escuchando de forma distorsionada los aplausos y vítores de los fanáticos. Pensé que jamás volvería a escuchar un estadio entero rugiendo mi nombre como lo están haciendo ahora, y en parte le debo todo esto a Emma. Sin ella yo jamás habría dejado de ser un cobarde. Nunca habría denunciado públicamente lo que pasó. Tal vez ni si quiera habría vuelto a jugar al fútbol jamás.

Llego hasta el escenario central donde los aplausos se vuelven más sonoros aún, pero lo que predomina en mis oídos es el sonido de mi corazón bombeando con intensidad dentro de mi pecho. No es hasta ahora mismo que soy consciente de que he pasado de estar completamente perdido, escondido en un campamento para adolescentes que juegan al fútbol, a ser el capitán de mi equipo y vivir con la mujer más increíble que he conocido nunca.

Antes de que empiecen los discursos de mis compañeros —porque tengo claro que van a querer hablar— le digo al oído en voz baja a mi entrenador que le pida a alguien que suba al palco donde está mi familia y los haga bajar aquí a todos. Acepta, y después de un largo discurso propio de un entrenador que se está presentado al

equipo de forma oficial, unos vídeos se empiezan a reproducir en las pantallas del estadio. En ellos salen mis compañeros hablando de lo contentos que están por mi regreso, vídeos antiguos de nosotros haciendo el idiota en los entrenamientos, y varios otros de partidos importantes en los que mi intervención había sido importante.

Resulta que no siempre fui el violento del equipo, y a veces sí que jugaba dejándome la piel en el césped. Y me alegra que la gente lo recuerde ya que a mí a veces me cuesta hacerlo.

Cuando los vídeos terminan me dedican unos aplausos que duran lo suficiente como para dejar tiempo a que mis padres, Eli, Benjamín, Jimmy y Emma aparezcan al principio de la pasarela uniéndose a los aplausos del público.

Alguien me coloca un micrófono delante, y me quedo solo en el centro de la plataforma cuando todo el equipo técnico y directivo del equipo que me acompañaba, se apartan para darme protagonismo.

—Bueno —empiezo con voz nerviosa—. Ya nos conocemos todos y no tengo que presentarme. Lo único que quiero hacer es dar las gracias por esta oportunidad, y sobre todo, aclarar lo agradecido que me siento. Hace dos meses creí que jamás volvería a pisar este estadio. Que nunca volvería a pisar este césped con mis botas, y mucho menos esperaba llevar el nueve a la espalda. Quiero daros las gracias a todos de nuevo por depositar vuestra confianza en mí, y espero no decepcionar a nadie.

Cuando todo el mundo piensa que he terminado y los cámaras que graban para retransmitir en directo se empiezan a distraer, recuerdo que hay una persona sin la que probablemente yo no estaría hoy aquí.

—Quiero dar las gracias a alguien más —intervengo—. Mi carrera despegó gracias a mi familia, y siempre les estaré agradecido por ello, pero el motivo por el que yo estoy aquí hoy es otra persona. Es una persona que me ha enseñado a valorarme a mí mismo como profesional, pero, sobre todo, como persona. Que me ha enseñado cosas de mí que no conocía, y me ha ayudado desde el día en que nos conocimos a ser la persona que soy ahora. Alguien

que puede capitanear un equipo como este —me aclaro la garganta antes de que el sentimentalismo me impida hablar—. Emma, ven.

Extiendo mi brazo ofreciéndole mi mano para que recorra la pasarela que lleva hasta el punto central donde me encuentro yo. Sus pasos son firmes y ordenados, dignos de la modelo que es. Cuando se acerca un poco soy capaz de identificar lo que se ha puesto, y no podría haber elegido mejor atuendo: lleva unos vaqueros negros ajustados que resaltan su preciosa figura con unos zapatos de tazón a juego con la suela roja, pero mi parte favorita es la superior, mi camiseta. Lleva la camiseta negra y morada del equipo, y a pesar de que no he podio asegurarme aún, se me pone dura solo de pensar que lleve mi nombre y mi número a la espalda.

Le doy un beso en los labios y sé que está al borde del llanto cuando se cuelga de mi cuello y oigo un "te quiero" entre sollozos ahogados cerca de la oreja.



—Ha sido una pasada tío, enhorabuena —dice Santos antes de caminar en dirección a la puerta del vestuario—. Nos vemos en el entreno de la semana que viene, estoy deseando volver a verte en acción.

Sale por la puerta y cierra. Me quito la equipación y la dejo sobre el banco del vestuario. Todos se han ido ya. Es viernes por la noche y la mayoría de mis compañeros tienen familia e hijos con los

que pasar el fin de semana. Me quito los pantalones cortos de color morado y los dejo en el suelo cuando el ruido de la puerta abriéndose me obliga a darme la vuelta rápidamente.

—Esos pantalones te hacen un culo espectacular, pero estás mucho mejor sin ellos —dice Emma con la espalda apoyada sobre el marco de la puerta—. Ya se han ido todos. Tu familia y la mía se han ido al hotel a descansar para la comida de mañana.

Miro el reloj de pared que cuelga sobre la puerta y me doy cuenta de que son casi las doce de la noche. Mañana tenemos reserva en un restaurante aparentemente buenísimo para comer en familia y formalizar un poco la relación.

Porque no pienso alejarme de esta mujer en la vida.

—Podrías haberte ido en el Range negro, he visto que te lo has traído.

—Estaba esperándote.

Me acerco a ella lentamente y tiro de su brazo para meterla en el interior del vestuario conmigo. Le doy una patada a la puerta y se cierra de un golpe.

—No eres consciente de lo dura que me la pone verte con mi nombre en la espalda.

—¿De verdad? Yo creía que me ibas a pedir que me la quitase. No llevo nada debajo.

La boca se me hace agua solo de pensar en sus pezones rozando la tela y las ganas de llevármelos a la boca hace que me palpite la polla debajo de la única prenda que llevo puesta. Antes de que pueda siquiera pedirle que lo haga, se saca la camiseta por la cabeza de la forma más erótica posible, y demuestra que lo que decía era cierto. Los vaqueros se ajustan a su cuerpo como un guante, y sus pechos desnudos son dignos de estar expuestos en un maldito museo junto a las esculturas.

La acorralo contra los azulejos de color negro de la pared, y aprieto mi entre pierna contra sus pantalones para demostrarle que yo tampoco mentía. La tengo muy dura.

—Nos van a ver —jadea cuando deslizo el pulgar sobre su duro pezón.

—No hay nadie.

Recorre todo mi cuerpo con la mirada y se detiene al ver el bulto en mis calzoncillos. Sin pensarlo dos veces, lanza sus zapatos de tacón al suelo. Deslizo mi mano por su abdomen de forma torpe en busca del botón de sus pantalones, mientras beso su cuello como un vampiro sediento de sangre. Logro desabrochar el botón y deslizo el tejido rígido sobre su piel hasta que ella se deshace de ellos por completo con ayuda de los pies, y la agarro del culo para levantarla y que se enganche a mi cintura con las piernas, mientras su espalda se apoya sobre las baldosas de la pared. Consigo deshacerme de mi ropa interior y cae al suelo junto con el resto de las prendas.

Sobre la cabeza de Emma y no demasiado lejos, hay una barra metálica que usamos para colgar toallas.

—Agárrate a la barra —ordeno.

Obedece sin decir ni una palabra y la fuerza de sus piernas junto con el agarre son lo bastante fuertes como para que yo pueda liberar una mano y llevarla hasta su húmedo tanga de hilo negro, que apenas cubre su precioso y delicado coño. Deslizo la tela hacia un lado empapándome los dedos de sus fluidos, y la embisto contra la pared con tanta fuerza que grita. Mi nombre sale de entre sus labios y rebota por las paredes de forma melódica hasta que desaparece mezclado con sus gemidos de placer.

—¡Ah! —grita de nuevo arañando mi espalda al soltar una mano del agarre sobre su cabeza—. Por favor, no pares.

Puedo sentir como su cuerpo se desliza sutilmente por la pared con cada golpe. El ruido que hacen nuestros cuerpos al chocar hace que se me ponga la piel de gallina y reflexione sobre la facilidad que tiene Emma para ponerme cachondo.

No paro de entrar y salir de ella. Mis movimientos se mantienen firmes y rítmicos hasta que noto cómo se le resbalan las manos de la barra metálica.

La suelto en el suelo sin despegar mis labios de los suyos durante unos segundos hasta que digo:

—Ponte a cuatro patas sobre el banco —exijo señalándole con un movimiento de cabeza al lugar del que hablo. Camina hasta él dejándome una visión espectacular de su cuerpo desnudo por detrás

y se coloca de manera que puedo verla con las piernas abiertas y la espalda curvada sobre el banco de madera.

—Estás tan jodidamente guapa cuando te abres de piernas para mí.

Coloco mi polla entre sus piernas y la introduzco dentro de ella de golpe y con tanta fuerza que su cuerpo se mueve unos centímetros hacia adelante.

Inclino mi cuerpo hacia adelante y coloco mis labios cerca de su cuello sin parar de meterla y sacarla de ella en nigún momento. Agarro su barbilla y empujo su cabeza hasta que entra en contacto con mi pecho y la agarro del cuello.

—Te están temblando las piernas, cariño. ¿Quieres correrte?

—Sí, quiero —contesta de inmediato.

—Joder, Emma, quiero taladrar un anillo en tu dedo ahora mismo. —Sus gemidos se intensifican, y con la yema de los dedos puedo sentir su pulso agitado y descontrolado suplicando correrse—. Córrete sobre mi polla, nena.

No hace falta que se lo pida, cuando se corre sobre mi antes de dejarme terminar mi petición completa, y casi de inmediato saco mi polla de ella para correrme sobre su culo como nunca antes lo había hecho.

—Dios —suspiro—. Podría hacer esto a todas horas contigo.

Se pone en pie y camina descalza hasta el pasillo que conduce a las duchas.

—Si todavía te queda algo dentro me voy a duchar. —Trago saliva y contemplo como sigo con el pene completamente rígido—. Vamos, Estrellita, ¿o ya estás cansado?

Y para sorpresa de absolutamente nadie, sigo sus pasos.

Capítulo 41

Bonus Playlist (Desfile)

Primer pase:

After Midnight – Chappell Roan
Femininomenon – Chappell Roan

Segundo pase:

Von dutch – Charli xcx
Girl, so confusing – Charli xcx
Guess – Charli xcx

Tercer pase:

AMERICAN BEAUTY – Nessa Barrett
P*RNSTAR – Nessa Barrett
GLITTER AND VIOLENCE – Nessa Barrett

Emma

2 meses después

La alarma del móvil me taladra los tímpanos hasta obligarme a base de tortura a extender la mano sobre la mesita de noche para detener el horrible sonido.

Me froto los ojos con los dedos y no tardo más que unos segundos en darme cuenta de qué día es hoy.

Llevo los últimos dos meses entrenando sin parar.

Eric me ha ayudado a mantener una alimentación equilibrada y se ha estado alimentando a base de productos altos en proteínas y vegetales durante los últimos meses para solidarizarse conmigo, a pesar de que él se comía mi ración multiplicada por cuatro. Ha estado llevándome a clases de pilates, yoga, boxeo y entrenamientos personales durante semanas, y tiene a mis compañeras de desfile rezando para que un hombre como él algún día les llegue a ellas también.

Me ha encantado el ambiente que la nueva directiva de Swan ha inculcado en sus modelos. Recuerdo que, en el último desfile, cuando llegó la hora de los ensayos finales, había una descoordinación evidente entre nosotras. Ninguna nos conocíamos de verdad. No habíamos entrenado juntas ni una sola vez, apenas habíamos cruzado más de dos palabras con las demás, y eso se notaba. Llevamos meses preparándonos juntas para esto, siguiendo las mismas rutinas y alimentándonos de forma similar, y eso se ha notado en los ensayos de la semana pasada.

Ayer por la mañana incluso fuimos a una clase de yoga todas juntas, nos hicimos un par de tratamientos faciales para hidratar la piel y terminamos tomando un *brunch* en una cafetería preciosa en lo alto de un edificio con vistas a Manhattan.

Hoy es un día muy importante en mi carrera.

Tal vez el más importante.

Aunque la última vez que tuve este mismo pensamiento, acabó adquiriendo la condición de trauma.

Me doy media vuelta en la cama en busca de la persona que duerme a mi lado, pero no hay nadie. No recuerdo a Eric siendo tan madrugador como para despertarse a las seis de la mañana por voluntad propia, y más teniendo en cuenta que su entrenamiento no empieza hasta las nueve.

Me cuesta levantarme. Llevo meses durmiendo con una facilidad que no tenía ni cuando era niña.

Bajo las escaleras y un sonido muy familiar se cuela en mis oídos de inmediato: *In the Night* de The Weekend se está reproduciendo en los altavoces del enorme televisor.

—¿Puedo preguntar qué haces? —Se le dibuja una risa tímida en los labios y me pasa un vaso con un líquido de color verde.

—Tu desayuno: zumo de espirulina, espinaca, agua de coco y chía.

—¿Cómo sabes tú que este es el batido que tomo antes de los desfiles?

—Anthony —decimos al unísono—. Y mi canción motivacional también te la ha chivado él, imagino.

—Así es. Estaba indeciso entre esta y alguna de Britney Spears, pero esta me sonaba mejor para la ocasión. Por cierto, me ha llamado para decirme que va a llegar a las ocho y media con el coche. Tienes que estar allí a las nueve.

Me llevo el batido a los labios y bebo despacio. No está demasiado bueno, pero no me alimento a base de esto a diario de todas formas.

—¿A qué hora te vas a entrenar? ¿Nueve?

—Hoy no hay entrenamiento —dice tranquilamente mientras saca mi bolso de viaje de un armario bajo las escaleras y lo deja sobre la isla de la cocina—. Lo he cancelado.

—¿Por qué?

—Tengo cosas que hacer antes de ir a verte por la tarde. Además, ya entrenamos todos los días, no va a pasar nada porque estos cabrones me dejen tranquilo un día para ver a mi novia desfilar el día más importante de su carrera.

—¿Y la bolsa? ¿Para qué es?

—Tony me ha dicho en un mensaje lo que necesitabas llevar. Ropa para cambiarte cuando termines por la noche, barritas de proteína sin azúcar, fruta, agua de coco, chicles de menta, bálsamo de labios, cargadores para el móvil y auriculares. Y he metido tu jabón para desmaquillarte por si te apetece quitártelo antes de salir.

Me atraganto con el líquido y casi necesito escupir.

Antes de conocer a Eric todas estas cosas las hacía sola: conducía para entrenar, preparaba mis asquerosos batidos verdes, y por supuesto, me preparaba lo necesario antes de los desfiles.

Ahora él hace todas esas cosas por mí sin que se lo haya pedido jamás, y hace que mi cuerpo se sienta relajado hasta en un día como este en el que jamás pensé que la tranquilidad fuese una opción.

—¿No te cansas de ser absolutamente perfecto?

—¿Hablamos de sexo?

—No me refería a eso, idiota. —Le doy un golpecito en el hombro y dejo el vaso vacío en el fregadero.

Subo las escaleras para cambiarme de ropa y ponerme algo cómodo con lo que hacer un poco de yoga antes de tener que

ducharme y cambiarme para irme.



Llegamos a la discreta entrada lateral de The Shed antes de que el reloj marque las nueve en punto.

Tony está junto a mí, con su brazo prácticamente agarrando el mío como si fuese un gancho, ahora mismo no tengo claro quién está más nervioso de los dos. El llamativo edificio situado en Hudson Yards se alza sobre nosotros con su enorme apariencia metálica y acolchada. Su peculiar cubierta de aspecto vidrioso permite que se filtre la luz natural de forma suave.

Nunca antes había estado aquí. Anteriormente, el desfile de Swan tenía lugar en Spring Studios, en Tribeca. El espacio era más reducido y estéticamente puede que algo más simple, pero cumplía su función.

—¿El desfile va a ser aquí? —pregunto en voz baja a Tony tan pronto como cruzamos la puerta principal.

—Eso creo. Cuando leí la dirección en el correo pensé que era un error, daba por hecho que íbamos a Spring Studios como la otra vez.

Me encojo de hombros y continuamos caminando con los brazos ya separados, pero muy cerca el uno del otro. Un hombre de seguridad nos pide nuestros nombres, y el de mi agencia, y me entrega un pase para colgarme en el cuello de color negro, y uno igual de color gris a Anthony.

Las grandes paredes acristaladas rápido desaparecen cuando un hombre de pelo negro y baja estatura nos guía hasta el salón principal. Es un amplio espacio con una pasarela tradicional en forma de "T" y un montón de capacidad para público restringido, que es el único que permite la marca: familiares, celebridades y prensa con acreditación.

Cuando pongo un pie dentro del camerino, las estaciones de maquillaje, peluquería y manicura están montadas por todas partes. Hay largas mesas cubiertas de accesorios para el pelo y herramientas de calor. Otras están repletas de cosméticos y productos de maquillaje y belleza de marcas mundialmente conocidas.

—Buenos días, chicos —dice una mujer alta con unas gafas casi más grandes que su cara—. Me presento, mi nombre es Mandy y soy vuestra *backstage manager.* Principalmente me voy a encargar de dirigir esto cuando sea un caos, responder preguntas y ayudaros en lo que necesitéis. Estaré en el *backstage* todo el tiempo hasta que haya que empezar el desfile, entonces me moveré a esa zona de allí donde está la pantalla, que es la zona de acceso a pasarela para dirigir las entradas de cada una.

—Yo soy Emma, él es Anthony.

—Representante y amigo —añade él.

La mujer ríe y se lleva el dedo al pinganillo que le asoma en el oído derecho.

—¿Puede ser que figures en la lista como Winter por alguna razón?

—Es mi segundo nombre —respondo.

—Ah, *okey.* Pues tu estación es aquella de allí. —Señala un pequeño tocador que se sitúa al fondo de la habitación separado de los demás con el mismo aspecto por unas cortinas negras, junto al que hay un perchero con mis *looks* para la pasarela—. Puedes irte allí cuando necesites descansar, comer algo, incluso relajarte un poco o cambiarte cuando termines el primer pase. Toda la pared de la derecha está llena de neveras y mesas con las comidas y bebidas que nos indicasteis cada una y señaladas con vuestro nombre, coge lo que necesites. Y por favor, todas bien hidratadas y alimentadas,

no quiero lipotimias de ninguna clase —dice elevando el tono mientras su mirada se vuelve general y se dirige a todas las presentes en la sala.

—Muchas gracias —contesto un poco abrumada.

Esto es muy distinto a lo que recordaba. La actitud del personal, el ambiente cálido y sereno, el trato tan amable… El último desfile fue frío, impersonal y estricto a más no poder.

—¡Emma! —grita Tanya mientras corre hacia mí—. Estaba deseando que llegases, estamos juntas en maquillaje y peluquería. Ponte la bata y nos hacemos un montón de fotos y vídeos para que resurjan de las cenizas esas redes sociales tuyas tan aburridas.

Tanya es todo lo contrario a mí, tal vez por eso, cuando nos conocimos hace dos meses, encajamos tan bien al instante. Es un torbellino de energía, una persona obsesionada con las redes sociales, y sobre todo, un alma libre.

Me lleva a rastras hasta mi tocador. Del perchero cuelga una hoja de papel con mi foto y mi nombre completo, el orden de salida a la pasarela y lado, y las piezas que componen mi vestuario. Sobre la pequeña mesa blanca descansa una bolsa negra con el logotipo de Swan y purpurina plateada de fondo. La abro y en su interior encuentro una bata de satén negra idéntica a la que lleva Tanya pero con mi nombre bordado, y unas zapatillas como de casa con plumas de color negro.

—Monísimo, ¿verdad?

—¿La pantalla para qué es?

—Ahí vamos a poder ver a nuestras familias hablando con la prensa en la *platinum carpet.* Mi madre está de los nervios, ha volado desde Londres solo para verme.

—Va a salir todo genial, ¿has leído el itinerario?

—Sí. Tú y yo estamos juntas en casi todo. En el primer pase salgo justo por delante de ti, supongo que es por eso. ¿Cómo llevas el cierre?

El cierre. Ese ha sido motivo de temblores, náuseas y muchas jaquecas estas semanas. He ensayado mucho; primero con el vestuario y luego sin él. La persona encargada de cerrar el desfile todos los años tiene la responsabilidad de cargar unas alas de color

blanco cubiertas de diamantes que han ido pasando de modelo en modelo durante años. Solo las más grandes de la industria las han llevado, y este año me toca a mí. No quiero sonar desagradecida, es todo un salto en mi carrera salir en las fotos cerrando el desfile con esas alas, pero no es fácil llevarlas. El peso de esas alas no es solo figurado; literalmente pesan un montón. Tengo que cargar con ellas durante más de un minuto que dura mi caminata para cerrar con unos dolorosos tacones en ropa interior, y con la misión de tirar de una pequeña cuerda que colgará del lado derecho de mi cadera para que, cuando llegue a la plataforma elevadora, al tirar de la cuerda las alas se cierren, las luces se apaguen, y yo desaparezca de la pasarela descendiendo.



La sala se ha ido abarrotando de gente en las últimas horas, ahora el caos es palpable.

Quedan cuatro horas para que empiece el desfile. El escenario está listo. Han probado todos los equipos y yo llevo dos horas dando vueltas por el *backstage* con los rulos de color rosa enrollados en mi pelo.

El olor a cosmético, perfume, y el calor abrumador de los rizadores y las planchas empiezan a ponerme la piel de gallina.

—¿Quieres ir a beber un poco de agua? —susurra Athena a mi espalda.

Ella estaba presente en el último desfile. El día en que mi pérdida de conocimiento le costó al desfile el cierre.

Hoy tengo la misma responsabilidad.

Tengo otra oportunidad.

Me coge de la mano y sacamos una botella de agua cada una de las neveras que casi me bebo de un trago.

—No creo que necesites que yo te diga esto, pero va a salir todo bien.

—Pero me acuerdo del anterior…

—No hay peros —interrumpe—. Eres la persona que más se merece esto de todas las que estamos aquí. Solo hace un par de años que te conozco y me basta para saber lo buena que eres en esto.

—Entrar ahí es el problema.

—Yo me siento igual. Los minutos previos, el saber que te toca. Una vez que estás caminando sobre ese puto suelo todo sale bien. Sonríes, saludas, ni si quiera estás pensando en cómo estás caminando o dónde tienes las manos porque has ensayado tanto que está todo bien. Te lo debes a ti misma, a nadie más. No te olvides de eso, Em. — Nos damos un delicado abrazo ya que ambas tenemos el pelo lleno de pinzas y rulos y la cara a medio maquillar —. Por cierto, mira quién ha llegado.

En la pantalla hay una enorme imagen de Eric.

Lleva un traje de color negro con una corbata de color violeta.

—Él sabe que puedes. Yo lo sé. Todo el mundo lo sabe, solo faltas tú. —Athena me da un beso en el hombro y se aleja al escuchar su nombre desde una de las mesas de maquillaje.

Tanto ella como yo somos de las modelos más populares de aquí a pesar de lo jóvenes que somos. Ambas somos muy parecidas en cuanto a personalidad, tal vez sea el patrón que nos ha llevado lejos en poco tiempo, sumado a lo metódicas que somos en el trabajo las dos.

En el último desfile no conseguí interactuar de manera tan íntima con ninguna compañera, y en este momento diría que tanto Athena como Tanya hacen que me sienta un poco más segura de mí misma.

Corro con cuidado entre las mesas hasta ponerme delante de la pantalla para escuchar a Eric hablar con los periodistas del desfile.

—¿Has venido a ver a tu nuevo trofeo? —dice la reportera con una sonrisa de víbora en los labios.

Era obvio que hasta en un día como hoy intentarían sacar una polémica de nosotros si fuese posible.

Puedo ver los ojos de Eric prácticamente aniquilándola con ira.

—Emma es una estrella, no es ningún trofeo. En todo caso puedo sentirme la persona más afortunada del mundo por compartir mi vida con alguien con tantísimo talento, gracias.

Aparta el micrófono de su cara con desprecio y se marcha hacia el final del pasillo evitando a los demás reporteros.

—Emma, cariño. Hay alguien aquí que quiere verte un segundo —me informa una de mis compañeras desde la puerta del *backstage.*

Me cierro la bata con el cinturón ya que solo llevo ropa interior por debajo, y me acerco a la puerta. Detrás está Mila, la madre de Eric, vestida con un impresionante traje rojo que le sienta de maravilla.

—Mila —digo muy sorprendida—, no tenía ni idea de que veníais.

—Era una sorpresa. Eric me dijo que como tu madre no iba a venir os sobraban algunos pases, así que Luis y yo creímos que debíamos estar aquí para apoyarte.

Los ojos se me empañan de felicidad y casi no puedo ni aguantar las ganas de lanzarme a su cuello para abrazarla.

—Muchas gracias por venir —le digo al oído mientras la aprieto contra mi cuerpo con fuerza.

—No hay de qué, mi niña. He venido porque quería darte esto antes de empezar el desfile—. Saca del bolsillo de la americana una pulsera de colgantes plateada. De ella cuelgan una estrella, un cisne, una pequeña pelota de fútbol, un peine y una E—. La letra la ha elegido Eli, dice que así te acuerdas de ella y de Eric a la vez.

—Mila es… —barbuceo conteniendo las lágrimas con un nudo de felicidad en la garganta—. Es preciosa.

—No quiero entretenerte más. Solo quiero decirte que hay muchas cosas que desconozco de ti, pero sé que eres una persona muy fuerte. Quería darte las gracias por todo lo bueno que has traído a la vida de Eric en tan poco tiempo, no lo había visto tan feliz nunca.

Me agarra la mano y deja la pulsera sobre mi palma.

—Él me ha devuelto muchas cosas a mí que jamás creí que fuese a poder disfrutar ni sentir. Vuestra familia entera es increíble.

—También somos tu familia ahora, Emma. Te quiero mucho.

Se marcha en dirección a la entrada principal del auditorio y cierro la puerta aún observando la pulsera sobre mi mano.

Y una lágrima de emoción se desborda por mi mejilla de forma inevitable.

El móvil me vibra dentro del bolsillo y dos mensajes entran casi al mismo tiempo: uno de Jimmy, y otro de Eric.

Jimmy me ha enviado un selfi en el que salen mi padre y él sentados entre el público, al que acompaña un mensaje:

TÚ PUEDES, EM. TE QUEREMOS.

El de Eric solo contiene texto, pero consigue que el corazón me dé un vuelco:

Te quiero con toda mi alma, Barbie. Dales caña.



A través de la enorme pantalla observamos y alabamos el trabajo de nuestras compañeras mientras caminan por la pasarela.

Para el primer pase la temática es "El espejo de agua" y los vestuarios son en tonos azulados; para el segundo es "Las sombras del lago", en tonos oscuros como negros y violetas muy intensos; y el último es "El despertar del cisne" en tonos blancos, plateados y gris claro.

Yo desfilo en el primer pase únicamente, porque mi maquillaje completo cambia para el cierre. Llevo un sujetador azul claro con estructura de corsé blanda y un bordado de flores. La parte de abajo es del mismo color totalmente a juego con encajes laterales, y una capa semi transparente desde la cintura que cae sobre el suelo llena de diamantes blancos.

Estoy en posición cuando Tanya me coge la mano y articula en silencio con los labios algo que entiendo como un: *destroza esa pasarela, rubia*.

Me suelta, y se escucha a través de los pinganillos una voz robótica que dice: "*Tanya, go".*

Cuando ella esté a mitad de pasarela, me tocará salir a mí, y justo detrás de mí saldrá Athena.

Todas las chicas son maravillosas y la energía es solamente positiva aquí dentro, pero me siento mucho más segura sabiendo que estoy rodeada de gente que me inspira confianza y seguridad.

Antes de que pueda procesar todo lo que me viene a la cabeza, escucho mi nombre y a mi espalda, Athena me guiña un ojo y lanza un beso al aire mientras el resto de mis compañeras me animan.

Ha llegado el momento.

Mis pies echan a caminar sobre los altos zapatos de tacón que se enredan en mi tobillo hasta mis gemelos en una especie de molino de agua.

Respiro hondo e intento mantener la calma a pesar de que me tiemblan las manos, pero oigo el ruido de mi corazón a punto de reventar mis costillas. Me centro en caminar con cuidado sin pisar la parte de la tela que arrastra por detrás de mí, pero tan pronto como veo a todo ese público observándome, todo lo demás desaparece.

Mis manos no tiemblan, el ruido de la sangre bombeando en mis oídos se disipa y puedo ver como Tanya ya está caminando de vuelta al mismo tiempo que yo avanzo.

Sonrío y afilo la mirada, expresión que siempre uso en los desfiles donde tenemos libertad a la hora de posar y expresarnos. La música está muy alta y eso me facilita caminar al ritmo de esta. Cuando Tanya y yo nos cruzamos a mitad de pasarela las dos nos guiñamos el ojo al mismo tiempo, y continúo caminando al ritmo de la canción *Femininomenon* de Chappell Roan.

No estoy prestando atención a nada ni a nadie, pero entre el público veo a Eric de pie con las manos en el pecho. Sonrío en su dirección y de forma natural lanzo un beso con la mano antes de seguir caminando sin dejar de mirar al frente.

Entro de vuelta en el *backstage* pocos segundos más tarde y espero a Athena, que llega justo detrás de mí. Tanya se acerca a nosotras y las tres nos abrazamos con las sonrisas más puras y sinceras que he visto nunca en un desfile dibujadas en los labios.



—Solo tienes que caminar hasta el cuadrilátero que marcan las luces en el suelo al final de la pasarela. Te colocas encima, tiras de la cuerda y las alas se cierran. Cuando se cierren la plataforma empezará a descender muy despacio y las luces del escenario se van a apagar por completo. No te asustes porque abajo está Anthony

esperándote con una luz para que salgáis mientras la plataforma sube de nuevo. ¿Alguna duda?

Niego con la cabeza y resoplo mientras dos personas colocan las enormes alas blancas sobre mis hombros.

He ensayado esto antes y he podido hacerlo. Solo tiene que salir como en el ensayo.

El conjunto es bastante simple comparado con otros: solo llevo dos piezas de lencería blanca con finos hilos plateados, pero las alas son las grandes protagonistas. Las plumas blancas arrastran hasta el suelo y se alzan por encima de mi cabeza varios centímetros. Las finas tiras metálicas de los zapatos se clavan en mi piel y me duele de todo el peso que tengo que cargar, pero solo serán unos segundos.

Tengo que ser capaz de disfrutar esto. Me lo debo.

Se lo debo a la versión más insegura de mí misma. A la Emma que creyó que aquel día era el fin de su relación con Swan. A la Emma que nunca creyó en sí misma. A la que le robaron la confianza en su talento.

Esa Emma ya no existe, pero se lo debo a ella.

Para que pueda descansar en paz, donde quiera que esté.

Escucho mi señal cuando el final de la canción de *GLITTER AND VIOLENCE* de Nessa Barrett se acerca, y camino manteniendo un ritmo que el peso y mis pies puedan mantener de forma regular hasta llegar al final.

Estoy concentrada. No me permito mirar hacia los laterales porque este pase es mucho más complejo que el anterior. Tiro de la cuerda y las alas se abren sobre mí obligándome a hacer un esfuerzo extra en mantener en equilibrio, y siento como se paran.

Están abiertas.

Sigo caminando y las luces cambian de posición marcándome el punto del suelo donde se encuentra la plataforma. Me sitúo sobre ella, miro una última vez al frente ladeando una sonrisa al tiempo que guiño un ojo, y tiro de la cuerda una vez más haciendo que se cierren en un movimiento mucho más rápido y brusco que al de abrirse. La plataforma se mueve muy lentamente bajo mis pies y las luces se apagan por completo cuando escucho los aplausos

ensordecedores de la gente en el público, y gente gritando mi nombre seguido de múltiples cumplidos mientras la plataforma sigue bajando hasta detenerse por completo.

Tony enciende una pequeña linterna y susurra:

—Lo has conseguido.

Asiento con un puchero en los labios y derramo las lágrimas más felices de toda mi vida.

Epílogo

Emma

3 meses después

Una gota de sudor me resbala por la espalda a pesar de que estamos en enero y la ciudad no supera los cinco grados centígrados.

No era consciente de la cantidad de cosas que había acumulado en casa en los últimos años hasta que ha sido el momento de tener que moverlo todo.

Eric lleva cuatro viajes de mi casa al furgón que hemos alquilado para la mudanza. A mí, lo único que me ha dejado hacer, es mirar porque mañana tengo una sesión de fotos y no quiere que me haga daño. De todos modos, he subido y bajado con él todas las veces para no dejarlo solo.

Lo más lógico habría sido contratar a una empresa de mudanzas para esto, pero no hemos tenido tiempo. El mes pasado recibí un correo electrónico de la agencia que me alquila el piso informándome de que tan solo disponía de un mes para mudarme, ya que habían vendido todo el edificio a un empresario que no tengo ni idea de quién es.

El plan de mudarnos juntos a casa de Eric ya estaba hablado. De todos modos, llevo prácticamente viviendo allí desde el año pasado, pero mover todo esto en menos de una semana no era precisamente lo que tenía en mente para después de las vacaciones de Navidad.

¿Podríamos haber empezado la mudanza antes? La respuesta es sí, pero estábamos pasando las Navidades con nuestras familias en España, y no íbamos a dejarlo todo por la maldita mudanza.

—Te prometo que voy a tirar cosas en cuanto terminemos de moverlo todo.

—Hay espacio de sobra, no tienes que deshacerte de nada si no quieres —continúa cargando el maletero mientras yo me siento culpable por cargarlo a él con todo esto—. En el sótano de mi edificio tengo un trastero que no he usado nunca, puedes bajarte lo que quieras ahí.

Termina de subir la última caja y cierra el maletero.

El eco de nuestras voces rebota por todo el aparcamiento subterráneo de la que ha sido mi casa durante años, y aunque tuviese claro que iba a mudarme antes o después, me da mucha pena dejar esta casa.

Conducimos por la una ciudad de Nueva York pintada de color blanco a causa de las intensas nevadas de los últimos días.

—Te has pasado la salida.

Eric sigue conduciendo impasible, como si lo hubiese hecho a propósito.

—Eric —insisto.

—No vamos a mi casa.

Se desvía por la siguiente salida, y después de callejear menos de cinco minutos, se detiene delante de un edificio de lujo en el *Upper East Side.*

—¿Qué hacemos aquí?

—Vivimos aquí.

Me quedo paralizada durante unos segundos hasta que tira de mi brazo y me mete dentro del edificio. El portero le pide su identificación y nos deja pasar. Subimos hasta el piso decimocuarto piso, donde al salir del ascensor, hay un enorme recibidor cubierto de rosas rojas.

—Eric…

—Shh, espera un momento. Cuando veas la casa entera me dices si te gusta. Aunque espero que sí.

Caminamos por el recibidor hasta el enorme salón cuyos ventanales ofrecen unas espectaculares vistas a Central Park. Los techos son muy altos y las habitaciones muy espaciosas a pesar de estar cubiertas por enormes cajas por todas partes. La planta superior se accede mediante una amplia escalera semicurva y dispone de cinco habitaciones, tres baños y dos terrazas privadas.

—¿Por qué has…? Quiero decir, me encanta es precioso, pero esto tiene que costar una fortuna, Eric.

—No es alquilado, lo he comprado —hace una pequeña pausa y continua—: bueno aún no, pero ya he dado la señal. Quería que tú lo vieses primero y me dieses tu aprobación, al final es para los dos.

—Me encanta, de verdad, pero no quiero alejarte de tu antiguo hogar. Además, Tristán vive debajo, ahora vais a estar más lejos.

—Emma, no voy a irme a jugar con el equipo fuera de casa y te voy a dejar sola en un edificio en el que a Harry no le costó ningún esfuerzo colarse a plena luz del día. Además, el capullo de Tristán va a vender su casa. Va a quedarse en la suite de uno de sus hoteles por ahora.

Echo un vistazo de nuevo a mi alrededor y casi me cuesta cerrar la boca del asombro. El ático en el que vivía Eric ya era enorme, pero esto es mucho más grande. Los techos son muchísimo más altos y las habitaciones dos veces más amplias.

—Las cajas de cartón son…

—Los muebles. Y mis cosas. Contraté a una empresa de confianza para que lo trajesen todo de mi casa a esta mientras estábamos fuera en Navidad. Los muebles son todos nuevos, los de mi casa son demasiado pequeños. Inconscientemente los has elegido tú.

—¿Yo?

—¿Te acuerdas cuando en Noche Buena te pregunté cómo era la casa de tus sueños? —Asiento y le cojo la mano—. Pues una decoradora de interiores se ha encargado de traspasar tus palabras esas cajas de color marrón que hay por el suelo. Lo único que esta noche no podemos pasarla aquí todavía porque mañana por la mañana montan la cocina nueva, pero he cogido cuatro noches de hotel en The Mark para que cuando vengamos aquí los muebles estén montados y todo esté listo para vivir.

No recuerdo haber llorado tanto nunca antes en mi vida como lo he hecho desde que este hombre se ha colado en ella, y no hay ni un segundo de estos meses que cambiaría por nada del mundo.

—Me encanta. Es preciosa y las vistas son… increíbles. No sé cómo darte las gracias.

—No tienes nada que agradecerme. Esto es para los dos. Te quiero desde la puta primera vez que vi tus ojos, lo mínimo que puedo hacer es comprar una casa para los dos si quiero una vida contigo.

—Eres tan mono cuando te pones en modo romántico peliculero. Jamás lo habría dicho la primera vez que te vi y lo primero que me vino a la mente fue "menudo gilipollas, qué bueno está"

—Sabía que te habías fijado en mi espectacular físico, pero pensé que lo que realmente te había enamorado de mí era mi personalidad encantadora.

—Creído.

—Te quiero, Em.

—Yo también te quiero.

Desvío la mirada al centro del inmenso salón. Junto a los montones de cajas hay una enorme mesa de villar cubierta por plástico de burbujas del que se usa en las mudanzas.

—Eric, cariño.

—¿Sí?

—¿Lo único que has querido rescatar de tu casa es la mesa de villar? ¿En serio?

—Tristán me mataría si me deshago de ella. Además, tú y yo tenemos recuerdos interesantes en ella que estaré ansioso por recordar esta misma noche.

Lo voy a matar.

Epílogo 2

Eric

1 año más tarde

No recuerdo haber estado tan nervioso en mi vida. Ni si quiera el día que debuté como futbolista profesional tenía estos sudores fríos congelándome la puta sangre.

—Recuérdame qué hacemos el día de año nuevo con el frío que hace aquí caminando por un prado a cuatro horas de Madrid.

Revuelvo por centésima vez el bolsillo izquierdo de mi abrigo en busca de la caja para asegurarme de que no la he perdido por el camino, o se ha caído en el coche al salir.

—No hace ni dos años, ¿y ya te has olvidado de este sitio?

—Por supuesto que no me he olvidado, idiota. Pero me parece un sitio más apropiado para visitar en verano, no en pleno invierno.

—Bueno, el plan era venir en verano, pero como todo ha estado listo antes de tiempo no he podido esperar.

—Tú y tus malditas sorpresas me vais a costar un infarto un día de estos.

Caminamos sobre la hierba cristalizada hasta llegar al lago donde hace casi dos años tuve la cita más especial de toda mi vida con la mujer más maravillosa del planeta. Pasamos el lago y tomamos un pequeño camino que, a menos de cien metros, termina en la entrada principal de una pequeña y rústica casa que un codiciado arquitecto me diseñó tan pronto como conseguí la licencia para construir aquí.

—Tienes que estar de coña, ¿has construido una casa junto al lago en el que tuvimos nuestra primera cita? Debes de haber salido de un libro de Jane Austen.

—Déjame terminar antes de reaccionar a nada.

Saco la llave de la casa del bolsillo derecho de mi abrigo y abro la puerta. Una vez dentro, me deshago de la chaqueta y los guantes sobre una silla de mimbre que hay junto a la puerta, y Emma también se quita su chaqueta. Hay una enorme chimenea junto a la ventana que permite ver el jardín delantero, y a pesar de que por aquí hay un par de casas más, sé que nadie nos va a molestar cuando necesitemos un sitio en el que escondernos de todo.

Con el sudor recorriendo mi espalda, y la tensión de meses preparando esto sin que ella supiera nada, aprieto la caja que he sacado del bolsillo antes de quitarme la chaqueta entre mis dedos mientras ella está distraída analizando cada rincón de la casa.

No es una casa grande ni lujosa, se trataba de que fuese un pequeño espacio especial para los dos en el que poder pasar tiempo lejos de cualquier otra cosa.

Sin que nadie nos moleste.

Clavo una rodilla en el suelo con la otra flexionada y abro la caja de terciopelo que contiene un anillo de oro blanco y diamantes con nuestras iniciales grabadas en el interior. Emma se gira de nuevo en mi dirección y baja la vista hasta que se percata de lo que está pasando.

La sonrisa más amplia y sincera que llevo viendo casi dos años aparece delante de mis ojos y la presión de mi pecho se afloja de forma sutil al ver el brillo de alegría en sus ojos.

No es que pensara que me iba a decir que no, pero no iba a quedarme tranquilo hasta escucharlo de ella.

—Emma Winter Jiménez, ¿quieres casarte conmigo?

—Eric… —se tapa la boca con las manos y me agarra los antebrazos para lanzarse sobre mí y colgarse de mi cuello—. Por supuesto que quiero. Aún que te recuerdo que solo tengo veinticuatro años.

—Pero yo estoy a nada de cumplir los treinta.

—¡Oh, eres todo un anciano!

La cojo en brazos y enrolla sus piernas alrededor de mi cuerpo mientras grita eufórica.

—¿Mi padre sabe esto?

—Claro que lo sabe. Quería que me diese su aprobación, antes de nada. Aún que sé que le caigo genial porque soy encantador.

—Joder. Por supuesto que me caso contigo, Eric.

A lo largo de esta historia, mi protagonista se enfrenta en numerosas ocasiones a problemas y momentos difíciles relacionados con su imagen corporal y los trastornos alimenticios.

Si alguna vez te has sentido mal con tu cuerpo, quiero que sepas que no estás sola.
Elige mirarte con cariño y respeto. Sé el refugio para tu alma que te mereces en los días grises.

Si necesitas ayuda profesional, no dudes en buscarla. Hay personas y recursos a tu alcance para ayudarte y acompañarte.

717 003 717 (24h)
Telefonodelaesperanza.org

976 389 575
https://feacab.org

También puedes ponerte en contacto conmigo si necesitas hablar y no te sientes con fuerza para buscar ayuda. Esto no reemplaza la ayuda profesional, pero puede servir como apoyo emocional.
Bellasalvador.author@outlook.com

AGRADECIMIENTOS

Son muchas las personas que han pasado por largos meses de inseguridades, bloqueos y eternas dudas conmigo hasta que esta historia ha conseguido llegar a algo más que una idea borrosa en una cabeza muy caótica.

Gracias a mis padres. Porque a pesar de que soy una persona complicada a la que le encanta volar teniéndole miedo a las alturas, se aseguraron de darme dos buenas alas con las que ser libre. Mamá; gracias por darme un refugio en el que esconderme cuando hay tormenta. Y por ser un remanso de paz siempre que yo decido crear caos. Papá; gracias por enseñarme a ser como tú, no podría admirar a nadie tanto como te admiro a ti. A mi hermano, por haber sido la persona que me ha enseñado que se puede amar a alguien a quién en ocasiones quieres matar.

Gracias a todos los profesores que en algún momento vieron algo especial en mi forma de escribir e insistieron en que las letras eran para mí, y a todos los que me enseñaron a ver la lectura como la maravilla que es, y no como una aburrida obligación a la que renunciar después del instituto.

A mis lectoras beta, que antes de leer nada me escucharon divagar, quejarme y sufrir con el proceso y lo sufrieron conmigo: María (cocobooks1), Elvira (elvirabooks), y por supuesto, mi madre.

A Marieta, por ser la mejor amiga del mundo a pesar de los kilómetros que nos separan. Cada historia necesita un cómplice; yo tuve la suerte de encontrarte a ti.

Gracias a Mirian por comprender cada una de mis enrevesadas indicaciones para ilustrar este trabajo. Trabajar contigo ha sido, sin duda, de lo mejor que he hecho para mejorar este proyecto.

Y por supuesto, gracias a Emilio. Por demostrarme que en la vida real existen los amores que leo y escribo, y que nunca pensé que pudiesen existir más allá del papel. Gracias por regalarme una vida de ensueño a tu lado.

Gracias a todas las personas que habéis invertido tiempo y dinero en leerme, espero que haya merecido la pena.

Pero, sobre todo, gracias a la versión de mí misma que pensó durante mucho tiempo que no podría conseguir esto jamás, y, aun así, no se rindió nunca.

Puede que tengamos dos nombres, pero nuestra niña interior es la misma, y está muy orgullosa de nosotras.

SOBRE LA AUTORA



Bella Salvador (BellaWrites) es el seudónimo de una autora madrileña nacida en 2002.

Rubia, Virgo y viajera, Bella trabaja como tripulante de cabina y aprovecha sus viajes para inspirar sus novelas románticas. Nueva York es el epicentro de su inspiración, y su lugar favorito en el mundo para esconderse con su ordenador y una bebida con hielo a escribir sus historias. Amante de los aviones (Airbus, siempre), Disney, y los cuadros de Dalí, tiene otra gran pasión: la lectura. Escribe cualquier cosa que le inspire en el momento siempre que contenga una intensa trama romántica: desde romance vainilla, sports romance, hasta romance oscuro. Antes era una chica de café, pero ahora es más probable verla por ahí con un matcha en la mano.

Escanea el código QR para seguirle la pista en redes sociales y no perderte nada de lo que está por llegar en el Bellaverso.



Las relaciones románticas son preciosas, ¿verdad?

Pero no todos los amores están hechos para salvarte. Algunos llegan dispuestos a destruirlo **todo**, y **todo** termina volando por los aires.

¿Te vas a quedar sin leer lo que viene después?

La siguiente historia no es para corazones frágiles ni mentes débiles. Es de esos que duelen… y esta vez, va a doler de verdad.

¿Te atreves a enamorarte alguien que no deberías?

Nos vemos muy pronto, angelitos.